

**MICHAEL
CRICHTON**



CONGO

de

En el corazón de África salvaje se desarrolla una apasionante aventura en pos de encontrar la ciudad perdida de Zinj, punto clave de una terrible intriga internacional.

Sus protagonistas: una chica ambiciosa al servicio de una poderosa multinacional; un joven científico californiano; Amy, un gorila entrañable; y un experto cazador que conoce los misterios de la selva. Se enfrentan con peligros mortales: pigmeos siniestros, bestias monstruosas, ríos de lava, espías de naciones enemigas, mercenarios implacables...



Michael Crichton

Congo

ePub r1.2

Rob_Cole 30.10.2017

Título original: *Congo*
Michael Crichton, 1980
Traducción: Rolando Costa Picazo
Retoque de portada: Perseo

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: Perseo (r1.0 a 1.1)
ePub base r1.2



Para Bob Gottlieb

Cuanto mayor experiencia y conocimientos tengo de la naturaleza humana, más me convengo de que la parte más grande del hombre es puramente animal.

HENRY MORTON STANLEY, 1887

El gran gorila macho me llamó la atención... Daba una sensación de dignidad y fuerza contenida, de absoluta seguridad en su apariencia majestuosa. Sentí deseos de comunicarme con él... Nunca antes, al ver a un animal, había sentido lo mismo. Mientras nos observábamos mutuamente a través del valle, me pregunté si reconocería el parentesco que nos ligaba.

GEORGE B. SCHALLER, 1964

INTRODUCCIÓN

Sólo los prejuicios, y un truco en la proyección de Mercator, nos impiden reconocer la inmensidad del continente africano. África, que cubre más de treinta millones de kilómetros cuadrados, es casi tan grande como América del Norte y Europa juntas. Y tiene casi el doble del tamaño de América del Sur. Así como nos equivocamos con respecto a su naturaleza esencial: el continente negro comprende en su mayor parte cálidos desiertos y grandes llanuras herbosas.

En realidad, existe una sola razón por la que se llama a África el continente negro: las vastas selvas ecuatoriales que ocupan la región central. Ésa es la cuenca de desagüe del río Congo y comprende una décima parte del continente: unos tres millones de kilómetros cuadrados de oscura selva húmeda y silenciosa; un rasgo geográfico único y uniforme que ocupa casi la mitad de la superficie continental de los Estados Unidos. La selva primitiva existe, igual e indesafiada, desde hace más de sesenta millones de años.

Aun hoy, sólo medio millón de personas habitan la cuenca del Congo, agrupadas por lo general en aldeas a lo largo de los márgenes de las lentas corrientes cenagosas que atraviesan la jungla. La gran expansión del bosque permanece inviolable, y hasta el presente existen miles de kilómetros inexplorados.

Tal es el caso, particularmente, del extremo nordeste de la cuenca del Congo, donde la selva ecuatorial se encuentra con los volcanes de Virunga, en el borde del valle de la Gran Depresión.

Virunga, que carece de rutas comerciales establecidas o de rasgos importantes de interés, no fue vista por ojos occidentales hasta hace menos de cien años.

La carrera para hacer «el descubrimiento más importante de la década de los ochenta» en el Congo tuvo lugar durante seis semanas de 1979. El presente libro narra los trece días de la última expedición estadounidense al Congo, en junio de 1979, apenas cien años después de que Henry Morton Stanley explorara el Congo en 1874-1877. Una comparación entre ambas expediciones revela mucho de la naturaleza cambiante —e inmutable— de las exploraciones de África en el siglo intermedio.

A menudo se recuerda a Stanley únicamente como al periodista que encontró a Livingstone en 1871, pero su verdadera importancia se debe a exploraciones posteriores. Moorehead lo llama «una nueva especie de hombre en África... el explorador que es, a la vez, hombre de negocios... Stanley no fue a África para reformar a la gente, ni a construir un imperio, ni llevado por ningún interés real por temas como la antropología, la botánica o la geología. Para decirlo sin rodeos, fue a África para hacerse famoso».

Cuando en 1874 Stanley partió nuevamente rumbo a Zanzíbar, fue financiado con generosidad por los diarios. Y cuando salió de la jungla al océano Atlántico novecientos noventa y nueve días después, luego de haber sufrido penurias increíbles y la pérdida de más de dos tercios de la expedición original, tanto él como los diarios que lo ayudaron eran dueños de una de las grandes historias del siglo: Stanley había recorrido toda la extensión del río Congo.

Pero dos años después, Stanley estaba de regreso en África bajo circunstancias muy distintas. Viajaba con un nombre falso e hizo una cantidad de expediciones para desorientar a los espías que lo seguían y deshacerse de ellos. Las pocas personas que sabían que estaba en África sólo podían imaginar que era por «algún gran plan comercial».

En realidad, Stanley era financiado por Leopoldo II de Bélgica, quien tenía la intención de adquirir personalmente una vasta extensión de África. «No se trata de colonias belgas —escribió Leopoldo a Stanley—. Se trata de crear un nuevo estado, tan grande como sea posible... El rey, como persona privada, desea poseer propiedades en África. Bélgica no quiere una colonia ni territorios. El señor Stanley debe, por lo tanto, comprar tierras u obtenerlas mediante concesiones...».

Este increíble plan fue llevado a cabo. Hacia 1885, un estadounidense decía de Leopoldo: «Posee el Congo, igual que Rockefeller posee la Standard Oil». La comparación era adecuada en más de un sentido, pues la exploración de África empezaba a ser dominada por el comercio.

Así ha seguido siendo hasta nuestros días. Stanley habría aprobado la expedición estadounidense de 1979, llevada a cabo en secreto, con especial insistencia puesta en la rapidez, pero las diferencias lo habrían dejado atónito. Cuando Stanley pasó cerca de Virunga en 1875, fue después de casi un año de viaje; los norteamericanos realizaron su expedición en poco más de una semana. Stanley, que viajaba con un pequeño ejército de cuatrocientos hombres, se habría sorprendido al ver una expedición de solamente doce, uno de los cuales era un gorila. Los territorios que los estadounidenses cruzaron un siglo después eran Estados políticos autónomos. El Congo era ahora Zaire, y el río Congo, el río Zaire.

En realidad, para 1979 la palabra «Congo» técnicamente sólo se refería a la cuenca de desagüe del río Zaire, aunque todavía se usaba en círculos geológicos por razones de familiaridad y por sus connotaciones románticas.

A pesar de estas diferencias, ambas expediciones tuvieron resultados sorprendentemente similares. Como Stanley, los norteamericanos perdieron dos tercios de sus hombres, y salieron de la jungla con la misma desesperación que los hombres de Stanley un siglo antes. Y, como Stanley, regresaron con cuentos increíbles de caníbales y pigmeos, civilizaciones en ruinas en medio de la jungla y fabulosos tesoros perdidos.

Quiero expresar mi agradecimiento a R. B. Travis, de los Servicios Tecnológicos para los Recursos Terrestres, de Houston, por permitirme utilizar interrogatorios en vídeo; a la doctora Karen Ross, de STRT, por los datos acerca de la expedición; al doctor Peter Elliot, del Departamento de Zoología de la Universidad de California en Berkeley, y al personal del Proyecto Amy, incluyendo a la misma Amy; al doctor William Wens, de Minería y Manufacturas Kasai, de Zaire; al doctor Smith Jefferson, del Departamento de Patología Médica de la Universidad de Nairobi, Kenia; y al capitán Charles Munro, de Tánger, Marruecos.

También estoy en deuda con Mark Warwick, de Nairobi, por su interés inicial en el proyecto; con Alan Binks, de Nairobi, por ofrecerse generosamente a llevarme a la región de Virunga, en Zaire; con Joyce Small por arreglar el transporte, casi siempre con poco tiempo disponible, a oscuras regiones

del mundo; y por último, mi agradecimiento especial a mi asistente, Judith Lovejoy, cuyos esfuerzos incansables en tiempos muy difíciles fueron cruciales para poder completar el presente libro.

M. C.

El lugar de los huesos

El alba llegó a la selva ecuatorial del Congo.

El sol pálido disipó el frío de la mañana y la bruma húmeda, revelando un mundo silencioso y gigantesco. Árboles enormes, con troncos de más de diez metros de diámetro, se elevaban hasta setenta metros de altura y allí extendían su denso palio de follaje, ocultando el cielo y goteando constantemente. Cortinas de musgo gris, enredaderas y lianas colgaban enmarañadas de los árboles; orquídeas parásitas brotaban de los troncos. Los helechos gigantes, brillantes de humedad, llegaban desde el suelo hasta la altura del pecho de un hombre o más y hacían que la neblina se mantuviese baja. Aquí y allá había una nota de color: capullos rojos y enredaderas azules. La impresión general, sin embargo, era la de un vasto mundo gris verdoso, de tamaño exagerado, un lugar extraño, inhóspito para el hombre.

Jan Kruger dejó a un lado el rifle y estiró los músculos rígidos. El alba llegaba rápidamente en el ecuador; había aclarado bastante, aunque la niebla permanecía. Echó un vistazo al lugar del campamento de la expedición que había estado vigilando: ocho tiendas de campaña de nylon, de color anaranjado brillante, una tienda azul, para el rancho, telas embreadas que cubrían las cajas con el equipo, en un vano intento por mantenerlo seco. Vio al otro guardián, Misulu, sentado sobre una piedra; Misulu lo saludó con la mano, adormecido. Cerca estaba el equipo de transmisión: una antena parabólica, plateada, la negra caja transmisora, los cables coaxiales, serpenteantes, conectados con la cámara de vídeo portátil montada en el trípode desmontable. Los norteamericanos usaban este equipo para transmitir diariamente informes por satélite a la oficina central en Houston.

Kruger era el *bwana mukubwa* contratado para llevar la expedición al Congo. Ya antes había conducido expediciones: compañías petroleras, grupos cartográficos, equipos madereros y equipos geológicos, como éste. Las compañías que enviaban sus equipos querían a alguien que conociera las costumbres y los dialectos locales lo suficientemente bien para vérselas con los porteadores y arreglar los viajes. Kruger era adecuado para este trabajo. Hablaba kiswahili tan bien como bantú, además de un poco de bagindi, y había estado en el Congo muchas veces, aunque nunca en Virunga.

Kruger no se imaginaba qué interés podían tener estos geólogos estadounidenses en ir a la región Virunga, de Zaire, en el extremo nordeste de la selva ecuatorial del Congo. Zaire era el país del África Negra más rico en minerales; el primer productor mundial de cobalto y diamantes industriales, y el séptimo productor de cobre. Además, poseía importantes yacimientos de oro, estaño, zinc, tungsteno y uranio. Pero la mayor parte de los minerales se encontraban en Shaba y Kasai, no en Virunga.

Kruger sabía que no debía preguntar por qué querían ir a Virunga los estadounidenses y, de todos modos, conoció la respuesta bastante rápido. Una vez que la expedición pasó el lago Kivu y entró en

la selva ecuatorial, los geólogos empezaron a barrer el río y los lechos de los arroyos. La búsqueda de depósitos superficiales significaba que iban detrás de oro, o de diamantes. Resultó que lo que les interesaba eran los diamantes.

Pero no cualquier clase de diamantes. Los geólogos buscaban lo que llamaban diamantes del tipo Ib. Cada nueva muestra era sometida inmediatamente a una prueba eléctrica. Las conversaciones resultantes eran ininteligibles para Kruger; versaban acerca de intervalos dieléctricos, iones de reticulado, resistividad. Pero dedujo que eran las propiedades eléctricas de los diamantes lo que les importaba. Por cierto, las muestras eran inútiles como piedras preciosas. Kruger examinó varias, y todas eran impuras.

Durante diez días, la expedición había estado localizando depósitos superficiales. Éste era un procedimiento común: si se encontraba oro o diamantes en el lecho de un río, se avanzaba corriente arriba hasta la presunta fuente erosiva de los minerales. La expedición había avanzado hacia terrenos más altos a lo largo de las laderas occidentales de la cadena volcánica de Virunga. Todo era rutinario hasta que un día, alrededor del mediodía, los portadores se rehusaron lisa y llanamente a continuar.

Esta parte de Virunga, dijeron, se llamaba *kanyamagufa*, que quería decir «el lugar de los huesos». Los portadores decían que el que insistiera en seguir adelante, terminaría con los huesos rotos, particularmente el cráneo. No hacían más que tocarse los pómulos, repitiendo que les aplastarían el cráneo.

Los portadores eran arawanis que hablaban bantú, provenientes de la ciudad cercana más importante, Kisangani. Como la mayoría de los nativos habitantes de ciudades, tenían toda clase de supersticiones acerca de la jungla del Congo. Kruger llamó al jefe.

—¿Qué tribus hay aquí? —preguntó, señalando la jungla que tenían delante.

—No hay tribus —contestó el jefe.

—¿Ninguna tribu? ¿Ni siquiera bambutis? —preguntó, refiriéndose al grupo de pigmeos más próximo.

—Ningún hombre viene aquí —dijo el jefe—. Esto es *kanyamagufa*.

—¿Quién aplasta los cráneos, entonces?

—*Dawa* —repuso ominosamente el jefe, usando el término bantú para referirse a las fuerzas mágicas—. *Dawa* fuerte aquí. Los hombres no se acercan.

Kruger suspiró. Como muchos blancos, estaba harto de oír hablar del *dawa*. El *dawa* estaba en todas partes, en plantas y rocas y tormentas y enemigos de todas clases. Pero la creencia en el *dawa* prevalecía en gran parte de África, y en el Congo se creía firmemente en él.

Kruger se vio obligado a perder el resto del día en tediosas negociaciones. Finalmente, les dobló el jornal y les prometió rifles cuando regresaran a Kisangani, con lo que los portadores aceptaron continuar. Kruger consideró el incidente como una irritante maniobra nativa. Era sabido que, por lo general, una vez que la expedición había llegado a un punto tal que se dependía de ellos, los portadores invocaban alguna superstición local para obtener un aumento del jornal. Él ya había previsto esa eventualidad en el presupuesto y, una vez aceptadas las exigencias, no pensó más en el asunto.

Incluso cuando llegaron a varias áreas cubiertas de fragmentos despedazados de huesos —que

los portadores hallaron alarmantes— Kruger no se preocupó. Al examinarlos, descubrió que no eran huesos humanos sino delicados huesecillos de monos colobos, esas hermosas criaturas hirsutas, blancas y negras, que habitaban en lo alto de los árboles. Era verdad que había muchos huesos, y Kruger no tenía idea de por qué habían sido despedazados, pero hacía mucho tiempo que vivía en África y había visto muchas cosas inexplicables.

Tampoco le impresionaron los grandes fragmentos de piedra que sugerían que alguna vez en el lugar había habido una ciudad. Kruger había encontrado más de una vez ruinas inexploradas. En Zimbabwe, en Broken Hill, en Maniliwi existían restos de ciudades y templos que ningún científico del siglo XX había visto o estudiado.

La primera noche acampó cerca de las ruinas.

Los portadores estaban aterrorizados e insistían en que las fuerzas del mal los atacarían mientras dormían. Contagiaron el miedo a los geólogos estadounidenses. Para apaciguarlos, Kruger apostó dos guardias, él y el portador más confiable, Misulu. Kruger pensaba que era una estupidez, pero parecía lo más atinado que podía hacer en esas circunstancias.

Y tal como esperaba, la noche transcurrió con tranquilidad. Alrededor de la medianoche hubo cierto movimiento en el matorral, y se oyeron unos sonidos bajos, como jadeos, que debían provenir de un leopardo. Los grandes felinos con frecuencia tenían problemas respiratorios, particularmente en la jungla. Aparte de eso, todo estuvo en calma, y ahora ya amanecía: la noche había concluido.

Un suave sonido corto y agudo le llamó la atención. Misulu lo oyó también, y miró, intrigado, a Kruger. Una luz roja comenzó a brillar de modo intermitente en el transmisor. Kruger se puso de pie y cruzó el campamento hasta llegar al equipo. Sabía operarlo. Los norteamericanos habían insistido en que aprendiera, como «procedimiento de emergencia». Se agazapó sobre la caja negra del transmisor, con su rectángulo verde.

Oprimió unas teclas y en la pantalla aparecieron las letras TX HX, lo que significaba que había una transmisión desde Houston. Apretó el código de respuesta, y la pantalla imprimió CAMLOK. Eso significaba que Houston pedía una transmisión por cámara de vídeo. Echó un vistazo a la cámara sobre un trípode, y vio que la luz roja estaba encendida. Apretó el botón portador y en la pantalla apareció SATLOK, que significaba que seguía una transmisión por satélite. Habría una demora de seis minutos, el tiempo necesario para trabar la señal de transmisión por satélite. Pensó que lo mejor sería despertar a Driscoll, el jefe de los geólogos. Driscoll necesitaría unos pocos minutos antes de que llegara la transmisión. A Kruger le divertía que los norteamericanos se pusieran una camisa limpia y se peinaran antes de situarse frente a la cámara. Igual que los reporteros de televisión.

Arriba, en los árboles, los monos colobo chillaban y sacudían las ramas. Kruger miró hacia arriba, intrigado por la causa que los había alarmado, aunque era normal que por las mañanas los monos colobo pelearan entre ellos.

Algo lo golpeó ligeramente en el pecho. Al principio creyó que era un insecto, pero miró su camisa caqui y vio una mancha roja, y la pulpa de un fruto rojo que se deslizaba por su camisa al suelo fangoso. Los malditos monos estaban tirando bayas. Se inclinó para levantarla. Y entonces se dio cuenta de que no era un fruto. Entre los dedos se le deslizó un ojo humano, aplastado, de un blanco rosáceo, con un pedazo del blanco nervio óptico todavía unido en la parte de atrás.

Giró rápidamente el rifle y miró en dirección al lugar donde debía estar sentado Misulu, sobre la

piedra. Allí no había nadie.

Kruger cruzó el campamento. Arriba, en los árboles, los monos hicieron silencio. Oía cómo sus botas chapoteaban en el barro a medida que pasaba junto a las tiendas. Y luego volvió a oír el sonido resollante. Era un sonido suave y extraño, en medio de la bruma matinal. Kruger pensó si realmente sería un leopardo o si se habría equivocado.

Entonces, vio a Misulu; yacía de espaldas, en medio de lo que parecía un charco de sangre. Le habían aplastado el cráneo astillándole los huesos faciales, de modo que la cara se le había angostado; tenía la boca abierta en un bostezo obscuro. El ojo que le quedaba estaba abierto y medio-salido. El otro ojo había sido despedido por la fuerza del impacto.

A Kruger le latió con fuerza el corazón al inclinarse a examinar el cuerpo. Se preguntaba qué podría haber causado tales heridas. Y entonces volvió a oír el jadeo, y esta vez estuvo seguro de que no se trataba de un leopardo. Luego los monos colobo volvieron a chillar. Kruger se puso en pie de un salto y lanzó un alarido.

DÍA 1

HOUSTON

13 de junio de 1979

STRT Houston

A dieciséis mil kilómetros de distancia, en la fría sala de datos de Servicios Tecnológicos para los Recursos Terrestres, S. A., de Houston, Karen Ross estaba sentada, inclinada sobre una taza de café, frente a la terminal de computación, revisando las últimas imágenes provenientes de África. Ross era la supervisora del Proyecto Congo de STRT, y mientras operaba los controles de las imágenes enviadas por satélite, de colores artificiales contrastantes, azul, púrpura y verde, miraba su reloj con impaciencia. Estaba esperando la siguiente transmisión de campo desde África.

Eran las 22:15, hora de Houston, pero en la sala que carecía de ventanas, no había indicación de tiempo o de lugar. Día y noche, la sala de datos de STRT permanecía igual. Bajo hileras de luces fluorescentes especiales de kalon, los miembros del equipo de programación trabajaban ante largas filas de terminales, proporcionando entradas a los grupos de campo que mantenía STRT en todo el mundo. Esta carencia de limitación temporal se consideraba necesaria para los ordenadores, que requerían una temperatura constante de dieciséis grados centígrados, líneas eléctricas exclusivas, luces especiales, de color corregido, que no interfirieran con el sistema de circuitos. Era un ambiente hecho para las máquinas; las necesidades de la gente eran secundarias.

Pero existía otra razón para el diseño de la instalación principal. STRT exigía que los programadores de Houston se identificaran con los grupos de campo y, de ser posible, vivieran de acuerdo con sus horarios. Se prohibía dar entrada a partidos de béisbol u otros acontecimientos locales; no había un reloj que indicara la hora de Houston; si bien en la pared más lejana ocho grandes relojes digitales registraban la hora local de los diversos grupos de campo.

El reloj con la leyenda GRUPO DE CAMPO DEL CONGO indicaba las 6:15 cuando el intercomunicador dijo: «Doctora Ross, cea».

Ella dejó la consola después de marcar la contraseña digital. Todas las terminales de STRT tenían un control de contraseña, como una cerradura con combinación. Era parte de un complicado sistema para impedir que fuentes exteriores se apoderaran de las informaciones contenidas en su enorme base de datos. STRT se ocupaba de informaciones, y como decía R. B. Travis, el director de STRT, la forma más fácil de obtener información era robándola.

Cruzó el cuarto a grandes pasos. Karen Ross medía casi un metro ochenta de estatura, y era una muchacha atractiva, aunque desmañada. De sólo veinticuatro años, era más joven que la mayoría de los programadores, pero, a pesar de su juventud, tenía una seguridad que la gente encontraba sorprendente, y hasta inquietante. Karen Ross era un verdadero prodigio en matemáticas.

A los dos años, mientras acompañaba a su madre al supermercado, había calculado mentalmente si una lata de diez onzas a diecinueve centavos resultaba más barata que otra de un libra y doce onzas a setenta y nueve centavos. A los tres, sorprendió a su padre al observar que, a diferencia de otros números, el cero significaba cosas distintas en posiciones distintas. A los ocho dominaba álgebra y geometría; a los diez, había aprendido cálculo matemático sin ayuda; entró en el Instituto

Tecnológico de Massachusetts a los trece y procedió a hacer una serie de descubrimientos brillantes en matemática abstracta, culminando con la redacción de un tratado, *Predicción topológica en el Espacio n*, que resultaba útil para matrices de decisión, análisis de trayectoria crítica y planimetría multidimensional. Este interés despertó la atención del STRT, donde la nombraron supervisora de campo de la compañía. Era la más joven del personal.

No todos la apreciaban. Los años de aislamiento, de ser la persona más joven del lugar, la habían hecho reservada y un tanto distante. Uno de sus compañeros de trabajo la describió como «exageradamente lógica». Su frío comportamiento le valió el mote de Glaciar Ross.

La juventud seguía siendo un impedimento para ella. Fue, al menos, la excusa que dio Travis para no permitirle dirigir la expedición al Congo, aun cuando ella había derivado la base de datos del Congo en su totalidad, y por derecho debía haber sido la jefa en el campo.

—Lo siento —había dicho Travis—, pero este contacto es demasiado importante y no puedo dárselo, simplemente.

Ella insistió, recordándole sus éxitos como jefa de equipo en Pahang y Zambia, el año anterior. Finalmente, él le dijo:

—Mire, Karen, este sitio está a dieciséis mil kilómetros de distancia. Allí necesitamos algo más que una programadora de consola.

A ella le molestó que le dijeran que no era más que una programadora de consola, rápida con las teclas, buena para jugar con los chismes de Travis. Quería probar su capacidad en un grupo de campo. Y la próxima vez estaba decidida a convencer a Travis para que la dejara ir.

Karen Ross llamó el ascensor que iba al tercer piso, marcado «Acceso CX Solamente». Mientras esperaba, advirtió la mirada de envidia que le lanzó uno de los programadores. Dentro de STRT el estatus no estaba determinado por salario, título, tamaño del despacho, ni ninguno de los otros indicadores de poder típicos en cualquier empresa. En STRT el estatus se medía según el acceso a la información que se tenía, y Karen Ross era una de las ocho personas en la compañía que podía acceder al tercer piso en cualquier momento.

Entró en el ascensor y miró la lente de la cámara exploradora electrónica montada sobre la puerta. En STRT los ascensores sólo viajaban un piso, y todos estaban equipados con lentes exploradoras; ésta era una de las formas que STRT utilizaba para vigilar los movimientos del personal dentro del edificio. Dijo «Karen Ross» para los monitores de voz, y se volvió hacia la lente exploradora. Se oyó un sonido electrónico suave, y la puerta se abrió en el tercer piso.

Emergió a un pequeño recinto cuadrado con un monitor de vídeo en el techo, y enfrentó la puerta exterior, sin denominación, la sala de control de comunicaciones. Repitió «Karen Ross» e insertó su tarjeta de identificación electrónica en la ranura, apoyando los dedos sobre el borde metálico de la tarjeta para que la computadora pudiera registrar los potenciales galvánicos de la piel. Se trataba de un refinamiento instituido hacía tres meses, después de que Travis se enterara de que los experimentos del ejército en cirugía de las cuerdas vocales habían logrado alterar las características de la voz para engañar a los detectores. Un momento después, la puerta se abrió con un zumbido. Karen entró.

Con sus rojas luces nocturnas, la sala de control de comunicaciones era como un suave y tibio útero, impresión que se veía realizada por la sensación de estrechez, casi claustrofóbica, del recinto,

atestado de equipos electrónicos. Docenas de transmisores y monitores de vídeo, que ocupaban desde el suelo hasta el techo, titilaban y brillaban, mientras los técnicos hablaban en voz baja, moviendo los diales y haciendo girar los botones. La sala de control de comunicaciones era el centro nervioso electrónico de STRT: todas las comunicaciones provenientes de los grupos de campo de todo el mundo convergían allí. Todo en ese lugar se grababa, no sólo los datos que entraban, sino también las respuestas; así es como se conoce la conversación exacta de la noche del 13 de junio de 1979.

Uno de los técnicos le dijo:

—Conectaremos los radiofaros de respuesta en un minuto. ¿Quiere café?

—No —contestó Ross.

—Quería estar allí, ¿verdad?

—Lo merecía —repuso ella. Miró con fijeza las pantallas de vídeo, el despliegue hipnotizador de formas que rotaban y cambiaban mientras los técnicos comenzaban el inacabable proceso de inmovilizar las fluctuaciones de una transmisión por satélite en órbita a quinientos kilómetros de altura.

—Clave de señal.

—Clave de señal. Marca de contraseña.

—Marca de contraseña.

—Determinación de posición de onda.

—Determinación de posición de onda. Registramos.

Ella casi no prestó atención a las frases familiares. Observó cómo las pantallas mostraban campos grises de crepitante estática.

—¿Llamamos nosotros o ellos? —preguntó.

—Nosotros iniciamos —dijo un técnico—. Teníamos programado comunicarnos al amanecer, hora local. De modo que como ellos no llamaron, lo hicimos nosotros.

—Me pregunto por qué no lo habrán hecho —dijo Ross—. ¿Ocurre algo?

—No lo creo. Dimos la señal de iniciación y ellos la tomaron para empezar la comunicación en quince segundos. Todos los códigos estaban bien. Ah, aquí vamos.

A las 6:22, hora del Congo, se produjo la transmisión. Después de un borrón final de estática, las pantallas se despejaron. Estaban viendo una parte del campamento del Congo, aparentemente una vista de una cámara de vídeo montada en un trípode. Vieron dos tiendas, un fuego casi consumido, vestigios de la bruma del amanecer. No había signos de actividad, ni de gente.

Uno de los técnicos se rio.

—Al parecer, los hemos sorprendido durmiendo. Creo que sí era necesaria allí. —Karen Ross era famosa por insistir en los formalismos.

—Ponga el remoto —dijo ella.

El técnico apretó el control remoto. La cámara, que estaba a dieciséis mil kilómetros de distancia, pasó a ser controlada por Houston.

—Recorra —dijo ella.

El técnico manipuló un mando de la consola. Observaron mientras las imágenes de vídeo se trasladaban a la izquierda. El campamento estaba destruido: las tiendas aplastadas y desgarradas, el

equipo desparramado por el barro. Una tienda ardía, emitiendo nubes de humo negro. Vieron varios cadáveres.

—Dios —murmuró uno de los técnicos.

—Cambie de enfoque —ordenó Ross—. Ponga en seis-seis.

La cámara recorrió el campamento. Luego pasó a observar la jungla. Todavía no se veían señales de vida.

—Ponga reverso.

La pantalla mostró el disco plateado de la antena portátil y la caja negra del transmisor. Cerca había otro cuerpo. Era uno de los geólogos, boca arriba.

—Dios, ese es Roger...

—Enfoque de cerca —dijo Ross. En la cinta, su voz sonaba fría, casi indiferente.

La cámara mostró la cara. Vieron algo grotesco: la cabeza aplastada, chorreando sangre por los ojos y la nariz; la boca, abierta hacia el cielo.

—¿Qué cosa pudo haber hecho *algo así*?

En ese momento, una sombra se proyectó sobre el rostro muerto de la pantalla. Ross dio un salto hacia delante, cogió la palanca y el control. La imagen se amplió rápidamente hasta que pudieron ver el contorno de la sombra. Era un hombre. Y se movía.

—¡Hay alguien ahí! ¡Alguien sigue vivo!

—Cojea. Parece herido.

Ross fijó sus ojos en la sombra. A ella no le pareció que fuera un hombre que cojeara. Había advertido algo extraño, y no se daba cuenta de qué podía tratarse.

—Caminará frente a la lente —dijo ella. Era demasiado esperar—. ¿Qué es esa estática del audio?

Se oía un sonido extraño, como un siseo o un suspiro.

—No es estática, está en la transmisión.

—Resuélvalo —ordenó Ross.

Los técnicos apretaron botones, alterando las frecuencias, pero el sonido continuó, peculiar e indistinto. Y luego la sombra se movió, y el hombre caminó frente a la lente.

—Dioptría —dijo Ross, pero ya era tarde. La cara había aparecido, muy cerca de la lente. Estaba demasiado próxima para enfocarla sin una dioptría. Todo lo que vieron fue una sombra borrosa. Antes de poder hacer nada, desapareció.

—¿Un nativo?

—Esta región del Congo está deshabitada —dijo Ross.

—*Algo* habita allí.

—Intenten enfocarlo de nuevo.

La cámara giró en toma panorámica. Karen se la imaginó sobre el trípode, en la jungla, con el motor zumbando mientras la lente daba vueltas. Luego, de repente, la imagen se ladeó y apareció inclinada.

—La ha volteado.

—¡Maldición!

La imagen de vídeo crepitó, y aparecieron líneas de estática. Se hizo muy difícil poder distinguir

algo.

—¡Arréglenlo! ¡Arréglenlo!

Antes de que se rompiese la antena parabólica plateada, tuvieron la visión final de un gran rostro y una mano oscura. La imagen del Congo se convirtió en un punto, y desapareció.

Señal de interferencia

Durante el mes de junio de 1979, Servicios Tecnológicos para los Recursos Terrestres tenía grupos de campo estudiando yacimientos de uranio en Bolivia, y de cobre en Paquistán, el aprovechamiento agrícola en Cachemira, el avance de los glaciares en Islandia, recursos madereros en Malasia y yacimientos de diamantes en el Congo. No era nada inusual tratándose de STRT; por lo general tenían entre seis y ocho grupos en el terreno a la vez.

Como sus equipos estaban con frecuencia en regiones azarosas o políticamente inestables, observaban con cuidado las primeras «señales de interferencia». (En la terminología de detección remota, una «señal» es la aparición característica de un objeto o rasgo geológico en una fotografía o imagen de vídeo). La mayor parte de las señales de interferencia eran políticas. En 1977, STRT rescató por aire a un equipo en Borneo durante una rebelión comunista, y también en Nigeria, en 1978, durante un golpe militar. En ocasiones, las señales eran geológicas: rescataron a un equipo de Guatemala después del terremoto.

Según R. B. Travis, que fue despertado en la madrugada del 13 de junio de 1979, los vídeos del Congo mostraban la «peor señal de interferencia posible», aunque el origen de la misma seguía siendo un misterio. Todo lo que sabían era que el campo había sido destruido en apenas seis minutos, lapso que mediaba entre la iniciación de la señal desde Houston y la recepción en el Congo. La rapidez era atemorizante. La primera orden de Travis fue averiguar «qué diablos sucedía allí».

Travis, un hombre corpulento, de cuarenta y ocho años, estaba acostumbrado a las crisis. Era ingeniero espacial. A los treinta y tantos años había empezado a dedicarse a la administración. Travis había logrado mantener un buen sentido del humor después de una década de problemas de alta tecnología. Su filosofía administrativa se resumía en un letrero colgado sobre la pared detrás del escritorio, que decía: «Algo siempre sale mal».

Pero lo sucedido en la noche del 13 de junio no le pareció divertido. Había perdido toda la expedición, todos los hombres de STRT habían muerto. Ocho hombres, más los portadores nativos. ¡Ocho hombres! El peor desastre en la historia de STRT, peor aún que el de Nigeria de 1978. Travis se sintió fatigado sólo de pensar en todas las llamadas telefónicas que le esperaban. No las que haría él, sino las que recibiría. ¿Estaría fulano de regreso para la graduación de su hija, o para el partido del hijo? Todas estas llamadas serían pasadas a Travis, y él tendría que oír las voces esperanzadas, y sus propias respuestas cautelosas: no estaba seguro, comprendía el problema, haría todo lo posible, por supuesto, por supuesto... El engaño por venir lo agotaba de antemano.

Porque, al menos durante dos semanas, quizás un mes, Travis no podía decir a nadie lo que había sucedido. Y luego sería él quien haría las llamadas, y las visitas, y asistiría a los funerales en los que no habría ataúdes sino un mortal espacio en blanco, un vacío, y las inevitables preguntas de las familias y los parientes, que él no podría responder, mientras todos escudriñaban su rostro a la espera del menor espasmo muscular, la más leve señal o vacilación.

¿Qué podía decirles?

Su único consuelo era que, quizá dentro de unas pocas semanas, podría decirles más. Una cosa era segura: si tuviera que hacer esas terribles llamadas esa noche, no podría decir nada en absoluto, porque STRT no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Este hecho acrecentaba la fatiga de Travis. Y había otros detalles: Morris, el auditor de seguros, que lo había visitado para preguntarle qué quería hacer con las condiciones. STRT extendía pólizas de seguro a nombre de cada miembro de las expediciones, y también para los portadores nativos. Éstos recibían quince mil dólares cada uno como seguro, cifra que parecía trivial hasta que se pensaba que el ingreso promedio de un africano era de ciento ochenta dólares estadounidenses al año. Pero Travis siempre sostenía que los miembros locales de las expediciones debían compartir los beneficios de los riesgos incluso cuando eso significara pagar a las viudas sumas que, en sus circunstancias, eran considerablemente abultadas. E incluso aunque costara en seguros una pequeña fortuna a STRT.

—Reténgalas —dijo Travis.

—Esas pólizas nos cuestan *por día*...

—Reténgalas.

—¿Por cuánto tiempo?

—Treinta días —repuso Travis.

—¿Treinta días *más*?

—Así es.

—Pero sabemos que los asegurados han muerto. —Morris no se conformaba con la pérdida de dinero. Su mentalidad se rebelaba.

—Así es —repitió Travis—. Pero es mejor que mande un poco de dinero a las familias de los africanos, para mantenerlas calladas.

—¡Dios! ¿De cuánto estamos hablando?

—Quinientos dólares a cada una.

—¿Cómo lo contabilizamos?

—Gastos legales —respondió Travis—. Cárguelos a gastos por disposiciones legales del lugar.

—¿Y las familias del equipo de estadounidenses que hemos perdido?

—Tienen Master Charge —dijo Travis—. Deje de preocuparse.

En ese momento entró en el despacho Roberts, el oficial de enlace de Prensa de STRT.

—¿Quiere que destapemos la lata?

—No —contestó Travis—. Quiero mantenerla cerrada.

—¿Cuánto tiempo?

—Treinta días.

—¡Maldición! En treinta días su propio personal hablará de ello —dijo Roberts—. Eso es seguro.

—Si lo hacen, usted se encargará de negarlo —dijo Travis—. Necesito otros treinta días para cumplir con este contrato.

—¿Sabemos lo que sucedió?

—No —dijo Travis—. Pero lo sabremos.

—¿Cómo?

—Por las cintas.

—Esas cintas son un lío.

—Por ahora —dijo Travis. Y convocó los equipos especiales de programadores. Desde hacía tiempo, Travis había llegado a la conclusión de que si bien STRT era capaz de despertar a consejeros políticos en todo el mundo, era más factible conseguir informaciones desde dentro de la organización.

—Todo lo que sabemos de la expedición al Congo —dijo— está registrado en ese vídeo final. Quiero una recuperación visual y de audio de siete bandas, y la quiero ya. Porque esa cinta es todo lo que tenemos.

Los equipos especializados pusieron manos a la obra.

Recuperación

STRT se refería al proceso con la denominación de «recuperación de datos», o, a veces, como «salvamento de datos». Ambos términos traían a la mente imágenes de operaciones realizadas en el fondo del mar, y eran extrañamente apropiados.

Recuperar o salvar datos significaba traer a la superficie un sentido coherente desde las profundidades de masivos acopios de información electrónica. E, igual que el salvamento marino, era un proceso lento y delicado, donde un solo paso en falso significaba la pérdida irrecuperable de los mismos elementos que se trataba de traer a la superficie. STRT tenía cuadrillas de salvamento, experimentadas en el arte de la recuperación de datos. Una cuadrilla se puso a trabajar de inmediato en la recuperación del audio, otra en la recuperación visual.

Karen Ross ya estaba ocupada en la primera de estas tareas. Los procedimientos que seguía eran muy complicados, y sólo podía realizarse en STRT.

Servicios Tecnológicos para los Recursos Terrestres era una compañía relativamente nueva, formada en 1975 en respuesta a un crecimiento explosivo de información acerca de la Tierra y sus recursos. La cantidad de material que manejaba STRT era impresionante: sólo las imágenes recibidas por satélite de la Tierra representaban más de quinientas mil; cada hora se conseguían dieciséis nuevas imágenes. Con el agregado de fotografías aéreas, fotografía infrarroja y radar de apertura artificial, la información total a disposición de STRT excedía los dos millones de imágenes. Toda esta información debía ser catalogada y dispuesta para ser recobrada al instante. STRT era como una biblioteca que adquiriera setecientos nuevos libros por día. No era de sorprender que los bibliotecarios trabajaran con ritmo febril continuamente.

Los visitantes de STRT no parecían darse cuenta de que, aun con ordenadores, esa capacidad para manejar datos habría sido imposible hacía diez años. Tampoco comprendían cuál era la naturaleza básica de la información: daban por sentado que las imágenes sobre la pantalla eran fotografías, pero no lo eran.

La fotografía es un sistema químico del siglo XIX para registrar información mediante la utilización de sales de plata sensibles a la luz. STRT usaba un sistema electrónico del siglo XX para registrar información, análogo al de las fotografías químicas, pero muy diferente. En lugar de cámaras, utilizaba exploradores multispectrales y en lugar de película, cintas compatibles de computadora. En realidad, STRT no se ocupaba de «imágenes», tal como se las concebía comúnmente según la tecnología fotográfica anticuada, sino que adquiría «registros de datos» que convertía en «exhibiciones de datos» cuando surgía la necesidad.

Como las imágenes de STRT eran simples señales eléctricas registradas en cinta magnética, era posible realizar una gran variedad de manipulación electrónica de las imágenes. STRT contaba con ochocientos treinta y siete programas de ordenador para alterar las imágenes: podía realzarlas, eliminar elementos indeseables, para hacer resaltar determinados detalles. Ross usó catorce

programas en el vídeo del Congo, especialmente en la sección cargada de estática en la que aparecían la mano y la cara, justo antes de que destrozaran la antena.

Primero utilizó lo que se llamaba un «ciclo de lavado», para eliminar la estática. Identificó las líneas de estática que ocurrían en posiciones específicas y tenían un valor de escala gris determinado. Hizo que la computadora las eliminara. La imagen resultante mostraba espacios en blanco allí donde la estática había sido eliminada. Entonces ella procedió a «llenar los blancos», instruyendo a la computadora para que incorporara las imágenes de acuerdo con lo que rodeaba esos espacios. En esta operación el ordenador realizaba una suposición lógica acerca de lo que faltaba.

Karen obtuvo así una imagen libre de estática, pero borrosa, carente de definición. Entonces intensificó la imagen extendiendo los valores de la escala gris. Por alguna razón, obtuvo una distorsión que después tuvo que eliminar, y eso liberó desperfectos que había suprimido previamente; para deshacerse de ellos tuvo que accionar tres nuevos programas...

Detalles técnicos la acosaron durante una hora, hasta que de pronto surgió la imagen, nítida y brillante. Al verla, contuvo la respiración. La pantalla mostraba una cara oscura, cavilosa, de cejas espesas, ojos vigilantes, nariz achatada, labios gruesos.

Inmóvil, en la pantalla de vídeo se veía la cara de un gorila macho.

Se acercó Travis, meneando la cabeza.

—Terminamos la recuperación en audio de ese jadeo. La computadora confirma que se trata de respiración humana, procedente de al menos cuatro focos distintos. Pero es muy raro. Según el análisis, es sonido de inhalación, no de exhalación, que es como la gente produce sonidos.

—La computadora se equivoca —dijo Ross—. No es humana. —Indicó la pantalla y la cara del gorila. Travis no mostró sorpresa.

—Un artefacto —dijo.

—No es un artefacto.

—Usted llenó los blancos, y consiguió un artefacto. Los muchachos se divierten jugando con las imágenes y a veces sus juegos se introducen en otros programas.

La propia Karen se había quejado de ese problema.

—Pero esta imagen es real —insistió, señalando la pantalla.

—Mire —dijo Travis—, la semana pasada Harry llenó los blancos en las montañas Karakorum y obtuvo un juego de descenso en la luna. Se supone que el descenso se produjo junto al puesto de McDonald, todo muy divertido. —Se alejó mientras agregaba—: Reúnase con los demás en mi oficina. Fijaremos fechas para enviar una nueva expedición.

—Yo conduciré el próximo equipo.

Travis negó con la cabeza.

—Imposible.

—Pero ¿qué hay de esto? —preguntó Karen Ross, señalando la pantalla.

—No acepto esa imagen —dijo Travis—. Los gorilas no actúan de esa manera. Tiene que ser un artefacto. —Miró el reloj—. Ahora, el único problema que tengo es cuándo puedo enviar un nuevo equipo al Congo.

Segunda expedición

Travis nunca dudó de que había que regresar; desde la primera vez que vio los vídeos del Congo, sólo pensó en la mejor forma de hacerlo. Convocó a todos los jefes de sección: administración, diplomacia, control remoto, geografía, logística, asuntos legales. Todos bostezaban y se restregaban los ojos.

Travis empezó diciendo:

—Quiero que estemos de regreso en el Congo en noventa y seis horas.

Luego se echó hacia atrás en su sillón y dejó que los demás le dijeran por qué no podía hacerse. Había muchas razones.

—No podemos reunir las unidades de transporte aéreo para despacho en menos de ciento sesenta horas —dijo Cameron, el encargado de logística.

—Podemos posponer el equipo del Himalaya y usar sus unidades —sugirió Travis.

—Pero ésa es una expedición de montaña.

—Podemos modificar las unidades en nueve horas —replicó Travis.

—Pero no podemos conseguir el equipo para transportarlas —informó Lewis, el jefe de transportes.

—Aerolíneas Coreanas tiene disponible un reactor «747» de transporte de cargamento. Me informan de que puede llegar aquí en nueve horas.

—¿Tienen un avión constantemente allí? —preguntó Lewis, con incredulidad.

—Creo —contestó Travis— que han tenido una cancelación de última hora, de otro cliente.

Irwin, el contable, se quejó:

—¿Cuánto costaría?

—No conseguiremos visados de la Embajada de Zaire en Washington a tiempo —dijo Martin, el encargado de diplomacia—. Y de todos modos existen serias dudas de que los extiendan. Como sabrán, los primeros visados para el Congo estaban basados en nuestros derechos de exploración minera con el gobierno del Zaire, pero se trata de derechos no exclusivos. Nos dieron permiso para ir, igual que a los japoneses, a los alemanes y a los holandeses, que han formado un consorcio minero. Pero se trata de una carrera. El que primero descubre yacimientos obtiene el contrato. Si Zaire descubre que nuestra expedición está en dificultades, la cancelarán y permitirán que pruebe suerte el consorcio eurojaponés. En estos momentos hay trescientos agentes comerciales japoneses en Kinshasa, derrochando yenes.

—Creo que está en lo cierto —dijo Travis—. Si se enteran de que nuestra expedición está en dificultades.

—Se sabrá apenas solicitemos los visados.

—No solicitaremos visados. Todo el mundo cree que todavía tenemos una expedición en Virunga. Si nos damos prisa en poner un segundo equipo pequeño en el terreno, nadie sabrá que no se

trata del grupo original.

—Pero ¿qué hay de los visados específicos del personal para cruzar las fronteras...?

—Detalles —dijo Travis—. Para eso sirve el alcohol. —Se refería a los sobornos, que a menudo tenían forma de botella. Muchos equipos expedicionarios iban a diversas partes del mundo con cajas de bebida y de otros productos, como radios de transistores y cámaras Polaroid.

—¿Detalles? ¿Cómo cruzarán la frontera?

—Necesitaremos un buen hombre para eso. Quizá Munro.

—¿Munro? Eso es jugar con fuego. El gobierno de Zaire odia a Munro.

—Es un hombre lleno de recursos, y conoce la región.

Martin, el experto en diplomacia, se aclaró la garganta antes de hablar.

—No estoy seguro de que debería estar presente en esta discusión. Me parece que si se proponen entrar en un país soberano con un equipo ilegal dirigido por un ex soldado mercenario del Congo...

—No se trata de eso, en absoluto —dijo Travis—. Me veo obligado a poner en el terreno un equipo de apoyo para ayudar a la gente que ya tengo allí. Sucede todo el tiempo. No hay razón para pensar que alguien pueda estar en dificultades; sólo se trata de un equipo de apoyo de rutina. No tengo tiempo de utilizar los canales oficiales. Tal vez no demuestre muy buen juicio al contratarlo, pero no creo que eso sea demasiado grave.

A las 23:45 del 13 de junio ya se había decidido la faz organizativa de la siguiente expedición de STRT, y confirmado por ordenador. Un «747» totalmente cargado partiría rumbo a África el 15 de junio, donde recogería a Munro o «a alguien como él», y el equipo completo estaría en el Congo el 17 de junio.

En noventa y seis horas.

Desde la sala de datos, Karen Ross podía ver, a través de las paredes de cristal, la oficina de Travis, y seguir con la mirada las discusiones que se estaban llevando a cabo allí. Con su mente lógica, llegó a la conclusión de que Travis había tomado una decisión basada en datos insuficientes, y actuando apresuradamente. Karen pensaba que no valía la pena volver al Congo hasta tanto no supieran a qué deberían enfrentarse. Permaneció ante su consola, examinando la imagen que había recuperado.

Ross creía que se trataba de una imagen real pero ¿cómo conseguir que Travis la aceptara?

En el mundo altamente sofisticado de procesamiento de datos de STRT existía el constante peligro de que la información extraída comenzara a «flotar», es decir, que las imágenes cortaran amarras. Esto podía suceder sobre todo cuando se sometía la base informática a múltiples manipulaciones, es decir, cuando se empezaba a rotar ciento seis píxeles en el hiperespacio generado por la computadora.

De modo que STRT había desarrollado otras formas de constatar la validez de las imágenes obtenidas en la computadora. Ross operó dos programas para constatar la imagen del gorila. El primero era el llamado Predicción del Siguiente Cuadro Animado.

Era posible tratar un vídeo como si fuera una película cinematográfica. Mostró a la computadora varias imágenes fijas sucesivas y luego le pidió que creara la Predicción del Siguiente Cuadro. Éste fue luego constatado con el verdadero cuadro siguiente.

Operó ocho Predicciones del Siguiete Cuadro sucesivas y todas resultaron. Si había un error en el manejo de los datos, se trataba, al menos, de un error coherente.

Alentada, operó a continuación el programa de Tres Dimensiones. En este caso, la imagen plana de vídeo era tratada como si tuviera características tridimensionales, a base de figuras de escala gris. En esencia, la computadora decidía que la sombra de una nariz, o de una cadena de montañas, significaba que la nariz o cadena de montañas en cuestión sobresalía por encima de la superficie circundante. Imágenes sucesivas podían ser comprobadas contra estas suposiciones. A medida que se movía el gorila, la computadora verificó que la imagen plana era, en efecto, tridimensional y coherente. Esto demostraba, más allá de toda duda, que la imagen era real.

Karen Ross fue a ver a Travis.

—Digamos que acepto esa imagen —dijo Travis, frunciendo el entrecejo—: Aun así, no veo por qué debe ser usted quien esté al frente de la nueva expedición.

—¿Qué encontró el otro equipo? —preguntó Ross.

—¿El otro equipo? —dijo Travis inocentemente.

—Usted dio esa cinta a otro equipo de salvamento para que confirmara mi descubrimiento —contestó Ross. Travis consultó su reloj.

—Todavía no han informado nada —dijo, y agregó—: Todos sabemos que usted trabaja muy rápido con la base informática.

Ross sonrió.

—Por eso es que me necesita para conducir esa expedición —dijo—. Conozco la base porque yo la generé. Y si intenta usted enviar otra expedición antes de que se resuelva esto del gorila, la única esperanza que tiene es que el jefe del grupo esté en situación con los datos lo antes posible. Esta vez, se *necesita* en el terreno a un operador de consola, o la nueva expedición acabará como la primera. Porque usted todavía no sabe qué ocurrió con ella.

Travis, sentado tras su escritorio, la miró fijamente durante un largo rato. Ella reconoció esta vacilación como señal de ablandamiento.

—Y quisiera hacer una consulta.

—¿Con alguien de fuera?

—Sí. Alguien de nuestra lista de investigadores subvencionados.

—Arriesgado —dijo Travis—. En este caso no me gusta involucrar a gente de fuera. Sabe que el consorcio nos sigue los pasos muy de cerca. La noticia puede trascender.

—Es importante —insistió Ross.

Travis suspiró.

—Está bien, si usted cree que es importante. —Volvió a suspirar—. No demore a su equipo.

Ross ya empezaba a guardar entre sus pertenencias la copia de la información que llevaría consigo.

Travis frunció el entrecejo mientras reflexionaba sobre la decisión tomada. Aun en el caso de que la

expedición al Congo saliera bien y fuera rápida, que no llevara más de quince días, los costos fijos excederían los trescientos mil dólares. La comisión pondría el grito en el cielo: ¡enviar a una criatura inexperta, de veinticuatro años, una *muchacha*, al terreno, con tanta responsabilidad! Especialmente en un proyecto tan importante como éste, en el que los riesgos eran enormes, y donde ya habían fracasado en lo referente a tiempo y proyección de costos. Y Ross era tan fría, que podía llegar a fracasar como jefa de campo, enemistándose con los otros integrantes del equipo.

Sin embargo, Travis tenía una corazonada con respecto a Glaciar Ross. Su filosofía administrativa era siempre dar el proyecto a quien más tuviera que ganar con el éxito, o más que perder con el fracaso.

Volvió la cara hacia la consola montada junto a su escritorio.

—Travis —dijo, y la consola se iluminó.

—Fichero psicográfico —pidió.

La pantalla mostró señales de petición de información.

—Ross, Karen —dijo Travis.

En la pantalla apareció PENSANDO UN MOMENTO. Ésa era la respuesta programada que significaba que la información estaba siendo extraída. Aguardó.

Luego apareció el resumen psicográfico. Todos los empleados de STRT eran sometidos a tres días de pruebas psicológicas que determinaban no sólo las habilidades sino también posibles propensiones. La evaluación de Ross, pensó, sería tranquilizadora para la comisión.

MUY INTELIGENTE / LÓGICA / FLEXIBLE / INTUITIVA INFORMÁTICAMENTE / PROCESOS INTELLECTUALES ADECUADOS A CONTEXTOS DE TIEMPO REAL RÁPIDAMENTE CAMBIANTES / ORIENTADA A TRIUNFAR CON OBJETIVOS DEFINIDOS / CAPAZ DE ESFUERZO MENTAL SOSTENIDO

Parecía la descripción perfecta del próximo jefe de la expedición al Congo. Recorrió la pantalla, en busca de lo negativo. Que no era tranquilizador.

JOVEN Y DESPIADADA / COMUNICACIÓN HUMANA SUPERFICIAL / DOMINANTE / INTELLECTUALMENTE ARROGANTE / INSENSIBLE / ORIENTADA A TRIUNFAR A TODA COSTA

Y había una anotación final, derivada. Este concepto de derivada de la personalidad había sido desarrollado mediante pruebas de STRT. Sugería que cualquier característica dominante de la personalidad podía revertirse de repente bajo condiciones de tensión: personalidades paternas podían convertirse en infantiles y petulantes, personalidades histéricas trocarse en imperturbables, o personalidades lógicas en ilógicas.

DERIVADA: OBJETIVIDAD DOMINANTE (POSIBLEMENTE INDESEABLE) PUEDE PERDERSE AL VER OBJETIVO DESEABLE CERCA / DESEO DE TRIUNFO PUEDE PROVOCAR REACCIONES PELIGROSAMENTE ILÓGICAS / FIGURAS PATERNAS SERÁN ESPECIALMENTE DENIGRADAS / EL SUJETO DEBE SER CONTROLADO EN LOS PROCEDIMIENTOS DE LA ÚLTIMA ETAPA

Travis se quedó mirando la pantalla y llegó a la conclusión de que tal circunstancia era altamente improbable en la próxima expedición al Congo.

Karen Ross estaba alborozada por su nueva autoridad. Poco antes de la medianoche llamó a las listas de subvencionados desde su terminal de la oficina. STRT contaba con expertos en varias áreas de la vida animal subvencionados por una fundación sin fines de lucro llamada Fondo para la Vida Salvaje de Recursos Terrestres. Las listas de subvencionados estaban ordenadas taxonómicamente. Bajo «Primates» encontró catorce nombres, incluyendo varios en Borneo, Malasia y África, así como en los Estados Unidos. En los Estados Unidos sólo estaba disponible un investigador experto en gorilas, llamado Peter Elliot, de la Universidad de California en Berkeley.

En la pantalla de su terminal el fichero le informó que el doctor Elliot tenía veintinueve años, era soltero, profesor asociado no titular del Departamento de Zoología. Interés principal de investigación: «Comunicaciones de primates (gorilas)». Los fondos estaban destinados a un proyecto llamado Amy.

Miró el reloj. Era medianoche en Houston, las diez de la noche en California. Marcó el número de la casa, que apareció en la pantalla.

—Diga —respondió una cautelosa voz masculina.

—¿El doctor Peter Elliot?

—Sí... —La voz seguía cautelosa, vacilante—. ¿Es usted periodista?

—No —respondió ella—. Soy la doctora Karen Ross, de Houston. Estoy relacionada con el Fondo para la Vida Salvaje de Recursos Terrestres, que subvenciona sus investigaciones.

—Oh, sí... —La voz no perdía su cautela—. ¿Está segura de que no es periodista? Debo decirle que estoy grabando esta llamada telefónica como documento legal en potencia.

Karen Ross vaciló. Lo último que necesitaba era un profesor paranoico que grabara asuntos de STRT. No dijo nada.

—¿Es estadounidense? —preguntó él.

—Por supuesto.

Karen Ross miró la pantalla de su terminal, que informaba:

IDENTIFICACIÓN DE VOZ CONFIRMADA: ELLIOT, PETER, 29 AÑOS.

—Dígame, por favor, para qué me llama —dijo Elliot.

—Bien, estamos a punto de enviar una expedición a la región de Virunga en el Congo, y...

—¿Realmente? ¿Cuándo parten? —De repente, la voz parecía tan excitada como la de un muchacho.

—Bien, en realidad partimos dentro de dos días, y...

—Quiero ir —dijo Elliot.

Ross estaba tan sorprendida que perdió el habla.

—Verá, doctor Elliot, no es para eso que lo llamo, en realidad...

—Estoy planeando ir, de todas maneras —dijo Elliot—. Con Amy.

—¿Quién es Amy?

—Amy es una gorila —respondió Peter Elliot.

DÍA 2

SAN FRANCISCO

14 de junio de 1979

Proyecto Amy

Es injusto sugerir, como hicieron posteriormente ciertos primatólogos, que en junio de 1979 Peter Elliot tuviera que «ausentarse». Sus motivos detrás de su decisión de ir al Congo son un hecho establecido. El profesor Elliot y su personal habían decidido hacer un viaje a África por lo menos dos días antes de que Ross lo llamara.

Pero es totalmente cierto que Peter Elliot estaba bajo presión: de grupos externos, la Prensa, colegas de la Universidad, y hasta de miembros de su propio departamento, en Berkeley. Llegó a acusarse a Elliot de ser un «criminal nazi», dedicado a la «tortura de animales». No es exagerado decir que, en la primavera de 1979, Elliot se hallaba luchando por su supervivencia profesional.

Sus investigaciones, sin embargo, habían comenzado tranquilamente, casi por accidente. Peter Elliot era un estudiante de Berkeley cuando leyó por primera vez acerca de un gorila de un año atacado de disentería que había sido traído en avión a la Facultad de Veterinaria de San Francisco proveniente del zoológico de Minneapolis para ser tratado. Eso había sido en 1973, en los excitantes albores de la investigación en el lenguaje de los primates.

La idea de que era posible enseñar a hablar a los primates era muy antigua. En 1661, Samuel Pepys vio un chimpancé en Londres y escribió en su Diario que era «tan parecido a un hombre en casi todos sus aspectos... creo que ya entiende bastante inglés, y soy de la opinión de que es posible enseñarle a hablar o hacer señas». Otro escritor del siglo XVII fue más lejos al afirmar: «Los monos y mandriles pueden hablar, pero no lo hacen por temor a que se los emplee y se los ponga a trabajar».

No obstante, durante los siguientes trescientos años, los intentos de enseñar a hablar a los simios fueron infructuosos. Culminaron en un ambicioso esfuerzo hecho por una pareja de Florida, Keith y Kathy Hayes, quienes durante seis años, a comienzos de la década de 1950, criaron un chimpancé llamado Vicky como si fuera un bebé humano. Durante ese tiempo, Vicky aprendió cuatro palabras, «mamá», «papá», «taza» y «arriba». Su pronunciación era trabajosa, y sus adelantos lentos. Las dificultades de Vicky parecieron confirmar la creciente convicción de los científicos de que el hombre era el único animal capaz de hablar. Una afirmación típica es la siguiente, hecha por George Gaylord Simpson: «El lenguaje es... el mayor rasgo individual de diagnóstico del hombre; ningún otro organismo vivo habla».

Esto parecía tan evidente que durante los siguientes quince años nadie se molestó en enseñar a hablar a un simio. Luego, en 1966, en Reno, Nevada, la pareja formada por Beatrice y Allan Gardner vio unas películas en las que Vicky hablaba. Les pareció que no era que a Vicky le resultara difícil el lenguaje, sino el habla. Notaron que si bien los movimientos de sus labios eran torpes, los gestos de sus manos eran fluidos y expresivos. La conclusión obvia era intentar el lenguaje de los signos.

En junio de 1966, los Gardner empezaron a enseñar el lenguaje estadounidense de signos manuales (Ameslan), que es el lenguaje que se les enseña a los sordos, a una cría de chimpancé

llamada Washoe. Los progresos de Washoe con el Ameslan fueron rápidos. Hacia 1971 poseía un vocabulario de ciento sesenta signos, que usaba en la conversación. Hacía, también, nuevas combinaciones de palabras para designar cosas que nunca había visto: cuando le mostraron una sandía por primera vez la llamó «fruta de agua».

El trabajo de los Gardner fue muy controvertido. Ocurría que muchos científicos sostenían que los monos eran incapaces de aprender un lenguaje. (Como dijo un investigador: «¡Por Dios! ¡Pensar en todos esos hombres eminentes, autores de informes eruditos durante tantas décadas, y todos afirmaban que el lenguaje era privativo del hombre! ¡Qué lío!»).

El talento de Washoe provocó una nueva variedad de experimentos en la enseñanza del lenguaje. Un chimpancé hembra llamado Lucy aprendió a comunicarse por medio de una computadora; a otro, llamado Sarah, le enseñaron a usar lápices de cera en una pizarra. Se estudiaron también otros simios. Un orangután llamado Alfred inició su instrucción en 1971; un gorila del llano, llamado Koko, en 1972; y en 1973 Peter Elliot empezó a trabajar con un gorila hembra de montaña, Amy.

Durante la primera visita que hizo al hospital para conocer a Amy, lo que vio fue una criatura patética, fuertemente sedada, con cuerdas alrededor de sus frágiles brazos y piernas negros. Le acarició la cabeza y le dijo suavemente:

—Hola, Amy. Me llamo Peter.

De inmediato, Amy le mordió la mano y se la hizo sangrar.

De este comienzo poco esperanzador, surgió un exitoso y muy singular programa de investigación. En 1973, se conocía muy bien una técnica básica de aprendizaje, llamada moldeamiento. Se mostraba un objeto al animal, y el investigador simultáneamente moldeaba la mano del animal para formar el signo correspondiente, hasta que se producía la asociación. Pruebas subsiguientes confirmaron que el animal entendía el significado del signo.

Aunque se aceptaba la metodología básica, la aplicación era muy competitiva. Los investigadores competían acerca de la proporción de signos a adquirir, o vocabulario. (Entre los seres humanos, se consideraba que el vocabulario era la mejor medida de inteligencia). La proporción de adquisición de signos podía interpretarse como una medida de la habilidad del investigador o de la inteligencia del animal...

Ya se reconocía claramente que los simios tenían distintas personalidades. Como comentó un investigador: «Los estudios póngidos constituyen tal vez el único terreno en que los chismes académicos se centran en los estudiantes y no en los profesores». En el mundo cada vez más competitivo y disociador de la investigación de primates, se ha dicho que Lucy era borracha, Koko un maleducado, que a Lana se le subió la celebridad a la cabeza («sólo trabaja cuando hay un entrevistador presente») y que Nim era terriblemente torpe.

A simple vista, parecía extraño que se hubiera atacado a Peter Elliot, pues este hombre apuesto y tímido, hijo de un tintorero del condado de Marin, había evitado toda controversia durante los años que había trabajado con Amy. Las publicaciones de Elliot eran modestas y prudentes; su progreso con Amy, bien documentado; no demostraba interés en la publicidad y no se contaba entre aquellos investigadores que llevaban sus monos a los programas de televisión.

Pero el modo de ser apocado de Elliot no sólo ocultaba una inteligencia rápida, sino una ambición feroz. Si evitaba toda controversia, era porque no tenía tiempo para esas cosas: desde

hacia años él, su personal e incluso Amy trabajaban de noche y hasta los fines de semana. Era muy hábil para conseguir subvenciones, y en los congresos tejanos, mientras los demás aparecían luciendo tejanos y camisas a cuadros de leñador, Elliot vestía un riguroso terno. Tenía la intención de ser el más importante investigador de primates, y que Amy fuera el simio más importante.

Tal era la habilidad de Elliot en conseguir beca que para 1975 tenía cuatro empleados que trabajaban a tiempo completo con Amy. En 1978, el proyecto Amy tenía un presupuesto de ciento sesenta mil dólares y su personal estaba formado por ocho personas, entre las que se incluía a un psicólogo infantil y a un programador de ordenadores. Un miembro del personal del Instituto Bergen dijo más tarde que la atracción de Elliot consistía en el hecho de ser «una buena inversión. Por ejemplo, el proyecto Amy rendía cincuenta por ciento más de tiempo de computación por el dinero invertido porque trabajaba de noche y los fines de semana, cuando el tiempo cuesta menos. Elliot resultaba eficaz desde el punto de vista del costo. Y era un investigador meticuloso, por supuesto. Evidentemente, quería una sola cosa en la vida: trabajar con Amy. Eso hacía muy aburrida su conversación pero lo convertía en una buena inversión, desde nuestro punto de vista. Es difícil decidir quién es verdaderamente brillante. Es más sencillo ver quién está más interesado en su trabajo, lo que a la larga puede ser más importante. Esperábamos grandes cosas de Elliot».

Las dificultades de Peter Elliot empezaron en la mañana del 2 de febrero de 1979. Amy vivía en una caravana aparcada en el campus de la Universidad de Berkeley; pasaba la noche sola y por lo general daba una calurosa acogida al día siguiente. Sin embargo, esa mañana el personal del proyecto Amy la encontró de un humor inusualmente sombrío; estaba muy irritable, con los ojos hinchados. Se comportaba como si le hubieran hecho algo malo.

Elliot pensó que estaba molesta por algo que había ocurrido durante la noche. Cuando se lo preguntó, ella hizo signos que significaban «caja de dormir», una nueva combinación de palabras que no entendió. Eso, en sí, no era extraño. Amy hacía nuevas combinaciones de palabras continuamente, y a menudo eran difíciles de descifrar. Unos pocos días antes había intrigado a todos al hablar de «leche de cocodrilo». Luego se dieron cuenta de que la leche que le habían servido se había vuelto agria, y que como no le gustaban los cocodrilos (que sólo había visto en libros), había llegado a la conclusión de que la leche agria era leche «de cocodrilo».

Ahora se refería a una «caja de dormir». Al principio pensaron que se trataba de su cama, semejante a un nido.

Resultó que usaba la palabra «caja» para referirse al televisor.

Todo lo que había en su casa, incluyendo el televisor, era controlado durante las veinticuatro horas del día por un ordenador. Fueron a comprobar si durante la noche el televisor se había encendido perturbando su sueño. Como a Amy le gustaba mirar televisión, era concebible que se las hubiera arreglado para encenderlo sola. Pero Amy los miró con desprecio mientras ellos hacían sus averiguaciones. Evidentemente, se refería a otra cosa.

Finalmente determinamos que por «caja de dormir» hacía alusión a «imágenes mientras dormía». Cuando le preguntaron acerca de estas imágenes, la gorila dio a entender que eran «malas» y «viejas» y que «hicieron llorar a Amy».

Había estado soñando.

El hecho de que Amy fuese el primer simio que se refería a sus sueños causó una excitación

tremenda entre el personal de Elliot. Pero no duró mucho. Aunque las siguientes noches Amy continuó soñando, se negaba a discutir sus sueños; en realidad, parecía culpar a los investigadores por esta nueva y confusa intrusión en su vida mental. Pero lo peor fue que su comportamiento se deterioró de forma alarmante.

Su promedio de adquisición de palabras decayó de 2,7 palabras por semana a 0,8; y el de formación espontánea de palabras pasó de 1,9 a 0,3. Su capacidad de atención se redujo a la mitad. Los cambios repentinos de humor aumentaron. Su comportamiento se tornó caprichoso e irrazonable; los enfados eran cosa de todos los días. Amy medía un metro y medio de estatura y pesaba sesenta y cinco kilos. Era un animal enormemente fuerte. El personal empezó a preguntarse si podría controlarla.

Su negativa a hablar de sus sueños frustraba a los investigadores. Intentaron una variedad de enfoques: le mostraron figuras de libros y revistas; operaron los monitores de vídeo a toda hora, por si ella empleaba algún signo estando sola (como los niños pequeños, Amy a menudo «hablaba sola»); llegaron a someterla a una serie de tests neurológicos, incluso a un electroencefalograma.

Finalmente, se les ocurrió pintarle los dedos.

Esto tuvo éxito inmediato. Amy se mostró entusiasmada y después de que mezclaran pimienta de cayena con los pigmentos, dejó de chuparse los dedos. Dibujaba imágenes repetitivas con mucha rapidez, y la tensión pareció remitir. Volvió a ser la Amy de antes.

David Bergman, el psicólogo infantil, notó que lo que «Amy dibuja es en realidad un grupo de imágenes aparentemente relacionadas: formas de semicírculos invertidos, o medias lunas, siempre asociadas con un área de rayas verticales verdes. Amy dice que las rayas representan la selva, y llama a los semicírculos “cosas malas” o “casas viejas”. Además, a menudo dibuja círculos negros, que llama “agujeros”».

Bergman les dijo que tuvieran cuidado con llegar a la conclusión de que estaba dibujando viejos edificios en la jungla. «Al observarla hacer dibujos, uno tras otro, una y otra vez, más me convenzo de la naturaleza obsesiva y privada de las imágenes. Amy se siente mortificada por éstas, y trata de sacárselas de encima, de desterrarlas al papel».

En realidad, la naturaleza de las imágenes siguió siendo un misterio para el personal de Proyecto Amy. Para fines de abril de 1979, llegaron a la conclusión de que sus sueños podían ser explicados de cuatro formas. En orden de seriedad, eran éstas:

1. *Los sueños son un intento por racionalizar acontecimientos de su vida diaria.* Ésta es la explicación usual de los sueños (humanos), pero el personal dudaba de que pudiera aplicarse al caso de Amy.
2. *Los sueños son una manifestación adolescente transitoria.* A los siete años, Amy era una gorila adolescente, y desde hacía casi un año había demostrado características típicas de los adolescentes, incluidas rabietas y malhumor, preocupación melindrosa por su aspecto, un nuevo interés en el sexo opuesto.
3. *Los sueños son un fenómeno específico de la especie.* Era posible que todos los gorilas tuvieran sueños perturbadores, y que en estado de salvajismo el grupo se ocupara de las tensiones resultantes. A pesar de que desde hacía veinte años se estudiaba a los gorilas en

estado salvaje, no había evidencia de ello.

4. *Los sueños son el primer síntoma de una demencia incipiente.* Ésta era la posibilidad más temida. Para adiestrar eficazmente a un simio, había que empezar con una cría; a medida que pasaban los años, los investigadores esperaban ver si, al crecer, el animal sería un espécimen inteligente o estúpido, obstinado o maleable, sano o enfermo. La salud de los simios era una preocupación constante; muchos programas fracasaban después de años de esfuerzos y gastos al morir los monos por una enfermedad física o mental. Timothy, un chimpancé de Atlanta, se volvió psicótico en 1976 y se suicidó por coprofagia, sofocándose en sus propias heces. Maurice, un orangután de Chicago, se volvió intensamente neurótico, desarrollando fobias que en 1977 impidieron seguir trabajando con él. Para bien o para mal, la misma inteligencia que hacía que ciertos simios fueran dignos de ser estudiados, también los hacía tan inestables como los seres humanos.

Pero el personal del Proyecto Amy fue incapaz de realizar mayores progresos. En mayo de 1979 tomaron una decisión que resultó ser fundamental: decidieron publicar los dibujos de Amy, y presentaron sus imágenes al *Journal of Behavioral Sciences*.

Adelanto

«El comportamiento onírico de un gorila de montaña» no se publicó nunca. El trabajo fue enviado, como era rutina, a tres científicos del comité editorial para ser revisado, y de alguna forma (no se sabe cómo) una copia cayó en manos de la Agencia de Preservación de Primates, un grupo de Nueva York formado en 1975 para impedir «la explotación injustificada e ilegítima de primates inteligentes en innecesarias investigaciones de laboratorio».^[1]

El 3 de junio, la APP empezó a vigilar por piquetes el Departamento de Zoología de Berkeley, pidiendo la «libertad» de Amy. La mayoría de los manifestantes eran mujeres, y había varios niños presentes. Vídeos de un niño de ocho años sosteniendo un cartel con la foto de Amy y gritando «¡Libertad a Amy! ¡Liberen a Amy!» aparecieron en los noticieros de la televisión local.

El personal del Proyecto Amy cometió un error táctico y decidió ignorar las protestas excepto por un breve comunicado de Prensa en el que se manifestaba que la APP estaba «mal informada». El comunicado fue escrito en papel con membrete de la Oficina de Informaciones de Berkeley.

El 5 de junio, la APP publicó comentarios acerca del trabajo del profesor Elliot expresados por otros primatólogos del país. (Muchos negaron posteriormente los comentarios o alegaron haber sido citados erróneamente). El doctor Wayne Turman, de la Universidad de Oklahoma, fue citado diciendo que el trabajo de Elliot era «extravagante y poco ético». La doctora Felicity Hammond, del Centro de Investigaciones de Primates Yerkes, de Atlanta, dijo que «ni Elliot ni sus investigaciones son de primera clase». El doctor Richard Aronson, de la Universidad de Chicago, decía que la investigación era «claramente de naturaleza fascista».

Ninguno de estos científicos leyó el trabajo de Elliot antes de hacer su comentario, pero el daño que ocasionaron, particularmente Aronson, fue incalculable. El 8 de junio, Eleanor Vries, portavoz de la APP, se refirió a la «investigación criminal del doctor Elliot y su personal nazi»; alegaba que las investigaciones de Elliot causaban pesadillas en Amy, y que ésta era sometida a torturas, drogas y tratamiento de electrochoque.

Tardíamente, el 10 de junio, el personal del Proyecto Amy preparó un largo comunicado de Prensa explicando su posición en detalle y refiriéndose al trabajo no publicado. Pero la Oficina de Informaciones de la Universidad estaba «demasiado ocupada» para publicar el alegato.

El 11 de junio, el cuerpo de profesores de Berkeley programó una reunión para considerar «problemas de conducta ética» dentro de la Universidad. Eleanor Vries anunció que la APP había contratado al famoso abogado de San Francisco Melvin Belli «para liberar a Amy de la subyugación». Belli no estaba disponible para hacer comentarios.

Ese mismo día, el personal del Proyecto Amy dio inesperadamente un gran paso hacia la comprensión de los sueños de Amy.

En medio de toda la publicidad y la conmoción, el grupo había seguido trabajando diariamente con Amy, cuya congoja y enfados servían de constante recordatorio de que no habían solucionado el problema inicial. Persistían en su búsqueda de pistas, aunque cuando por fin encontraron una, fue casi por accidente.

Sarah Johnson, asistente de investigación, estaba examinando yacimientos arqueológicos en el Congo, ante la remota posibilidad de que Amy hubiera visto uno de esos sitios («viejos edificios en la jungla») en su infancia, antes de ser llevada al zoológico de Minneapolis. Rápidamente, Sarah Johnson descubrió los hechos pertinentes relacionados con el Congo: la región no había sido explorada por observadores occidentales hasta hacía cien años; en tiempos recientes, tribus hostiles y guerras civiles habían tornado azarosa la investigación histórica; finalmente, el ambiente húmedo de la jungla no se prestaba para la conservación de artefactos.

Esto significaba que era muy poco lo que se sabía acerca de la prehistoria congoleña. La investigadora completó su estudio en pocas horas. Como no quería acabar tan pronto con su tarea, se quedó consultando otros libros en la biblioteca de antropología: de etnografía, de historia, informes antiguos. Los primeros en llegar al interior del Congo fueron árabes traficantes de esclavos y mercaderes portugueses, y varios habían escrito informes de sus viajes. Como Sarah no sabía leer ni árabe ni portugués, se conformó con mirar las láminas. Así fue como vio una que, según dijo ella misma, «me produjo un escalofrío».

Se trataba de un grabado portugués fechado originariamente en 1642 y reimpresso en un volumen de 1842. La tinta estaba amarillenta y el papel muy frágil y raído, pero se veían claramente las ruinas de una ciudad en la jungla, cubierta de enredaderas y helechos gigantes. Las puertas y las ventanas estaban construidas con arcos semicirculares, exactamente como los que había dibujado Amy.

«Fue —dijo posteriormente Elliot— la clase de oportunidad que se presenta a un investigador una vez en la vida, si tiene suerte. Por supuesto, no sabíamos nada de la lámina. La leyenda estaba escrita con caligrafía ondeante e incluía una palabra que parecía “Zinj”; la fecha era 1642. Inmediatamente contratamos traductores con conocimientos de árabe arcaico y portugués del siglo XVII, pero no se trataba de eso. Se trataba de que teníamos la oportunidad de verificar un problema teórico importante. Las imágenes de Amy parecían ser un claro ejemplo de memoria genética específica».

Marais fue el primero en postular la memoria genética, en 1911, y desde entonces ha sido vigorosamente debatida. En su forma más simple, la teoría postula que el mecanismo de la herencia genética, que gobierna la transmisión de todos los rasgos físicos, no se limita solamente a rasgos físicos. El comportamiento está claramente determinado genéticamente en los animales inferiores, que nacen con comportamientos complejos que no necesitan aprender. Pero los animales superiores tienen un comportamiento más flexible, que depende del aprendizaje y de la memoria. La cuestión era si los animales superiores, especialmente los monos y los hombres, tenían alguna parte de su psique fijada por los genes.

Elliot opinaba que con Amy y el reciente descubrimiento de Sarah Johnson, tenía evidencia de esa memoria. Amy había sido traída de África cuando sólo tenía siete meses de edad. A menos que

hubiera visto esa ciudad en ruinas en su infancia, sus sueños representaban una memoria genética específica que podía ser verificada mediante un viaje a África. Para la noche del 11 de junio, el personal del Proyecto Amy había decidido emprender ese viaje. Si podían arreglarlo —y costearlo— volverían a llevar a Amy a África.

El 12 de junio, el equipo esperó que los traductores completaran el trabajo sobre el material encontrado. Las traducciones corregidas estarían listas, se esperaba, en dos días. Un viaje a África para Amy y dos miembros del personal costaría, por lo menos, treinta mil dólares, una parte sustancial del presupuesto anual total. Transportar un gorila al otro hemisferio significaba enfrentarse a una engorrosa serie de reglamentos aduaneros y burocráticos.

Evidentemente, necesitaban la ayuda de expertos, pero no sabían a quién acudir. Y luego, el 13 de junio, una tal doctora Karen Ross, de una de las instituciones patrocinadoras, el Fondo de Recursos Terrestres para la Vida Salvaje, llamó desde Houston para decirles que ella conduciría una expedición al Congo al cabo de un par de días. Y aunque no demostró ningún interés en llevar a Peter Elliot o a Amy consigo, transmitió —al menos por teléfono— una tranquilizante familiaridad con la forma en que se organizaba una expedición a lugares remotos del mundo.

Cuando Karen le preguntó si podía viajar a San Francisco para hacerle algunas consultas, el doctor Elliot respondió que estaría encantado de conversar con ella cuando lo creyese conveniente.

Cuestiones legales

Peter Elliot recordaba el 14 de junio de 1979 como un día de cambios repentinos. Comenzó a las ocho de la mañana en el bufete de Sutherland, Morton & O'Connell, de San Francisco, debido a la amenaza de juicio de custodia de la APP, problema que cobraba importancia desde el momento que planeaba sacar a Amy del país.

Se reunió con John Morton en la biblioteca de paredes recubiertas de madera del bufete, que daba a la calle Grant. Morton tomó nota en una libreta de hojas amarillas.

—Me parece que usted tiene razón —empezó diciendo Morton—, pero primero deme unos datos. ¿Amy es una gorila?

—Sí, una gorila de montaña.

—¿Edad?

—Siete años.

—¿Todavía es cachorro?

Elliot le explicó que los gorilas maduraban entre los seis y los ocho años, de modo que Amy era una adolescente y equivalía a una mujer de unos dieciséis años.

Morton tomó apuntes en su libreta.

—¿Podría decirse que todavía es menor de edad?

—¿Es necesario decirlo?

—Me parece que sí.

—Sí, todavía es menor —dijo Elliot.

—¿De dónde vino? Originariamente, quiero decir.

—Una turista de apellido Swenson la encontró en África, en una aldea llamada Bagimindi. La madre de Amy fue sacrificada por los nativos, por la carne. La señora Swenson compró a la hija.

—De modo que no se crió en cautiverio —dijo Morton, escribiendo en la libreta.

—No. La señora Swenson la trajo de viaje de regreso a los Estados Unidos y la donó al zoológico de Minneapolis.

—¿Cedió sus derechos de propiedad?

—Supongo que sí —dijo Elliot—. Hemos tratado de comunicarnos con ella para preguntarle acerca de los primeros meses de vida de Amy, pero no está en el país. Al parecer viaja constantemente. Está en Borneo. De todos modos, cuando enviaron a Amy a San Francisco, llamé al zoológico de Minneapolis para preguntar si podía conservarla para estudiarla. El zoológico dijo que sí, durante tres años.

—¿Pagó dinero?

—No.

—¿Se hizo un contrato por escrito?

—No. Simplemente llamé al director del zoológico...

Morton asintió.

—Acuerdo oral... —dijo, escribiendo—. ¿Y cuándo se cumplieron los tres años?

—Fue en la primavera de 1976. Pedí una extensión al zoológico por seis años, y me la dieron.

—¿Otra vez en forma oral?

—Sí. Llamé por teléfono.

—¿No hubo correspondencia?

—No. No parecían muy interesados cuando llamé. A decir verdad, me parece que se habían olvidado de Amy. El zoológico tiene cuatro gorilas, de todas maneras.

Morton frunció el entrecejo.

—Un gorila, ¿no es un animal bastante caro? Suponga que quisiera comprar uno para tenerlo en casa, o para un circo.

—Los gorilas están incluidos entre las especies en peligro de extinción; no se los puede comprar para tenerlos en casa. Pero sí, son bastante caros.

—¿Cuánto cuestan?

—Bueno, no existe un precio establecido de mercado, pero puede costar unos veinte o treinta mil dólares.

—¿Y todos estos años usted le ha estado enseñando a comunicarse?

—Sí —dijo Peter—. Mediante el lenguaje estadounidense de signos. Ya tiene un vocabulario de seiscientas palabras.

—¿Es mucho eso?

—Más que cualquier otro primate conocido.

Morton asintió, tomando nota.

—¿Trabaja con ella todos los días, en una investigación permanente?

—Sí.

—Bien —dijo Morton—. Eso ha sido muy importante en los juicios de custodia hasta el presente.

Desde hacía más de cien años había movimientos organizados en los países occidentales para terminar con los experimentos con animales. Comenzaron con los antiviviseectores, que formaron organizaciones cuyos miembros eran fanáticos amantes de los animales, decididos a prohibir toda clase de experimentos con éstos.

En todos esos años, los científicos habían desarrollado una defensa aceptable en los tribunales. Los investigadores argumentaban que sus experimentos tenían como objeto mejorar la salud y el bienestar de la Humanidad, prioridad superior al bienestar de los animales. Alegaban que nadie se oponía a que se usara a los animales como bestias de carga o para trabajos agrícolas, labores monótonas y fatigosas a las que se había sometido a los animales desde hacía miles de años. El utilizar animales en experimentos científicos no hacía más que extender la idea de que los animales eran sirvientes de las empresas humanas.

Además, los animales eran, literalmente, bestias. No tenían conciencia del yo, ni reconocimiento de su existencia en la naturaleza. Esto significaba, según el filósofo George H. Mead, que «los animales no tienen derechos. Podemos privarlos de la vida; no se comete crimen alguno al así hacerlo. El animal no pierde nada».

Muchas personas se preocuparon ante estas opiniones, pero todo intento por establecer pautas

encontró problemas lógicos. Los más obvios se referían a los animales que están más abajo en la escala filogenética. Algunos investigadores realizaban operaciones a perros, gatos y otros mamíferos sin anestesia, pero ¿qué pasaba con los gusanos anélidos, cangrejos, sanguijuelas y calamares? Ignorar a estas criaturas era una forma de «discriminación taxonómica». Pero si estos animales merecían consideración, ¿no era igualmente incorrecto arrojar una langosta viva a una olla de agua hirviendo?

La cuestión de lo que constituía crueldad hacia los animales se vio confundida por las mismas sociedades protectoras de animales. En algunos países, se opusieron a la exterminación de las ratas, y en 1968 hubo un absurdo caso farmacéutico en Australia.^[2]

Debido a estas ironías, los tribunales vacilaban en interferir en los experimentos con animales. En la práctica, los investigadores hacían lo que querían. El volumen de la experimentación con animales era extraordinario: durante la década de 1970, sesenta y cuatro millones de animales fueron sacrificados anualmente en experimentos llevados a cabo en los Estados Unidos.

Pero las actitudes habían cambiado gradualmente. Los estudios lingüísticos con delfines y simios revelaron que estos animales no sólo eran inteligentes sino conscientes de sí mismos. Se reconocían en el espejo y en fotos. En 1974, los mismos científicos formaron la Liga Internacional de Protección a los Primates para dirigir las investigaciones con simios. En marzo de 1978, el gobierno de la India prohibió la exportación de monos Rhesus a los laboratorios del mundo. Y hubo ciertos casos legales en los que se llegó a la conclusión de que, después de todo, los animales tienen derechos.

El punto de vista antiguo era análogo al de la esclavitud: el animal era propiedad de su dueño, que podía hacer con él lo que se le antojara. Pero luego, la propiedad pasó a ser secundaria. En febrero de 1977 hubo un caso que involucraba a un delfín llamado Mary, soltado en el océano por un técnico de laboratorio. La Universidad de Hawai denunció al técnico, acusándolo de la pérdida de un valioso animal dedicado a la investigación. Hubo dos juicios, que terminaron con jurados que se abstuvieron de llegar a una decisión. El caso fue archivado.

En noviembre de 1978 hubo un caso de custodia por un chimpancé llamado Arthur, que estaba muy aventajado en el uso del lenguaje de signos. Era propiedad de la Universidad de John Hopkins, que decidió venderlo y dar por concluido el programa. Su adiestrador, William Levine, entabló un juicio y ganó la custodia sobre la base de que Arthur sabía comunicarse, por lo que había dejado de ser un chimpancé.

—Uno de los hechos pertinentes —dijo Morton— fue que, al ser confrontado con otros chimpancés, Arthur lo hizo correctamente, excepto que en ambas oportunidades puso su propia fotografía en la pila de las personas. Era obvio que no se consideraba a sí mismo un chimpancé, y el tribunal decidió que debería permanecer con su adiestrador, pues una separación le ocasionaría una severa angustia psíquica.

—Amy llora cuando la dejo —dijo Elliot.

—Cuando hace un experimento, ¿consigue que le dé permiso?

—Siempre —respondió Elliot, sonriendo. Era evidente que Morton no tenía ni idea de lo que significaba tratar todos los días con Amy. Era esencial conseguir su permiso para cualquier acto, incluso para viajar en coche. Se trataba de un animal fuerte y podía ser muy testaruda.

—¿Mantiene un registro de su aquiescencia?

—Vídeos.

—¿Entiende ella el experimento que le propone?

Él se encogió de hombros.

—Ella dice que sí.

—¿Sigue un sistema de recompensas y castigos?

—Todos los conductistas animales lo hacen.

Morton frunció el entrecejo.

—¿Cómo son los castigos?

—Bueno, cuando se porta mal hago que se ponga en un rincón, de cara a la pared. O si no la mando temprano a la cama sin darle su bocadillo de mantequilla de cacahuete.

—¿La somete a tortura o a electrochoques?

—Eso es ridículo.

—¿Nunca castiga físicamente al animal?

—Es un animal enorme. Por lo general trato de que no se enfade y termine por castigarme a mí.

Morton sonrió y se puso de pie.

—Todo irá perfectamente —dijo—. Cualquier tribunal decidirá que Amy es su pupila y que usted es quien debe decidir su caso. —Vaciló—. Sé que le parecerá extraño, pero ¿podría poner a Amy en el estrado?

—Supongo que sí —respondió Elliot—. ¿Cree que puede llegar a eso?

—No en este caso —dijo Morton—, pero tarde o temprano, sucederá. Esté atento: dentro de diez años habrá un caso de custodia de un primate que sepa el lenguaje de signos, y pondrán al simio en el banquillo de los testigos.

Elliot le estrechó la mano, y le dijo que se marchaba.

—Por cierto, ¿tendré problema en sacarla del país?

—*Si existe* una reclamación por custodia, tal vez le cueste un poco sacarla del Estado —dijo Morton—. ¿Piensa sacarla del país?

—Sí.

—En ese caso, mi consejo es que se dé prisa y no diga nada a nadie.

Elliot llegó a su oficina del tercer piso del Departamento de Zoología poco después de las nueve. Su secretaria, Carolyn, le dijo:

—Ha llamado una tal doctora Ross del Fondo para la Vida Salvaje de Houston; está camino a San Francisco. Llamó un tal señor Hakamichi trece veces; dice que es importante. La reunión de personal del Proyecto Amy es a las diez. Y Windy está en su oficina.

—¿En serio?

James Weldon era un profesor antiguo en el departamento, un hombre débil y jactancioso. En las caricaturas del departamento dibujaban por lo general a Windy Weldon con un dedo en el aire: era muy habilidoso a la hora de saber en qué dirección soplaban el viento. Hacía varios días que evitaba a Peter Elliot y a su personal.

Elliot entró en su despacho.

—Bueno, Peter, muchacho —dijo Weldon, extendiendo la mano para dar su versión de un caluroso apretón—. Llegas temprano.

Elliot se tornó cauteloso de inmediato.

—Se me ocurrió adelantarme a las multitudes —dijo.

Los miembros del piquete no llegaban hasta las diez, a veces más tarde, dependiendo de la hora en que habían quedado en ver a los de la televisión. Así funcionaban las cosas: protesta mediante cita.

—Ya no vienen más —dijo Weldon con una sonrisa.

Entregó a Elliot la última edición de *Chronicle*, donde había una historia, en primera página, alrededor de la cual alguien había trazado un círculo con tinta negra. Eleanor Vries había renunciado a su cargo como directora regional de la APP, alegando exceso de trabajo y presiones personales. Una declaración de la APP de Nueva York indicaba que habían interpretado erróneamente la naturaleza y contenido de la investigación de Elliot.

—¿Qué significa esto? —preguntó Elliot.

—La oficina de Belli revisó tu trabajo y las declaraciones públicas de la Vries acerca de torturas, y llegó a la conclusión de que la APP se exponía a una acusación por difamación —dijo Weldon—. La oficina de Nueva York está aterrorizada. Hoy mismo se comunicarán contigo para hacerte alguna proposición.

—¿Qué hay de la reunión de profesores de la semana que viene?

—Oh, es esencial —dijo Weldon—. No hay duda de que los profesores queremos discutir la conducta poco ética de parte de los medios de comunicación, y presentar una declaración firme en tu defensa. Yo estoy redactando la que presentará mi cátedra.

Elliot no dejó de advertir lo irónico que resultaba todo aquello.

—¿Estás seguro de que quieres manifestarte abiertamente? —preguntó.

—Cuentas con todo mi apoyo. Espero que lo sepas —dijo Weldon. Estaba inquieto, caminaba por el despacho mirando las paredes cubiertas con los dibujos de Amy. Windy tenía algún otro propósito.

—¿Sigue haciendo los mismos dibujos? —preguntó, por fin.

—Sí —dijo Elliot.

—¿Y siguen sin tener idea de lo que pueden significar?

Elliot hizo una pausa. En el mejor de los casos, era prematuro decir a Weldon lo que ellos pensaban acerca del significado de los dibujos.

—Lo ignoramos por completo —dijo.

—¿Estás seguro? —preguntó Weldon, ceñudo—. A mí me parece que alguien sabe lo que significan.

—¿Por qué lo dices?

—Algo muy extraño ha sucedido —dijo Weldon—. Alguien ha hecho una oferta para comprar a Amy.

—¿Para *comprarla*? ¿De qué hablas?

—Un abogado de Los Ángeles llamó ayer a mi oficina y ofreció comprarla por ciento cincuenta mil dólares.

—Debe de ser algún rico benefactor —dijo Elliot— que trata de impedir que Amy siga siendo torturada.

—Creo que no —dijo Weldon—. Para empezar, la oferta viene de Japón, de parte de un magnate de la electrónica llamado Hakamichi. Me enteré de eso cuando el abogado volvió a llamar esta mañana, para aumentar la oferta a doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Doscientos cincuenta mil dólares? —dijo Elliot—. ¿Por Amy? —Por supuesto, era imposible. Nunca la vendería. Pero ¿por qué ofrecía alguien tanto dinero?

Weldon tenía una respuesta.

—Tanto dinero, un cuarto de millón de dólares, sólo puede provenir de fuentes privadas. De la industria. Evidentemente, Hakamichi ha leído acerca de tu trabajo y ha descubierto una manera de usar en un contexto industrial a los primates que hablan. —Weldon miró el techo, señal segura de que hablaría con elocuencia—. Creo que puede abrirse un nuevo campo en el adiestramiento de primates para la aplicación industrial.

Peter Elliot lanzó una maldición. No estaba enseñando un lenguaje a Amy con el fin de ponerle un casco en la cabeza y un martillo en la mano, y lo dijo.

—Considera el problema en su totalidad —dijo Weldon—. ¿Y si estamos al borde de un nuevo campo de comportamiento aplicado para los grandes simios? Piensa en lo que puede llegar a significar. No sólo fondos para el departamento y oportunidades para la investigación, sino que existiría una razón para mantener vivos a esos animales. Sabes que los grandes simios se están extinguiendo. En África, las colonias de chimpancés han mermado. Los orangutanes de Borneo están perdiendo su hábitat natural, desplazados por la tala de árboles, y se extinguirán en diez años. Quedan menos de tres mil gorilas en los bosques de África Central. Todos estos animales desaparecerán a menos que *haya una razón para mantenerlos vivos* como especie. Tú puedes dar esa razón, Peter, muchacho. Piénsalo.

Elliot lo pensó, y a las diez lo discutió en la reunión con el personal del Proyecto Amy. Consideraron cuál sería la posible aplicación industrial de los simios, y las posibles ventajas para los empleadores, como la falta de sindicatos y de beneficios suplementarios. A fines del siglo XX, éstas eran consideraciones importantes. (En 1978, por cada nuevo automóvil que salía de las líneas de montaje de Detroit, el costo de los beneficios sociales de un trabajador excedía de todo el acero usado para construir el coche).

Pero llegaron a la conclusión de que una visión de «monos industrializados» era un disparate. Un gorila como Amy no era una versión barata y estúpida de un trabajador humano. Exactamente lo opuesto: Amy era una criatura muy inteligente y compleja, y en el moderno mundo industrial estaría fuera de su elemento. Exigía una gran cantidad de supervisión; era caprichosa e inestable, y su salud siempre constituía un riesgo. Sencillamente no tenía sentido utilizarla en la industria. Si Hakamichi tenía visiones de monos esgrimiendo soldadores en una línea de montaje microelectrónica, haciendo televisores y equipos de audio, estaba tristemente mal informado. La única nota de cautela provino de Bergman, el psicólogo infantil.

—Un cuarto de millón es mucho dinero —dijo—, y el señor Hakamichi no debe de ser tonto.

Debe de haberse enterado de Amy por sus dibujos, que dejan ver que es neurótica y difícil. Si está interesado en ella, apuesto a que *es debido a esos dibujos*. Pero no puedo imaginar por qué pueden valer un cuarto de millón de dólares.

Tampoco podía imaginárselo ninguno de los otros, y la discusión pasó a los dibujos mismos, y a los textos recientemente traducidos. Sarah Johnson, a cargo de las investigaciones, empezó con un comentario liso y llano:

—Tengo malas noticias acerca del Congo.^[3]

Explicó que en los anales de la historia no se conocía nada acerca del Congo. Los antiguos egipcios, en el Nilo superior, sólo sabían que su río nacía al sur, lejos, en una región que llamaban la Tierra de los Árboles. Era un lugar misterioso con bosques tan densos que en pleno día eran oscuros como la noche. Extrañas criaturas habitaban esa oscuridad perpetua, entre ellas hombrecitos con cola y animales que eran mitad negros y mitad blancos.

En los cuatro mil años siguientes, poco más se supo acerca del interior de África. Los árabes llegaron a África Oriental en el siglo VII, en busca de oro, marfil, especias y esclavos. Pero los árabes eran mercaderes marinos, y no se aventuraron tierra adentro. Llamaron al interior Zinj —la Tierra de los Negros—, «región de fábula y fantasía». Había historias de vastos bosques y hombres diminutos con cola; historias de montañas que vomitaban fuego y ponían negro el cielo; historias de aldeas de nativos agobiadas por los monos, que tenían comercio carnal con las mujeres; historias de inmensos gigantes de cuerpos velludos y narices planas; historias de criaturas mitad leopardo, mitad hombre; historias de mercados nativos donde se vendían reses humanas, engordadas, como si fueran un manjar exquisito.

Estas historias eran lo bastante espeluznantes para que los árabes no se alejaran de la costa, aun cuando había otras ciertamente atrayentes: montañas de brillante oro, lechos de ríos llenos de diamante, animales que hablaban el idioma de los hombres, grandes civilizaciones de la jungla de inimaginable esplendor. Existía una historia en particular que se repetía una y otra vez en las primeras crónicas: la historia de la Ciudad Perdida de Zinj.

Según la leyenda, había una ciudad, conocida por los hebreos durante los tiempos de Salomón, que era inconcebiblemente rica en diamantes. La ruta de caravanas para llegar a la ciudad era celosamente guardada, generación tras generación, y transmitida de padres a hijos como una sagrada responsabilidad. Aun así, las minas de diamantes se habían agotado, y ahora la ciudad permanecía en ruinas, en algún lugar del corazón de África. Las arduas rutas que recorrían las caravanas habían sido devoradas por la jungla hacía muchísimo tiempo, y el último traficante que recordaba el camino se había llevado el secreto a la tumba hacía cientos de años.

Los árabes llamaban a este misterioso y fascinante lugar la Ciudad Perdida de Zinj.^[4]

Sin embargo, a pesar de su fama perdurable, la señorita Johnson encontró pocas descripciones detalladas de la ciudad. En 1187 Ibn Baratu, un árabe de Mombasa, apuntó que «los nativos de la región hablan... de una ciudad perdida, tierra adentro, lejos, llamada Zinj. Allí los habitantes, que

son negros, vivieron una vez en la riqueza y el lujo; hasta los esclavos se adornaban con joyas y especialmente con diamantes azules, pues hay allí un gran depósito de ellos».

En 1292, un persa llamado Mohammed Zaid declaró que «un gran diamante (del tamaño) del puño cerrado de un hombre... fue exhibido en las calles de Zanzíbar, y todos decían que provenía del interior donde se encuentran las ruinas de una ciudad llamada Zinj, y es aquí donde pueden hallarse diamantes en profusión desparramados en el suelo y también en los ríos...».

En 1334, otro árabe, Ibn Mohammed, escribió que «nuestro representante hizo arreglos para buscar la ciudad de Zinj, pero desistió al enterarse de que la ciudad había sido abandonada hace mucho, y no es más que ruinas. Se dice que el aspecto de la ciudad es muy extraño, pues las puertas y ventanas están hechas con la curva de la media luna, y que las residencias están en poder de una raza violenta de hombres velludos que hablan en susurros un idioma desconocido...».

Luego llegaron los portugueses, infatigables viajeros. Hacia 1544 se aventuraban tierra adentro desde la costa occidental remontando el río Congo, pero pronto encontraron obstáculos que les impidieron explorar África Central durante cientos de años. El Congo no era navegable más allá del primer grupo de rápidos, a poco más de trescientos kilómetros de la costa (en lo que una vez fuera Leopoldville, y hoy es Kinshasa). Los nativos eran hostiles y caníbales. Y la jungla hirviente era fuente de enfermedades —malaria, enfermedad del sueño, esquistosomiasis, paludismo— que diezmaban a los intrusos extranjeros.

Los portugueses nunca lograron penetrar en el Congo central. Tampoco pudieron hacerlo los ingleses, al mando del capitán Brenner, en 1644; toda su expedición se perdió. El Congo seguiría siendo, durante doscientos años, un lugar en blanco en los mapas civilizados del mundo.

Pero los primeros exploradores repitieron las leyendas del interior, incluyendo la historia de Zinj. Un artista portugués, Juan Diego de Valdez, hizo un dibujo muy aclamado de la Ciudad Perdida de Zinj, en 1642.

—Pero —dijo Sarah Johnson— también dibujó a hombres con cola y monos manteniendo comercio carnal con mujeres nativas. Aparentemente, Valdez era lisiado —prosiguió—. Pasó toda la vida en la ciudad de Setúbal, bebiendo con los marineros y basándose para hacer sus dibujos en las conversaciones que sostenía con ellos.

África no fue totalmente explorada hasta mediados del siglo XIX, por Burton y Speke, Baker y Livingstone, y en especial por Stanley. Ninguno de ellos encontró ni rastros de la Ciudad Perdida de Zinj. En los últimos cien años tampoco se habían encontrado señas de ella.

Una profunda tristeza se apoderó de los integrantes del Proyecto Amy.

—Os advertí que traía malas noticias —dijo Sarah Johnson.

—¿Quieres decir —dijo Peter Elliot—, que esta lámina se basa en una descripción, y que en realidad no sabemos si la ciudad existe o no?

—Me temo que así es —respondió Sarah Johnson—. No existen pruebas de que la ciudad de la lámina exista. No es más que una historia.

Resolución

La confianza incuestionable que depositaba Peter Elliot en los datos seguros del siglo XX —hechos, números, gráficos— no lo preparaba para la posibilidad de que el grabado de 1642, con todos sus detalles, fuera simplemente la fantástica especulación de un artista desinhibido. La noticia causó estupor.

Los planes para llevar a Amy al Congo parecieron de repente ingenuamente infantiles: el parecido entre sus dibujos esquemáticos e incompletos y el grabado de Valdez de 1642 era evidentemente una coincidencia. ¿Cómo podían imaginar que la Ciudad Perdida de Zinj fuera otra cosa que una antigua fábula? En el mundo del siglo XVII, de horizontes dilatados y nuevas maravillas, la idea de una ciudad así habría parecido perfectamente razonable, incluso posible. Pero en el computerizado siglo XX, la existencia de la Ciudad Perdida de Zinj era tan probable como Camelot o Xanadú. Habían sido tontos en tomarla en serio un solo instante.

—La ciudad perdida no existe —dijo Elliot.

—Oh, sí existe —afirmó ella—. De *eso* no hay duda.

Elliot levantó la mirada rápidamente, y entonces se dio cuenta de que no era Sarah Johnson quien le había contestado. En la parte de atrás de la habitación había una muchacha alta, delgada, de veintitantos años. Podría haberse dicho que era hermosa, de no ser por su aspecto frío y reservado. Llevaba un traje severo, serio, y tenía un maletín que dejó sobre la mesa y procedió a abrir.

—Soy la doctora Ross —anunció—, del Fondo para la Vida Salvaje, y necesito su opinión acerca de estas fotos.

Hizo circular una serie de fotografías, que el personal observó mientras lanzaban silbidos y suspiros varios. En la cabecera de la mesa, Elliot aguardaba impacientemente a que le llegaran las fotos.

Eran imágenes en blanco y negro, con rayas horizontales, tomadas de una pantalla de vídeo. Pero la imagen era inconfundible: una ciudad en ruinas, en medio de la jungla, con curiosas puertas y ventanas en forma de media luna.

—¿Por satélite? —repitió Elliot, sin poder disimular la tensión en su voz.

—Así es, las fotos fueron transmitidas por satélite desde África hace dos días.

—¿Quiere eso decir que usted conoce la ubicación de estas ruinas?

—Por supuesto.

—¿Y su expedición parte en cuestión de horas?

—En seis horas y veintitrés minutos, para ser exactos —respondió Ross, consultando su reloj digital.

Elliot dio por concluida la reunión y habló privadamente con Karen Ross durante más de una hora. Más tarde Elliot dijo que Karen lo había «engañado» con respecto al propósito de la expedición y los peligros a que tendrían que enfrentarse. Pero estaba ansioso por ir, y probablemente no demasiado dispuesto a ser muy exigente con las razones de la expedición o los peligros de la misma. Como hábil becario, había aprendido hacía mucho a sentirse cómodo en situaciones en que el dinero de otras personas y sus propias motivaciones no coincidían exactamente. Éste era el lado cínico de la vida académica: ¿cuántas investigaciones puras habían recibido fondos porque existía la posibilidad de que pudieran llegar a curar el cáncer? Un investigador podía hacer cualquier promesa con tal de recibir su dinero.

Aparentemente, no se le ocurrió a Elliot que Karen pudiera estar utilizándolo con la misma frialdad con que él la utilizaba a ella. Desde el comienzo, Karen no fue completamente sincera: había recibido instrucciones de Travis de explicar la misión de STRT al Congo «con la menor cantidad posible de datos». Ella era una experta en eso; igual que todo el personal de STRT, había aprendido a decir sólo lo necesario. Elliot la trató igual que a todos sus benefactores, y eso fue un serio error.

En un análisis final, Ross y Elliot se juzgaron mutuamente de acuerdo a la apariencia engañosa que presentaban. Elliot parecía tan tímido y retraído que en una ocasión un profesor de Berkeley hizo el siguiente comentario: «No es sorprendente que haya dedicado su vida a los monos; no se anima a hablar con la gente». Pero Elliot había sido un vigoroso jugador de fútbol en la Universidad, y su tímido comportamiento académico ocultaba un empuje y una ambición extraordinarios.

Igualmente, Karen Ross, a pesar de su juvenil belleza y su suave y seductor acento tejano, poseía gran inteligencia y fuerte resistencia interior. (Había madurado temprano, y como dijera una vez una profesora del instituto, era «la flor y nata de la viril feminidad tejana»). Karen se sentía responsable por la anterior expedición de STRT, y estaba decidida a rectificar errores pasados. Elliot y Amy podrían ayudarla una vez que estuvieran en el terreno. Eso bastaba como razón para que los llevara consigo. Además, a Karen le preocupaba el interés que Hakamichi demostraba por los trabajos de Elliot. Si llevaba consigo a éste y a Amy, eliminaba una posible ventaja para el consorcio del japonés, otra razón suficiente para llevarlos. Finalmente, necesitaba cubrirse en caso de que detuvieran la expedición en la frontera: un primatólogo y un gorila eran una tapadera perfecta.

Pero lo que de verdad quería Karen Ross eran los diamantes del Congo, y estaba lista para decir, hacer y sacrificar cualquier cosa con tal de conseguirlos.

En las fotografías tomadas en el aeropuerto de San Francisco, Elliot y Ross aparecen como dos sonrientes académicos jóvenes, listos a emprender una divertida expedición por África. En realidad, sus motivaciones eran distintas, e inflexiblemente sustentadas. Ni Elliot quería decirle cuan teóricos y académicos eran sus objetivos, ni Ross cuan pragmáticos eran los de ella.

De cualquier forma, para el mediodía del 14 de junio, Karen Ross se encontraba con Peter Elliot en el desvencijado «Fiat» de él, avanzando a lo largo de Hallowell Road, frente al campo de deportes de la Universidad. Ella tenía cierto recelo: se dirigían a ver a Amy.

Elliot abrió la puerta con el letrero en rojo NO MOLESTAR. EXPERIMENTOS CON ANIMALES. Detrás de la puerta, Amy gruñía y arañaba impacientemente. Elliot se detuvo.

—Cuando la vea —dijo—, recuerde que es un gorila, no un ser humano. Los gorilas tienen su propia etiqueta. No hable fuerte ni haga movimientos bruscos hasta que se acostumbre a usted. Si sonríe, no muestre los dientes, porque mostrar los dientes es una amenaza. Y conserve la mirada baja, porque mirar de frente a un extraño se considera hostil. No esté muy cerca de mí ni me toque, porque es muy celosa. Si le habla, no le mienta. Aunque ella usa un lenguaje de signos, entiende la mayor parte de nuestras palabras, y nosotros por lo general le hablamos continuamente. Se da cuenta cuándo le mientan, y no le gusta.

—¿No le gusta?

—Si lo hace, la ignorará, no le hablará y se pondrá de mal humor.

—¿Algo más?

—No; todo saldrá bien. —Le sonrió de modo tranquilizador—. Verá nuestro saludo tradicional, que ya es poco apropiado, porque ella está muy crecida. —Abrió la puerta—. Buenos días, Amy —dijo.

Una enorme sombra negra saltó a sus brazos. Elliot se hizo hacia atrás por el impacto. Karen se sorprendió ante el tamaño del animal. Se había imaginado algo más pequeño y bonito. Amy era tan grande como una mujer adulta. Besó a Elliot en la mejilla con sus grandes labios. Su cabeza negra parecía enorme al lado de la de él. El aliento de la gorila le nubló las gafas. Ross percibió un olor dulzón, y vio cómo él se libraba delicadamente de sus largos brazos, que le rodeaban los hombros.

—¿Amy feliz esta mañana? —preguntó.

Amy se llevó rápidamente los dedos cerca de la mejilla, como si estuviera espantando una mosca.

—Sí, hoy me he retrasado —dijo Elliot.

Amy volvió a mover los dedos, y Karen se dio cuenta de que estaba hablando. La rapidez era sorprendente; había esperado algo más lento y deliberado. Notó que la gorila mantenía la mirada fija en el rostro de Elliot. Se mostraba extraordinariamente atenta y concentraba en él toda su vigilancia de animal. Parecía absorberlo todo, la postura de Elliot, su expresión, el tono de su voz, sus palabras.

—Tuve que trabajar —dijo Elliot.

Ella volvió a suspirar rápidamente, como si se tratara de un ser humano que desecha algo.

—Sí, así es, la gente trabaja.

Elliot llevó a Amy de regreso a la caravana, y con un gesto indicó a Karen Ross que los siguiera.

Una vez adentro, dijo:

—Amy, te presento a la doctora Ross. Saluda a la doctora Ross.

Amy la miró, recelosa.

—Hola, Amy —dijo Karen, sonriendo, mientras miraba el suelo. Se sentía como una tonta al comportarse de ese modo, pero aquel simio era lo bastante grande como para atemorizarla.

Amy miró con fijeza a Karen Ross durante un momento, luego se alejó a su caballete. Había estado pintando con los dedos, y retomó esa actividad, ignorándolos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ross. Se sentía rechazada.

—Ya veremos —repuso Elliot.

Después de unos momentos, Amy volvió a donde estaban, caminando a cuatro patas. Se dirigió hacia Karen, la olió entre las piernas y la examinó detalladamente. Se mostró especialmente interesada en su bolso de piel, que tenía un brillante broche. Ross dijo más tarde que «fue igual que una fiesta en Houston. Otra mujer me estudiaba detenidamente. Tenía la sensación de que en cualquier momento me preguntaría dónde había comprado la ropa».

No terminó allí, sin embargo. Amy, deliberadamente, embadurnó la falda de Ross con rayas de pintura verde.

—Me parece que esto no va muy bien —dijo Karen Ross.

Elliot observó el desarrollo de esta primera reunión con mayor aprensión de la que estaba dispuesto a reconocer. Presentar personas desconocidas a Amy resultaba difícil a menudo, especialmente si eran mujeres.

Durante todos esos años, Elliot había aprendido a reconocer muchos rasgos claramente «femeninos» en Amy. Sabía cómo mostrarse recatada, reaccionaba cuando la lisonjeaban, le preocupaba su apariencia, le encantaba el maquillaje y era muy exigente con el color de los jerseys que usaba en invierno. Prefería los hombres a las mujeres, y se mostraba abiertamente celosa con las amigas de Elliot. Raras veces las llevaba para presentárselas, pero algunas mañanas ella lo olfateaba para ver si olía a perfume, y siempre hacía un comentario si él no se había cambiado la ropa.

La situación habría sido divertida si Amy ocasionalmente no atacara a mujeres extrañas sin que éstas la provocasen. Y un ataque de Amy nunca resultaba divertido.

Amy regresó al caballete y dijo con las manos:

«No gusta mujer no gusta a Amy no gusta mujer irse».

—Vamos, Amy, sé una buena gorila —dijo Peter.

—¿Qué dijo? —preguntó Karen, dirigiéndose al lavabo para sacarse las manchas verdes de la falda. Peter notó que no chillaba como otros visitantes cuando eran agredidos por Amy.

—Dice que le gusta su vestido —mintió él.

Amy le clavó la mirada, como hacía siempre que Elliot traducía mal sus palabras.

«Amy no mentir. Peter no mentir».

—Sé buena, Amy —dijo él—. Karen es una persona agradable.

Amy gruñó, regresó a su trabajo y se puso a pintar con rapidez.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Karen.

—Dele tiempo —respondió Elliot con una sonrisa tranquilizadora—. Necesita acostumbrarse.

No se molestó en explicarle que era mucho peor con los chimpancés. Los chimpancés arrojaban excrementos a los extraños y, a veces, a los mismos investigadores a quienes conocían muy bien. En algunas oportunidades atacaban para ejercer dominio. Los chimpancés tenían una gran necesidad de determinar quién mandaba. Por suerte, a los gorilas les importaban menos las jerarquías de dominio, y eran menos violentos.

En ese momento, Amy arrancó el papel del caballete y lo hizo pedazos ruidosamente, desparramándolos por el suelo.

—¿Es esto parte del acostumbamiento? —preguntó Karen Ross. Parecía más divertida que asustada.

—Amy, termina ya —dijo Peter, permitiéndose cierta irritación en el tono de voz—. Amy...

Amy se sentó en el centro de la habitación, rodeada por los pedazos de papel. Siguió rompiéndolos, enfadada, y dijo con sus signos:

«*Esta mujer. Esta mujer*».

Era un comportamiento clásico de desplazamiento. Cuando los gorilas no se sienten cómodos con una agresión directa, hacen algo simbólico. En términos simbólicos, estaba destrozando a Karen Ross, haciéndola pedazos.

Y empezaba a excitarse, a hacer lo que en el Proyecto Amy se llamaba una «secuencia». Del mismo modo que las personas se ponen coloradas primero, luego ponen el cuerpo tenso, se gritan y se arrojan algo antes de recurrir a la agresión física directa, los gorilas atraviesan una secuencia estereotipada de comportamiento para llegar a la agresión física. El romper papel, o arrancar hierba, es seguido por movimientos laterales, como los de un cangrejo, y gruñidos. Luego golpearía el suelo, haciendo todo el ruido posible.

Y después, Amy embestiría, a menos que él interrumpiese la secuencia.

—Amy —dijo con severidad—. Karen mujer botón.

Amy dejó de romper el papel. En su mundo, «botón» era el término reconocido con que designaba a una persona de cierta jerarquía.

Amy era extremadamente sensible a los estados de ánimo y al comportamiento individual, y no tenía dificultad en observar al personal y determinar quién era superior. Pero entre extraños, Amy, como gorila, era totalmente impenetrable a los indicadores formales de estatus: la ropa, el comportamiento, el idioma carecían de significado para ella.

De más joven, atacaba, inexplicablemente, a los policías. Después de morder a varios (y de varias denuncias) se dieron cuenta por fin de que a Amy los uniformes de la Policía, con sus botones brillantes, le parecían absurdos y ridículos. Pensaba que alguien vestido como un payaso debía de tener poca importancia, y, en consecuencia, se lo podía atacar sin problemas. Después de que le enseñaron el significado de la palabra «botón», empezó a tratar con deferencia a todos los que llevaban uniforme.

Amy dirigió a Ross, mujer «botón», una mirada respetuosa. Rodeada por los papeles rotos, se sintió turbada de repente, como si hubiera cometido una equivocación social. Sin que le dijeran nada, fue al rincón y se puso de cara a la pared.

—¿De qué se trata? —dijo Ross.

—Sabe que se ha portado mal.

—¿La pone en el rincón, como a los niños? No hizo ningún daño. —Antes de que Elliot pudiera advertirle nada, fue hacia Amy, que miraba fijamente hacia el rincón. Karen se quitó el bolso, que llevaba colgado del hombro, y lo puso en el suelo, al alcance de Amy. No sucedió nada por el momento. Luego Amy cogió el bolso, miró a Karen, luego a Peter.

Peter dijo:

—Destrozaré todo lo que tiene.

—No importa.

Amy abrió el broche de bronce y vació el contenido del bolso en el suelo. Empezó a revisarlo todo, diciendo por señas:

«*Lápiz labial, Amy gustar el lápiz labial, Amy gustar, Amy querer lápiz labial*».

—Quiere el pintalabios —dijo Peter.

Ross se inclinó y lo buscó. Amy lo destapó y trazó un círculo rojo en la mejilla de Karen. Luego sonrió y gruñó, feliz, y cruzó la habitación hasta el espejo de pie. Comenzó a pintarse los labios.

—Me parece que las cosas van mejor —dijo Karen Ross.

Frente al espejo, de cuclillas, Amy se pintaba la cara.

Sonrió ante su imagen, luego se puso pintalabios en los dientes. Pareció un buen momento para hacerle la pregunta.

—¿Amy quiere hacer viaje? —dijo Peter.

A Amy le encantaban los viajes, y los consideraba un premio especial. Después de algún día en que se había portado bien, Peter solía llevarla a pasear a un bar con servicio para automovilistas y le compraba una naranjada, que tomaba con una pajita mientras disfrutaba de la conmoción que causaba a las personas a su alrededor. Pintalabios y la promesa de un viaje era demasiado para una sola mañana. Preguntó, por señas:

«*¿Viaje en coche?*».

—No, no en coche. Un viaje largo, muchos días.

«*¿Irme de casa?*».

—Sí, lejos de casa. Muchos días.

Esto la hizo sospechar. Las únicas dos ocasiones en que había dejado la caravana por muchos días había sido para ir al hospital: por una neumonía primero y por una infección en las vías urinarias más tarde. No habían sido viajes agradables.

«*¿Adónde el viaje?*».

—A la jungla, Amy.

Se produjo una larga pausa. Al principio Peter Elliot pensó que Amy no había entendido, aunque ella conocía la palabra jungla, y era capaz de comprender las palabras juntas. Amy hizo algunas señas, pensativa, para sí, repetidas veces, como solía hacer cuando meditaba algo.

«*Viaje jungla jungla viaje ir viaje jungla ir*».

Hizo a un lado el pintalabios. Miró los pedazos de papel en el suelo, y luego empezó a recogerlos y ponerlos dentro de la papelera.

—¿Qué significa eso? —preguntó Karen Ross.

—Eso significa que Amy quiere hacer el viaje —respondió Peter Elliot.

Partida

El morro del «Boeing 747» de carga estaba abierto como una mandíbula, mostrando el cavernoso interior, brillantemente iluminado. El avión había sido llevado a Houston desde San Francisco esa tarde; ahora eran las nueve de la noche, e intrigados obreros estaban cargando la gran jaula de aluminio, cajas de vitaminas, un asiento con bacinilla y cajones con juguetes. Uno de los trabajadores sacó una taza con la figura de Mickey Mouse, la miró y sacudió la cabeza.

Fuera estaba Elliot con Amy, que se cubría los oídos para protegerlos del ruido de los motores del reactor. Dijo por señas a Peter:

«*Pájaros ruidosos*».

—Nosotros volamos en el pájaro, Amy —dijo él.

Amy nunca había volado, ni había visto un avión de cerca. Vamos en coche, decidió, mirando el avión.

—No podemos ir en coche. Volamos.

«*¿Volamos adónde volamos?*», preguntó Amy.

—Volamos a la jungla.

Esto pareció dejarla perpleja, pero él no quería explicar nada más. Como todos los gorilas, Amy tenía aversión al agua y se negaba a cruzar hasta el arroyo más pequeño. Él sabía que se desesperaría al saber que cruzaría grandes masas de agua. Cambiando de tema, sugirió que subieran al avión y echaran un vistazo. Mientras subían Amy preguntó:

«*¿Dónde mujer botón?*».

Él no había visto a Karen Ross desde hacía cinco horas, y se sorprendió al advertir que ya se encontraba a bordo, hablando por un teléfono montado en la pared de la bodega. Se tapaba el oído libre para poder oír mejor. Elliot la oyó decir:

—Bueno, Irving cree que es suficiente... Sí, tenemos cuatro unidades nueve cero siete, y estamos preparados... Sí, ¿por qué no?

Terminó la conversación y se volvió hacia Elliot y Amy.

—¿Está todo bien? —preguntó él.

—Perfectamente. Les enseñaré esto. —Lo condujo más adentro de la bodega de carga, con Amy al lado. Elliot miró hacia atrás y vio al chófer subiendo la rampa con una serie de cajas numeradas de metal, con la leyenda INTEC, INC., seguida de números de orden.

—Ésta —dijo Karen Ross—, es la bodega principal de carga.

Estaba llena de camiones, Land Cruisers, vehículos anfibios, botes inflables, y montones de ropa, equipo, alimentos, todo numerado con códigos de ordenador y cargado en contenedores. Ross le explicó que STRT podía preparar expediciones a cualquier parte del planeta en cuestión de horas.

—¿Para qué tanta prisa? —preguntó Elliot.

—Son negocios —dijo Karen Ross—. Hace cuatro años no había compañías como STRT. Ahora

hay nueve en el mundo, y lo que vende es ventaja competitiva, o sea rapidez. Hace diez años, una compañía, digamos una compañía petrolera, podía pasarse meses o años investigando un sitio posible de explotación. Eso ya no es competitivo; actualmente los negocios hacen que las decisiones deban tomarse en cuestión de semanas, cuando no de días. El ritmo de todo se ha acelerado. Ya nos estamos preparando para la década de 1980, cuando daremos respuestas en *horas*. En este momento un contrato de STRT se desarrolla en poco menos de tres semanas, o quinientas horas, como promedio. Para 1990 estaremos preparados para dar información al «cierre del día». Un ejecutivo podrá llamarnos a la mañana solicitando una información de cualquier parte del mundo, y nosotros tendremos un informe completo transmitido por ordenador antes del cierre de los negocios del día, en un total de diez o doce horas.

Siguieron caminando. Elliot observó que aunque lo que primero llamaba la atención eran los camiones y demás vehículos, gran parte del espacio de la aeronave estaba destinado a contenedores de aluminio con la leyenda «C3I».

—Así es —dijo Ross—. Comando, Control, Comunicaciones e Inteligencia. Son componentes micrónicos, lo más costoso que llevamos. Cuando empezamos a equipar expediciones, el 12% del costo lo comprendía la electrónica. Ahora ese costo es del 31% y sube año tras año. Comunicaciones del terreno, percepción remota, defensa, y cosas por el estilo.

Los llevó a la parte de atrás del avión, donde había un espacio agradablemente amueblado, con un gran terminal de ordenador y literas para dormir.

Amy dijo:

«*Bonita casa*».

—Sí, es bonita.

Fueron presentados a Jensen, un joven geólogo de barba, y a Irving Levine, que anunció que era un «triple E». Los dos hombres estaban atareados con una especie de estudio en el ordenador pero lo interrumpieron para dar la mano a Amy, que los miró muy seria, y luego dedicaron la atención a la pantalla. Amy quedó fascinada con las brillantes imágenes y letras que aparecían en el monitor y quería apretar las teclas. Indicó:

«*Amy jugar caja*».

—Ahora no, Amy —dijo Elliot, sacándole las manos.

Jensen preguntó:

—¿Siempre es así?

—Temo que sí —contestó Elliot—. Le gustan los ordenadores. Siempre ha habido uno cerca de ella, desde que era muy chica, y los considera de su propiedad. —Luego agregó—: ¿Qué es un triple E?

—Experto en electrónica de expedición —respondió alegremente Irving. Era un hombre de baja estatura, con una sonrisa pícaro—. Hago lo que puedo. Conseguimos algún material de Intec, eso es todo. Dios sabrá lo que tendrán los alemanes y los japoneses.

—Oh, maldición, empezó de nuevo —dijo Jensen, sonriendo al ver que Amy apretaba los botones.

—¡Amy, no! —ordenó Elliot.

—No es más que un juego. Probablemente no les resulte interesante a los monos —dijo Jensen—.

No puede hacer ningún daño.

Amy declaró por señas:

«*Amy buen gorila*», y volvió a apretar las teclas.

Parecía muy tranquila, y Elliot agradeció la distracción que proporcionaba el ordenador. Siempre le divertía ver la silueta pesada y negra de Amy ante la pantalla de un ordenador. Se tocaba el labio inferior, pensativa, antes de apretar una tecla, como si parodiase el comportamiento humano.

Ross, práctica como siempre, los llevó de regreso a temas concretos.

—¿Dormirá Amy en una de las literas?

Elliot sacudió la cabeza.

—No. Los gorilas esperan tener una cama distinta todas las noches. Dele unas mantas y ella hará un nido en el suelo para dormir.

Ross asintió.

—¿Qué hay de sus vitaminas y medicinas? ¿Toma píldoras?

—Por lo general hay que sobornarla, o esconder las píldoras en un trozo de plátano. Traga el plátano sin masticar. —Ross asintió, como si se tratara de algo importante—. Tenemos vitaminas para todos —dijo—. Me ocuparé de que ella tome las suyas.

—Toma las mismas vitaminas que la gente, sólo que necesitará mucho ácido ascórbico.

—Suminramos tres mil unidades diarias. ¿Es suficiente? Muy bien. ¿Tolerará píldoras contra la malaria? Tenemos que empezar a tomarlas ya.

—Por lo general —dijo Elliot—, reacciona a las medicinas igual que los seres humanos.

Ross asintió.

—¿Le molestará la cabina presurizada? Está regulada a cinco mil pies.

Elliot negó con la cabeza.

—Es un gorila de montaña; viven a una altura sobre el nivel del mar de entre mil quinientos y tres mil metros, de modo que está adaptada. Pero está acostumbrada a un clima húmedo y se deshidrata rápidamente, de modo que tendremos que obligarla a beber mucho.

—¿Puede usar el baño?

—La taza es muy alta para ella —dijo Elliot—. Le traje su asiento con bacinilla.

—¿Hará allí sus necesidades?

—Seguro.

—Tengo un nuevo collar para ella. ¿Se lo querrá poner?

—Si se lo da como obsequio.

Mientras se referían a otros detalles de los requerimientos de Amy, Elliot se dio cuenta de que en esas últimas horas había sucedido algo, sin él notarlo: el comportamiento impredecible y neurótico de Amy, causado por sus sueños, había desaparecido. Era como si el comportamiento anterior le fuera extraño; ahora, que emprendía un viaje, ya no estaba malhumorada e introspectiva. Se mostraba sociable, y volvía a ser un gorila joven. Empezó a pensar si sus sueños y su depresión (la pintura con los dedos, y todo eso) no sería el resultado del ambiente de laboratorio, el confinamiento de todos esos años. Al principio el laboratorio había sido agradable, como una cuna para un niño, pero tal vez ya le quedaba pequeño. Quizá, pensó, Amy necesitaba un poco de excitación.

Mientras hablaba con Ross, Elliot sintió que algo notable estaba a punto de ocurrir. Esa

expedición con Amy era el primer ejemplo de un acontecimiento que hacía años habían predicho los investigadores de primates: la tesis de Pearl.

Frederick Pearl era un teórico del conductismo animal. En una reunión de la Sociedad Estadounidense de Etnología, llevada a cabo en Nueva York en 1972, dijo: «Ahora que los primates han aprendido el lenguaje gestual, es sólo cuestión de tiempo que alguien lleve a un animal al terreno para ayudar en el estudio de animales salvajes de la misma especie. Imaginamos posible que primates con habilidad gestual actúen como intérpretes o tal vez como embajadores de la Humanidad, en contacto con criaturas salvajes».

La tesis de Pearl atrajo considerable atención y recibió fondos de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, que apoyaban la investigación lingüística desde 1960. Según una versión, las Fuerzas Aéreas tenían un proyecto secreto llamado CONTORNO, referido a un posible contacto con otras formas de vida. La posición militar oficial era que los OVNIS tenían origen natural, pero los militares querían prevenir toda eventualidad. Si llegara a producirse ese contacto con otras formas de vida, los fundamentos lingüísticos cobrarían una importancia fundamental. Llevar a los primates al terreno era un ejemplo de contacto con una «inteligencia extraña»: de ahí el apoyo económico de las Fuerzas Aéreas.

Pearl predijo que los trabajos de terreno comenzarían antes de 1976, pero en los hechos nada había ocurrido. La razón era que, en un examen más detallado, nadie veía cuáles podían ser las ventajas: la mayoría de los primates con habilidad gestual se sentían tan confundidos por los primates salvajes como las personas. Algunos, como Arthur, el chimpancé, negaban toda asociación con su propia especie, refiriéndose a sus integrantes como «cosas negras». (Amy, que había sido llevada al zoo para ver otros gorilas, los reconoció, pero se mostró arrogante y los llamó «gorilas estúpidos» al darse cuenta de que, cuando les hablaba por señas, ellos no le contestaban).

Estas observaciones hicieron que otro investigador, John Bates, dijera en 1977 que «estamos produciendo una élite de animales educados que manifiesta el mismo esnobismo indiferente de un licenciado universitario hacia un camionero... Es altamente improbable que la generación de primates con habilidad gestual sirva de embajadora en el terreno. Es demasiado desdeñosa».

Pero la verdad era que nadie sabía, en realidad, lo que podía suceder cuando se llevara a un primate al terreno. Porque nadie lo había hecho: Amy sería la primera.

A las once, el avión de carga de STRT carreteó por la pista en el aeropuerto internacional de San Francisco y se elevó pesadamente en el aire, dirigiéndose al este en la oscuridad, camino a África.

DÍA 3

TÁNGER

15 de junio de 1979

La verdad del terreno

Peter Elliot conocía a Amy desde que era muy pequeña. Se enorgullecía de su propia habilidad para predecir las reacciones de la gorila, aunque sólo la conocía en el ambiente del laboratorio. Ahora, al enfrentarse con nuevas situaciones, su comportamiento lo sorprendía.

Elliot había previsto que Amy se aterrorizaría al despegar el avión; y tenía preparada una jeringuilla con un sedante. Pero no fue necesaria: Amy observó cuando Tensen y Levine se ajustaron los cinturones de seguridad, e inmediatamente hizo lo mismo; el procedimiento le parecía un juego divertido, aunque un tanto tonto. Si bien abrió los ojos al sentir el rugido de los motores, los seres humanos que la rodeaban no parecían perturbados, de modo que Amy imitó su hastiada indiferencia, levantando las cejas y suspirando de puro tedio.

Una vez en el aire, sin embargo, Amy miró por la ventanilla y sintió pánico. Se desabrochó el cinturón y se puso a correr por el compartimento de pasajeros, yendo de ventanilla en ventanilla, haciendo a un lado a la gente, aterrorizada y gimoteando mientras decía, por señas, *¿Dónde la Tierra la Tierra dónde la Tierra?* Allí abajo, la Tierra era algo negro e indistinto. *¿Dónde la Tierra?* Elliot le puso una inyección de Thoralen, la hizo sentar y se puso a alisarle el pelo.

En estado salvaje, los primates dedicaban varias horas por día a arreglarse el pelo recíprocamente, a sacarse las garrapatas y piojos. Este comportamiento constituía un factor importante en el ordenamiento de la estructura de dominación social del grupo. Como sucede con los masajes en la espalda en el caso de las personas, el arreglo del pelo parecía tener un efecto tranquilizador, calmante. A los pocos minutos, Amy se había relajado lo suficiente para darse cuenta de que los demás estaban bebiendo, y de inmediato exigió una «bebida verde» (como llamaba a un Martini con una aceituna) y un cigarrillo, cosas que se le permitían en ocasiones especiales, como fiestas del departamento de la Universidad. Elliot le dio un Martini y un cigarrillo.

Pero la excitación fue demasiado para ella: una hora más tarde, miraba tranquilamente por la ventanilla, y se estaba diciendo a sí misma, *Bonito cuadro*, cuando de repente vomitó. Pidió disculpas:

«*Amy perdón Amy porquería Amy Amy perdón*».

—Está bien, Amy —dijo Elliot, tranquilizándola y acariciándole la nuca.

«*Amy dormir ahora*», dijo la gorila poco después y, formando un nido con las mantas sobre el suelo, se durmió, roncando con fuerza a través de los anchos orificios de su nariz. Acostado a su lado, Elliot se preguntó cómo hacían para dormirse los gorilas con tanto ruido.

Elliot reaccionó a su manera con respecto al viaje. Al conocer a Karen Ross, pensó que era una académica, como él. Pero ese enorme avión lleno de equipo computerizado, la complejidad de toda la operación sugerían que Servicios Tecnológicos para los Recursos Terrestres tenía muchísimo

poder, incluso, quizás, alguna asociación militar.

Karen Ross rio.

—Somos demasiado organizados para ser militares. —Luego le contó el interés que tenía STRT en Virunga.

Como el personal del Proyecto Amy, Karen Ross había dado por casualidad con la leyenda de la Ciudad Perdida de Zinj, aunque llegó a una conclusión diferente.

Durante esos últimos trescientos años, se habían realizado varios intentos por llegar a la ciudad perdida. En 1692, John Marley, un aventurero inglés, había dirigido una expedición de doscientos hombres al Congo. Nunca se volvió a oír nada de ellos. En 1744, se organizó una expedición holandesa; en 1804, otra expedición británica, al mando de un aristócrata escocés, Sir James Taggart, se acercó a Virunga desde el norte, llegando hasta la curva Rawana del río Ubangi. Envió una expedición de avanzada más al sur, que nunca regresó.

En 1872, Stanley pasó cerca de la región de Virunga pero no entró en ella; en 1899 lo hizo una expedición alemana, que perdió más de la mitad de sus integrantes. Una expedición privada italiana desapareció por completo en 1911. No había habido más búsqueda de la Ciudad Perdida de Zinj.

—¿De modo que nadie la ha encontrado? —dijo Elliot.

Ross negó con la cabeza.

—Yo creo que varias expediciones encontraron la ciudad —afirmó—. Pero ninguna pudo salir de allí.

Tal resultado no era necesariamente misterioso. Los primeros días de la exploración en el continente africano eran increíblemente arriesgados. Incluso las expediciones organizadas con mucho cuidado perdían la mitad de sus integrantes, o más. Los que no sucumbían por la malaria, la enfermedad del sueño o alguna otra peste, debían enfrentarse a ríos infestados de cocodrilos e hipopótamos, junglas llenas de leopardos y de nativos caníbales que sospechaban de todo. Además, a pesar de su fecunda frondosidad, la selva tropical ofrecía poco alimento. Varias expediciones habían muerto a causa del hambre.

—Mi primera idea —dijo Karen a Elliot— fue que la ciudad existía, después de todo. Y si existía, ¿dónde la encontraría?

La Ciudad Perdida de Zinj estaba asociada con minas de diamantes, y los diamantes existían donde había volcanes. Esto llevó a Ross a interesarse en el valle de la Depresión, una enorme falla geológica de unos cincuenta kilómetros de ancho, que se extendía al este del continente con una extensión total de dos mil cuatrocientos kilómetros. El valle de la Depresión (Rift Valley) era tan enorme que su existencia no fue reconocida hasta después de 1890, cuando un geólogo llamado Gregory notó que las paredes del acantilado, separadas entre sí por cincuenta kilómetros, estaban hechas de las mismas rocas. En términos modernos, el valle fue un intento frustrado de formar un océano, pues el tercio oriental del continente africano había empezado a separarse del resto de la masa hacía doscientos millones de años; por alguna razón, había dejado de hacerlo antes de que se completara la escisión.

En un mapa, la gran depresión de la fisura estaba señalada por dos rasgos: una serie de lagos

largos y delgados —Malawi, Tanganika, Kivu, Mobutu— y una serie de volcanes, entre los que se contaban los únicos volcanes activos de África, en Virunga. En la cadena de Virunga había tres volcanes activos: Makenko, Mubuti y Kanagarawi. Se elevaban entre tres mil trescientos y cinco mil metros entre el valle de la Depresión, al este, y la cuenca del Congo, al oeste. De esa forma, Virunga parecía ser un buen lugar para buscar diamantes. Su paso siguiente era averiguar «la verdad del terreno».

—¿Qué es la verdad del terreno? —preguntó Peter.

—En STRT, nos ocupamos principalmente de percepción remota —explicó ella—. Fotografías por satélites, aéreas, registros de radar. Tenemos millones de imágenes remotas, pero nada sustituye a la verdad sobre el terreno, la experiencia de un equipo que trabaja en el terreno y descubre lo que hay en él. Yo empecé con la expedición preliminar que enviamos en busca de oro. Encontraron diamantes, también. —Apretó unos botones en la consola, y las imágenes de la pantalla cambiaron, brillando con docenas de puntitos centelleantes de luz—. Aquí puede verse depósitos de placeres en lechos de ríos, cerca de Virunga. Se observa que los depósitos forman semicírculos concéntricos que llevan a los volcanes. La conclusión obvia es que los diamantes fueron erosionados de las laderas de los volcanes de Virunga, y llevados por las corrientes de agua a los lugares donde están actualmente.

—¿De modo que enviaron a un grupo a buscar la fuente?

—Sí —respondió ella y señaló la pantalla—. Pero no se deje engañar por lo que ve aquí. Esta imagen por satélite cubre cincuenta mil kilómetros cuadrados de jungla. La mayor parte no ha sido vista jamás por ojos humanos. Es terreno duro, con visibilidad limitada a unos pocos metros en cualquier dirección. Una expedición podría estar años explorando ese terreno, pasar a unos doscientos metros de la ciudad y no verla. De modo que era preciso reducir el sector de búsqueda. Decidí ver si podía encontrar la ciudad.

—¿Encontrar la ciudad? ¿A base de imágenes de satélite?

—Sí —contestó ella—. Y la encontré.

Por lo general las selvas ecuatoriales del mundo han conseguido frustrar la tecnología de la percepción remota. Los grandes árboles de la jungla extienden una bóveda de vegetación impenetrable, ocultando lo que está debajo. En imágenes de satélite o aéreas, la selva ecuatorial del Congo aparece como una vasta y ondulante alfombra de un verde monótono, sin rasgos característicos. Incluso los rasgos importantes, como ríos de quince o treinta metros de ancho, quedan ocultos bajo este dosel umbrío, invisibles desde el aire.

Por eso parecía improbable que pudiera hallar una evidencia de la ciudad perdida basándose en fotos aéreas. Pero Ross tenía otra idea: utilizaría la misma vegetación que oscurecía su visión del suelo.

El estudio de la vegetación es común en las regiones templadas, donde el follaje sufre cambios estacionales. Pero la selva ecuatorial no cambia nunca, ni en invierno ni en verano. El follaje es siempre igual. Ross centró la atención en otro aspecto: las diferencias en el albedo de la vegetación.

El albedo se define técnicamente como la relación entre la energía electromagnética reflejada por una superficie y la cantidad de energía que incide sobre ella. En términos del espectro visible, da una medida de cuán «brillante» es una superficie. Un río tiene un albedo alto, pues el agua refleja la mayor parte de la luz solar que da sobre ella. La vegetación absorbe la luz, por lo tanto tiene un

albedo bajo. Comenzando en 1977, STRT llegó a desarrollar programas de ordenador que medían el albedo con precisión, captando las diferencias más leves.

Ross se hizo la siguiente pregunta: si existía una ciudad perdida, ¿qué señales aparecerían en la vegetación? La respuesta era obvia: jungla secundaria posterior.

La selva intocable o virgen se llama jungla primaria. La jungla primaria es lo que se imagina la gente cuando piensa en la selva ecuatorial: enormes árboles de madera dura, caoba, teca y ébano, y una capa inferior de helechos y palmeras. La jungla primaria es oscura y amenazante, pero en la práctica es fácil desplazarse por ella. Sin embargo, si la jungla primaria es despejada por el hombre y luego abandonada, una vegetación secundaria, totalmente distinta, toma el lugar de la primaria. Las plantas dominantes son árboles de madera blanda, de crecimiento rápido, bambúes y enredaderas espinosas, que forman una barrera densa e impenetrable.

Pero a Ross no le interesaba el aspecto de la jungla: sólo el albedo. Debido a que las plantas secundarias son diferentes, la jungla secundaria tiene un albedo diferente al de la jungla primaria. Y es posible hacer grabaciones por edad: a diferencia de los árboles de madera dura de la jungla primaria, que viven cientos de años, los de madera blanda de la jungla secundaria sólo viven veinte años, aproximadamente. De ese modo, con el correr del tiempo, la jungla secundaria es remplazada por otra forma de jungla secundaria, y posteriormente por una tercera forma.

Estudiando regiones donde por lo general se encontraba la jungla secundaria posterior —como los márgenes de grandes ríos, donde se había despejado la vegetación para innumerables poblaciones humanas, que luego habían sido abandonadas—, Ross pudo confirmar que las computadoras de STRT podían, en realidad, medir las pequeñas diferencias necesarias en reflectividad.

Luego instruyó a los analizadores para que buscaran las diferencias en albedo de 0,3 o menos, con una medida de señal unitaria de cien metros o menos, a través de los cincuenta mil kilómetros cuadrados de selva ecuatorial sobre las laderas occidentales de los volcanes de Virunga. Esta tarea consumiría treinta y un años de trabajo a un equipo de cincuenta analistas de fotografía aérea. El ordenador analizó ciento veintinueve mil fotos aéreas y por satélite en menos de nueve horas.

Y Karen Ross encontró la ciudad.

En mayo de 1979 Ross tenía una imagen de computadora que mostraba una estructura muy antigua de jungla secundaria dispuesta formando cuadrículas. La estructura estaba situada dos grados al norte del ecuador, longitud treinta grados, en las laderas occidentales del volcán activo Mukenko. El ordenador estimaba que la edad de la jungla secundaria era de unos quinientos u ochocientos años.

—¿De modo que envió una expedición? —preguntó Elliot.

Ross asintió.

—Hace tres semanas, dirigida por un sudafricano llamado Kruger. La expedición confirmó los depósitos de placeres diamantíferos, fue en busca de un origen, y encontró las ruinas de la ciudad.

—¿Y qué sucedió luego? —preguntó Elliot.

Ross puso el vídeo por segunda vez.

En la pantalla vio las imágenes en blanco y negro del campamento destruido, humeando. Se veían varios cadáveres con el cráneo destrozado. Mientras observaba, una sombra se movió sobre los cuerpos muertos, y la cámara se acercó rápidamente, mostrando el contorno de la pesada sombra. Elliot estuvo de acuerdo en que parecía la sombra de un gorila, pero insistió:

—Los gorilas no harían una cosa así. Los gorilas son animales pacíficos, vegetarianos.

Observaron hasta que el vídeo hubo terminado. Luego contemplaron la imagen final, reconstituida por ella en el ordenador, que claramente mostraba la cabeza de un gorila macho.

—Eso es lo que llamamos verdad sobre el terreno —dijo Ross.

Elliot no estaba seguro. Volvió a pasar los tres segundos finales del vídeo por última vez, mirando detenidamente la cabeza del gorila. La imagen era fugaz, y dejaba un rastro espectral, pero algo estaba mal. No podía identificarlo. Ciertamente se trataba de un comportamiento atípico en un gorila, pero había algo más... Apretó la tecla para fijar el cuadro y miró detenidamente la imagen inmóvil. La cara y el pelo eran grises, incuestionablemente grises.

—¿Podemos aumentar el contraste? —preguntó a Ross—. La imagen es muy tenue.

—No sé —dijo Ross, tocando los controles—. A mí me parece una imagen bastante buena.

No pudo oscurecerla.

—Es muy gris —dijo él—. Los gorilas son mucho más oscuros.

—Bueno, esta amplitud de contraste es correcta para vídeos.

Elliot estaba seguro de que esa criatura era demasiado clara para tratarse de un gorila de montaña. O estaban viendo una nueva raza animal, o una nueva especie. Una nueva especie de simio grande, de color gris, comportamiento agresivo, descubierta en el Congo Oriental... Se había unido a la expedición para verificar los sueños de Amy.

—Una fascinante percepción psicológica. —Pero de repente el premio era mucho mayor.

—¿Acaso no cree que sea un gorila? —preguntó Karen.

—Hay una forma de comprobarlo —respondió él. Miró la pantalla, frunciendo el entrecejo, mientras el avión avanzaba en la oscuridad.

Problemas B-8

—¿Que quieres que haga *qué*? —preguntó Tom Seamans, apoyando el auricular en el hombro y torciendo la cabeza para mirar el reloj sobre la mesa de noche. Eran las tres de la madrugada.

—Que vayas al zoológico —repitió Elliot. Su voz sonaba rara, como si viniera de debajo del agua.

—Peter, ¿de dónde llamas?

—Ahora estamos volando sobre el Atlántico —dijo Elliot—. Camino de África.

—¿Va todo bien?

—Todo va muy bien —dijo Elliot—. Pero quiero que por la mañana vayas al zoológico.

—¿Para hacer qué?

—Para filmar un vídeo de los gorilas. Trata de sacarlos en movimiento. Eso es muy importante para la función discriminante. Que se muevan.

—Es mejor que lo escriba —dijo Seamans. Era el encargado de los programas de computación para el personal del Proyecto Amy, y estaba acostumbrado a peticiones extrañas, pero no en la mitad de la noche—. ¿Qué función discriminante?

—Ya que estás en eso, pasa todas las películas que tenemos de gorilas en la biblioteca, de cualquier gorila, salvaje o en cautiverio. Siempre que estén en movimiento, cuantos más especímenes consigas, mejor. Y para referencia, filma unos chimpancés. Cualquier cosa que tengamos sobre chimpancés. Transfiere todo un vídeo y ponlo en la función.

—¿Qué función? —preguntó Seamans, bostezando.

—La función que vas a formular —dijo Elliot—. Quiero una función discriminante múltiple y variable basada en imágenes totales...

—¿Te refieres a una función de reconocimiento de estructuras? —Seamans había escrito funciones de reconocimiento de estructura para el uso del lenguaje de Amy, que les permitieron observarla haciendo señas constantemente. Seamans estaba orgulloso de ese programa. A su manera, era muy inventivo.

—Estructúralo de cualquier forma —dijo Elliot—. Yo sólo necesito una función que discrimine a los gorilas de otros primates, como los chimpancés. Una función que diferencie las especies.

—¿Estás bromeando? —dijo Seamans—. Ése es un problema B-8.

En el nuevo campo de los programas de ordenador de reconocimiento de estructuras, los llamados problemas B-8 eran los más difíciles. Equipos enteros de investigadores habían dedicado años tratando de enseñar a los ordenadores a distinguir entre «B» y «8», precisamente porque la diferencia era obvia. Pero lo que era obvio para el ojo humano no lo era tanto para el analizador de la computadora. Al analizador había que enseñarle, y la instrucción específica resultó más difícil que lo que se suponía, particularmente para caracteres escritos a mano.

Elliot quería un programa capaz de distinguir entre imágenes visuales similares de gorilas y chimpancés. Seamans no pudo por menos de preguntar:

—¿Por qué? Es bastante obvio. Un gorila es un gorila, y un chimpancé un chimpancé.

—Tú hazlo, eso es todo —dijo Elliot.

—¿Puedo usar el tamaño?

Sobre la base del tamaño era posible distinguir perfectamente entre gorilas y chimpancés. Pero las funciones visuales no podían determinar el tamaño a menos que la distancia entre el instrumento de grabación y la imagen del sujeto fuera conocida, igual que la longitud focal de la lente.

—No, no puedes usar tamaño —respondió Elliot—. Sólo morfología de elementos.

Seamans suspiró.

—Muchas gracias. ¿Qué resolución?

—Necesito límites de seguridad de 95% sobre asignación de especie, basados en menos de tres segundos de imagen en blanco y negro.

Seamans frunció el entrecejo. Evidentemente, Elliot tenía una imagen de vídeo de tres segundos de algún animal y no estaba seguro de si se trataba de un gorila o no. Elliot había visto suficientes gorilas en su vida para conocer la diferencia: los gorilas y los chimpancés eran animales completamente diferentes en tamaño, apariencia, movimiento y comportamiento. Eran tan diferentes como mamíferos oceánicos inteligentes, como ballenas y delfines. Para hacer discriminaciones de este tipo, el ojo humano era superior a cualquier programa de computación que pudiera inventarse. Sin embargo, al parecer, Elliot no confiaba en sus ojos. ¿En qué estaría pensando?

—Lo intentaré —dijo Seamans—, pero me llevará algún tiempo. No se puede hacer un programa así de la noche a la mañana.

—Lo necesito de la noche a la mañana, Tom —dijo Elliot—. Te llamaré en veinticuatro horas.

Dentro del féretro

En un rincón del módulo habitable del «747» había una cabina de fibra de vidrio a prueba de sonido, con una pequeña pantalla de tubos de rayos catódicos. La llamaban «el féretro» debido a la sensación de claustrofobia que se producía cuando se trabajaba dentro de ella. Mientras el avión volaba sobre el Atlántico, Karen Ross se metió en el féretro. Echó un vistazo a Elliot y Amy —ambos dormían, roncando fuerte— y a Jensen y Levine, que jugaban a «caza submarina» en la consola del ordenador y bajó la tapa.

Karen estaba cansada, pero no esperaba dormir mucho durante las próximas dos semanas, tiempo que estimaba duraría la expedición. En el lapso de catorce días —trescientas treinta y seis horas— el equipo de Ross habría batido al consorcio euro-japonés o habría sido vencido, en cuyo caso los derechos de explotación de los minerales de Virunga, en el Zaire, se habrían perdido para siempre.

La carrera ya había empezado, y Karen Ross no pensaba perder.

Marcó las coordenadas de Houston, incluyendo su propia designación de transmisor, y esperó a que el demodulador actuara. Se produciría una demora de señal de cinco segundos en ambos extremos, porque tanto ella como Houston enviarían transmisiones interrumpidas, en código, para eludir oyentes pasivos.

La pantalla se iluminó: TRAVIS.

Ella marcó, como respuesta: ROSS. Levantó el receptor del teléfono.

—Es un lío —dijo Travis, aunque no era la voz de Travis, sino una señal de audio generada por la computadora, sin matices de ningún tipo.

—Cuénteme —dijo Ross.

—Los oblicuos se están moviendo —dijo la voz sustituta de Travis.

Ella conocía sus expresiones. Travis se refería a sus competidores como «los oblicuos». Durante estos últimos cuatro años, en la mayor parte de los casos la competencia había sido japonesa. (Travis siempre decía: «En la década de 1980, son los japoneses. En 1990, serán los chinos. De cualquier modo, siempre son los de los ojos oblicuos; todos trabajan hasta los domingos, y al diablo con el fútbol. No tenemos que cejar»).

—Detalles —pidió Ross, y esperó la demora de cinco segundos. Podía imaginar a Travis en Houston, oyendo la voz de ella, también generada por la computadora. Esa voz insípida necesitaba que se cambiaran las estructuras lingüísticas. Lo que comúnmente se transmitía por medio de fraseología y énfasis, debía explicitarse.

—Saben que usted está en camino —contestó la voz de Travis—. Ellos están adelantando sus planes. Los alemanes están detrás de todo; su amigo Richter. Yo planeo una alimentación de datos para dentro de unos minutos. Ésa es la buena noticia.

—¿Y la mala noticia?

—El Congo se ha ido al diablo en estas últimas diez horas —contestó Travis.

—Escriba los detalles —pidió ella.

Vio que en la pantalla aparecía PUESTA AL DÍA GEOPOLÍTICA, seguido por un párrafo denso. Decía:

WASHINGTON INFORMA EMBAJADA DE ZAIRE AVISA QUE FRONTERAS ORIENTALES POR RUANDA CERRADAS / NO DAN EXPLICACIONES / SE SUPONE TROPAS DE IDI AMIN HUYEN DE INVASIÓN DE TANZANIA A UGANDA HACIA ZAIRE ORIENTAL / CONSIGUIENTE CAOS / PERO HECHOS DIFIEREN / TRIBUS LOCALES (KIGANI) ALBOROTADAS INFORMES DE ATROCIDADES, CANIBALISMO, ETC / PIGMEOS HABITANTES DEL BOSQUE NO CONFIABLES / MATAN TODOS VISITANTES SELVA ECUATORIAL CONGO / GOBIERNO ZAIRE DESPACHÓ GENERAL MUGURU (CARNICERO AKA DE STANLEYVILLE) / SOFOCAR REBELIÓN KIGANI «A TODA COSTA» / SITUACIÓN SUMAMENTE INESTABLE / AHORA SOLAMENTE ENTRADA LEGAL EN EL ZAIRE POR OESTE KINSHASA / HAN QUEDADO POR PROPIA CUENTA DE USTEDES / CONSEGUIR CAZADOR BLANCO MUNRO DE IMPORTANCIA ESENCIAL A CUALQUIER PRECIO / MANTENERLO ALEJADO DE CONSORCIO A CUALQUIER PRECIO / SU SITUACIÓN EXTREMADAMENTE PELIGROSA / DEBEN CONSEGUIR MUNRO PARA SOBREVIVIR

Ella miró la pantalla. Era la peor noticia posible.

—¿Tiene un horario? —preguntó.

CONSORCIO EURO-JAPONÉS COMPRENDE AHORA HAKAMICHI (JAPÓN) GERLICH (ALEMANIA) VOORSTER (HOLANDA) / DESGRACIADAMENTE HAN RESUELTO DIFERENCIAS Y ESTÁN EN PERFECTO ACUERDO / COMUNICARSE CON NOSOTROS DE AHORA EN ADELANTE NO SERÁ ANTICIPO DE TRANSMISIÓN SEGURA / ANTICIPAMOS CONTRAMEDIDAS ELECTRÓNICAS Y TÁCTICAS BÉLICAS EN POS DEL OBJETIVO DOS-B / ENTRARÁN EN CONGO (FUENTE FIDEDIGNA) DENTRO DE 48 HORAS / AHORA BUSCAN A MUNRO

—¿Cuándo llegarán a Tánger? —preguntó ella.

—En seis horas. ¿Y ustedes?

—En siete horas. ¿Y Munro?

—No sabemos nada de Munro —dijo Travis—. ¿Pueden sorprenderlo?

—Decididamente —contestó Ross—. Prepararé la trampa ahora. Si Munro no colabora con nosotros, le prometo que en setenta y dos horas se verá obligado a salir del país.

—¿Qué tienen ustedes? —preguntó Travis.

—Metralletas checas. Halladas en el terreno, con huellas dactilares cuidadosamente aplicadas.

Eso bastará.

—Eso bastará —acordó Travis—. ¿Qué hay de sus pasajeros? —Se refería a Elliot y Amy.

—Están bien —dijo Ross—. No saben nada.

—Que siga así —dijo Travis, y colgó.

Hora de alimentar

—Es hora de alimentar —dijo Travis alegremente—. ¿A quién tenemos?

—Cinco bailarines en la línea de referencia Beta —respondió Rogers. Rogers era el experto en vigilancia electrónica, el que pescaba a los que escuchaban clandestinamente.

—¿Conocidos nuestros?

—Los conocemos a todos —dijo Rogers, levemente enfadado—. La línea Beta es nuestra principal línea interna, de manera que quien quiera enterarse de nuestro sistema naturalmente se conectará a ella. De ese modo se enterarán de más cosas. Por supuesto, no estamos usando Beta, excepto para casos de rutina, sin código, como impuestos y salarios, ese tipo de cosas.

—Tenemos que preparar una alimentación —dijo Travis. Se refería a poner datos falsos en la línea que era escuchada clandestinamente, para que los recogieran. Era una operación delicada.

—¿Están los oblicuos en la línea?

—Seguro. ¿Con qué quiere alimentarlos?

—Con coordenadas de la ciudad perdida —dijo Travis.

Rogers asintió, enjugándose la frente. Era un hombre corpulento, que sudaba profusamente.

—¿Cómo de buenas?

—Lo mejor posible —dijo Travis—. No vamos a engañar a los oblicuos con estática.

—¿No querrá darles las coordenadas exactas?

—Dios, no. Pero razonablemente cerca. Digamos, a unos doscientos kilómetros.

—Es posible —dijo Rogers.

—¿En código? —preguntó Travis.

—Por supuesto.

—¿Tiene un código que puedan descifrar en doce o quince horas?

Rogers asintió.

—Tenemos una joya. Parece difícilísimo, pero cuando se empieza a trabajar, salta la solución. Tiene una debilidad interna en la frecuencia oculta de las letras. Del otro lado, parece como si hubiéramos cometido un error, pero es descifrable.

—No debe ser demasiado fácil —advirtió Travis.

—Oh, no, se ganarán bien sus yenes. Nunca sospecharán que los hemos alimentado a nuestra conveniencia. Le pasamos el código al ejército y ellos quedaron encantados de poder enseñarnos una lección. Nunca sospecharon que el error era deliberado.

—Está bien —dijo Travis—, preparen los datos y alimentémoslos. Quiero algo que les dé seguridad durante las siguientes cuarenta y ocho horas, o más. Que luego se den cuenta de que los hemos engañado.

—Encantado —dijo Rogers, y se dirigió a la terminal Beta.

Travis suspiró. Pronto comenzaría la alimentación, y esperaba que protegiera a su equipo en el

terreno, dándole tiempo para que llegara primero a los diamantes.

Señales peligrosas

El suave murmullo de voces lo despertó.

—¿Es inequívoca la señal?

—Totalmente inequívoca. Aquí fue el POSA, hace nueve días, y ni siquiera figura como epicentro.

—¿Eso es sombra de las nubes?

—No, no es sombra de las nubes, es demasiado negro. Son deyecciones de la señal.

Elliot abrió los ojos y por las ventanillas del compartimento de pasajeros vio el alba como una línea roja y delgada contra el negro azulado. Consultó el reloj: las 5:11 hora de San Francisco. Había dormido dos horas desde que llamara a Seamans. Bostezó y miró a Amy, hecha un ovillo en su nido de mantas, sobre el suelo. Roncaba cuidadosamente. Las otras literas estaban sin ocupar.

Volvió a oír voces bajas, y miró la pantalla de la computadora. Jensen y Levine también miraban la pantalla y hablaban en voz baja.

—Señal peligrosa. ¿Tenemos proyección en la computadora?

—Ya viene. Tardará un poco. Pedí los cinco años anteriores, y los demás POSAS.

Elliot se levantó de la litera y fue a mirar la pantalla.

—¿Qué son POSAS? —preguntó.

—Pares orbitales significativos anteriores por satélite —explicó Jensen—. Hemos estado mirando esta señal volcánica —dijo, indicando la pantalla—. No es muy prometedora.

—¿Qué señal volcánica? —preguntó Elliot.

Le mostraron los penachos ondulantes de humo —verde oscuro en los tonos artificiales generados por la computadora— que brotaba de la boca del Mukenko, uno de los volcanes activos de la cadena de Virunga.

—El Mukenko entra en erupción como promedio una vez cada tres años —dijo Levine—. La última erupción fue en marzo de 1977, pero al parecer se prepara para otra erupción completa la semana próxima, o algo así. Ahora estamos esperando la evaluación de probabilidad.

—¿Sabe esto Ross?

Ellos se encogieron de hombros.

—Lo sabe, pero no parece preocupada. Hace dos horas recibió una información geopolítica urgente de Houston, y se fue directamente al compartimento de carga. No la hemos visto desde entonces.

Elliot se dirigió al compartimento de carga del avión, en penumbra. El compartimento de carga no estaba aislado, y hacía frío: la plancha y los cristales de los camiones estaban cubiertos de una delgada capa de escarcha, y él advirtió que al respirar salía vapor de su boca. Halló a Karen Ross trabajando ante una mesa debajo de luces bajas. Estaba de espaldas a él, pero cuando se acercó, dejó lo que estaba haciendo y se volvió.

—Creía que estaba durmiendo —le dijo.

—Me desperté. ¿Qué sucede?

—Estoy controlando las provisiones, nada más. Ésta es nuestra unidad de tecnología avanzada —le indicó, levantando una mochila pequeña—. Hemos ideado un equipo personal especial para el terreno. Nada más que diez kilos, y contiene todo lo que pueda necesitar una persona en dos semanas: comida, agua...

—¿Incluso agua? —preguntó Elliot.

El agua es pesada: siete décimos del peso del cuerpo humano es agua, y la mayor parte del peso de los alimentos es agua. Es por eso que los alimentos deshidratados son tan livianos. Pero el agua es mucho más crítica que la comida para la vida humana. Los hombres pueden sobrevivir sin comida durante semanas, pero morirían en cuestión de horas sin agua.

Ross sonrió.

—El hombre, como promedio, consume de cuatro a seis litros de agua por día, lo que significa un peso de cuatro a seis kilos y medio. En una expedición de dos semanas a una región desértica, tendríamos que proveer cien kilos de agua por hombre. Pero nosotros tenemos una unidad de reciclaje de agua de la NASA que purifica todas las excreciones, incluyendo la orina. Pesa menos de doscientos gramos. Así resolvemos el problema. —Al ver la expresión de Elliot, agregó—: No es en absoluto mala. Nuestra agua purificada es más limpia que la que sale del grifo.

—Acepto su palabra —dijo Elliot al tiempo que cogía un par de gafas de sol de apariencia extraña. Eran muy oscuras y pesadas, y tenían una lente peculiar montada sobre el puente.

—Gafas nocturnas holográficas —dijo Ross—. Emplean óptica de difracción de película delgada. —Señaló luego unas lentes de cámara libres de vibración con sistemas ópticos que compensaban el movimiento, luces infrarrojas estroboscópicas y láser en miniatura, no más grande que la goma de un lápiz. Había también una serie de pequeños trípodes con motores de cambio veloz montados en la parte superior y ménsulas pero ella no explicó nada acerca de estos objetos; sólo dijo que «eran unidades de defensa».

Elliot fue hasta la mesa más alejada, donde encontró seis metralletas. Cogió una. Era pesada y estaba brillante de grasa. Apiladas, cerca, había tiras de municiones. Elliot no se fijó en las letras: los fusiles eran AK-47, rusos, fabricados bajo licencia en Checoslovaquia.

Miró a Ross.

—Simples precauciones —observó Ross—. Los llevamos en todas las expediciones. No significa nada.

Elliot meneó la cabeza.

—Cuénteme acerca de la información geopolítica que recibió de Houston —pidió.

—Eso no me preocupa —dijo ella.

—A mí sí —replicó Elliot.

Tal como explicó Karen Ross, la información geopolítica no era más que un informe técnico. El gobierno de Zaire había cerrado su frontera este hacía veinticuatro horas; ningún turista ni tráfico comercial podía entrar en el país desde Ruanda con dirección a Uganda. Todos debían ingresar por

el oeste, por Kinshasa.

No se dio razón oficial por el cierre de la frontera oriental, aunque fuentes de Washington suponían que las tropas de Idi Amin, al huir a través de la frontera de Zaire de los invasores tanzanos, podían estar causando «dificultades locales». En África Central, eso podía significar canibalismo y otras atrocidades.

—¿Cree usted eso? —preguntó Elliot—. ¿Canibalismo y atrocidades?

—No —dijo Ross—. Son mentiras. Se debe a los holandeses, los alemanes y los japoneses. Probablemente a su amigo Hakamichi. El consorcio electrónico eurojaponés sabe que STRT está a punto de descubrir importantes reservas de diamantes en Virunga. Quieren retrasarnos todo lo posible. Habrán podido sobornar a alguien, probablemente en Kinshasa, y han cerrado la frontera oriental. Sólo se trata de eso.

—Si no hay peligro, ¿por qué los fusiles?

—Por precaución. Nunca los usaremos en este viaje, créame. ¿Por qué no trata de dormir un poco? Pronto aterrizaremos en Tánger.

—¿En Tánger?

—Allí está el capitán Munro.

El nombre del «capitán» Charles Munro no figuraba en la lista de guías de expedición empleados por los grupos corrientes. Había varias razones para ello, la principal de las cuales era su reputación, francamente deshonrosa.

Munro se había criado en la salvaje provincia de la frontera norte de Kenia. Era hijo ilegítimo de un granjero escocés y de su bella sirvienta india. El padre de Munro tuvo la mala suerte de ser asesinado por guerrilleros Mau-Mau en 1956^[5]. Poco después, la madre de Munro murió de tuberculosis, y Munro se dirigió a Nairobi donde, a fines de la década de 1950, trabajó como cazador blanco, guiando a grupos de turistas a la sabana. Fue en ese tiempo que Munro empezó a hacerse llamar «capitán», aunque nunca había estado en el ejército.

Aparentemente, el capitán Munro no encontró agradable divertir a los turistas. Hacia 1960, traficaba armas desde Uganda al nuevo país independiente del Congo. Después de que Moise Tshombe partiera rumbo al exilio, en 1963, las actividades de Munro se convirtieron en un estorbo político, hasta que finalmente se lo obligó a desaparecer de África Oriental a fines de 1963.

Volvió a aparecer en 1964, como uno de los mercenarios blancos del general Mobutu en el Congo, bajo el liderazgo del coronel Hoare, apodado Mike el Loco. Hoare describió a Munro como un hombre duro, letal, que conocía la jungla y era altamente eficaz, «cuando podíamos apartarlo de las mujeres».

Después de la captura de Stanleyville en la *Operación Dragón Rouge*, el nombre de Munro empezó a ser asociado con atrocidades mercenarias cometidas en una aldea llamada Avakabi. Munro volvió a desaparecer por varios años.

En 1968, reapareció en Tánger, donde vivía espléndidamente y era una especie de personaje local. La fuente de los ingresos de Munro, francamente sustanciales, era desconocida, pero se decía que en 1979 había provisto a los rebeldes comunistas sudaneses de armas ligeras provenientes de Alemania Oriental; que en 1974–1975 había ayudado a los etíopes realistas en su rebelión, y a los paracaidistas franceses que descendieron en la provincia de Shaba, del Zaire, en 1978.

Las variadas actividades de Munro lo convirtieron en un caso especial en la década de 1970; si bien era *persona non grata* en una media docena de estados africanos, viajaba libremente por todo el continente, usando distintos pasaportes. Era un truco transparente: todos los oficiales de frontera lo reconocían a simple vista, pero tenían tanto miedo de dejarlo entrar en su país, como de negarle la entrada.

Las compañías mineras y exploradoras extranjeras, sensibles a la opinión local, eran reacias a contratar a Munro como guía de expedición de sus grupos. Además, Munro era el más costoso de los guías. Sin embargo, tenía la reputación de llevar a feliz término las empresas más difíciles. Bajo un nombre supuesto, había llevado a dos grupos alemanes interesados en estaño al Camerún en 1974, y a una expedición previa del STRT a Angola durante el punto culminante del conflicto armado en

1977. Dejó a otro grupo de STRT que se dirigía a Zambia al año siguiente, cuando Houston se negó a pagarle lo que pedía. Houston canceló la expedición.

En resumen, Munro era considerado el hombre idóneo para ese tipo de tareas peligrosas. Ésa era la razón por la que el avión de STRT se detendría en Tánger.

En el aeropuerto de Tánger, el jet de carga de STRT y su contenido quedaron en depósito aduanero, pero todo el personal, a excepción de Amy, pasó por la aduana, llevando sus efectos personales. Tensen y Levine fueron separados para ser registrados; se descubrieron rastros de heroína en su equipaje de mano.

Este extraño hecho tuvo lugar a causa de una serie de notables coincidencias. En 1977, los oficiales de aduana de los Estados Unidos comenzaron a emplear dispositivos de retrodispersión de neutrones, al igual que detectores de vapores químicos. Ambos eran aparatos electrónicos manuales fabricados bajo contrato por Electrónica Hakamichi, en Tokio. En 1978, se suscitaron dudas acerca de la precisión de estos aparatos. Hakamichi sugirió que se los probara en otros puertos de entrada de todo el mundo, entre ellos Singapur, Bangkok, Delhi, Múnich y Tánger.

Es decir, que Electrónica Hakamichi conocía la capacidad de los detectores del aeropuerto de Tánger, y sabía también que una variedad de sustancias, entre ellas semillas de amapola y nabo rallado, podrían producir un registro positivo falso en los detectores del aeropuerto. Y esta «red de registro positivo falso» tardaba cuarenta y ocho horas en ser aclarada. (Más tarde se supo que los maletines de ambos hombres tenían restos de nabo).

Tanto Irving como Jensen negaron enfáticamente cualquier tipo de relación con sustancias ilegales, y apelaron a la oficina consular del lugar. El caso no se resolvería hasta después de varios días. Ross telefoneó a Travis en Houston, quien llegó a la conclusión de que se trataba de una treta. No había más remedio que seguir adelante, y continuar con la expedición como pudieran.

—Creen que esto nos detendrá —dijo Travis—, pero no será así.

—¿Quién se ocupará de la geología? —preguntó Ross.

—Usted —contestó Travis.

—¿Y de la electrónica?

—Usted es el genio —dijo Travis—. Asegúrese de conseguir a Munro. Él es la clave de todo.

La canción del almuecín flotó encima de la aglomeración de casas de la alcazaba de Tánger, llamando a los fieles a la plegaria vespertina. En otros tiempos, el almuecín en persona aparecía en los minaretes de la mezquita, pero ahora había un disco y altavoces: una llamada mecanizada al ritual musulmán de la zalema.

Karen Ross estaba sentada en la terraza de la casa del capitán Munro, que daba a la alcazaba, aguardando la audiencia que le habían dado. A su lado, Peter Elliot, en una silla, roncaba ruidosamente, exhausto por el largo viaje.

Hacía casi tres horas que esperaban, y ella estaba preocupada. La casa de Munro, abierta a la calle, era de estilo morisco. Del interior provenían voces, débilmente traídas por la brisa, que

hablaban algún idioma oriental.

Una de las gráciles sirvientas marroquíes que Munro parecía tener en gran cantidad apareció en la terraza trayendo un teléfono. Hizo una reverencia formal. Karen notó que la muchacha tenía ojos violetas; era exquisitamente bella, y no tendría más de dieciséis años. Con un inglés muy cuidadoso, dijo:

—Éste es su teléfono para comunicarse con Houston. Ahora comenzará la puja.

Karen tocó ligeramente a Peter, que se despertó medio mareado.

—Ahora empezará la puja —dijo.

Peter Elliot se sorprendió al ver la casa en que vivía Munro. Había esperado un severo edificio militar, y quedó alelado al ver los delicados arcos moriscos y las suaves fuentes gorgoteantes en las que se reflejaba la luz del sol.

Luego vio a los japoneses y a los alemanes en la otra habitación, que miraban fijamente a él y a Karen Ross. Las miradas eran abiertamente hostiles, pero Ross se puso de pie y, diciendo que la excusara un momento, se dirigió a abrazar calurosamente a un alemán rubio. Se besaron y charlaron animadamente. Parecían amigos íntimos.

A Elliot no le gustó cómo se desarrollaban los acontecimientos, pero se sintió mejor al advertir que los japoneses —vestidos con idénticos trajes negros— sentían lo mismo que él. Al notarlo, Elliot sonrió con benignidad, para transmitir un sentimiento de aprobación a la reunión.

Cuando Ross volvió, le preguntó:

—¿Quién era ése?

—Se llama Richter —contestó ella—. Es el topólogo más brillante de Europa Occidental. Su especialidad es extrapolación del espacio- n . Su trabajo es excelente. —Sonrió—. Casi tan excelente como el mío.

—Pero ¿trabaja para el consorcio?

—Naturalmente. Es alemán.

—¿Y usted le habla?

—Me sentí encantada de poder hacerlo —dijo ella—. Karl tiene una limitación fatal. Sólo puede ocuparse de datos preexistentes. Toma lo que le dan y hace maravillas con eso en el espacio- n . Pero es incapaz de imaginar algo nuevo. Yo tuve un profesor en el Instituto Tecnológico que era exactamente igual. Limitado a los hechos, un rehén de la realidad. —Sacudió la cabeza.

—¿Le ha preguntado por Amy?

—Por supuesto.

—Y usted, ¿qué le dijo?

—Que estaba enferma, y que tal vez moriría.

—¿Se lo creyó?

—Ya lo veremos. Allí está Munro.

El capitán Munro apareció en la habitación contigua. Llevaba uniforme color caqui, y fumaba un cigarro. Era un hombre alto, recio, de bigote y dulces ojos oscuros atentos a todo cuanto ocurría. Se puso a hablar con los japoneses y los alemanes, que evidentemente no se mostraban felices con lo

que les decía. Momentos después, Munro entró en el cuarto en que estaban Ross y Elliot.

—De modo que va al Congo, doctora Ross —dijo con una amplia sonrisa.

—Así es, capitán Munro —respondió ella.

Munro sonrió.

—Al parecer, todo el mundo va allí.

Siguió un rápido intercambio de palabras que Elliot halló incomprensible. Karen Ross dijo:

—Cincuenta mil dólares en francos suizos contra 0,2 de las ganancias de la extracción del primer año, ajustadas.

Munro sacudió la cabeza.

—Cien mil en francos suizos y 0,6 de las ganancias del primer año sobre todos los depósitos con descuento total del punto de origen.

—¿Punto de origen? ¿En el medio del maldito Congo? Pediría tres años del punto de origen. ¿Y si los clausuran?

—Si se quiere un pedazo, se arriesga. Mobutu es inteligente.

—Mobutu no controla nada, y yo sigo viviendo por no arriesgarme —dijo Munro—. Cien contra 0,4 del primer año sobre los primarios, con sólo el descuento de la carga principal. De lo contrario, su proposición, pero tomando 0,3.

—Si a usted no le gusta arriesgar, le ofrezco una suma fija de doscientos.

Munro negó con la cabeza.

—En Kinshasa pagaron más de eso por los derechos de exploración de minerales.

—En Kinshasa inflan los precios de todo, incluyendo los de los derechos de explotación de minerales. Y el límite actual de exploración es inferior a mil.

—Si usted lo dice. —Sonrió, y se dirigió a la otra habitación, donde los alemanes y los japoneses aguardaban su regreso.

Ross dijo rápidamente:

—Ellos no deben enterarse.

—Oh, estoy seguro de que ya lo saben —dijo Munro, y se marchó.

—Hijo de puta —susurró Karen, a espaldas de él. Luego se puso a hablar por teléfono, en voz muy baja—: No, nunca aceptará eso... No, no, no quiere... Ellos lo necesitan desesperadamente...

—Está pidiendo demasiado por sus servicios —dijo Elliot.

—Es el mejor —dijo Ross, y continuó susurrando en el teléfono. En el cuarto contiguo, Munro sacudía tristemente la cabeza, desechando un ofrecimiento. Elliot vio que Richter estaba muy colorado.

Munro regresó.

—¿Cuánto proyectan sacar?

—Menos de mil.

—Eso dicen ustedes. Saben que hay mucho mineral.

—No, no lo sabemos.

—Entonces hacen una tontería en gastar tanto dinero para ir al Congo —dijo Munro—. ¿No le parece?

Karen Ross no contestó. Se puso a mirar el trabajado cielo raso de la habitación.

—En estos días Virunga no es precisamente un edén —prosiguió Munro—. Los Kigani están alborotados y furiosos, y son caníbales. Los pigmeos han dejado de ser amistosos. Es probable que terminen con una flecha clavada en la espalda. Los volcanes amenazan continuamente con una erupción. Hay moscas tse-tse. Agua mala. Oficiales corrompidos. No es un lugar adonde ir sin tener una buena razón. Tal vez sea mejor que pospongan el viaje hasta que todo se tranquilice.

Eso era exactamente lo que pensaba Peter Elliot, y lo dijo.

—Hombre sensato —observó Munro, con una amplia sonrisa que molestó a Karen Ross.

—Evidentemente —dijo ella—, nunca nos pondremos de acuerdo.

—Así parece —replicó Munro.

Elliot entendió que las negociaciones se interrumpían. Se puso de pie para estrechar la mano de Munro y retirarse, pero antes de poder hacerlo, Munro se dirigió a la otra habitación a conferenciar con los alemanes y los japoneses.

—Las cosas están mejorando —dijo Ross.

—¿Por qué? —preguntó Elliot—. ¿Porque él cree que la ha vencido?

—No. Porque cree que nosotros sabemos más acerca del lugar en cuestión, de modo que es muy probable que demos con un yacimiento, y le paguemos más.

En la habitación contigua, los japoneses y los alemanes se pusieron abruptamente de pie y se dirigieron a la puerta principal. Allí, Munro estrechó la mano de los alemanes, e hizo complicadas reverencias a los japoneses.

—Supongo que tiene razón —dijo Elliot a Ross—. Los está despachando.

Pero Ross tenía el entrecejo fruncido, y una expresión adusta.

—No pueden hacer esto —dijo—. No pueden irse así.

Elliot volvía a estar confundido.

—Yo creía que usted quería que se fueran.

—Maldición —dijo Ross—. Nos han fastidiado.

Susurró algo a Houston por teléfono.

Elliot no entendía nada. Su confusión no desapareció cuando Munro cerró con llave la puerta al irse el último de sus visitantes, luego se acercó a donde estaban Elliot y Karen y les dijo que la comida estaba servida.

Comieron al estilo marroquí, sentados en el suelo y cogiendo la comida con los dedos. El primer plato era un pastel de paloma, y fue seguido por una especie de guisado.

—¿De modo que no despachó a los japoneses? —preguntó Ross—. ¿Les dijo que no?

—Oh, no —dijo Munro—. Eso sería descortés. Les dije que lo pensaré. Y lo haré.

—Entonces, ¿por qué se fueron?

Munro se encogió de hombros.

—No he tenido nada que ver, se lo aseguro. Creo que oyeron algo por teléfono que les hizo modificar el plan. Karen Ross echó un vistazo a su reloj.

—El guisado es exquisito —dijo. Se estaba esforzando por ser agradable.

—Me alegro de que le guste. Es *tajin*. Carne de camello.

Karen Ross tosió. Peter Elliot notó que su propio apetito había disminuido. Munro se volvió hacia él.

—¿De modo que usted tiene el gorila, profesor Elliot?

—¿Cómo se ha enterado?

—Me lo dijeron los japoneses; están fascinados con el animal. No me imagino por qué, pero los vuelve locos. Un hombre joven con un gorila, y una mujer joven en busca de...

—Diamantes de tipo industrial —dijo Karen Ross.

—Ah, diamantes de tipo industrial. —Se volvió hacia Elliot—. Me gusta la sinceridad. Los diamantes me parecen fascinantes. —Su modo de hablar sugería que no se le había dicho nada de importancia.

—De modo, Munro, que usted nos guiará —dijo Ross.

—El mundo está lleno de diamantes de tipo industrial —dijo Munro—. Se encuentran en África, India, Rusia, Brasil, Canadá, incluso en los Estados Unidos, en Arkansas, Nueva York, Kentucky, donde uno busque. Pero ustedes van al Congo.

La pregunta obvia flotaba en el aire.

—Buscamos diamantes azules, del tipo IIb, cubiertos de boro —dijo Karen Ross—. Tienen importantes propiedades semiconductoras para aplicaciones microelectrónicas.

Munro se acarició el bigote.

—Diamantes azules —dijo, asintiendo—. Tiene sentido.

—Por supuesto que tiene sentido —dijo Ross.

—¿No pueden fabricarlos artificialmente? —preguntó Munro.

—No. Se ha intentado. Hay un proceso comercial, pero no es confiable. Los estadounidenses tenían uno, los japoneses también. Todos lo abandonaron.

—De modo que tienen que buscar una fuente natural.

—Así es. Quiero conseguirla cuanto antes —dijo Ross con voz monocorde, mirándolo fijamente.

—Supongo que así debe ser —dijo Munro—. No hay nada más que negocios para nuestra doctora Ross, ¿eh? —Cruzó la habitación y, apoyándose en una de las arcadas, miró hacia la oscuridad de la noche de Tánger—. No me sorprende en absoluto —dijo—. En realidad...

A la primera ráfaga de fuego de ametralladora, Munro corrió a refugiarse. El cristal de la mesa se hizo añicos, una de las muchachas chilló, y Elliot y Ross se arrojaron al suelo de mármol, mientras las balas zumbaban a su alrededor, rompiendo el yeso del techo y cubriéndolos de polvillo. Las ráfagas duraron unos treinta segundos, y fueron seguidas por un completo silencio.

Cuando terminaron, se pusieron de pie, vacilantes, mirándose mutuamente.

—El consorcio juega en serio —dijo Munro con una sonrisa—. Así me gusta la gente.

Ross se sacudió el polvo del yeso de la ropa. Se volvió hacia Munro.

—Contra los primeros doscientos, 5,2, y sin deducciones, en francos suizos, ajustable.

—Soy suyo por 5,7.

—De acuerdo.

Munro le dio la mano, luego anunció que necesitaría unos segundos para hacer las maletas, antes de partir rumbo a Nairobi.

—¿Eso es todo? —preguntó Ross. De repente parecía preocupada, y miró el reloj.

—¿Qué problema tiene? —preguntó Munro.

—Fusiles checos AK-47 —dijo ella—. En el depósito.

Munro no demostró sorpresa.

—Será mejor que los llevemos —dijo—. El consorcio indudablemente cuenta con algo parecido, y tenemos mucho que hacer en las próximas horas...

Mientras hablaba, oyeron las sirenas de la Policía que se acercaban. Munro dijo:

—Saldremos por la escalera de atrás.

Una hora después estaban volando hacia Nairobi.

DÍA 4

NAIROBI

16 de junio de 1979

Línea de tiempo

Es mayor la distancia entre Tánger y Nairobi que entre Nueva York y Londres: tres mil seiscientas millas, un vuelo de ocho horas. Ross pasó el tiempo ante la pantalla del ordenador, calculando lo que ella llamaba «líneas de probabilidad del hiperespacio».

La pantalla mostraba un mapa de África, generado por la computadora, atravesado por líneas multicolores.

—Son líneas de tiempo —dijo Ross—. Podemos asignarles valores como factores de duración y demora.

Debajo de la pantalla había un reloj con el total de tiempo transcurrido; los números no cesaban de cambiar.

—¿Qué significa? —preguntó Elliot.

—La computadora está seleccionando la ruta más rápida. Fíjese que acaba de identificar una línea de tiempo que nos llevará a destino en seis días, dieciocho horas y cincuenta y un minutos. Ahora está tratando de mejorar ese tiempo.

Elliot no pudo evitar sonreír. La idea de que una computadora pudiera predecir con *precisión de un minuto* cuándo llegarían a su destino en el Congo le parecía absurda. Ross, sin embargo, estaba muy seria.

Mientras miraban, el reloj del ordenador marcó cinco días, veintidós horas y veinticuatro minutos.

—Mejor —dijo Ross, asintiendo—. Pero todavía no es muy bueno. —Apretó otra tecla y las líneas cambiaron, extendiéndose por el continente africano—. Ésta es la ruta del consorcio —dijo—, basada en nuestras suposiciones acerca de la expedición. Es una empresa en gran escala, con treinta o más en el equipo. Y desconocen la ubicación exacta de la ciudad; nosotros, al menos, así lo creemos. Pero nos llevan una ventaja sustancial, de por lo menos doce horas, pues sus aviones ya están en Nairobi.

El reloj marcó el total del tiempo transcurrido: cinco días nueve horas y diecinueve minutos. Ella presionó la tecla que decía FECHA y cambió a 21 06 79 0814.

—Según esto, el consorcio llegará al lugar del Congo un poco después de las ocho de la mañana del 21 de junio.

La computadora hacía un tenue tictac. Las líneas seguían extendiéndose y moviéndose. El reloj indicó una nueva fecha: 21 06 79 1224.

—Bueno —dijo ella—, así estamos. Si se dan los movimientos más favorables para ellos y nosotros, el consorcio llegará primero al lugar por algo menos de cuatro horas, dentro de cinco días.

Munro pasó a su lado, comiendo un bocadillo.

Elliot los oyó discutir cómo llegar antes por una diferencia de horas. Le pareció irreal.

—Seguramente —dijo—, con todos los arreglos que tendremos que hacer en Nairobi y el tiempo

que nos llevará adentrarnos en la jungla, no es posible confiar demasiado en esas cifras.

—Ahora no es como antes —dijo Ross—, cuando las expediciones desaparecían durante meses en la jungla. El margen de error de la computadora es muy escaso, digamos media hora en la proyección total de cinco días. —Sacudió la cabeza—. No, aquí tenemos un problema, y debemos hacer algo al respecto. Hay demasiado en juego.

—¿Se refiere a los diamantes?

Ella asintió, e indicó la parte inferior de la pantalla, donde habían aparecido las palabras CONTRATO AZUL. Él le preguntó qué quería decir.

—Muchísimo dinero —contestó Ross. Luego agregó—: O al menos eso creo.

En STRT, cada contrato recibía un número de código. Sólo Travis y la computadora conocían el nombre de la compañía contratante. El resto del personal, incluyendo los programadores y los que iban al terreno, conocían los proyectos sólo por su nombre, que era un color codificado: Contrato Rojo, Contrato Amarillo, Contrato Blanco. Era una protección comercial para las firmas involucradas. Sin embargo, los matemáticos de STRT no podían evitar un juego de adivinanza sobre las fuentes de los contratos, que eran el centro de la conversación diaria en la cantina de la empresa.

El Contrato Azul había llegado en diciembre de 1978.

Requería de STRT que localizara una fuente natural de diamantes de grado industrial en un país amistoso o neutral. Los diamantes debían ser del tipo IIb, cristales «pobres en nitrógeno». No se especificaban dimensiones, de modo que el tamaño del cristal no importaba; tampoco se especificaban las cantidades recuperables: el contratante aceptaría lo que le dieran. Pero lo más extraño era que no había límite de costo de extracción por unidad.

Casi todos los contratos llegaban con un límite de costo de extracción por unidad. No bastaba hallar una fuente de minerales. Éstos debían ser extraíbles a un costo específico por unidad. El costo unitario, a su vez, reflejaba la riqueza del depósito, su ubicación, la posibilidad de conseguir mano de obra local, las condiciones políticas, la posible necesidad de construir aeropuertos, caminos, hospitales, escuelas, minas o refinerías.

Que un contrato llegara sin límite de costo de extracción por unidad podía significar una sola cosa: alguien tenía tanta necesidad de diamantes azules que no le importaba el costo.

A las cuarenta y ocho horas, la cantina de STRT tenía todas las explicaciones del Contrato Azul. Resultaba que los diamantes del tipo IIb eran azules por poseer rastros de boro, que no les confería ningún valor como piedras preciosas pero que alteraba sus propiedades electrónicas, haciéndolos semiconductores con una resistividad del orden de los cien centímetros ohms. Además, tenían propiedades transmisoras de luz.

Alguien encontró luego un artículo breve en el *Electronic News* del 17 de noviembre de 1978: «Revestimientos McPhee Interrumpidos». Explicaba que la firma Silec, Inc., de Waltham, Massachusetts, había puesto punto final al uso de la técnica experimental McPhee de revestimiento artificial de diamantes mediante una capa única de boro. El proceso McPhee había sido abandonado por ser demasiado costoso y poco confiable, ya que no producía «las necesarias propiedades de semiconductividad». El artículo terminaba diciendo que «otras firmas han subestimado los problemas de los revestimientos de una capa de boro; Hakamichi (Tokio) abandonó el proceso de Nagaura en septiembre de este año». Trabajando retrospectivamente, la cantina de STRT logró juntar

las piezas del rompecabezas.

Ya en 1971, Intec, la firma de microelectrónica de Santa Clara, había sido la primera en predecir que en la década de 1980 los diamantes semiconductores serían importantes para una generación futura de computadoras «superconductoras».

La primera generación de computadoras electrónicas, ENIAC y UNIVAC, construidas en medio de los secretos de la guerra de la década de 1940, empleaba tubos al vacío. Los tubos al vacío tenían un promedio de vida de veinte horas, pero con miles de tubos calientes en una sola máquina, algunas computadoras duraban entre siete y doce minutos. La tecnología de los tubos al vacío impuso una limitación en el tamaño y potencia de las computadoras planeadas para una segunda generación.

Pero esta segunda generación nunca utilizó tubos al vacío. En 1947, la invención del transistor — una especie de bocado de material sólido del tamaño de la uña del pulgar, que realizaba todas las funciones de un tubo de vacío— dio comienzo a una era de aparatos electrónicos de «estado sólido» que utilizaban poca potencia, generaban poco calor y eran más pequeños y seguros que los tubos que remplazaban. Durante los siguientes veinte años la tecnología del silicio sirvió de base a tres generaciones de computadoras cada vez más compactas, seguras y económicas.

Pero en la década de 1970, los diseñadores de computadoras empezaron a darse cuenta de las limitaciones inherentes a la tecnología del silicio. Si bien los circuitos habían disminuido a dimensiones microscópicas, la rapidez de la computación dependía aún del largo del circuito. Pero miniaturizar todavía más los circuitos, en los que las distancias eran ya del orden de millonésimas de pulgada, actualizó un viejo problema: el calor. Los circuitos más pequeños literalmente se fundían por el calor producido. Se necesitaba algún método para eliminar el calor y al mismo tiempo reducir la resistencia.

Desde 1950 se sabía que muchos metales, al enfriarse a temperaturas extremadamente bajas, se volvían «superconductores», permitiendo la fluidez libre de electrones a través de ellos. En 1977, IBM anunció que estaba diseñando una computadora de velocidad ultrarrápida del tamaño de un pomelo, enfriada por nitrógeno líquido. La computadora superconductor requería una tecnología nueva, y una nueva gama de materiales de construcción de baja temperatura.

Así es como se extendería el uso de diamantes revestidos. Varios días después, la cantina de STRT produjo una explicación alternativa. Según la nueva teoría, la década de 1970 había conocido un desarrollo sin precedentes de las computadoras. Si bien los primeros fabricantes de computadoras de la década de 1940 habían predicho que cuatro computadoras harían todo el trabajo computable del mundo entero en un futuro previsible, los expertos preveían que para 1990 habría *mil millones* de computadoras, en su mayor parte conectadas a otras computadoras mediante redes de comunicación. Tales redes no existían, pero eran consideradas teóricamente posibles. (Un estudio de 1975 realizado por el Instituto Hannover llegó a la conclusión de que no había suficiente metal en la corteza terrestre para construir las líneas de transmisión electrónica necesarias).

Según Harvey Rumbaugh, la década de 1980 se caracterizaría por una escasez crítica de sistemas transmisores de datos de computadoras: «Así como la escasez de combustible fósil tomó por sorpresa al mundo en la década de 1970, la escasez de datos de transmisión tomará por sorpresa al mundo en los próximos diez años. En los años setenta las personas se vieron privadas de *movimiento*, pero en la de 1980 se verán privadas de *información*, y el futuro dirá cuál escasez

resultará más frustrante».

La luz láser representaba la única esperanza para solucionar estos requerimientos masivos de datos, pues los canales láser llevaban veinte mil veces más información que una vulgar línea principal coaxial de metal. La transmisión láser exigía tecnologías totalmente nuevas, incluyendo fibra óptica delgadísima y diamantes revestidos semiconductores, que, según predecía Rumbaugh, en los años futuros serían «más valiosos que el petróleo».

Más aún: Rumbaugh aseguraba que en diez años «*la electricidad misma sería obsoleta*». Los ordenadores del futuro sólo utilizarían circuitos de luz, y se relacionarían interfacialmente con sistemas de datos transmitidos por luz. La causa era la rapidez. «La luz —afirmaba Rumbaugh—, se mueve a la velocidad de la luz. La electricidad no. Estamos viviendo en los últimos años de la tecnología microelectrónica».

Pero la microelectrónica no tenía el aspecto de una tecnología moribunda. En 1979, la microelectrónica era una industria importantísima en todo el mundo; en Estados Unidos solamente alcanzaba ochenta mil millones de dólares al año. Seis de las veinte sociedades principales en la Fortune 500 estaban básicamente relacionadas con la microelectrónica. Estas compañías tenían un pasado de competencia y progreso extraordinarios, en un período de menos de treinta años.

En 1958, un fabricante era capaz de poner diez componentes electrónicos en un solo trocito de silicio. Para 1970, era posible poner cien unidades en un trozo del mismo tamaño, lo que representaba un aumento diez veces mayor en poco más de una década.

Pero para 1972, la proporción había ascendido a mil unidades, y para 1974, a diez mil. Se esperaba que para 1980 hubiese un millón de unidades en un pedacito del tamaño de una uña de pulgar pero, usando la fotoproyección electrónica de 1979, el nuevo objetivo era diez millones de unidades o, mejor aún, mil millones de unidades, en una sola partida de silicio, para 1980. Pero nadie quería aguardar más allá de junio o julio de 1979 para conseguirlo.

Nunca en la historia una tecnología ha progresado tanto en tan poco tiempo. Para comprobarlo, basta comparar con tecnologías más antiguas. Detroit se conformaba con hacer triviales alteraciones de diseño a intervalos de tres años en la industria automovilística, pero la industria electrónica esperaba progresos diez veces mayores como si de algo rutinario se tratara.

En tal mercado competitivo, todos se preocupaban por las potencias extranjeras, principalmente Japón, que desde 1973 mantenía un programa de intercambio cultural con sede en Santa Clara, que en realidad era una institución que cubría un flagrante espionaje industrial, muy financiado.

El Contrato Azul sólo podía comprenderse dentro del contexto de una industria que realizaba progresos importantes cada pocos meses. Travis había dicho que el Contrato Azul era «la cosa más grande que veremos en los próximos diez años. El que encuentre esos diamantes dará un salto en la tecnología de por lo menos cinco años. *Cinco años*. ¿Saben lo que eso significa?».

Ross lo sabía. En una industria en la que los estímulos competitivos se medían en meses, las compañías habían hecho fortunas derrotando a competidores por cuestión de semanas con alguna nueva técnica o nuevo aparato; Syntel, de California, fue la primera en hacer una placa de memoria de 256K cuando todos los demás seguían haciendo placas de 16K y soñando con las de 64K. Syntel

conservó su ventaja durante sólo dieciséis semanas, pero tuvo una ganancia de más de ciento treinta millones de dólares.

—Y estamos hablando de *cinco años* —había dicho Travis—. Ésa es una ventaja que se mide en miles de millones de dólares, quizá en decenas de miles de millones. Si conseguimos los diamantes.

Éstas eran las razones de la enorme presión que sentía Karen Ross mientras seguía trabajando con la computadora. A los veinticuatro años, era jefa de equipo en una carrera de alta tecnología que involucraba a media docena de países que secretamente competían entre sí con todos sus recursos industriales.

Los intereses hacían que cualquier carrera convencional pareciera absurda. Antes de que Ross partiera, Travis le había dicho: «No tema si la presión parece enloquecerla. Tiene *miles de millones de dólares* sobre sus espaldas. Haga lo mejor que pueda».

Haciendo lo mejor que podía, había logrado disminuir la línea de tiempo de la expedición en tres horas y treinta y siete minutos más, pero aún estaba algo retrasada respecto de la proyección del consorcio. Pero no tanto como para no poder recuperar el tiempo, especialmente con los atajos despiadados de Munro. Sin embargo, el mínimo retraso podía significar un desastre en una carrera donde el ganador se llevaba todo.

Luego, recibió malas noticias.

La pantalla transmitió: TRANSMISOR ILÍCITO.

—Diablos —dijo Ross.

De pronto, se sintió cansada. Porque si era verdad que un transmisor había recibido su información, entonces las probabilidades que tenían de ganar la carrera se esfumaban, antes siquiera de que hubiesen pisado las junglas africanas.

Terminal ilícita

Travis se sentía como un tonto.

Miró fijamente la copia del Centro de Vuelos Espaciales Goddard, de Greenbelt, Maryland:

STRT ¿POR QUÉ NOS MANDAN TODOS ESTOS DATOS DE MUKENKO QUE NO NOS INTERESAN? GRACIAS DE TODOS MODOS PERO SUSPENDAN CUANDO QUIERAN.

Eso había llegado hacía una hora del Centro de Maryland. Demasiado tarde: más de cinco horas tarde.

—¡Maldición! —dijo Travis, mirando el télex.

El primer indicio que tuvo Travis de que algo andaba mal fue en Tánger, cuando los japoneses y los alemanes interrumpieron las negociaciones con Munro. Estaban dispuestos a pagar lo que fuera y, al momento siguiente, no veían la hora de irse. Este cambio se había producido abruptamente, e indicaba que había habido una repentina introducción de nuevos datos en las computadoras del Consorcio.

¿Nuevos datos de dónde?

Sólo podía haber una explicación, que se veía confirmada por el télex del Centro de Greenbelt:

STRT ¿POR QUÉ NOS MANDAN TODOS ESTOS DATOS DE MUKENKO?

Servicios Tecnológicos no había enviado recientemente ningún dato al Centro. STRT tenía un acuerdo con el Centro para intercambiar datos. Travis lo había suscrito en 1978 para obtener imágenes por satélite más baratas. Las imágenes por satélite eran el gasto más costoso de la compañía. A cambio de los datos de STRT, el Centro acordó suministrarle imágenes por satélite a un costo inferior en un treinta por ciento.

Al principio se presentaba como un buen negocio. En el acuerdo especificaron los códigos.

Pero, de pronto, a Travis las posibles desventajas le parecieron inmensas; sus peores temores se habían visto confirmados. Cuando una línea se extendía más de treinta mil kilómetros desde Houston hasta Greenbelt, no podía por menos de sospecharse que alguien preparaba el camino para un transmisor ilícito. En algún lugar, entre Texas y Maryland, alguien había insertado un enlace terminal —probablemente en las líneas telefónicas— y había empezado a extraer datos a una terminal ilícita. Era la forma de espionaje industrial que Travis más temía.

Una terminal ilícita interceptaba las transmisiones entre dos legítimas. Después de un tiempo, el operador ilícito sabía lo suficiente como para empezar a hacer transmisiones en la línea, simulando enviar mensajes del Centro a Houston, o de Houston al Centro. La terminal ilícita podía seguir funcionando hasta que una o ambas terminales legítimas se dieran cuenta.

La cuestión más importante era: ¿cuánta información se había filtrado en las últimas setenta y dos horas?

Pidió una constatación de las últimas veinticuatro horas, y el resultado fue descorazonador. Parecía que la computadora de STRT no sólo había suministrado elementos de datos originales, sino también historias de transformación de datos: la secuencia de operaciones realizadas sobre los datos

de STRT en las últimas cuatro semanas.

Si eso era verdad, significaba que la terminal ilícita del consorcio euro-japonés conocía todas las transformaciones que había llevado a cabo STRT sobre los datos de Mukenko, y en consecuencia sabía dónde estaba ubicada la ciudad perdida, con exactitud milimétrica. Con la misma precisión que Ross.

Había que ajustar las líneas de tiempo, que eran desfavorables para el equipo de STRT. Y las proyecciones de la computadora resultaban inequívocas: con Ross o sin ella, las probabilidades de que el equipo de STRT llegara a la ciudad antes que los japoneses o los alemanes eran ya prácticamente nulas.

Desde el punto de vista de Travis, la expedición entera se había convertido en un ejercicio fútil y una pérdida de tiempo. No había perspectivas posibles de éxito. El único elemento imprevisible era la gorila Amy, pero el instinto de Travis le decía que una gorila llamada Amy no podía ser un factor decisivo en el descubrimiento de depósitos minerales en el noroeste del Congo.

Era irremediable.

¿Debería ordenar el regreso del equipo de STRT? Miró fijamente la pantalla junto a su escritorio.

—Costo de tiempo —dijo.

La computadora centelleó: COSTO DE TIEMPO DISPONIBLE.

—Partida de campo del Congo —dijo.

La pantalla imprimió las cifras del equipo: gastos por hora, costo acumulado, costos futuros... El equipo estaba por llegar a Nairobi, y el costo acumulado sobrepasaba ligeramente los 189 000 dólares.

Cancelarlo costaría 227 455 dólares.

—Factor BF —dijo.

La pantalla cambió. BF. Vio ahora una serie de probabilidades. «El factor BF» era «*bona fortuna*», buena suerte, algo imponderable en todas las expediciones, especialmente en aquellas enviadas a lugares remotos y peligrosos.

PENSANDO UN MOMENTO, imprimió la computadora.

Travis esperó. Sabía que la computadora necesitaría varios segundos para hacer los cálculos y asignar peso a factores fortuitos que podrían influir la expedición, aun a cinco días o más del punto de destino.

Sonó su señal electrónica. Rogers dijo:

—Hemos localizado la terminal ilícita. Está en Norman, Oklahoma, nominalmente en la Corporación de Seguros Central del Norte. Una compañía matriz de Hawai posee el cincuenta y uno por ciento de la Corporación Central del Norte. Se llama Halekuli, Inc., que a su vez responde a intereses japoneses. ¿Qué quiere?

—Quiero un incendio enorme —respondió.

—Entendido —dijo Rogers. Colgó.

La pantalla imprimió FACTOR BF ESTIMADO: 449. Se sorprendió: la cifra significaba que STRT tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de llegar al sitio antes del consorcio. Travis no cuestionaba la matemática; 449 era bastante bueno.

La expedición de STRT seguiría en el Congo, al menos por el momento. Y mientras tanto, él haría todo lo posible para demorar al consorcio. Se le ocurrirían un par de ideas para lograrlo.

Datos adicionales

Cuando Tom Seamans llamó a Elliot, el avión se dirigía hacia el sur, volando sobre el lago Rodolfo, en Kenia septentrional.

Seamans había terminado su análisis en la computadora para discriminar a los gorilas, separándolos de todos los otros simios, principalmente los chimpancés. Luego había obtenido de Houston un vídeo de tres segundos de una transmisión confusa que parecía mostrar un gorila destrozando una antena y mirando fijamente hacia la cámara.

—¿Bien? —dijo Elliot, mirando la pantalla de la computadora. La información centelleó:

FUNCIÓN DISCRIMINATORIA GORILA/CHIMPANCÉ
 AGRUPACIONES FUNCIONALES DISTRIBUIDAS COMO:
 GORILA: 0,9934
 CHIMPANCÉ: 0,1132
 PRUEBA DE VÍDEO (HOUSTON): 0,3349

—¡Diablos! —exclamó Elliot. Con esas cifras, el estudio era incierto, sin valor.

—Lo siento —dijo Seamans por teléfono—. Pero parte de la dificultad se debe al material mismo de la prueba. Tuvimos que poner como factor el derivado computable de esa imagen. La imagen se limpió, lo que significa que ha sido regularizada. Me gustaría trabajar con la matriz digitada del original. ¿La puedes conseguir?

Karen Ross afirmó con la cabeza.

—Seguro —contestó Elliot.

—Lo intentaré de nuevo —dijo Seamans—. Pero si quieres saber mi opinión, no resultará. El hecho es que los gorilas muestran una variación individual considerable en estructura facial, igual que las personas. Si aumentamos la base de nuestra muestra, conseguiremos mayor variación, y un mayor intervalo de población. Me parece que están estancados. Nunca podrán probar que no es un gorila, pero yo apostaría a que no lo es.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elliot.

—Es algo nuevo —dijo Seamans—. Te digo que si esto fuera un gorila, habría marcado 0,89 o 0,94, o algo parecido, en esa función. Pero la imagen aparece en 0,39. Eso no sirve. No es un gorila, Peter.

—¿Qué es, entonces?

—Es una forma de transición. Hice una función para medir dónde estaba la variante. ¿Sabes cuál es el diferencial mayor? El color de la piel. Aun en blanco y negro, no es lo suficientemente oscuro para tratarse de un gorila. Se trata de un animal totalmente nuevo.

Elliot miró a Ross.

—¿Cómo influye esto en su línea de tiempo?

—Por el momento, en nada —contestó ella—. Hay otros elementos más críticos, y esto no puede

figurar como factor.

El piloto habló por el intercomunicador.

—Estamos iniciando el descenso sobre Nairobi —dijo.

Nairobi

A ocho kilómetros de Nairobi se encuentran los animales salvajes de la sabana de África Oriental. Y en la memoria de muchos residentes de Nairobi, los animales podrían encontrarse más cerca todavía: gacelas, búfalos y jirafas merodeando por el patio, y de vez en cuando algún leopardo que se aventuraba hasta el dormitorio de alguien. En aquellos días, la ciudad tenía aún el carácter de una estación colonial salvaje; en su apogeo, Nairobi había sido un lugar de vida disipada: «¿Estás casado, o vives en Nairobi?» era una pregunta típica. En Nairobi los hombres eran rudos y bebían mucho, las mujeres eran bellas y sugerentes, y la norma de vida, no más predecible que las partidas de caza de zorro que recorrían la áspera campiña todos los fines de semana.

Pero la moderna Nairobi era muy distinta de la de aquellos días libertinos de la colonia. Los pocos edificios victorianos que quedaban parecían desamparados en medio de una ciudad moderna de medio millón de habitantes, con problemas de tráfico, semáforos, rascacielos, supermercados, tintorerías, restaurantes franceses y contaminación ambiental.

El avión de carga de STRT aterrizó en el aeropuerto internacional de Nairobi en la madrugada del 16 de junio, y Munro contrató porteadores y ayudantes para la expedición. Pensaban salir de Nairobi en dos horas. Entretanto llamó Travis desde Houston para informarles de que Peterson, uno de los geólogos de la primera expedición al Congo, estaba de regreso en Nairobi.

Ross se entusiasmó al recibir la noticia.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—En la morgue —respondió Travis.

Elliot dio un respingo al acercarse: el cuerpo tendido sobre la mesa de acero inoxidable era el de un hombre rubio de su misma edad. Tenía los brazos destrozados y el rostro hinchado, de un desagradable color morado. Miró a Ross. Parecía totalmente tranquila. No parpadeó ni se volvió. El patólogo pisó un pedal, activando un micrófono sobre su cabeza.

—¿Me dice su nombre, por favor?

—Karen Ellen Ross.

—¿Nacionalidad y número de pasaporte?

—Estadounidense. F 1413649.

—¿Puede identificar a este hombre, señorita Ross?

—Sí —dijo ella—. Es James Robert Peterson.

—¿Cuál es su relación con el difunto James Robert Peterson?

—Trabajaba con él —contestó Karen lentamente. Parecía estar examinando un espécimen geológico, escudriñándolo sin ninguna emoción. Ninguna reacción se reflejaba en su rostro.

El patólogo se puso frente al micrófono.

—Identidad confirmada como la de James Robert Peterson, blanco, sexo masculino, veintinueve años de edad, de nacionalidad estadounidense. —Se volvió hacia Ross—. ¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Peterson?

—En mayo de este año. Partía para el Congo.

—¿Quiere decir que hacía un mes que no lo veía?

—Sí —repuso ella—. ¿Qué sucedió?

El patólogo tocó las heridas moradas e hinchadas de los brazos. Se le hundieron las puntas de los dedos, dejando depresiones como dientes en la carne.

—Una historia muy extraña —dijo el patólogo.

El día anterior, 15 de junio, Peterson había llegado a Nairobi en un pequeño avión de carga, en estado de coma. Murió varias horas después sin recobrar el conocimiento.

—Es extraordinario que pudiera vivir tanto. Al parecer el avión hizo una parada inesperada debido a un problema mecánico en Carona, una pista de tierra en el Zaire. Vieron a este hombre que salía tambaleándose de la selva, y se desplomó a sus pies. —El patólogo indicó que le habían roto los huesos de ambos brazos. Las heridas, explicó, no eran muy recientes; habían ocurrido cuatro días antes, tal vez más.

—Debe de haber sufrido terriblemente.

—¿Qué pudo haberlas causado? —preguntó Elliot.

El patólogo nunca había visto nada parecido.

—Superficialmente, parece un trauma mecánico, heridas producidas por las ruedas de algún vehículo. Aquí se ven muchas así. Pero las heridas mecánicas por impacto nunca son bilaterales como en este caso.

—¿De modo que no fueron heridas mecánicas? —preguntó Karen Ross.

—No sabemos de qué puede tratarse. Esto es algo único, al menos para mí —dijo el patólogo—. Encontramos también señales de sangre debajo de las uñas, y unos mechones de pelo gris. Estamos haciendo un examen.

En el otro extremo del recinto, otro patólogo levantó la vista del microscopio.

—El pelo no es humano, definitivamente. La sección transversal no encaja. Es pelo de algún animal, próximo al ser humano.

—¿La sección transversal? —preguntó Ross.

—El mejor índice que tenemos del origen del pelo —dijo el patólogo—. Por ejemplo, el pelo púbico humano es más elíptico en una sección transversal que el de otras partes del cuerpo, o que el vello facial. Es muy característico, y se admite como evidencia legal. Pero especialmente en este laboratorio nos encontramos con gran cantidad de pelo de animales, y somos expertos en eso también.

Un gran analizador de acero inoxidable empezó a producir un sonido agudo.

—Ya está la sangre —anunció el patólogo.

En una pantalla de vídeo vieron dos formas gemelas de listas color marrón claro.

—Ésta es la figura de electroforesis —explicó el patólogo—. Para comprobar proteínas de suero. La de la izquierda es sangre humana normal. A la derecha tenemos la muestra de la sangre debajo de las uñas. Pueden ver que definitivamente no es sangre humana.

—¿No es sangre humana? —dijo Ross, mirando a Elliot.

—Es *parecida* a la sangre humana —aclaró el patólogo, mirando las figuras—. Pero no es humana. Podría ser de un animal doméstico o de granja, un cerdo, tal vez. O si no, un primate. Los monos y gorilas son muy parecidos, serológicamente, a los seres humanos. Tendremos el análisis de la computadora en un minuto.

En la pantalla, la computadora imprimió: LAS GLOBULINAS DEL SUERO ALFA Y BETA ENCAJAN: SANGRE DE GORILA.

El patólogo señaló:

—Allí está la respuesta de lo que tenía debajo de las uñas: sangre de gorila.

Examen

—No le hará daño —dijo Elliot al asustado enfermero. Estaban en el compartimento de pasajeros del avión de carga «747»—. Fíjese, le está sonriendo.

Amy, efectivamente, dedicaba su más amplia sonrisa, cuidándose muy bien de mostrar los dientes. Pero el enfermero de la clínica privada de Nairobi no estaba acostumbrado a estos refinamientos de la etiqueta de un gorila. Le temblaban las manos en las que sostenía la jeringuilla.

Nairobi era la última oportunidad que tenía Amy de recibir un examen completo. Su cuerpo grande y poderoso ocultaba una fragilidad constitucional, al igual que su rostro de pesado entrecejo y mirada colérica ocultaba una naturaleza dócil, casi tierna. En San Francisco, el personal del Proyecto Amy la sometía a controles médicos estrictos: muestras de orina día por medio, análisis de materia fecal semanalmente, completo de sangre mensualmente, y un viaje al dentista cada tres meses para sacarle el sarro negro que se le acumulaba debido a su dieta vegetariana.

Amy tomaba todo con gran naturalidad, pero el aterrorizado enfermero no lo sabía. Se acercó a ella sosteniendo la jeringuilla como si fuera un arma.

—¿Está seguro de que no muerde?

Amy, tratando de ayudar, expresó por señas *Amy prometer no morder*. Hacía las señas despacio, deliberadamente, como siempre que advertía que alguien no conocía su idioma.

—Promete no morderlo —comunicó Elliot.

—Eso dice usted —dijo el enfermero. Elliot no se molestó en explicarle que no era él, sino ella, quien lo decía.

Después que le extrajo las muestras de sangre, el enfermero se tranquilizó un poco.

—Por cierto, es una bestia fea —dijo mientras preparaba todo para marcharse.

—Ha herido sus sentimientos —le informó Elliot.

En verdad, Amy expresaba, vigorosamente: *¿Qué feo?*

—Nada, Amy —dijo Elliot—. Es que nunca ha visto un gorila.

—¿Cómo dice? —preguntó el enfermero.

—Ha herido sus sentimientos. Es mejor que le pida disculpas.

El enfermero cerró su maletín. Miró a Elliot y luego a Amy.

—¿Pedir disculpas a él?

—A ella —dijo Elliot—. Sí. ¿A usted le gustaría que le dijeran que es feo?

A Elliot le molestaba ese tipo de cosas. En todos esos años, había conocido los prejuicios de la gente hacia los monos. La gente consideraba que los chimpancés eran niños bonitos, los orangutanes viejos sabios, y los gorilas bestias voluminosas y peligrosas. Y eso era un error.

Cada uno de estos animales era único, y no correspondía en absoluto a los estereotipos humanos. Los chimpancés, por ejemplo, eran mucho más duros e insensibles que los gorilas. Debido a que eran extrovertidos, un chimpancé enfadado era mucho más peligroso que un gorila enfadado. En el zoo,

Elliot veía con asombro cómo las madres empujaban a sus hijos para que se acercaran a las jaulas de los chimpancés, mientras retrocedían con ademán protector al ver un gorila. Estas madres obviamente no sabían que los chimpancés salvajes capturan y comen a los bebés humanos, algo que los gorilas nunca hacen.

Elliot había presenciado repetidas veces los prejuicios humanos contra los gorilas, y reconocía el efecto que ello producía en Amy. Amy no podía evitar ser enorme, negra, de cara aplastada. Detrás del rostro que la gente consideraba tan repulsivo había una conciencia sensible, favorablemente dispuesta hacia las personas que la rodeaban. Se sentía dolorida cuando la gente huía o chillaba de terror o hacía comentarios crueles.

El enfermero frunció el entrecejo.

—¿Quiere decir que él entiende inglés?

—Sí, ella entiende inglés. —El cambio de género era algo que tampoco le gustaba a Elliot. Las personas que temían a Amy siempre suponían que era macho.

—No lo creo —dijo el enfermero sacudiendo la cabeza.

—Amy, conduce a este hombre hasta la puerta.

Amy avanzó pesadamente hasta la puerta y la abrió para el enfermero, que sorprendido, miró al simio con ojos como platos y salió. Amy cerró la puerta tras él.

«*Hombre humano tonto*», expresó.

—No hagas caso —dijo Elliot—.

«*Ven Peter hace cosquillas a Amy*».

Y durante los quince minutos siguientes, le hizo cosquillas mientras ella rodaba por el suelo, profundamente satisfecha. Elliot no notó que se abría la puerta, ni la sombra que se proyectaba sobre el suelo, hasta que fue demasiado tarde. Entonces volvió la cabeza y vio caer el oscuro cilindro. Pareció que la cabeza se le partía de dolor, y todo se oscureció.

Secuestrada

Despertó al oír un penetrante chirrido electrónico.

—No se mueva, señor —dijo una voz.

Elliot abrió los ojos y vio una luz brillante que lo enfocaba. Estaba tirado de espaldas en el avión. Alguien se inclinaba sobre él.

—Mire a la derecha... ahora a la izquierda... ¿Puede flexionar los dedos?

Siguió las instrucciones. Quitaron la luz y de cuclillas a su lado vio a un hombre negro de traje blanco. El hombre le tocó la cabeza; al sacar los dedos, estaban rojos de sangre.

—Nada por qué alarmarse —dijo el hombre—. Es muy superficial. —Se volvió—. ¿Cuánto tiempo habrá estado inconsciente?

—Un par de minutos —dijo Munro.

Elliot volvió a oír el agudo chirrido y vio a Ross, que se movía en el compartimento de pasajeros con una especie de mochila y una varita en la mano. Se oyó otro chirrido.

—Maldición —dijo ella, y sacó algo de la moldura alrededor de la ventanilla—. Van cinco. Hicieron muy buen trabajo.

Munro bajó la vista y miró a Elliot.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—Hay que tenerlo en observación durante veinticuatro horas —dijo el hombre negro—. Simple precaución.

—¡Veinticuatro horas! —exclamó Ross, caminando por el compartimento.

—¿Dónde está ella? —preguntó Elliot.

—Se la llevaron —respondió Munro—. Abrieron la puerta posterior, inflaron la escalerilla neumática, y desaparecieron antes de que nadie advirtiera lo que había pasado. Encontramos esto a su lado.

Munro le dio un pequeño frasco con la etiqueta escrita en japonés. Los costados del envase estaban raspados y en un extremo tenía un émbolo de goma, en el otro, una aguja rota.

Elliot se sentó.

—Tranquilo —dijo el médico.

—Me siento bien —dijo Elliot, aunque le latía la cabeza. Dio vueltas el frasquito en las manos—. ¿Había escarcha cuando lo encontró?

Munro asintió.

—Estaba muy frío.

—CO₂ —dijo Elliot. Era un dardo de una pistola de gas. Sacudió la cabeza—. Le rompieron la aguja dentro.

Se imaginó a Amy chillando de indignación. Estaba acostumbrada a que la trataran tiernamente. Tal vez ése era uno de los inconvenientes de su trabajo con ella: no la había preparado lo bastante

bien para el mundo real. Olfateó el frasquito y percibió un olor acre.

—Lobaxina. Un soporífero de acción rápida, que actúa a los quince segundos. Es lo que ellos usarían. —Elliot estaba furioso. La lobaxina no se utilizaba con animales porque les lesionaba el hígado. Y habían roto la aguja...

Se puso de pie y se apoyó en Munro, quien lo rodeó con el brazo. El médico protestó.

—Estoy bien —dijo Elliot.

En el otro extremo del compartimento se oyó otro chirrido, esta vez fuerte y prolongado. Ross estaba pasando la varita por el botiquín lleno de frascos de píldoras y medicinas. El sonido pareció ponerla nerviosa. Cerró el botiquín y se alejó. Cruzó el compartimento de pasajeros, y volvió a oírse otro chirrido. Ross quitó un aparatito negro de debajo de un asiento.

—Fíjense en esto. Deben de haber traído una persona para que pusiera los micrófonos ocultos. Nos llevará horas limpiar el avión. No podemos esperar.

Fue inmediatamente al ordenador y empezó a pulsar las teclas.

—¿Dónde están ahora? ¿El consorcio? —preguntó Elliot.

—El grupo principal partió del aeropuerto de Kubala, en las afueras de Nairobi, hace seis horas —dijo Munro.

—Entonces, no se llevaron a Amy.

—*Por supuesto* que no se la llevaron —dijo Ross, al parecer enfadada—. No les sirve de nada.

—¿La habrán matado? —preguntó Elliot.

—Quizá —dijo Munro tranquilamente.

—Oh, *Dios*...

—Pero lo dudo —prosiguió Munro—. No quieren publicidad, y Amy es famosa, y en algunos círculos tanto como un embajador o un jefe de Estado. Es un gorila que habla, y no hay muchos que lo hagan. Ha salido en la televisión y su foto en los diarios... Lo matarían a usted antes que a ella.

—Con tal de que no le hagan daño —dijo Elliot.

—Descuide —dijo Ross, terminante—. El consorcio no está interesado en ella. No saben siquiera por qué la hemos traído. Sólo tratan de arruinar nuestra línea de tiempo, pero no lo lograrán.

Había algo en el tono de su voz que sugería que pensaba abandonar a Amy. La idea consternó a Elliot.

—Tenemos que recuperarla —dijo—. Amy es responsabilidad mía. No puedo abandonarla aquí...

—Setenta y dos minutos —dijo Ross, indicando la pantalla—. Tenemos exactamente una hora y doce minutos, o echaremos a perder la línea de tiempo. —Se volvió hacia Munro—. Y debemos poner en marcha la segunda contingencia.

—Muy bien —dijo Munro—. Pondré los hombres a trabajar.

—En otro avión. No podemos volver en éste, está contaminado —dijo Ross mientras accionaba las teclas del ordenador—. Lo llevaremos directamente al punto M. ¿Está bien?

—Perfectamente —dijo Munro.

—Yo no dejaré a Amy —dijo Elliot—. Si ustedes piensan abandonarla, se irán sin mí...

Elliot se interrumpió. En la pantalla apareció el mensaje:

OLVIDEN AL GORILA / PROCEDAN URGENTEMENTE CON EL SIGUIENTE PUNTO DE REFERENCIA / GORILA NO SIGNIFICATIVO RESULTADO / LÍNEA DE TIEMPO VERIFICAR COMPUTADORA / REPITO PROCEDER SIN AMY

—No pueden dejarla —protestó Elliot—. Yo también me quedo.

—Permítame decirle algo —dijo Ross—. Nunca creí que Amy fuera importante en esta expedición, ni usted tampoco.

—Desde el comienzo, ella no fue más que una distracción. Cuando fui a San Francisco, me siguieron. Usted y Amy sirvieron de distracción; confundieron al consorcio. Valió la pena. Ahora, ya no. Los dejaremos a los dos, si es necesario. No nos importa, en absoluto.

Micrófonos ocultos

—Bueno, maldita sea —empezó a decir Elliot—, quiere decir que...

—Eso es —afirmó fríamente Ross—. Usted es sacrificable. —Mientras hablaba, lo tomó firmemente del brazo y lo sacó del avión, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios indicándole que hiciese silencio.

Elliot se dio cuenta de que tenía la intención de tranquilizarlo en privado, pero estaba decidido a no volverse atrás. Amy era responsabilidad suya. Al diablo con los diamantes y la intriga internacional. Fuera, en la pista de cemento, repitió, obstinado:

—No me iré sin Amy.

—Yo tampoco —dijo Ross, cruzando rápidamente la pista de aterrizaje y dirigiéndose a un helicóptero de la policía.

Elliot se dio prisa para seguirle los pasos.

—¿Qué?

—¿Acaso no lo entiende? —preguntó Ross—. Ese avión *no está limpio*. Está lleno de micrófonos ocultos, contaminado, y el consorcio escucha lo que decimos. Hice ese discurso en su beneficio.

—Pero ¿quién la siguió hasta San Francisco?

—Nadie. Se pasarán horas tratando de imaginar quién fue.

—¿Amy y yo no éramos más que una distracción?

—En absoluto —contestó ella—. Mire: no sabemos lo que le sucedió al último equipo de STRT en el Congo, pero diga lo que diga usted, Travis, o cualquiera, creo que en este asunto hay gorilas implicados. Y creo que cuando lleguemos allí Amy nos ayudará.

—¿Como embajadora?

—Necesitamos información —dijo Ross—. Y ella sabe más de gorilas que nosotros.

—Pero ¿podrá encontrarla en una hora y diez minutos?

—Diablos, no —dijo Ross, mirando el reloj—. Esto no nos llevará más de veinte minutos.

—¡Más bajo! ¡Más bajo!

Karen Ross gritaba, sentada al lado del piloto del helicóptero de la Policía. El helicóptero voló alrededor de la torre de la casa de gobierno, luego giró y se dirigió hacia el norte, en dirección al hotel «Hilton».

—Esto no está permitido, señora —dijo el piloto, lo más cortésmente que pudo—. Estamos volando debajo de los límites aeroespaciales.

—¡Va demasiado alto, maldición! —aulló Ross al tiempo que miraba la pantalla de una especie de caja que llevaba sobre las rodillas, y en la cual aparecían los cuatro puntos cardinales. Movía los

conmutadores rápidamente, mientras la radio ardía con airadas quejas provenientes de la torre de Nairobi.

—Al este ahora, directo al este —ordenó, y el helicóptero se inclinó y avanzó hacia el este, donde se hallaban los vecindarios más humildes de la ciudad.

Elliot sentía que el estómago le daba vueltas con cada giro del helicóptero. Le dolía terriblemente la cabeza y se sentía muy mal, pero había insistido en venir. Era el único que sabía cómo ocuparse de Amy si ésta se hallaba en dificultades.

—Tengo una indicación —dijo Ross, y señaló al noreste. El helicóptero volaba con estruendo sobre chozas paupérrimas, solares llenos de chatarra, senderos de tierra.

—Espacio ahora, espacio...

Los indicadores brillaron, mientras los números cambiaban. Elliot vio cómo todos se convertían simultáneamente en cero.

—¡Abajo! —gritó Ross, y el helicóptero descendió en medio de una enorme pila de basura.

El piloto se quedó en el helicóptero. Sus últimas palabras fueron alarmantes.

—Donde hay basura, hay ratas —informó.

—Las ratas no me preocupan —dijo Ross, saliendo del helicóptero con la caja en la mano.

—Donde hay ratas, hay cobras —agregó el piloto.

—Oh —dijo Ross.

Cruzó el basurero con Elliot. Soplaban una fuerte brisa. Los papeles y desperdicios se movían a sus pies. Los olores que se levantaban del basural hicieron que Elliot sintiera náuseas.

—No estamos lejos —dijo Ross, observando la pantalla. Estaba excitada, y a cada rato consultaba el reloj.

—¡Aquí!

Se inclinó y metió la mano en la montaña de basura, trazando círculos con la mano, revolviendo hasta meter el brazo hasta el codo.

Finalmente sacó un collar que le había dado a Amy cuando subieron al avión en San Francisco. Examinó la tarjeta plástica de identificación, extrañamente gruesa según advirtió Elliot. La habían abierto por la parte de atrás.

—¡Demonios! ¡Diecisiete minutos! —exclamó Ross, y corrió hacia el helicóptero que aguardaba.

Elliot también corrió para ponerse a su lado.

—¿Cómo vamos a encontrarla si se han deshecho del micrófono del collar?

—Nadie pondría un solo micrófono —dijo Ross—. Éste era un señuelo, para que lo encontraran. —Indicó la parte rota—. Pero si son inteligentes, cambiarán las frecuencias.

—A lo mejor también se han deshecho del segundo micrófono —dijo Elliot.

—No lo hicieron —dijo Ross.

El helicóptero se elevó con gran ruido. Vieron dar vueltas al montón de basuras a sus pies. Karen se puso el micrófono cerca de los labios y dijo al piloto:

—Lléveme al lugar de Nairobi donde haya más chatarra.

A los nueve minutos recibieron otra señal muy débil, proveniente de un cementerio de automóviles.

El helicóptero aterrizó en la calle, atrayendo a decenas de chiquillos vocingleros. Ross fue con Elliot al cementerio, donde avanzaron entre los esqueletos herrumbrosos de camiones y coches.

—¿Está segura de que se encuentra aquí? —preguntó Elliot.

—Sin duda. Tienen que rodearla de metal, es lo único que pueden hacer.

—¿Por qué?

—Para protegerla. —Avanzó cuidadosamente en medio de los coches rotos, haciendo frecuentes pausas para consultar su caja electrónica.

En ese momento, Elliot oyó un gruñido.

Provenía del interior de un antiguo autobús «Mercedes» de color rojo herrumbre. Elliot subió y entró por una de las puertas destrozadas. Amy yacía de espaldas, atada. Estaba bastante atontada, pero se quejó débilmente cuando la libró de las ataduras.

Elliot encontró la aguja rota en el pecho, a la derecha, y se la sacó con una pinza. Amy dejó escapar un chillido, y luego lo abrazó. Se oía, a lo lejos, la sirena de un coche patrulla.

—Todo está bien, Amy —dijo. La examinó cuidadosamente. Parecía encontrarse bien—. ¿Dónde está el segundo micrófono? —preguntó.

—Se lo ha tragado —dijo Ross, con una sonrisa.

Ahora que Amy estaba a salvo, Elliot sintió ira.

—¿Hizo que Amy tragara un micrófono electrónico? ¿No se da cuenta de que es un animal muy delicado y que su salud es en extremo precaria...?

—No se enfade —dijo Ross—. ¿Recuerda las vitaminas que le di? Usted también se tragó uno.

Consultó el reloj.

—Treinta y dos minutos —dijo—. No está mal. Nos quedan cuarenta minutos para salir de Nairobi.

Punto presente

Munro estaba sentado en el «747», pulsando teclas en la computadora. Miró cómo las líneas se entrecruzaban sobre los mapas, señalando líneas de datos, líneas de tiempo y coordenadas de enlace.

La computadora trazaba posibles líneas de expedición con rapidez, marcando una nueva cada diez segundos. Luego, señalaba el costo, las dificultades logísticas, problemas de abastecimiento, tiempo total desde Houston y desde el Punto Presente, Nairobi, donde aún se hallaban.

Buscaba una solución.

No era como antes, pensó Munro. Hasta hacía apenas cinco años las expediciones dependían de corazonadas y de suerte. Pero ahora todas las expediciones empleaban planificación computable de tiempo real. Munro se había visto obligado a aprender muchas cosas nuevas. Ya nadie actuaba por instinto. El negocio había cambiado.

Munro había decidido unirse a la expedición STRT precisamente a causa de esos cambios. No se había unido, por cierto, debido a Karen Ross, que era obcecada y carecía de experiencia, sino porque STRT tenía la base informática más adelantada y los programas de planificación más sofisticados. A la larga, esperaba que esos programas fueran decisivos. Además, prefería los grupos pequeños. Cuando los del consorcio llegaran al terreno, su grupo de treinta personas resultaría difícil de manejar.

No obstante, para guiarlos debía hallar una línea de tiempo más rápida. Munro siguió apretando teclas, leyendo la información resultante. Marcó trayectorias, intersecciones, empalmes. Luego, con su gran experiencia, empezó a eliminar alternativas. Descartó senderos, aeropuertos abandonados, rutas de camiones, evitó los ríos.

La computadora marcaba tiempos más reducidos, pero seguían siendo demasiado largos. La mejor proyección derrotaba al consorcio por treinta y siete minutos, lo que no era bastante confiable. Frunció el entrecejo, y encendió un cigarro. Tal vez si cruzaban el río Liko, en Mugana...

Apretó las teclas.

No servía. Cruzar el Liko era más *lento*. Intentó atravesar el valle Goroba, aunque tal vez fuese un riesgo demasiado grande.

RUTA PROPUESTA EXCESIVAMENTE ARRIESGADA

—Las grandes mentes son de la misma opinión— dijo Munro, fumando su cigarro. Pero eso lo hizo pensar: ¿no habría otros accesos menos ortodoxos en los que no habían reparado? Y entonces tuvo una idea.

A los otros no les gustaría, pero podía resultar...

Munro consultó la lista de equipo logístico. Sí, tenían el equipo necesario. Consultó la ruta, sonriendo al ver que cruzaban directamente África, pasando a unos pocos kilómetros de su destino. Pidió los resultados.

RUTA PROPUESTA INACEPTABLE

Pulsó la tecla de anulación. Era tal como lo pensaba: ¡podrían vencer al consorcio por cuarenta horas! ¡Casi dos días enteros!

La computadora repitió el resultado anterior:

RUTA PROPUESTA INACEPTABLE / FACTORES DE ALTITUD / RIESGOS EXCESIVOS PARA PERSONAL /
PROBABILIDAD DE ÉXITO LIMITADA

Munro no podía creer que fuese verdad, pero lo sería si los acompañaba el buen tiempo. La altitud no sería un problema, y aunque el terreno era escarpado, podrían vencerlo.

En realidad, cuanto más pensaba en ello, más factible le parecía.

Partida

El pequeño «Fokker S-144» a hélice fue colocado al lado del gigantesco «747»; parecía un bebé al que su madre se dispusiese a amamantar. Los hombres subían y bajaban constantemente por dos rampas transfiriendo el equipo del avión más grande al más pequeño. Al regresar al aeropuerto, Ross explicó a Elliot que viajarían en el Fokker, pues tenían que limpiar el «747» de todos los micrófonos clandestinos; además, era «demasiado grande» para sus necesidades actuales.

—Pero el reactor es más rápido —dijo Elliot.

—No necesariamente —dijo Ross, pero no explicó por qué.

De cualquier modo, las cosas estaban sucediendo demasiado deprisa y Elliot tenía otras preocupaciones. Ayudó a Amy a subir al Fokker y la revisó concienzudamente. Su cuerpo parecía cubierto de magulladuras —se quejaba cada vez que la tocaban— pero no había huesos rotos, y estaba de buen talante.

Varios hombres negros cargaban el equipo en el avión, riendo y palmeándose la espalda. Al parecer, se divertían mucho. Amy estaba intrigada y exigía saber. «¿Cuál chiste?». Pero ellos la ignoraban, concentrándose en su trabajo. Amy seguía medio mareada por las medicinas que le habían suministrado. Pronto se durmió.

Karen Ross supervisó la carga, y Elliot se desplazó a la parte posterior del avión, donde ella estaba hablando con uno de los negros joviales, a quien presentó como Kahega.

—Ah —dijo Kahega, estrechando la mano de Elliot—. El doctor Elliot. La doctora Ross y el doctor Elliot, dos doctores, excelente.

Elliot no estaba seguro de por qué era excelente.

Kahega se rio de manera contagiosa.

—Muy buena *tapadera* —dijo—. No como en los viejos tiempos con el capitán Munro. Ahora dos médicos, en una misión científica, ¿sí? Excelente. ¿Dónde están las provisiones médicas? —preguntó al tiempo que arqueaba una ceja.

—No tenemos provisiones médicas —dijo Ross.

—Oh, excelente, doctora. Me gusta su estilo —dijo Kahega—. Usted es norteamericana, ¿no? Llevamos ¿qué? ¿M-16? Muy buen fusil M-16. Yo lo prefiero, personalmente.

—Kahega cree que somos traficantes de armas —dijo Ross—. No puede creer que no lo seamos.

Kahega se reía.

—¿Están con el capitán Munro! —dijo, como si eso lo explicara todo. Y se fue a ocuparse de los otros trabajadores.

—¿Está segura de que de verdad no somos traficantes de armas? —preguntó Elliot cuando quedaron solos.

—Buscamos algo más valioso que armas —contestó Ross. Estaba volviendo a ordenar el equipo, y trabajaba rápidamente.

Elliot le preguntó si quería ayuda, pero ella sacudió la cabeza.

—Tengo que hacerlo yo misma. Debemos reducirlo a dieciocho kilos por persona.

—¿Nada más que dieciocho kilos?

—Eso es lo que permite la proyección de la computadora. Munro ha traído a Kahega y otros siete portadores Kikuyu. Con nosotros tres, somos once, además de Amy; a ella también le tocan dieciocho kilos. Eso suma un total de doscientos dieciséis kilos —dijo Ross mientras seguía pesando paquetes y alimentos.

La noticia produjo serias dudas en Elliot. La expedición estaba tomando otro giro, y se hacía más peligrosa aún. Su deseo inmediato de echarse atrás se vio frenado por el recuerdo de la pantalla de vídeo y de la criatura gris, similar a un gorila, que Elliot sospechaba era un animal nuevo, desconocido. Se trataba de un descubrimiento por el que valía la pena arriesgarse. Miró por la ventanilla a los portadores.

—¿Son Kikuyus?

—Sí —respondió ella—. Son buenos portadores, aunque nunca dejan de hablar. A los Kikuyus les encanta hablar. Son todos hermanos, incidentalmente, de modo que cuide sus palabras. Espero que Munro no haya tenido que decirles demasiado.

—¿A los Kikuyus?

—A los chinos. Están muy interesados en computadoras y tecnología electrónica —dijo Ross—. Munro debe de estar diciéndoles algo a cambio de los consejos que le dan. —Hizo una seña, y Elliot miró por la ventanilla. Allí estaba Munro, bajo la sombra de un ala del «747», hablando con cuatro chinos—. Tome, ponga éstos en el rincón.

Karen Ross indicó tres grandes cajas de Styroform con la inscripción AMERICAN BUCEO, LAKE ELSINORE, CALIF.

—¿Vamos a trabajar debajo del agua? —preguntó Elliot, intrigado.

Pero Ross no le prestaba atención.

—Ojalá supiera qué les está diciendo —dijo. Pero, en realidad, Ross no tenía de qué preocuparse, ya que Munro pagó a los chinos con algo más valioso que información electrónica.

El Fokker levantó el vuelo del aeropuerto de Nairobi a las 14:24, tres minutos antes que el nuevo horario fijado.

Durante las dieciséis horas que siguieron al rescate de Amy, la expedición de STRT recorrió novecientos kilómetros, cruzando las fronteras de cuatro países —Kenia, Tanzania, Ruanda y Zaire— mientras se dirigían de Nairobi a la selva de Barawanda, al borde de la selva ecuatorial del Congo. La logística de este complejo paso habría sido imposible sin la ayuda de un aliado exterior. Munro dijo que tenía «amigos en los bajos fondos», y en este caso había recurrido al Servicio Secreto chino, en Tanzania.

Los chinos actuaban en África desde comienzos de la década de 1960, cuando sus redes de espionaje intentaron influir sobre el curso de la guerra civil del Congo porque China quería tener acceso a sus ricos depósitos de uranio. Tanto el Banco de China como la agencia de noticias Nueva China habían organizado operaciones sobre el terreno. Munro había tenido tratos con una cantidad de

«corresponsales de guerra» de ANNC cuando traficaba con armas entre 1963 y 1968, y nunca había perdido sus contactos.

Los compromisos financieros chinos en África eran considerables. A finales de la década de 1960, más de la mitad de los dos mil millones de dólares que destinaba China a la ayuda exterior fueron a parar a las naciones africanas. Una suma igual se gastó de forma secreta. En 1973, Mao Tsé-tung se quejó públicamente del dinero que había gastado para tratar de derrocar al gobierno del presidente Mobutu, en Zaire.

La misión china en África estaba destinada a contrarrestar la influencia rusa, pero desde la Segunda Guerra Mundial los chinos no profesaban mucho cariño por los japoneses, y el deseo de Munro de vencer al consorcio eurojaponés fue recibido con simpatía. Para celebrar la alianza, Munro había traído tres cajas de cartón, manchadas de grasa, de Hong Kong.

Los principales operadores chinos en África, Li Tao y Liu Shu-Wen, provenían de la provincia de Hunan. Hallaban insípida la comida africana, y con gratitud aceptaron el regalo de una caja de setas, otra de salsa picante y otra de salsa de pimientos con ajo que les hizo Munro. El que estas especias provinieran de la neutral Hong Kong, y no fueran los condimentos de inferior calidad producidos en Taiwán, fue algo muy sutil. De cualquier modo, un regalo muy adecuado para un intercambio informal.

Los operadores de la ANNC ayudaron a Munro con los trámites burocráticos, y además le facilitaron equipo e información. Los chinos tenían mapas excelentes e información extremadamente detallada acerca de las condiciones a lo largo de la frontera nordeste de Zaire, pues estaban ayudando a las tropas de Tanzania a invadir Uganda. Le dijeron también que los ríos de la jungla se estaban desbordando, y le aconsejaron que para cruzarlos se procurase un globo. Munro, sin embargo, no se molestó en obedecer sus consejos. En realidad, parecía tener un plan para llegar a destino sin necesidad de cruzar río alguno. Los chinos no podían imaginar cómo lo conseguiría.

A las diez de la noche del 16 de junio, el Fokker descendió para cargar combustible en el aeropuerto de Rawamagena, en las afueras de Kigali, Ruanda. El oficial local de control de tráfico subió al avión con un montón de formularios sujetos con un clip a una tablilla. Les preguntó cuál era su siguiente destino. Munro le dijo que el aeropuerto de Rawamagena, lo cual significaba que el avión haría un rizo, y luego regresaría.

Elliot frunció el entrecejo.

—Pero vamos a aterrizar en algún lugar de...

—Shhh —le dijo Ross, sacudiendo la cabeza—. No intervenga.

El oficial de tráfico se mostró ciertamente satisfecho con el plan de vuelo, y una vez que el piloto hubo firmado un papel, se fue. Ross le explicó que los controladores de vuelo de Ruanda estaban acostumbrados a que los aviones no declararan los planes completos de vuelo.

—Sólo quiere saber cuándo regresará a su aeropuerto. El resto no es de su incumbencia.

El aeropuerto de Rawamagena estaba entregado al sueño. Tuvieron que esperar dos horas para cargar combustible. No obstante, Ross, muy impaciente por lo general, aguardó con tranquilidad. Munro también dormitó, indiferente a la demora.

—¿Qué hay de la línea de tiempo? —preguntó Elliot.

—Sin problemas —contestó ella—. De todos modos, no podemos partir hasta dentro de tres horas. Necesitamos que haya luz en Mukenko.

—¿Es allí donde está el aeropuerto? —preguntó Elliot.

—Si es que puede llamarse aeropuerto —dijo Munro, calándose su sombrero hasta los ojos y volviendo a dormirse.

Esto preocupó a Elliot, hasta que Ross le explicó que la mayor parte de los aeropuertos africanos no eran más que franjas de tierra ganadas a la maleza. Los pilotos no podían aterrizar de noche, ni siquiera por la mañana, ya que si había niebla ésta impedía ver los animales o las tiendas de nómadas que había en la pista, o algún otro avión impedido de levantar vuelo.

—Necesitamos luz —explicó—. Por eso estamos esperando. No se preocupe, todo ha sido tomado en consideración.

Elliot aceptó sus explicaciones, y se dirigió a ver a Amy.

Ross suspiró.

—¿No cree que es mejor que se lo digamos? —preguntó.

—¿Por qué? —dijo Munro, sin levantarse el sombrero.

—Puede haber algún problema con el animal.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Munro.

—Elliot se molestará cuando se entere —dijo Ross.

—Por supuesto que se molestará —dijo Munro—. Pero no hay por qué molestarlo hasta que sea necesario. Después de todo, ¿qué significa este viaje para nosotros?

—Cuarenta horas, por lo menos. Es peligroso, pero nos dará una nueva línea de tiempo. Todavía podemos ganarles.

—Pues bien, he ahí su respuesta —dijo Munro—. Ahora, cierre la boca, y descanse un poco.

DÍA 5

MORUTI

17 de junio de 1979

A cinco horas de Rawamagena, el paisaje cambió. Una vez que pasaron Goma, cerca de la frontera con Zaire, se encontraron volando sobre las salientes orientales de la selva ecuatorial del Congo. Elliot miraba por la ventanilla, fascinado.

Aquí y allá, en la pálida luz de la mañana, se veían unos frágiles jirones de niebla adheridos como algodón al dosel de los árboles. Ocasionalmente pasaban la curva oscura y serpenteante de un río fangoso, o un camino abierto y recto como una roja herida. Hasta donde alcanzaba la vista, todo era la selva densa e ininterrumpida que se perdía en la lejanía.

Era un paisaje aburrido, pero atemorizante al mismo tiempo, pues era aterrador enfrentarse a lo que Stanley había llamado «la indiferente inmensidad del mundo natural». Sentado en la cabina climatizada del avión, era posible olvidar que esa vasta y monótona selva era una creación gigantesca de la naturaleza a cuyo lado quedaban pequeñas las grandes ciudades o cualquier otra creación de la Humanidad. Cada mota verde era un árbol que tenía un tronco de más de un metro de diámetro, y se elevaba hasta una altura de sesenta metros. Debajo del ondulante follaje se ocultaba un espacio del tamaño de una catedral gótica. Y Elliot sabía que la selva se extendía más de tres mil kilómetros al oeste, hasta detenerse finalmente ante el océano Atlántico, en la costa occidental de Zaire.

Elliot esperaba con ansias ver cuál sería la reacción de Amy al ver por primera vez la jungla, su ambiente natural. Miraba fijamente por la ventanilla. Indicó por señas «*Aquí jungla*» con la misma neutralidad emocional con que nombraba las tarjetas en colores o los objetos desparramados sobre el suelo de la caravana en San Francisco. Estaba identificando la jungla, dando un nombre a lo que veía, pero sin experimentar un reconocimiento profundo.

Elliot le dijo:

—¿A Amy le gusta la jungla?

«*Aquí jungla*», expresó ella. «*Está jungla*».

Él insistió, sondeando para alcanzar el contexto emocional que seguramente existía.

—¿A Amy le gusta la jungla?

«*Jungla aquí. Está jungla. Jungla lugar aquí. Amy ver jungla aquí*».

Intentó otro enfoque.

—¿Amy vivir jungla aquí?

«*No*». Inexpresiva.

—¿Dónde vivir Amy?

«*Amy vivir casa de Amy*». Se refería a su caravana de San Francisco.

Elliot la observó mientras se aflojaba el cinturón de seguridad y apoyaba la barbilla en la mano para mirar indolentemente por la ventanilla.

«*Amy querer cigarrillo*», expresó.

Había visto fumar a Munro.

—Más tarde, Amy —dijo Elliot.

A las siete de la mañana volaron sobre los relucientes techos de metal del complejo minero de estaño y tantalio de Masisi. Munro, Kahega y los demás porteadores fueron a la parte posterior del avión, donde se ocuparon de la carga, hablando excitadamente en swahili.

Amy, al ver que se marchaban, expresó:

«Preocupados».

—¿Preocupados por qué, Amy?

«Hombres preocupados preocupación preocupados problemas».

Al cabo de un rato, Elliot se dirigió a la parte posterior del avión donde vio que los hombres de Munro estaban medio enterrados bajo grandes pilas de paja. Guardaban las piezas del equipo con forma de torpedo hechas de muselina.

—¿Qué son? —preguntó Elliot señalando las cajas.

—Se llaman recipientes Crosslin —dijo Munro—. Muy seguros.

—Nunca había visto acondicionar nada de esta manera —dijo Elliot, observando trabajar a los hombres—. Al parecer, nuestras provisiones irán muy bien protegidas.

—De eso se trata —dijo Munro. Y se dirigió a la cabina, para hablar con el piloto.

Amy dijo por señas: «Hombre con pelo nariz mentir Peter». Con «hombre con pelo nariz» Amy se refería a Munro. Elliot la ignoró. Se volvió a Kahega.

—¿Cuánto falta para que lleguemos al aeropuerto?

Kahega levantó la vista.

—¿Aeropuerto?

—Mukenko.

Kahega hizo una pausa para pensar.

—Dos horas —dijo. Y luego rio. Dijo algo en swahili y todos sus hermanos también rieron.

—¿Qué encuentran de gracioso? —preguntó Elliot.

—Oh, doctor —dijo Kahega, palmeándolo en la espalda—. Usted es gracioso por naturaleza.

El avión se ladeó, trazando un lento y amplio círculo en el aire. Kahega y sus hermanos miraron por las ventanillas; Elliot se unió a ellos. Sólo vio la jungla ininterrumpida, y luego una columna de jeeps verdes desplazándose por un sendero lodoso. Parecía una formación militar. Oyó la palabra «Muguru» repetida varias veces.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elliot—. ¿Estamos en Muguru?

Kahega sacudió la cabeza vigorosamente.

—Diablos, no. Este maldito piloto. Le advertí al capitán Munro. El maldito piloto se perdió.

—¿Está perdido? —preguntó Elliot. La palabra misma era escalofriante.

Kahega soltó una carcajada.

—El capitán Munro le dijo que cambiase de rumbo.

Ahora el avión volaba hacia el este, alejándose de la jungla en dirección a un área de colinas boscosas y ondulantes, cubiertas por árboles. Los hermanos de Kahega charlaban con excitación,

reían y se palmeaban, al parecer muy divertidos.

En ese momento volvió Ross, caminando rápidamente por el pasillo, con el rostro tenso. Abrió unas cajas de cartón y sacó varias esferas de papel de aluminio prensado del tamaño de una pelota de baloncesto.

El papel plateado hizo que Elliot pensara en los adornos de los árboles de Navidad.

—¿Para qué son? —preguntó Elliot.

Fue entonces cuando oyó la primera explosión, y el Fokker se estremeció en el aire.

Corrió a la ventanilla y a la derecha vio un rastro de vapor blanco, recto y delgado, que terminaba en una nube de humo negro. El Fokker estaba volando de lado, inclinándose en dirección a la jungla. Mientras miraba, vio un segundo rastro que se elevaba hacia ellos desde el bosque verde.

Era un proyectil. Un proyectil teledirigido.

—¡Ross! —gritó Munro.

—¡Listo! —dijo Ross, también gritando.

Se oyó una explosión, y la vista por la ventanilla quedó oscurecida por un denso humo. El avión se estremeció, pero prosiguió con su trayectoria. Elliot no podía creerlo. Alguien les estaba disparando.

—¡Radar! —gritó Munro—. ¡Óptico no! ¡Radar!

Ross juntó las bolas de metal plateado en los brazos y corrió por el pasillo hacia la parte posterior. Kahega estaba abriendo la portezuela trasera. El viento entraba como un latigazo por el compartimento.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Elliot.

—No se preocupe —le dijo Ross por encima del hombro—. Recuperaremos el tiempo.

Se oyó un fuerte silbido, seguido de una tercera explosión. El avión continuaba muy inclinado. Ross desgarró la envoltura de una de las bolas y la arrojó fuera.

Con los motores zumbando, el Fokker avanzó doce kilómetros hacia el sur y trepó a doce mil pies, para luego trazar círculos sobre la selva. Con cada revolución, Elliot podía ver las tiras de papel de aluminio que flotaban en el aire como una relumbrante nube metálica. Dos misiles más estallaron dentro de la nube. Aun desde lejos, el ruido y las ondas de choque perturbaban a Amy. Se mecía en su asiento, gruñendo.

—Eso es para confundir los sistemas de los misiles teledirigidos —explicó Ross, sentada frente a su ordenador portátil y pulsando teclas.

Elliot oyó sus palabras como en un sueño. No tenían sentido para él.

—Pero ¿quién nos está disparando?

—Probablemente el ejército de Zaire —respondió Munro.

—¿El ejército de Zaire? ¿Por qué?

—¿Un error? —dijo Ross, siempre apretando teclas, y sin levantar la vista.

—¿Un error? ¡Nos están disparando misiles! ¿No le parece que debe llamarlos y decirles que *se han equivocado*?

—No puedo —dijo Ross.

—¿Por qué no?

—Porque en Rawamagena no quisimos declarar el plan de vuelo —dijo Munro—. Eso significa que técnicamente estamos violando el espacio aéreo de Zaire.

—¡Dios mío! —exclamó Elliot.

Ross no dijo nada. Continuó trabajando en su ordenador, tratando de eliminar la estática de la pantalla, mientras presionaba una tecla tras otra.

—Cuando acepté unirme a esta expedición —dijo Elliot, casi fuera de sí—, no esperaba meterme en una guerra.

—Yo tampoco —dijo Ross—. Parece que ambos nos encontramos con más de lo que esperábamos.

Antes de que Elliot pudiera replicar, Munro le pasó un brazo por el hombro y lo llevó aparte.

—Todo saldrá bien —lo tranquilizó—. Son misiles anticuados, de hace al menos veinte años. En su mayor parte estallan porque, de tan vieja, la carga de proyección sólida está agrietada. No corremos peligro. Ocúpese de Amy, que necesita su ayuda en este momento. Yo trabajaré con Ross.

Ross estaba bajo una presión intensa. Mientras el avión trazaba círculos a doce kilómetros sobre la nube protectora, debía tomar rápidamente una decisión. Pero acababan de asestarle un golpe devastador, y totalmente inesperado.

Desde el comienzo el consorcio eurojaponés contaba con una ventaja de dieciocho horas y veinte minutos. Mientras estaba en Nairobi, Munro había hecho un plan con Ross que borraría esa diferencia y que pondría la expedición de STRT en su destino *cuarenta horas* antes que el grupo del consorcio. Este plan —que por razones obvias no había comunicado a Elliot— exigía que se arrojaran en paracaídas sobre las áridas laderas meridionales del monte Mukenko.

Desde Mukenko, Munro estimaba que habría unas treinta y seis horas hasta la ciudad en ruinas. Ross esperaba saltar a las dos de esa misma tarde. Con algunas variaciones según las nubes que hubiera sobre Mukenko y la zona específica donde cayeran, podrían llegar a la ciudad al mediodía del 19 de junio.

El plan era extremadamente arriesgado. Harían saltar a personal sin adiestramiento en una zona desértica, a más de tres días de marcha de la ciudad más próxima. Si alguien resultaba seriamente lastimado, las probabilidades de sobrevivir serían mínimas. También había dudas acerca del equipo: a altitudes de 2600 a 3600 metros sobre las colinas volcánicas, la resistencia del aire se reducía, y las cajas Crosslin tal vez no ofrecieran protección suficiente.

Al principio Ross había rechazado el plan, pero él la convenció de que era factible. Le hizo notar que los paracaídas estaban equipados con dispositivos automáticos que hacían funcionar el altímetro; que las laderas volcánicas cubiertas de gujarros eran tan blandas como una playa de arena; que las cajas Crosslin podían ser cargadas en exceso; y que él podía tirarse junto con Amy.

Ross constató dos veces todas las probabilidades de éxito en la computadora, y los resultados eran inequívocos.

Había una probabilidad entre cinco de que alguien resultara malherido. No obstante, si el salto tenía éxito, las probabilidades de que la expedición llegara a final feliz eran muy altas, lo que hacía

prácticamente seguro que le ganarían de mano al consorcio.

Ningún otro plan factible alcanzaba tantos puntos. Después de mirar los datos de la computadora, dijo:

—Supongo que saltaremos.

—Yo también lo creo —dijo Munro.

Saltar resolvía muchos inconvenientes, pues había muchos problemas geopolíticos que cada vez se tornaban más desfavorables. Los Kiganis estaban en franca rebelión; los pigmeos eran inestables; el ejército de Zaire había enviado unidades blindadas a la zona fronteriza oriental para sofocar la rebelión Kigani. Había que recordar que los ejércitos africanos en campaña eran propensos a disparar indiscriminadamente. Al saltar en Mukenko, esperaban evitar todos estos riesgos.

Pero eso era así antes de que los proyectiles del ejército de Zaire empezaran a estallar a su alrededor. Todavía estaban doce kilómetros al sur de la zona sobre la que intentaban saltar, sobrevolando el territorio Kigani, desperdiciando tiempo y combustible. De repente parecía que su osado plan, tan cuidadosamente pensado y confirmado por la computadora, se había vuelto impracticable.

Y, para colmo de males, no podía consultar con Houston: la computadora se negaba a hacer el enlace por satélite. Pasó quince minutos con el aparato portátil, elevando la potencia y cambiando los códigos del demodulador, hasta que por fin se dio cuenta de que su transmisión estaba obstruida electrónicamente.

Por primera vez desde que tenía memoria, Karen Ross tenía ganas de llorar.

—Tranquila —le dijo Munro con dulzura, sacándole las manos del teclado—. Una cosa por vez. No se gana nada poniéndose nervioso. —Ross había estado aporreando las teclas una y otra vez, sin darse cuenta de lo que hacía.

Munro era perfectamente consciente del estado en que se encontraban Elliot y Ross. Había visto lo mismo en otras expediciones, particularmente cuando en ellas participaban científicos y técnicos. Los científicos trabajaban todo el día en laboratorios en que era posible regular las condiciones, y verificarlas. Tarde o temprano, terminaban creyendo que el mundo exterior era tan controlable como sus laboratorios. Aunque lo sabían, el hecho de descubrir que el mundo natural tiene sus propias reglas y es indiferente a sus necesidades representaba un duro golpe psíquico. Munro sabía reconocer los síntomas.

—Pero éste —dijo Ross— es obviamente un avión civil. ¿Cómo hacen esto?

Munro la miró fijamente. Durante la guerra civil congoleña, los bandos en conflicto habían derribado aviones civiles como si fuese algo rutinario.

—Estas cosas suceden —dijo.

—¿Y la obstrucción? Esos hijos de puta no tienen ni siquiera la capacidad para obstruirnos. Pero estamos interceptados, entre nuestro transmisor y el satélite de retransmisión. Para hacer eso es necesario otro satélite en alguna parte, y... —Se interrumpió, frunciendo el entrecejo.

—Supongo que no esperarías que el consorcio se cruzara de brazos. La cuestión es, ¿puede hacerse algo para remediarlo? —preguntó Munro.

—Seguro que sí. Pero necesito más tiempo e información. De lo contrario el plan está arruinado —dijo Ross.

—Una cosa por vez —repitió Munro lentamente. Vio la tensión en el rostro de Karen, y se dio cuenta de que no estaba pensando claramente. Sabía también que él no podía pensar por ella: tenía que tranquilizarla.

Para Munro, la expedición de STRT estaba terminada: no había manera de llegar a ese lugar del Congo antes que el consorcio. Pero no tenía intención de darse por vencido. Hacía mucho tiempo que guiaba expediciones y sabía que podía ocurrir cualquier cosa.

—Aún podemos recuperar el tiempo perdido —dijo.

—¿Recuperarlo? ¿Cómo?

Munro contestó lo primero que se le ocurrió.

—Tomaremos el Ragora, al norte. Es un río muy rápido.

—Y demasiado peligroso.

—Eso lo veremos —decidió Munro, aunque sabía que ella tenía razón. El Ragora era demasiado peligroso, especialmente en junio. No obstante, mantuvo un tono de voz calmo, sedante, tranquilizador—. ¿Se lo digo a los demás? —preguntó finalmente.

—Sí —contestó Ross. A lo lejos se oyó la explosión de otro proyectil—. Vámonos de aquí.

Munro se dirigió rápidamente a la parte de atrás del Fokker.

—Prepare a los hombres —le ordenó a Kahega.

—Sí, jefe —dijo Kahega. Una botella de whisky pasó de mano en mano, y cada uno de los hombres tomó un largo trago.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Elliot.

—Los hombres se están preparando —explicó Munro.

—¿Preparándose para qué?

En ese momento entró Ross, con el semblante sombrío.

—De aquí en adelante, seguiremos a pie —anunció.

Elliot miró por la ventanilla.

—¿Dónde está el aeropuerto?

—No hay aeropuerto —dijo Ross.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no hay aeropuerto.

—¿Significa eso que el avión aterrizará en el campo?

—No. El avión no va a aterrizar.

—¿Cómo bajaremos, entonces? —preguntó Elliot, pero mientras hacía la pregunta sintió algo raro en el estómago, porque conocía la respuesta.

—Amy no tendrá problemas —prometió Munro alegremente mientras ajustaba las correas a Elliot alrededor del pecho—. Le he administrado una dosis de Thoralen, y estará muy tranquila. No habrá problemas. La sujetaré fuerte.

—¿La sujetará fuerte? —preguntó Elliot.

—No podrá saltar sola —dijo Munro—. Tendré que saltar con ella.

Amy roncaba babeando el hombro de Munro. La dejó en el suelo, y quedó acostada de espaldas,

sin dejar de roncar.

—Ahora —dijo Munro—. Su paracaídas se abre automáticamente. Verá que tiene cuerdas en ambas manos. Tire de la izquierda para ir hacia la izquierda, de la derecha para ir a la derecha, y...

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Elliot, señalando a Amy.

—La llevaré yo. Ahora preste atención. Si algo saliera mal, tiene un paracaídas auxiliar, sobre el pecho. —Tocó un bulto de tela con una cajita negra con los números 4757—. Ése es su altímetro, que mide la velocidad de la caída. Si llega a los mil metros y sigue cayendo a una velocidad mayor de medio metro por segundo, el segundo paracaídas se abrirá automáticamente. No hay por qué preocuparse: todo es automático.

Elliot estaba helado, bañado en sudor.

—¿Qué hay del aterrizaje?

—Nada —dijo Munro, sonriendo—. También aterrizará de forma automática. Manténgase relajado y reciba el impacto en las piernas. Equivale a saltar desde una altura de tres metros.

A sus espaldas, Elliot vio la puerta abierta. La luz brillante del sol entraba en el avión. El viento golpeaba y aullaba. Los hombres de Kahega saltaron en rápida sucesión, uno detrás del otro. Elliot miró a Ross, que estaba color ceniza, tomada de la portezuela, con el labio inferior tembloroso.

—Karen, usted no va a aceptar...

Ella saltó, desapareciendo en la luz del sol.

—Ahora es su turno —dijo Munro.

—Nunca en mi vida he saltado —dijo Elliot.

—Así es mejor. No estará asustado.

—Pero *estoy* asustado.

—Entonces, puedo ayudarlo —dijo Munro, y le dio un empujón.

Munro observó cómo caía. Entonces su sonrisa se desvaneció. «Si un hombre debe hacer algo peligroso», pensó, «es mejor que esté enfadado, por su propia protección. Es mejor que odie a alguien, a que se desmorne. Yo quería que Elliot me aborreciera mientras caía».

Munro tenía conciencia de los riesgos. En el momento en que dejaba el avión, dejaba la civilización, y todas las hipótesis que ésta jamás cuestionaba. Saltaban, no sólo a través del aire, sino también a través del tiempo, hacia atrás, hacia una forma de vida más primitiva y peligrosa; iban a las eternas realidades del Congo, que existían desde hacía siglos. «Ésa era la situación real», se dijo Munro, «pero no había razón para preocupar a los demás antes de que saltaran. Mi misión era llevar a esa gente al Congo, no asustarlos. Para eso había mucho tiempo».

Elliot cayó, espantado.

Tenía el corazón en la boca, y un gusto amargo. El viento aullaba en sus oídos y le tiraba del pelo; y hacía frío: temblaba. Debajo de él se extendía la selva de Barawana, sobre ondulantes colinas. No podía apreciar la belleza natural. En realidad cerró los ojos, porque caía a plomo a una velocidad horrenda, hacia la tierra. Pero al cerrar los ojos tomó mayor conciencia del aullido del viento.

Había transcurrido demasiado tiempo. Era obvio que el paracaídas no se abriría. Su vida

dependía del paracaídas auxiliar, sobre su pecho. Lo tocó: era un bultito ajustado junto a su tembloroso estómago. Luego quitó las manos, pues no quería interferir con el mecanismo. Recordaba, vagamente, que algunas personas habían muerto por eso, por interferir con la apertura del paracaídas.

El viento continuaba aullando, y su cuerpo se precipitaba desastrosamente hacia abajo. *No sucedía nada*. Sintió el feroz viento tironeándole los pies, batiendo sus pantalones, haciendo flamear su camisa contra sus brazos. *No sucedía nada*. Hacía al menos tres minutos que había saltado. No se atrevía a abrir los ojos por temor a ver los árboles demasiado cerca mientras su cuerpo se precipitaba hacia ellos en los segundos finales de su vida consciente...

Estaba a punto de vomitar.

Le chorreaba bilis por la boca abierta, y como estaba cayendo con la cabeza hacia abajo, el líquido le corría por la barbilla y se le metía por la camisa. Hacía un frío terrible. Ya no podía controlar el temblor de su cuerpo. Se sentía congelado.

Logró darse vuelta con una sacudida que le retorció los huesos.

Por un instante pensó que había pegado contra el suelo, y entonces se dio cuenta de que aún seguía descendiendo por el aire, pero más lentamente. Abrió los ojos y miró fijamente el cielo azul claro.

Miró hacia abajo, y se estremeció al ver que todavía estaba a miles de metros del suelo. Obviamente hacía sólo unos segundos que había saltado...

Levantó los ojos, pero no vio el avión. Encima de él había una gigantesca forma rectangular, con brillantes rayas rojas, blancas y azules: el paracaídas. Como encontró más fácil mirar hacia arriba que hacia abajo, se puso a estudiarlo detenidamente. El borde delantero era curvo y abultado; el trasero, flotaba tenuemente en la brisa. El paracaídas parecía el ala de un avión, con cuerdas que descendían hasta su cuerpo.

Inhaló y miró hacia abajo. Todavía estaba a gran altura. Había cierto consuelo en la lentitud con que bajaba. Era realmente tranquilizador.

Y entonces notó que no descendía sino que se desplazaba hacia el costado. Alcanzaba a ver a los demás, abajo: a Kahega y sus hombres, y a Ross. Trató de contarlos; pensó que eran seis, pero tuvo dificultad en concentrarse. Le parecía que se desplazaba lateralmente, alejándose de ellos.

Tiró de las cuerdas de la izquierda y sintió que se le torcía el cuerpo, llevándolo hacia la izquierda.

No está mal, pensó.

Volvió a tirar con más fuerza de la cuerda izquierda, ignorando el hecho de que esto parecía hacer que se moviera más rápidamente. Trató de mantenerse cerca de los rectángulos que descendían debajo de él. Oía el aullido del viento en los oídos. Levantó la vista, esperando ver a Munro, pero todo lo que podía ver eran las franjas de su propio paracaídas.

Volvió a mirar hacia abajo, y quedó alelado al ver que la tierra estaba mucho más próxima. En realidad, parecía correr hacia él a una velocidad brutal. Se preguntó de dónde habría sacado la idea de que flotaba dulcemente. No había nada de dulce en su descenso. Vio que el primero de los paracaídas se arrugaba: Kahega había tocado tierra. Luego un segundo, y un tercero.

No faltaba mucho para que llegara al suelo. Se estaba acercando al nivel de los árboles, pero su desplazamiento lateral era muy veloz. Se dio cuenta de que su mano izquierda tiraba rígidamente de

las cuerdas. Aflojó la presión, y el movimiento lateral cesó. Flotaba hacia abajo.

Otros dos paracaídas se arrugaron por el impacto. Miró hacia atrás y vio a Kahega y sus hombres, ya en tierra, juntando la tela. Estaban bien. Eso era alentador.

Él se deslizaba directamente hacia un denso bosquecillo. Tiró de las cuerdas y cambió la dirección a la derecha. Tenía el cuerpo entero ladeado. Estaba cayendo con mucha rapidez. No podía evitar los árboles. Se iba a estrellar contra ellos. Las ramas parecían extenderse hacia arriba como dedos, listas para asirlo.

Cerró los ojos y sintió que las ramas le arañaban la cara y el cuerpo mientras seguía cayendo, y sabía que en cualquier momento se estrellaría contra el suelo y empezaría a rodar...

Nunca llegó al suelo.

Sintió que se balanceaba hacia arriba y hacia abajo. Abrió los ojos y vio que estaba suspendido a algo más de un metro de la tierra. El paracaídas se le había enredado en los árboles.

Manipuló torpemente las hebillas, y cayó a tierra. Mientras se levantaba, vio que Kahega y Ross corrían hacia él. Le preguntaron si estaba bien.

—Muy bien —dijo Elliot, y en realidad se sentía extraordinariamente bien, más lleno de vida que nunca. Al instante siguiente sintió las piernas de goma, y vomitó.

Kahega se echó a reír.

—Bienvenido al Congo —dijo.

Elliot se limpió la barbilla y preguntó:

—¿Dónde está Amy?

Munro aterrizó un momento después. Le sangraba una oreja, ya que Amy, aterrorizada, se la había mordido. Pero la gorila había aceptado la experiencia y fue corriendo sobre los nudillos a ver cómo estaba Elliot. Después de asegurarse de que se encontraba bien, expresó:

«*Amy volar no gustar*».

—¡Cuidado!

La primera de las cajas Crosslin tocó tierra y estalló como una bomba desparramando equipo y paja en todas direcciones.

—¡Ahí viene la segunda!

Elliot se tiró para que no lo golpeará. La segunda caja dio a unos pocos metros, y recibió latas de comida y cajas de arroz. En el aire se oía el zumbido del Fokker, que seguía dando vueltas. Elliot se puso de pie a tiempo para ver cómo caían las dos últimas cajas Crosslin, mientras los hombres de Kahega corrían a buen resguardo y Ross gritaba:

—¡Cuidado, que esas tienen los láser!

Era como estar en medio de un bombardeo, pero terminó enseguida. El Fokker se elevó, y el cielo se tornó silencioso. Los hombres empezaron a guardar el contenido de las cajas y a enterrar los paracaídas, mientras Munro impartía instrucciones en swahili.

Veinte minutos después avanzaban en fila india a través de la selva. Iniciaban una marcha de trescientos veinte kilómetros, adentrándose en las inexplorables regiones del Congo, hacia el este, donde los aguardaba una recompensa fabulosa.

Si llegaban a tiempo.

Kigani

Una vez que se sobrepuso del impacto inicial de la caída, Elliot empezó a disfrutar de la caminata a través de la selva Barawana. Los monos parloteaban en los árboles y los pájaros gritaban en el aire fresco. Los portadores Kikuyu iban detrás en fila india fumando cigarrillos y haciendo bromas entre ellos en una lengua exótica. Elliot encontró agradables todas las emociones: sensación de libertad al estar lejos de una civilización estúpida, de aventura, por los acontecimientos inesperados que podrían ocurrir en cualquier momento, y finalmente la sensación de misterio, por la búsqueda de un pasado intenso mientras el peligro omnipresente mantenía todo en un pico de excitación. Con este ánimo exacerbado escuchaba el sonido de los animales a su alrededor, contemplaba el juego de las sombras y el sol, sentía el suelo elástico bajo sus botas, y veía a Karen Ross, que de pronto, inesperadamente, le parecía hermosa y grácil.

Karen Ross no se volvió para mirarlo.

Mientras caminaba, tocaba los botones de una de sus cajas electrónicas tratando de establecer una señal. Una segunda caja electrónica colgaba de su hombro. Como no se volvía para mirarlo, tuvo tiempo de notar la mancha oscura de sudor en el hombro de ella, y otra en la espalda. Tenía mojado el pelo rubio oscuro, pegado en forma poco atractiva a la nuca. Notó también que tenía los pantalones arrugados y sucios por la caída. Ella no se volvió para mirarlo.

—Disfrute de la selva —le recomendó Munro—. Ésta es la última vez que se sentirá fresco y seco en mucho tiempo.

Elliot convino en que la selva era agradable.

—Sí, muy agradable —asintió Munro, con una extraña expresión en el rostro.

La selva Barawana no era virgen. De vez en cuando pasaban terrenos abiertos y veían otras señales de presencia humana, aunque en ningún momento vieron labradores. Cuando Elliot mencionó este hecho, Munro sacudió la cabeza. Mientras iban adentrándose en la selva, Munro se iba volviendo ensimismado y se negaba a hablar. Sin embargo, demostraba interés en la fauna, y con frecuencia se detenía para escuchar atentamente el canto de un pájaro antes de indicar que la expedición prosiguiera su marcha.

Durante estas pausas, Elliot miraba hacia atrás, contemplando la fila de portadores con bultos en perfecto equilibrio sobre la cabeza, y se sentía muy cerca de Livingstone, Stanley y demás exploradores que hacía un siglo se habían aventurado a cruzar África. En este aspecto, sus románticas asociaciones eran correctas. La vida y la naturaleza de África Central habían variado poco desde que Stanley explorara el Congo en la década de 1879. La exploración sería seguida llevándose a cabo a pie; todavía se necesitaban portadores y los gastos eran tan intimidantes como los peligros.

Para el mediodía, las botas de Elliot le hacían doler los pies, y se sentía terriblemente cansado. Al parecer los portadores también lo estaban, porque se habían callado, ya no fumaban cigarrillos ni gastaban bromas. La expedición avanzaba en silencio. Elliot preguntó a Munro si se detendrían a almorzar.

—No —dijo Munro.

—Bien —dijo Karen Ross, mirando el reloj.

Poco después de la una de la tarde oyeron ruido de helicópteros. La reacción de Munro y de los portadores fue inmediata: corrieron a refugiarse bajo unos árboles grandes y esperaron, mirando hacia arriba. Momentos después, pasaron sobre ellos dos grandes helicópteros verdes. Elliot leyó claramente las iniciales FAZ.

Munro miró de soslayo mientras se alejaban. Eran Hueys de fabricación estadounidense. No logró ver el armamento.

—Son del ejército —dijo—. Están buscando Kiganis.

Una hora después llegaron a un claro donde se cultivaba mandioca. En el centro había una casa rudimentaria; de la chimenea salía humo, y había ropa tendida a secar en una soga, agitándose en la brisa. No vieron habitantes.

La expedición había evitado cruzar los claros anteriores, pero esta vez Munro levantó la mano en señal de que se detuvieran. Los portadores dejaron caer sus bultos y se sentaron en la hierba, sin hablar.

La atmósfera era tensa, aunque Elliot ignoraba el motivo. Munro se puso en cuclillas junto a Kahega en el borde del claro, observando la casa y los campos. Después de veinte minutos, cuando todavía no había señales de movimiento, Ross, que estaba agachada al lado de Munro, se impacientó.

—No veo por qué estamos...

Munro le tapó la boca con la mano. Señaló el claro, y formó una palabra con los labios: «Kigani».

Los ojos de Ross parecieron salirse de las órbitas. Munro retiró la mano.

Todos miraban la casa fijamente. Seguía sin haber indicios de vida. Ross hizo un movimiento circular con el brazo, sugiriendo que rodearan el claro y prosiguieran la marcha. Munro sacudió la cabeza y señaló el suelo, indicando que se sentara. Munro miró interrogativamente a Elliot, señalando a Amy, que merodeaba entre la alta hierba, hacia un lado. Parecía preocupado ante la posibilidad de que hiciera ruido. Elliot hizo señas a Amy para que se estuviese quieta, pero no era necesario. Amy había percibido la tensión general, y de vez en cuando lanzaba miradas cautelosas hacia la casa.

Transcurrieron varios minutos sin que nada ocurriese. Se oía el canto de las cigarras bajo el cálido sol del mediodía. Esperaron sin apartar la vista de la ropa que flotaba en la brisa.

Luego, la tenue voluta de humo que surgía de la chimenea, dejó de hacerlo.

Munro y Kahega intercambiaron miradas. Kahega volvió silenciosamente adonde estaban los portadores, se sentó, abrió un bulto y sacó un fusil. Cubrió el seguro con la mano, sofocando el ruido metálico al soltarlo. El claro estaba increíblemente silencioso. Kahega retomó su lugar junto a

Munro y le entregó el arma. Munro comprobó el seguro y luego la depositó en el suelo. Esperaron varios minutos más. Elliot miró a Ross, pero ella no le devolvió la mirada.

Se oyó un suave crujido en la casa, y se abrió la puerta. Munro levantó el fusil.

No salió nadie. Todos miraban fijamente la puerta abierta, aguardando. Hasta que finalmente los Kiganis surgieron a la luz del sol.

Elliot contó doce hombres musculosos armados con arcos y flechas y con largas *pangas* en las manos. Tenían las piernas y el pecho rayado de blanco, y las caras totalmente blancas, lo que les daba una apariencia amenazadora, de calaveras. Mientras avanzaban por la plantación de mandioca, sólo alcanzaban a verse las cabezas blancas, que escudriñaban los alrededores.

Incluso después de que se hubieron marchado, Munro permaneció observando el claro silencioso por espacio de otros diez minutos. Finalmente se puso de pie, y suspiró. Cuando habló, su voz pareció increíblemente fuerte.

—Eran Kiganis —dijo.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó Ross.

—Estaban comiendo —dijo Munro—. Mataron a la familia de esa casa, y luego se la comieron. La mayoría de los agricultores se han marchado, porque los Kiganis están al acecho.

Indicó a Kahega que ordenara a sus hombres que reemprendiesen la marcha, y partieron bordeando el claro. Elliot no dejaba de mirar la casa, pensando qué vería si entrara. Las palabras de Munro habían sonado tan casuales: «*Mataron a la familia... y luego se la comieron*».

—Supongo —dijo Ross, mirando sobre el hombro— que podemos considerarnos afortunados. Probablemente seamos los últimos en el mundo en ver cosas como éstas.

—Lo dudo —dijo Munro sacudiendo la cabeza—. Las viejas costumbres no mueren fácilmente.

Durante la guerra civil congoleña de los años sesenta, noticias de canibalismo generalizado y otras atrocidades escandalizaron el mundo occidental, pero en realidad el canibalismo siempre había sido practicado abiertamente en África Central.

En 1897, Sidney Hinde escribió que «casi todas las tribus de la cuenca del Congo son, o han sido, caníbales, y entre ellos la práctica tiende a aumentar». Hinde se impresionó por la naturaleza no disimulada del canibalismo congoleño: «Los capitanes de los barcos me han asegurado que cuando tratan de comprar cabras a los nativos, les piden esclavos a cambio; los nativos suben a bordo a menudo con colmillos de marfil con la intención de comprar un esclavo, quejándose de que la *carne escasea en su vecindario*».

En el Congo, el canibalismo no se relacionaba con el ritual ni con la religión o la guerra: era, simplemente, una preferencia dietética. El reverendo Holman Bentley, que pasó veinte años en la región, citaba a menudo a un nativo que había dicho: «Vosotros los blancos consideráis que la carne de cerdo es la más sabrosa, pero no puede compararse con la carne humana». Bentley sentía que los nativos no podían comprender por qué se objetaba esa práctica. «Vosotros coméis aves y cabras, y nosotros comemos personas: ¿por qué no? ¿Qué diferencia hay?».

Esta actitud franca dejaba alelados a los observadores y llevó a extrañas costumbres. En 1910, Herbert Ward escribió acerca de unos mercados donde los esclavos eran vendidos por trozos

mientras todavía estaban con vida: «Aunque parezca increíble, los cautivos son llevados de lugar en lugar para que los compradores puedan tener la oportunidad de indicar, haciendo marcas externas sobre el cuerpo, la porción que desean adquirir. Las marcas distintivas se hacen generalmente mediante arcilla coloreada o hierba atada de una manera peculiar. El sorprendente estoicismo de las víctimas, que de esta forma presencian las ofertas y regateos por sus pedazos y extremidades, sólo es igualado por la insensibilidad en medio de la cual avanzan al encuentro de su destino».

Estos informes no pueden dejarse de lado con el argumento de que son productos de la histeria de finales de la era victoriana, pues todos los observadores hallaron a los caníbales simpáticos y agradables. Ward escribió que «los caníbales no son maquinadores, ni tampoco viles. En oposición directa a toda conjetura lógica, son excelentes personas». Bentley los describe como «alegres y valerosos, de conversación muy amigable y muy demostrativos de sus afectos».

Bajo la administración colonial belga, el canibalismo se hizo menos común —hacia la década de 1950, incluso llegaron a encontrarse algunas tumbas— pero nadie pensaba seriamente que hubiera sido erradicado. En 1956, H. C. Hengert escribió: «El canibalismo en África no ha desaparecido en absoluto. Yo mismo viví en una aldea de caníbales durante un tiempo, y encontré algunos huesos [humanos]. Los nativos... eran gente muy agradable. Se trataba tan sólo de una antigua costumbre, que no muere con facilidad».

Munro consideraba que la rebelión Kigani de 1979 era una insurrección política. La tribu se rebelaba contra la exigencia del gobierno de Zaire de que los Kiganis dejaran de ser cazadores para convertirse en agricultores, como si fuera algo sencillo. Los Kiganis eran un pueblo pobre y atrasado; sus conocimientos de higiene eran rudimentarios; su dieta alimentaria carecía de proteínas y vitaminas, y eran presa fácil de la malaria, la anquilostomiasis, la esquistosomiasis y la enfermedad del sueño. Uno de cada cuatro niños moría al nacer, y pocos Kiganis adultos vivían más de veinticinco años. Las vicisitudes de su vida requerían explicación, que era provista por los Angawas, o hechiceros. Los Kiganis creían que la mayor parte de las muertes se debían a causas sobrenaturales: o bien la víctima estaba bajo un hechizo, había roto algún tabú, o su muerte era causada por los espíritus vengativos de los muertos. La caza también tenía un aspecto sobrenatural: los animales estaban fuertemente influidos por el mundo de los espíritus. En realidad, los Kiganis consideraban más real al mundo sobrenatural que al cotidiano, que veía como «un sueño», e intentaban controlar lo sobrenatural mediante brebajes y conjuros mágicos, hechos por los Angawas. También llevaban a cabo alteraciones mágicas del cuerpo, como, por ejemplo, pintarse la cara y las manos de blanco, para ser más poderosos en la guerra. Los Kiganis creían que la magia también residía en los cuerpos de sus enemigos, y por eso, para vencer los hechizos de otros Angawas, comían el cuerpo de sus adversarios. De esa manera, el poder mágico de sus enemigos pasaba a ellos, frustrando a los brujos contrarios.

Estas creencias eran muy antiguas. Desde hacía mucho tiempo, los Kiganis se regían por la reacción a la amenaza, que consistía en comer a otros seres humanos. En 1890, se alborotaron en el norte luego de las primeras visitas de extranjeros provistos con armas de fuego, que habían espantado a los animales de caza. Durante la guerra civil de 1961, el hambre los llevó a atacar y comer a miembros de otras tribus.

—¿Y ahora por qué comen a la gente? —preguntó Elliot a Munro.

—Quieren su derecho de caza —respondió Munro—. A pesar de los burócratas de Kinshasa.

Temprano esa tarde la expedición escaló una colina desde la cual pudieron contemplar los valles que se extendían al sur. A lo lejos vieron grandes columnas de humo y llamas: eran explosiones de misiles arrojados desde el aire. Sobre ellas se veían los helicópteros, revoloteando como buitres sobre la matanza.

—Ésas son aldeas Kiganis —dijo Munro, mirando hacia atrás y sacudiendo la cabeza—. No podrán salvarse, sobre todo porque los hombres de los helicópteros y las tropas en tierra pertenecen a la tribu Abawe, enemiga tradicional de los Kiganis.

En el mundo del siglo XX no había lugar para creencias canibalistas; en realidad, el gobierno de Kinshasa, a más de tres mil kilómetros de distancia, había decidido librar al país de «la vergüenza de los caníbales». En junio, el gobierno de Zaire despachó cinco mil hombres armados, seis helicópteros UH-2 de fabricación estadounidense cargados de misiles y diez camiones blindados con soldados a fin de sofocar la rebelión Kigani. El jefe militar a cargo, el general Ngo Muguru, no se engañaba con respecto a sus órdenes. Muguru sabía que Kinshasa quería que eliminara a los Kiganis como tribu. Y eso era exactamente lo que se proponía hacer.

Durante el resto del día, oyeron explosiones distantes de morteros y misiles. Era imposible dejar de contrastar lo moderno de este equipo con las flechas y arcos de los Kiganis que habían visto. Ross dijo que era triste, pero Munro acotó que era inevitable.

—El propósito de la vida —dijo Munro— es mantenerse vivo. Observen cualquier animal en la naturaleza: todo lo que hace es seguir sobreviviendo. No le importan las creencias ni la filosofía. Cuando el comportamiento de algún animal lo pone fuera de contacto con las realidades de su existencia, se extingue. Los Kiganis no han visto que los tiempos han cambiado y que sus creencias no sirven. Y por eso se extinguirán.

—Tal vez haya una verdad superior al mero hecho de mantenerse vivo —replicó Ross.

—No la hay —dijo Munro.

Vieron algunos grupos más de Kiganis, generalmente a una distancia de varios kilómetros. Al final del día, después de cruzar el tambaleante puente de madera sobre la garganta Moruti, Munro anunció que estaban más allá del territorio Kigani y, al menos por el momento, a salvo.

Campamento Moruti

En un elevado claro sobre Moruti, el «lugar de los suaves vientos», Munro gritó instrucciones en swahili a los portadores de Kahega y éstos empezaron a dejar sus cargas. Karen Ross consultó su reloj.

—¿Nos detenemos?

—Sí —dijo Munro.

—Pero si apenas son las cinco. Todavía quedan dos horas de luz.

—Nos detendremos aquí —dijo Munro. Moruti estaba situado a cuatrocientos cincuenta metros de altura. Dos horas más de caminata los haría llegar a la selva ecuatorial, más abajo—. Es más fresco y agradable aquí.

Ross dijo que a ella eso no le importaba.

—Ya le importará —dijo Munro.

Para ganar tiempo, Munro pensaba mantenerse lo más alejado posible de la selva. En la jungla se avanzaba lentamente y con dificultad; ya bastante experiencia tendría con el barro, las sanguijuelas y las fiebres.

Kahega pronunció unas palabras en swahili. Munro se volvió hacia Ross y le dijo:

—Kahega quiere saber cómo se levantan las tiendas.

Kahega tenía en la mano una bola arrugada de tela plateada; los otros portadores igualmente confundidos, buscaban entre los bultos los palos a que estaban acostumbrados, sin encontrar nada.

El campamento de STRT había sido diseñado bajo contrato por un grupo de la NASA en 1977, basándose en el hecho de que desde el siglo XVIII el equipo para expediciones a territorios salvajes no había cambiado. «Hace mucho que se necesitan diseños para la exploración moderna», afirmó STRT, y pidió que se mejorara el peso, la comodidad y la eficiencia del equipo de expedición. La NASA había vuelto a diseñar todo, desde la ropa y las botas hasta las tiendas y la vajilla, la comida, los equipos de primeros auxilios y los sistemas de comunicación.

Las cargas nuevas eran típicas del enfoque de la NASA. Ésta había llegado a la conclusión de que el peso de la carga se debía principalmente a los soportes estructurales. Además, las tiendas de una sola capa de tela carecían de un buen aislamiento. Si era posible aislar convenientemente las tiendas, reducir el peso de la ropa y de los sacos de dormir, también podrían reducirse los requerimientos calóricos de los miembros de la expedición. Como el aire era un aislante excelente, la solución obvia era una carga neumática, sin soportes: la NASA diseñó una que pesaba ciento setenta gramos.

Usando una bomba de aire normal muy pequeña, Ross infló la primera tienda. Estaba hecha de mylar plateado, de dos capas, y parecía un brillante tinglado. Los portadores aplaudieron, entusiasmados. Munro sacudió la cabeza, divertido. Kahega sacó una cajita plateada del tamaño de una caja de zapatos.

—¿Qué es esto, doctora?

—Esta noche no lo necesitaremos. Es un acondicionador de aire —dijo Ross.

—No debe irse a ningún lado sin un acondicionador de aire —dijo Munro, todavía divertido.

Ross le dirigió una mirada furiosa.

—Los estudios demuestran —dijo—, que el mayor factor único que limita la eficacia del trabajo es la temperatura ambiente; el segundo factor es la falta de sueño.

—¿De verdad? —dijo Munro. Lanzó una carcajada y miró a Elliot, que estaba observando detenidamente la vista de la selva tropical, bajo el sol poniente. Amy se acercó y le tiró de la manga.

«*Mujer y hombre con pelo nariz pelean*», indicó.

A Amy le había gustado Munro desde el principio, y el sentimiento era mutuo. En lugar de darle palmaditas en la cabeza y tratarla como a una criatura, como la mayoría de la gente, Munro instintivamente la trataba como a una mujer. Además, había estado con bastantes gorilas como para conocer su comportamiento. Si bien ignoraba el lenguaje estadounidense de signos, se daba cuenta de que cuando Amy levantaba los brazos era porque quería que le hicieran cosquillas, y la complacía durante unos minutos, mientras ella daba vueltas en el suelo gruñendo de placer.

Pero Amy siempre se afligía ante un conflicto, y ahora estaba preocupada.

—Sólo están hablando —le dijo Elliot para tranquilizarla.

«*Amy querer comer*».

—Enseguida —dijo Elliot, y al volverse vio que Ross estaba instalando el equipo transmisor. Esto sería un ritual diario durante la expedición, y nunca dejaría de fascinar a Amy. En total, el equipo para transmitir por satélite a dieciséis mil kilómetros de distancia pesaba casi tres kilos, y las contramedidas electrónicas pesaban medio kilo más.

En primer lugar, Ross abrió la sombrilla plegable de la antena parabólica, de un metro y medio de diámetro. (A Amy esta operación era lo que más le gustaba, y a menudo preguntaba a Ross cuándo abriría «la flor de metal»). Luego Ross conectaba la caja transmisora enchufando los elementos de krylon-cadmio. Después conectaba los módulos antiobstructores y finalmente agregaba la terminal en miniatura, con su minúsculo teclado y su pantalla de vídeo de tres pulgadas.

A pesar de su tamaño se trataba de un equipo muy sofisticado. La computadora de Ross tenía una memoria de 189 K y el sistema de circuitos era innecesario; hasta el teclado funcionaba por impedancia, de modo que no había partes que pudieran estropearse ni arruinarse por el agua o la tierra.

Y era increíblemente resistente. Ross recordaba las «pruebas de terreno». En el aparcamiento de STRT, los técnicos arrojaban el equipo contra las paredes, lo pateaban y lo dejaban dentro de un cubo lleno de agua sucia la noche entera. Todo lo que el día siguiente funcionaba, era decretado digno de ser llevado al terreno.

En el crepúsculo de Moruti, Karen Ross pulsó las coordenadas en código para comunicarse con Houston, constató la potencia de señales y esperó seis minutos hasta que los radiofaros de respuesta encajaran. Pero la pantalla sólo seguía mostrando estática gris, con pulsos intermitentes de color. Eso significaba que alguien los estaba obstruyendo con una «sinfonía».

En la jerga de STRT, el nivel más simple de obstrucción electrónica era designado con el nombre de «tuba». Como el vecino que tocaba su tuba, este tipo de obstrucción era simplemente fastidiosa,

ocurría en frecuencias limitadas, y a menudo era accidental. Por lo general, las transmisiones podían sobreponerse a esta obstrucción. En el nivel siguiente estaba el «cuarteto de cuerdas», mediante el cual se obstruían las frecuencias múltiples de una manera ordenada; después estaba la «gran orquesta», en que la música electrónica cubría un alcance de frecuencia mayor; y por último la «sinfonía», que bloqueaba todo el alcance de transmisión.

Ross estaba recibiendo ahora una «sinfonía». Para abrirse paso, era necesario coordinarse con Houston, algo imposible de hacer. Pero STRT tenía varios procedimientos preestablecidos. Intentó uno tras otro y finalmente quebró la obstrucción con una técnica llamada «codificación intersticial». (La codificación intersticial aprovechaba el hecho de que hasta la música más densa tiene períodos de silencio, o intersticios, que duran microsegundos. Era posible escuchar las señales de obstrucción, identificar regularidades en los intersticios, y luego transmitir durante los silencios, en ráfagas).

Ross se alegró al ver brillar la pantalla, en la que de pronto surgió una imagen multicolor: el mapa de su posición en el Congo. Apretó la tecla de posición del terreno y en la pantalla brilló una luz.

Luego apareció:

TIEMPO-POSICIÓN TERRNO: FAVOR CONFIRMAR HRA LOCAL 18:04 17/6/79.

Ella confirmó que en su situación eran poco más de las seis de la tarde. Inmediatamente, líneas superpuestas formaron un diseño desigual a medida que su posición y hora en el terreno eran medidos contra la simulación computable hecha en Houston antes de la partida.

Ross estaba preparada para recibir malas noticias. Según sus cálculos mentales, llevaban más de setenta horas de retraso respecto de la línea de tiempo proyectada y más de veinte horas respecto del consorcio.

El plan original era saltar sobre las laderas de Mukenko a las dos de la tarde del 17 de junio, llegando a Zinj aproximadamente treinta y seis horas después, alrededor del mediodía del 19 de junio. Eso habría hecho que se adelantaran casi dos horas al consorcio.

Sin embargo, el ataque antiaéreo los había obligado a saltar a más de cien kilómetros al sur de la zona proyectada. El terreno selvático que debían cruzar era variado, y podían ganar tiempo viajando en balsa por ríos, pero aún tardarían un mínimo de tres días para hacer cien kilómetros.

Eso quería decir que ya era imposible vencer al consorcio. En lugar de llegar cuarenta y ocho horas antes, tendrían suerte si lo hacían veinticuatro horas después.

Para su sorpresa, la pantalla informó: TIEMPO-POSICIÓN TERRNO: -09:04 H. Significaba que llevaban nueve horas de retraso con respecto a su línea de tiempo simulada.

—¿Qué significa esto? —preguntó Munro, mirando la pantalla.

Había una sola respuesta posible.

—Algo ha demorado al consorcio —dijo Ross.

En la pantalla leyeron:

CONSORCIO EURNIPÓN PROBLEMAS LEGALES AERPUERTO GOMA / ZAIRE / ENCUENTRO RADIATIVO / MALA SUERTE PARA ELLOS /

—Parece que en Houston Travis ha tenido mucho trabajo —dijo Ross. Se imaginaba lo que debía de haberle costado a STRT causar problemas en el aeropuerto rural de Goma.

—Eso quiere decir que todavía podemos llegar los primeros, si recuperamos nueve horas.

—Podemos hacerlo —dijo Munro.

Bajo la luz del poniente sol ecuatorial, la antena y las cinco tiendas de campaña plateados brillaban como un montón de joyas resplandecientes. Peter Elliot estaba sentado en lo alto de la colina junto a Amy, y ambos observaban la selva tropical que se extendía a sus pies. A medida que caía la noche, iban apareciendo las primeras hebras imprecisas de bruma, y mientras la oscuridad se hacía más profunda y el vapor de agua se condensaba en el aire fresco, la selva se iba cubriendo con la densa mortaja de la niebla.

DÍA 6

LIKO

18 de junio de 1979

Selva ecuatorial

A la mañana siguiente entraron en la húmeda y perpetua oscuridad de la selva ecuatorial del Congo.

Munro experimentó una vez más la antigua sensación de opresión y claustrofobia, con el matiz de una extraña, abrumadora lasitud. Cuando en la década de 1960 actuó como mercenario en el Congo, había tratado de evitar la jungla siempre que había podido. La mayor parte de los enfrentamientos militares habían tenido lugar en espacios abiertos: en las ciudades coloniales belgas, a lo largo de los ríos, junto a los caminos de tierra. Nadie quería luchar en la jungla. Los mercenarios la odiaban, y los supersticiosos simbas la temían. Cuando los mercenarios avanzaban, los rebeldes a menudo se refugiaban en la maleza, pero sin adentrarse demasiado; las tropas de Munro nunca los perseguían. Simplemente esperaban que volvieran a salir.

Incluso en la década de 1970 la jungla seguía siendo térrea incógnita, una zona desconocida que por sus características hacía inútil cualquier intento de guerra mecanizada. Y con buenas razones, pensaba Munro. No era un lugar para el hombre. No estaba contento de regresar a ella.

Elliot, que nunca había estado en la selva ecuatorial, se sentía fascinado. La jungla era diferente a lo que él había imaginado. No estaba preparado para las proporciones: los árboles tenían troncos grandes como una casa y sus gruesas raíces serpenteantes estaban cubiertas de musgo. Desplazarse en el vasto espacio debajo de estos árboles era como estar en una catedral muy oscura; el sol quedaba totalmente bloqueado y a Elliot le resultaba imposible obtener indicación de exposición en su cámara fotográfica.

También esperaba que la jungla fuera mucho más densa de lo que en realidad era. El grupo se movía libremente en ella; sorprendentemente, parecía infecunda y silenciosa. Se escuchaban de vez en cuando cantos de pájaros y gritos de monos, pero a pesar de ello, una profunda quietud los abrumaba. La selva era extrañamente monótona: a pesar de que en el follaje y en las plantas trepadoras se apreciaban todas las gamas del verde, había pocas flores. Incluso las ocasionales orquídeas parecían pálidas y apagadas.

Esperaba encontrarse con vegetación putrefacta en cada recodo, pero eso tampoco ocurrió. El suelo era a menudo firme, y había un olor neutro en el aire. Pero el calor era increíble, y parecía como si todo estuviera húmedo: las hojas, el suelo, los troncos de los árboles, la misma atmósfera opresiva atrapada bajo el dosel de ramas.

Elliot había estado de acuerdo con la descripción hecha por Stanley un siglo antes: «Arriba, las anchas y extensas ramas ocultaban la luz del día... Marchábamos en un débil crepúsculo... El rocío caía sobre nosotros incesantemente... Teníamos la ropa empapada... Sudábamos por todos los poros, y la atmósfera era sofocante... ¡Qué aspecto ominoso tenía la Ignota Oscuridad a que nos enfrentábamos!».

Debido a que Elliot esperaba con ansiedad esta primera experiencia con la selva ecuatorial africana, se sorprendió por la rapidez con que se sintió abrumado, y lo pronto que empezó a desear

alejarse de allí. Sin embargo, la selva había producido la mayor parte de las formas de vida, incluido el hombre mismo. No era un clima uniforme, sino muchos microclimas distintos dispuestos verticalmente como las capas de un pastel. Cada microclima sustentaba una sorprendente profusión de vida vegetal y animal, aunque había pocos ejemplares de cada especie. La selva ecuatorial sustentaba cuatro veces la variedad de especies animales que existen en el bosque templado. Mientras caminaba, Elliot imaginó un enorme útero oscuro, un lugar donde se alimentaban nuevas especies en condiciones inmutables hasta que estaban listas para emigrar a las zonas templadas, más ásperas y variables. Así había sido desde hacía millones de años.

El comportamiento de Amy cambió de inmediato apenas entró en contacto con la vasta y húmeda oscuridad de su hogar original. Elliot pensó que si hubiese pensado detenidamente en ello, habría podido predecir la reacción de la gorila.

Amy ya no se mantenía junto al grupo.

Insistía en merodear sola por el sendero, haciendo pausas para sentarse y chupar tiernas raíces y hierbas. Era imposible hacer que se diera prisa, e ignoraba las peticiones de Elliot de que no se moviese de su lado. Comía, abstraída, con una expresión de placer en la cara. Cuando veía un rayo de sol, se echaba de espaldas, eructaba y suspiraba, feliz.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Ross, enfadada al advertir que no avanzaban a buen ritmo.

—Se ha vuelto a convertir en gorila —respondió Elliot—. Los gorilas son vegetarianos, y se pasan la mayor parte del día comiendo. Son animales grandes, y necesitan mucha comida. Al parecer, Amy ha recuperado esta costumbre.

—Bueno, ¿no puede hacer que camine con nosotros?

—Lo intento, pero me ignora —dijo Elliot, pero conocía el motivo: Amy estaba por fin en un mundo en el que Peter Elliot no tenía importancia, en el que ella misma podía encontrar comida y seguridad y resguardo, además de todo lo que quisiera.

—Han terminado las clases —dijo Munro, resumiendo la situación. Pero tenía otra solución—. Déjela —dijo, tajante, y cogió a Elliot firmemente del brazo—. No mire atrás. Siga caminando, como si ella no existiese.

Continuaron en silencio durante unos minutos.

—Tal vez no nos siga —dijo Elliot por fin.

—Vamos, vamos, profesor —dijo Munro—. Yo creía que usted sabía algo de gorilas.

—Pues así es —dijo Elliot.

—Entonces sabrá que no hay ninguno en esta parte de la selva ecuatorial.

Elliot asintió; no había visto ni nidos ni huellas.

—Pero aquí tiene todo lo que necesita.

—Todo no —dijo Munro—. Porque no hay otros gorilas.

Como todos los primates superiores, los gorilas son animales sociables. Viven en grupos, y solos no se sienten cómodos ni seguros. En realidad, la mayoría de los primatólogos asumen que hay una necesidad de contacto social que se percibe con la misma fuerza que el hambre, la sed o la fatiga.

—Nosotros somos su grupo —dijo Munro—. No permitirá que nos alejemos.

Varios minutos después, Amy apareció corriendo entre la maleza unos cincuenta metros delante de ellos. Observó el grupo, y dirigió a Elliot una mirada furiosa.

—Ven aquí, Amy —dijo Munro—, y te haré cosquillas.

Amy corrió y se echó de espaldas frente a Munro.

—¿Lo ve, profesor?

Amy no volvió a alejarse del grupo.

En tanto que Elliot no se sentía enteramente cómodo en la selva ecuatorial por tratarse del dominio natural de Amy, Ross veía la jungla desde el punto de vista de los recursos de la tierra, que eran pobres. No se dejaba engañar por la exuberante vegetación, pues sabía que representaba un ecosistema extraordinariamente eficiente construido en un suelo virtualmente estéril^[6]

Las naciones en desarrollo no comprendían este hecho: cuando desmontaban áreas de la jungla con la intención de convertirlas en terreno cultivable, el suelo sólo producía cosechas decepcionantes. Aun así, la tala de árboles continuaba a razón de veinticinco hectáreas por minuto, tanto de día como de noche. Desde hacía sesenta millones de años las selvas ecuatoriales del mundo circundaban la tierra como un cinturón verde, pero el hombre podía acabar con ellas en menos de veinte años.

Esta destrucción generalizada había causado cierta alarma que Ross no compartía. Ella dudaba de que el clima del mundo pudiera cambiar o que se redujera el volumen de oxígeno en la atmósfera. Ross no era alarmista, y no se impresionaba por los cálculos de quienes sí lo eran. La única razón por la que se inquietaba era por lo poco que se comprendía a la selva. Que se rozaran veinticinco hectáreas por minuto significaba que las especies animales y vegetales se extinguían en la increíble proporción de *una especie por hora*. Formas de vida que habían evolucionado a lo largo de millones de años eran destruidas en cuestión de minutos, y nadie podía predecir las consecuencias de este asombroso proceso destructivo. La extinción de las especies tenía lugar mucho más rápidamente de lo que la gente estaba dispuesta a reconocer, y las listas de especies «en peligro de extinción» que se publicaban sólo reflejaban una mínima parte del problema: el desastre se extendía hasta incluir insectos, gusanos y musgos.

La realidad era que el hombre estaba destruyendo ecosistemas enteros sin que le importara. Y estos ecosistemas eran, por lo general, misteriosos. Karen Ross se sentía en medio de un mundo completamente distinto del de los recursos minerales. Se trataba de un medio en el que la vida vegetal reinaba sobre todo. No era extraño, pensaba, que los egipcios llamaran a la selva la Tierra de los Árboles. La selva tropical constituía un invernadero, un microclima en el que las plantas gigantescas eran más poderosas y privilegiadas que los mamíferos, incluidos los insignificantes mamíferos humanos que avanzaban cautelosamente en medio de su perpetua oscuridad.

Los portadores Kikuyus reaccionaban inmediatamente ante la selva: empezaron a reír y a bromear, haciendo todo el ruido posible.

—Al parecer son muy alegres —le dijo Ross a Kahega.

—Oh, no —repuso Kahega—. Están advirtiéndolo.

—¿Advirtiéndolo?

Kahega explicó que los hombres hacían ruido para advertir de su presencia a los búfalos y leopardos. Y a los *tembos*, agregó, señalando el sendero.

—¿Es éste un sendero *tembo*? —preguntó ella.

Kahega asintió.

—¿Los *tembo* viven cerca?

—Espero que no —rió Kahega—. *Tembo*. Elefante.

—De modo que es un sendero hecho por los animales. ¿Veremos elefantes?

—Tal vez sí, tal vez no —respondió Kahega—. Espero que no. Son grandes, los elefantes.

No había modo de oponerse a su lógica.

—Me han dicho que éstos son tus hermanos —dijo Ross al tiempo que señalaba en dirección a los porteadores.

—Sí, son mis hermanos.

—Ah.

—Pero ¿se refiere a si mis hermanos y yo tenemos la misma madre?

—Sí.

—No —dijo Kahega.

—¿No son hermanos verdaderos? —preguntó Ross, confusa.

—Sí; somos hermanos verdaderos. Pero no tenemos la misma madre.

—Entonces, ¿cómo sois hermanos?

—Porque vivimos en la misma aldea.

—¿Con vuestro padre y vuestra madre?

Kahega pareció escandalizado.

—*No* —dijo, enfáticamente—. No en la misma aldea.

—¿En una aldea distinta, entonces?

—Sí, por supuesto. Somos Kikuyus.

Ross estaba perpleja. Kahega lanzó una carcajada.

Kahega se ofreció a llevar el equipo electrónico que Ross tenía colgado de un hombro, pero ella no aceptó. Ross se vio obligada a comunicarse con Houston a intervalos regulares durante el día, y finalmente logró hacerlo, probablemente debido a que el operador de obstrucción del consorcio hizo un descanso para el almuerzo. Logró comunicarse y registrar otra vez Tiempo-Posición de Terreno.

En la pantalla apareció: TRRNO TEMPO-POSICN -10:03

Habían perdido casi una hora desde la verificación de la noche anterior.

—Debemos avanzar más rápidamente —dijo Ross.

—Tal vez prefiera ir al trote —dijo Munro—. Es muy buen ejercicio. —Luego, porque pensó que la estaba tratando mal, agregó—: Pueden pasar muchas cosas entre este lugar y Virunga.

Oyeron el lejano gruñido de truenos, y minutos después cayó sobre ellos una lluvia torrencial, de gotas tan densas y pesadas que realmente dolían. La lluvia cayó incesantemente durante una hora, y

luego paró tan abruptamente como había empezado. Todos estaban empapados y se sentían deprimidos, y cuando Munro ordenó un alto para comer, Ross no protestó.

Amy se fue de inmediato a recorrer la selva; los portadores cocinaron arroz con curry, y Munro, Ross y Elliot quemaron con un cigarrillo las sanguijuelas que se les habían adherido a las piernas. Estaban hinchadas de sangre.

—Ni siquiera me había dado cuenta —dijo Ross.

—La lluvia las pone peor —dijo Munro. Luego levantó la vista abruptamente, fijándola en la jungla.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ross.

—No, nada —dijo Munro, y empezó a explicar por qué había que quemar las sanguijuelas: cuando se las arrancaba, la cabeza quedaba enterrada en la carne y causaba una infección.

Kahega les trajo comida.

—¿Están bien los hombres? —le preguntó Munro, en voz baja.

—Sí. Los hombres están bien. No tendrán miedo.

—¿Miedo a qué? —quiso saber Elliot.

—Siga comiendo. Actúe con naturalidad —dijo Munro. Elliot paseó la vista por el claro sin apenas disimular su nerviosismo.

—¡Coma! —susurró Munro—. No los insulte. Se supone que usted no sabe que están aquí.

El grupo comió en silencio durante unos minutos. Luego se oyó un rumor en la maleza y de ella surgió un pigmeo.

Los bailarines de Dios

Era un hombre de piel clara, de alrededor de un metro cincuenta de estatura y pecho redondo como un tonel; iba vestido con un taparrabos y al hombro llevaba un arco y un carcaj con flechas. Examinó a los miembros de la expedición, al parecer tratando de determinar quién era el jefe.

Munro se puso de pie y dijo algo rápidamente en un lenguaje que no era swahili. El pigmeo replicó. Munro le dio uno de los cigarrillos con que había estado matando las sanguijuelas. El pigmeo no quería que se lo encendieran; lo metió en un saquito de cuero junto a su carcaj. Siguió una breve conversación. El pigmeo señaló la jungla varias veces.

—Dice que en su aldea hay un hombre blanco muerto —informó Munro. Cogió su mochila, que contenía su botiquín de primeros auxilios—. Tendré que darme prisa.

—No hay tiempo para eso —dijo Ross—. Además, el hombre ya está muerto.

Munro la miró, frunciendo el entrecejo.

—No está *completamente* muerto —replicó Munro—. No está muerto para siempre.

El pigmeo asintió vigorosamente. Munro explicó que los pigmeos clasificaban las enfermedades en varias etapas. Primero una persona tenía calor, luego fiebre, luego estaba enferma, luego muerta, luego completamente muerta, y finalmente muerta para siempre.

De la maleza surgieron otros tres pigmeos. Munro asintió.

—Ya sabía que no estaba solo —dijo—. Estos tipos aborrecen viajar solos. Los otros nos estaban observando; como hubiésemos hecho un movimiento indebido, nos habrían ensartado con sus flechas. Están envenenadas.

Los pigmeos, sin embargo, parecían muy serenos, por lo menos hasta que Amy surgió de entre la maleza haciendo un ruido infernal. Entonces gritaron y aprestaron sus arcos. Amy se aterrorizó y corrió hacia Peter, saltando a sus brazos, abrazándolo y cubriéndolo de barro.

Los pigmeos empezaron a discutir entre ellos, probablemente tratando de decidir qué significaba la presencia de ese gorila. Hicieron varias preguntas a Munro. Finalmente, Elliot puso a Amy en el suelo y preguntó a Munro:

—¿Qué les ha dicho?

—Querían saber si el gorila era suyo, y dije que sí. Querían saber si era una hembra, y dije que sí. Querían saber si usted tenía relaciones con la gorila, y dije que no. Dijeron que eso estaba bien, pero que usted no debía encariñarse demasiado con la gorila, porque de lo contrario sufriría.

—¿Por qué sufriría?

—Dijeron que cuando la gorila crezca, huirá a la selva, destrozándole el corazón o, de lo contrario, lo matará.

Ross seguía oponiéndose a que hicieran un desvío para ir a la aldea pigmea, que quedaba a varios

kilómetros, sobre la orilla del río Liko.

—Llevamos mucho retraso respecto a la línea de tiempo —dijo—, y cada vez nos retrasamos más.

Por primera y última vez durante la expedición, Munro perdió la paciencia.

—Oiga lo que voy a decirle, doctora. No nos hallamos en el centro de Houston, sino del maldito Congo, y estar herido aquí no es bueno. Tenemos medicinas. Ese hombre puede necesitarlas. No podemos abandonarlo. Sencillamente no está bien.

—Si vamos a esa aldea —dijo Ross— perderemos otras nueve o diez horas. En este momento todavía tenemos una oportunidad. Si nos demoramos, nuestras esperanzas se habrán esfumado.

Uno de los pigmeos empezó a hablar a Munro rápidamente. Éste asintió varias veces, mirando a Ross. Luego se volvió a los otros.

—Dice que el hombre enfermo tiene algo escrito en el bolsillo de la camisa. Hará el dibujo para nosotros.

Ross consultó su reloj y suspiró.

El pigmeo cogió una ramita y trazó grandes letras en el barro. Las dibujó con cuidado, frunciendo el entrecejo de tan concentrado que estaba, mientras reproducía los extraños símbolos: STRT.

—Oh, Dios —dijo Ross en voz baja.

Los pigmeos no caminaban en la selva, sino que marchaban a un trote vivo, deslizándose sobre las enredaderas y ramas, eludiendo los charcos de lluvia y las nudosas raíces de los árboles con facilidad engañosa. Ocasionalmente miraban hacia atrás sobre el hombro y reían al advertir lo difícil que les resultaba a los tres blancos seguir su ritmo de marcha.

Para Elliot, era extremadamente difícil: tropezaba con las raíces, se pegaba en la cabeza con las ramas, y las espinosas enredaderas le desgarraban la carne. Respiraba con dificultad, tratando de mantenerse a la par de los hombrecitos que avanzaban con facilidad delante de él. A Ross no le iba mucho mejor, y hasta Munro, que hasta ese momento había parecido sorprendentemente ágil, mostraba señales de fatiga.

Finalmente llegaron a un arroyo y un claro iluminado por el sol. Los pigmeos hicieron una pausa, se pusieron en cuclillas y volvieron la cara al sol. Los blancos se desplomaron, respirando con dificultad. Esto pareció divertir a los pigmeos, que se echaron a reír.

Los pigmeos fueron los primeros habitantes humanos de la selva ecuatorial del Congo. Debido a su baja estatura, su peculiar modo de ser y su gran agilidad, eran famosos desde hacía siglos. Más de cuatro mil años atrás, un comandante egipcio llamado Herkouf entró en la gran selva al oeste de las Montañas de la Luna. Allí encontró una raza de hombrecitos que cantaban y bailaban para su dios. La sorprendente historia de Herkouf sonaba verdadera, y tanto Herodoto como tiempo después Aristóteles insistieron en que estas historias de los hombres diminutos eran verdaderas, no fabulosas. Los bailarines de Dios inevitablemente adquirieron connotaciones míticas con el transcurso de los siglos.

Incluso en el siglo XVII, Europa no estaba segura de que realmente existieran hombrecitos con cola que tenían el poder de volar entre los árboles, de hacerse invisibles y de matar elefantes. El

hecho de que en ocasiones los esqueletos de los chimpancés fueran tomados por esqueletos de pigmeos aumentaba la confusión. Colin Tumbull acota que muchos elementos de la fábula son realmente ciertos: los taparrabos, hechos de corteza machacada, cuelgan de tal manera que parecen colas; los pigmeos se confunden con la selva, de modo que pueden hacerse virtualmente invisibles, y, además, siempre han perseguido y cazado elefantes.

Sin dejar de reírse, los pigmeos se pusieron de pie y reanudaron su marcha. Con un suspiro de resignación, los blancos se incorporaron con dificultad y los siguieron. Corrieron una media hora más, sin hacer ninguna pausa ni vacilar un instante. Luego Elliot olió humo y llegaron a un claro junto a un río, donde estaba situada la aldea.

Vio diez chozas redondas de no más de un metro cuarenta de altura, dispuestas en semicírculo. Todos los aldeanos estaban tomando el sol de la tarde; las mujeres limpiaban setas y frutos cortados durante el día o cocinaban gusanos y tortugas sobre hogueras chisporroteantes; los niños correteaban y molestaban a los hombres que, sentados frente a las casas, fumaban tabaco mientras las mujeres trabajaban.

A una señal de Munro, esperaron en las afueras de la aldea hasta que fueron vistos. Entonces entraron. La llegada provocó gran interés. Los niños reían y los señalaban; los hombres pidieron tabaco a Munro y Elliot; las mujeres tocaban el pelo rubio de Ross, haciendo comentarios acerca de él. Una niña gateó hasta meterse debajo de las piernas de Ross y se puso a examinar sus pantalones. Munro explicó que las mujeres no estaban seguras de si Ross se teñía el pelo, y la niña había decidido resolver la cuestión.

—Dícales que es natural —dijo Ross, ruborizándose. Munro habló brevemente con las mujeres. Luego se volvió hacia Ross, y le dijo:

—Les dije que era el color del pelo de su madre, pero no estoy seguro de que me creyeran.

Dio cigarrillos a Elliot para que los repartiera entre los hombres, que los recibieron con sonrisas complacidas.

Una vez concluidos los preliminares, fueron conducidos a una casa de construcción reciente en el extremo de la aldea, donde los pigmeos les informaron que se hallaba el hombre muerto. Allí encontraron a un hombre muy sucio, de unos treinta años, sentado junto a la puerta, con las piernas cruzadas y mirando hacia fuera. Después de un momento Elliot se dio cuenta de que el hombre estaba en estado catatónico: no se movía en absoluto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ross—. Es Bob Driscoll.

—¿Lo conoce? —preguntó Munro.

—Es un geólogo de la primera expedición al Congo. —Se inclinó a su lado y agitó la mano ante los ojos de Driscoll.

—Bobby, soy yo, Karen. Bobby, ¿qué te ha ocurrido?

Driscoll no respondió. Ni siquiera parpadeó. Siguió mirando hacia delante.

Uno de los pigmeos le explicó lo ocurrido a Munro, quien lo transmitió a los demás.

—Llegó a la aldea hace cuatro días —dijo Munro—. Estaba desenfrenado, y tuvieron que atarlo. Creyeron que tenía malaria, de modo que le hicieron una casa y le suministraron medicinas. Se tranquilizó. Ahora permite que le den de comer, pero no habla. Creen que tal vez fue capturado por los hombres del general Muguru y torturado, o de lo contrario es *agudu*, mudo.

Ross se hizo hacia atrás, horrorizada.

—En el estado en que se encuentra no se me ocurre qué podemos hacer por él —dijo Munro—. Físicamente está bien, pero... —Sacudió la cabeza.

—Daré la localización a Houston —dijo Ross—, y ellos enviarán ayuda desde Kinshasa.

Driscoll permanecía inmóvil. Elliot se inclinó para mirarlo a los ojos, y al acercarse, Driscoll arrugó la nariz. El cuerpo se le puso tenso. Dejó escapar un agudo gemido, como si estuviera a punto de aullar.

Consternado, Elliot retrocedió, y Driscoll se relajó, volviendo a su silencio.

—¿Por qué diablos ha hecho eso? —preguntó Elliot.

Uno de los pigmeos susurró algo al oído de Munro.

—Dice —repitió Munro— que usted huele a gorila.

Ragora

Dos horas más tarde, volvieron a reunirse con Kahega y sus hombres, conducidos por un guía pigmeo a través de la selva al sur de Gabutu. Todos estaban hoscos e incommunicativos, y padecían disentería.

Los pigmeos habían insistido en que se quedaran a comer, y Munro pensó que no tenían otra alternativa que aceptar la invitación. La comida consistía principalmente en patatas silvestres llamadas *kitsombe*, con aspecto de espárrago arrugado; cebollas de la selva, llamadas *otsa*; y *modoke*, hojas de mandioca silvestre, además de varias clases de setas. También había pequeñas cantidades de carne de tortuga, agria y dura, y algunos gusanos, orugas, langostas, ranas y caracoles.

En realidad, la dieta contenía el doble de proteínas que la carne de vaca, pero no caía bien a estómagos desacostumbrados a ella. Por otra parte, la noticia que se discutía alrededor de la fogata no era apropiada para levantar el espíritu.

Según los pigmeos, los hombres del general Muguru habían establecido un campamento de provisiones en el acantilado Makran, adonde se dirigía Munro. Parecía prudente evitar las tropas. Munro explicó que no había palabra en swahili para expresar caballeridad o espíritu deportivo, y lo mismo podía decirse del dialecto congoleño, el lingala.

—En esta parte del mundo, se trata de matar o morir. Es mejor que no nos acerquemos.

La única otra ruta posible los llevaba hacia el oeste, en dirección al río Ragora. Munro frunció el entrecejo mientras examinaba el mapa, y Ross adoptó una expresión compungida frente a su pantalla.

—¿Qué tiene de malo el río Ragora? —preguntó Elliot.

—Tal vez nada —contestó Munro—. Depende de si ha llovido mucho recientemente.

—Llevamos doce horas de atraso —dijo Ross consultando su reloj—. Lo único que podemos hacer es proseguir viaje por el río cuando anochezca.

—Yo haría eso, de todos modos —dijo Munro.

Ross nunca había oído que el guía de una expedición llevara a su grupo por la selva al caer la noche.

—¿Usted haría eso? ¿Por qué?

—Porque los obstáculos del río inferior serán menores a esa hora —respondió Munro.

—¿Qué obstáculos?

—Ya los verá cuando lleguemos a ellos —dijo Munro.

Cuando faltaba algo más de un kilómetro para llegar al Ragora, oyeron el rugido lejano del agua. Amy se puso ansiosa inmediatamente, y comenzó a hacer gestos expresando «¿Qué agua?», una y otra vez. Elliot trató de tranquilizarla, pero no se sentía inclinado a hacerlo. Amy tendría que aceptar el río, a pesar de sus temores.

Pero cuando llegaron al Ragora advirtieron que el ruido provenía de unas cataratas corriente

arriba. Frente a donde estaban, el río tenía quince metros de ancho y un color barroso.

—No tiene mal aspecto —dijo Elliot.

—Así es —dijo Munro, pero conocía el Congo. El cuarto río más largo del mundo (después del Nilo, el Amazonas y el Yangtsé) era único en muchos sentidos. Se retorció como una serpiente a través del rostro de África, cruzando dos veces el ecuador, la primera en dirección norte, hacia Kisangani, y la segunda en dirección sur, en Mbandaka. Este hecho era tan notable que apenas cien años atrás los geógrafos no podían creer que fuera cierto. Debido a que el Congo fluye tanto al norte como al sur del ecuador, siempre hay una estación lluviosa en alguna parte de su curso; el río no está sujeto a las fluctuaciones estacionales que caracterizan a otras corrientes de agua, como el Nilo. El Congo vierte cuarenta y dos mil centímetros cúbicos de agua por segundo en el Atlántico, caudal que es mayor que el de cualquier otro río, excepto el Amazonas.

Pero este curso tortuoso hace también que el Congo sea el menos navegable de todos los grandes ríos. El primer inconveniente serio para su navegabilidad son los rápidos del lago Stanley, a unos quinientos kilómetros del Atlántico. Tres mil kilómetros tierra adentro, en Kisangani, donde el río aún tiene un kilómetro y medio de ancho, la catarata Wagenis bloquea toda navegación. Y mientras uno se desplaza río arriba a lo largo del abanico de afluentes, los inconvenientes aumentan, pues arriba de Kisangani los tributarios descienden rápidamente de sus fuentes hacia la jungla baja, las altas sabanas australes y las montañas nevadas de Ruwenzori, de casi cinco mil metros de altura, al este.

Los afluentes forman una serie de gargantas, la más impresionante de las cuales es la llamada Puertas del Infierno, en Kongalo. Aquí el plácido río Luabala se estrecha para atravesar una garganta de ochocientos metros de profundidad y cien de ancho.

El Ragora es un afluente menor del Luabala, al que se une cerca del Kisangani. Las tribus a lo largo de este río se refieren a él llamándolo *baratawani*, «camino engañoso», pues el Ragora es notoriamente cambiante. Su principal característica es la garganta del Ragora, de piedra caliza, con setenta metros de profundidad y, en ciertos lugares, sólo tres de ancho. El Ragora puede ser un agradable espectáculo o una pesadilla de hirviente agua blanca, según la lluvia que haya caído recientemente.

En Abutu, estaban todavía a diez kilómetros, corriente arriba, de la garganta, y el aspecto del río nada decía de las condiciones de aquella. Munro sabía todo esto, pero no consideró necesario explicárselo a Elliot, ya que por el momento éste estaba totalmente ocupado con Amy.

Amy observó con creciente nerviosismo mientras los hombres de Kahega inflaban las dos lanchas Zodiac. Tiró de la manga de Elliot.

«¿Qué globos?», exigió saber.

—Son lanchas, Amy —dijo Elliot, aunque sintió que ella ya se había percatado, y usaba un eufemismo. «Lancha» era una palabra que había aprendido con dificultad, pues le disgustaba el agua y no tenía interés en nada diseñado para navegar.

«¿Por qué lancha?», preguntó.

—Subiremos en lancha ahora —le explicó Elliot.

Los hombres de Kahega estaban empujando las embarcaciones hasta la orilla del río; luego cargaron el equipo, que sujetaron a los montantes de goma de las regalas.

«¿Quién sube?», preguntó Amy.

—Todos nosotros —respondió Elliot.

Amy observó un rato más. Lamentablemente, todos estaban nerviosos. Munro daba órdenes a gritos, los hombres trabajaban apresuradamente. Como a menudo había demostrado, Amy era sensible al estado de ánimo de quienes la rodeaban. Elliot siempre se acordaba de cómo Amy había insistido en que algo le pasaba a Sarah Johnson hasta que por fin, después de varios días, Sarah dijo por fin que se había separado de su marido. Ahora Elliot estaba seguro de que Amy percibía sus aprensiones.

«¿Cruzar agua en lancha?», preguntó.

—No, Amy —dijo Elliot—. Cruzar, no. Subiremos a la lancha.

«No», indicó Amy, poniendo la espalda tensa y enervando los hombros.

—Amy —dijo él—, no podemos dejarte aquí.

Ella tenía una solución para eso:

«Otra gente ir. Peter quedar con Amy».

—Lo siento, Amy —dijo él—. Tengo que ir. Tú tienes que ir.

«No», expresó ella. «Amy no ir».

—Sí, Amy. —Se dirigió a su mochila, sacó una jeringuilla y un frasco de Thoralen.

Con el cuerpo tenso y muy enfadada, Amy se golpeó debajo de la barbilla con el puño cerrado.

—Cuida tus palabras, Amy —le advirtió él.

Ross se acercó con salvavidas anaranjados: uno para él, el otro para Amy.

—¿Ocurre algo?

—Está diciendo malas palabras —dijo Elliot—. Será mejor que nos deje solos.

Ross echó un vistazo a Amy, advirtió que su cuerpo estaba rígido, y partió de inmediato.

Amy invocó con señas el nombre de Peter, luego volvió a pegarse debajo de la barbilla. En los informes eruditos esto se traducía como «malas palabras», aunque por lo general los gorilas lo utilizaban cuando querían ir al baño. Los investigadores de primates no se hacían ninguna ilusión con respecto a lo que querían decir los animales. Amy estaba expresando «Peter mierda».

Casi todos los gorilas que conocían el lenguaje de signos usaban malas palabras. Algunas veces elegían un término al azar, como «nuez», «pájaro» o «lavar». Pero por lo menos ocho primates en distintos laboratorios independientemente utilizaron el puño cerrado para significar desagrado extremo. La única razón por la que no se había escrito nada referido a esta notable coincidencia era porque ningún investigador quería tratar de explicarla. Parecía probar que, al igual que las personas, los gorilas encontraban que las excreciones corporales eran términos adecuados para expresar denigración y enfado.

«Peter mierda», volvió a decir Amy.

—Amy... —dijo Elliot, y puso una dosis doble de Thoralen en la jeringuilla.

«Peter mierda lancha mierda gente mierda».

—Amy, ya basta. —Elliot puso el cuerpo tenso y encorvado, imitando la postura de un gorila enfadado. A menudo eso hacía que ella se retractara, pero esta vez no surtió efecto.

«*Peter no querer Amy*». Se puso hosca, le dio la espalda, y dejó de hacer señas.

—No seas ridícula —dijo Elliot, acercándose a ella con la jeringuilla preparada—. Peter quiere mucho a Amy.

Ella se alejó. No dejaba que él se acercase. Finalmente, Elliot se vio obligado a cargar la pistola CO₂ y arrojarle un dardo al pecho. En todos los años que llevaban juntos sólo había hecho esto dos o tres veces. Ella se sacó el dardo con expresión de tristeza.

«*Peter no querer Amy*».

—Lo siento —dijo Peter Elliot, y corrió a agarrarla pues ya había puesto los ojos en blanco. Se desplomó en sus brazos.

Amy estaba de espaldas en la segunda lancha, a los pies de Elliot, respirando despacio. Delante, en la otra lancha, Elliot vio a Munro, de pie, guiando a las Zodiac, que avanzaban silenciosamente corriente abajo.

Munro había dividido la expedición en dos lanchas con seis tripulantes cada una. Munro iba en la primera; Elliot, Ross y Amy, en la segunda, bajo las órdenes de Kahega. Según dijo Munro, la segunda lancha «podría sacar provecho de nuestras desventuras».

Durante las dos primeras horas en el Ragora, no hubo desventuras. Resultaba una experiencia extraordinariamente dulce ir sentado en la parte delantera de la embarcación, observando la jungla a ambos lados del río, que parecía deslizarse en medio de un silencio eterno e hipnótico. Era idílico, y hacía mucho calor. Ross metió la mano en el agua barrosa, hasta que Kahega le dijo que dejara de hacerlo.

—Donde hay agua, siempre hay *mambo* —dijo.

Kahega señaló las orillas lodosas, donde había cocodrilos tomando el sol, indiferentes a la proximidad de aquellos seres humanos. Ocasionalmente, alguno de los reptiles se movía, pero en general parecían adormecidos, y no prestaban atención a las lanchas.

Elliot se sentía secretamente decepcionado. Cuando niño había visto muchas películas de la jungla en las que los cocodrilos se deslizaban amenazadoramente en el agua apenas veían un bote.

—¿No van a molestarnos? —preguntó.

—Demasiado calor —dijo Kahega—. *Mambo* adormilados, excepto cuando está fresco; entonces comen por la mañana y por la noche. Ahora, no. Durante el día, los Kikuyus decimos que los *mambo* se han alistado en el ejército: uno-dos-tres-cuatro. —Rio.

Se necesitaron varias explicaciones hasta que comprendieron que los miembros de la tribu de Kahega habían notado que durante el día los cocodrilos hacían ejercicios gimnásticos, levantando sus pesados cuerpos del suelo sobre las patas rechonchas con un movimiento que hacía recordar la gimnasia propia del ejército.

—¿Por qué Munro está tan preocupado? —preguntó Elliot a Kahega—. ¿Por los cocodrilos?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—*Después* de la garganta —contestó Kahega.

Ahora el Ragora trazaba una curva, y oyeron el rugido creciente del agua. Elliot sintió que la

lancha cobraba velocidad y que en el agua se formaban olas.

—¡Sosténganse fuerte, doctores! —gritó Kahega.

Ya estaban en la garganta.

Después, Elliot sólo recordaba impresiones fragmentadas y caleidoscópicas: el agua barrosa, agitada y blanca bajo los rayos del sol; las vueltas caprichosas de su lancha, y la forma en que la de Munro parecía remolinear y ponerse de punta, aunque milagrosamente seguía sin hundirse.

Avanzaban tan rápidamente que era difícil centrar la vista en el fugaz borrón de las paredes peñascosas del cañón, de roca desnuda a excepción de la rala y verde maleza que aquí y allá se adhería a ella, o el agua turbia, escandalosamente fría, que los golpeaba violentamente en el aire cálido y húmedo, empapándolos una y otra vez, o el oleaje altísimo que bullía alrededor de las piedras negras y protuberantes, como cabezas calvas de ahogados.

Todo sucedía demasiado deprisa.

Adelante, la lancha de Munro a menudo se perdía durante algunos minutos, oculta tras olas gigantescas de agua turbia que saltaba y rugía haciendo eco contra las paredes de piedra.

En las profundidades de la garganta, donde el sol de la tarde no llegaba a la estrecha franja de agua oscura, las lanchas avanzaban en medio de un infierno torrencioso y bullente, tambaleándose contra los muros de piedra, arremolinándose, mientras los hombres de Kahega gritaban y maldecían y se protegían de las paredes rocosas con los remos.

Amy yacía de espaldas, atada a un costado de la embarcación, y Elliot tenía miedo de que pudiera ahogarse por las olas de agua turbia que se estrellaban contra la borda. A Ross tampoco le iba muy bien; no dejaba de repetir «Oh, Dios mío, oh, Dios, mío», una y otra vez, en voz baja y monótona, mientras el agua se estrellaba contra ellos en oleadas sucesivas, calándolos hasta los huesos.

La naturaleza los azotó con otras indignidades. Incluso en el corazón demoledor de la garganta, nubes negras de mosquitos suspendidas en el aire los picaron una y otra vez. Parecía imposible que hubiera mosquitos en medio del rugiente caos de la garganta del Ragora, pero allí estaban. Las lanchas se movían furiosamente entre las enhiestas olas, y en la creciente oscuridad los viajeros ahicaban el agua y mataban mosquitos con la misma intensidad.

Y luego, de repente, el río se ensanchó, el agua turbia se serenó, y las paredes de la garganta se separaron. El río recobró su tranquilidad. Elliot se desplomó exhausto, recibiendo el sol declinante en la cara y sintiendo cómo el agua se movía bajo la goma inflada de la lancha.

—Lo logramos —dijo.

—Por ahora —dijo Kahega—. Pero los Kikuyus decimos que nadie sale vivo de la vida. ¡No es momento de relajarse, doctores!

—Estoy tentada de creerle —dijo Ross.

Durante una hora se dejaron arrastrar río abajo por la corriente, mientras las paredes rocosas se iban apartando cada vez más, hasta que por fin volvieron a estar rodeados por la selva ecuatorial africana.

Parecía que la garganta del Ragora no hubiera existido nunca. El río se veía ancho y perezoso bajo el sol poniente.

Elliot se sacó la camisa mojada y se puso un jersey, pues el aire del atardecer era fresco. Amy roncaba a sus pies, cubierta por una toalla para que no sintiera frío. Ross se ocupaba de su equipo transmisor, para asegurarse de que no había sufrido desperfectos. Cuando terminó, ya el sol se había puesto y empezaba a oscurecer rápidamente. Kahega lanzó una bengala.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Elliot.

—*Kiboko* —dijo Kahega—. No sé cómo se dice la palabra en inglés. *¡Mzee! ¿Nini maana kiboko?* —gritó.

Desde su lancha, Munro respondió, volviéndose:

—Hipopótamos.

—Hipopótamos —repitió Kahega.

—¿Son peligrosos? —preguntó Elliot.

—De noche, esperamos que no —respondió Kahega—. Pero yo creo que sí.

El siglo XX ha sido un período de estudio intenso de la vida salvaje, que modificó conceptos mantenidos durante muchos años acerca de los animales. Ahora se sabe que los simpáticos ciervos, de ojos mansos, viven en una sociedad despiadada y desagradable, mientras que el supuestamente maligno lobo se consagra a su familia y prole de manera ejemplar. Y el león africano —orgulloso rey de los animales— ha sido relegado a la condición de bestia furtiva que se alimenta de carroña, en tanto que la aborrecida hiena ha asumido nueva dignidad. Durante décadas los observadores habían visto, al amanecer, leones comiendo un animal muerto, mientras las hienas basureras rondaban al acecho de su oportunidad. Sólo después de que los científicos empezaran a seguir a los animales durante la noche se formó una nueva interpretación: las hienas eran las que hacían la matanza, mientras que los leones, oportunistas y holgazanes, eran los que las desplazaban: de allí la tradicional escena del alba. Esto coincidió con el descubrimiento de que los leones son caprichosos y viles en muchos sentidos, mientras que las hienas tienen una estructura social finamente desarrollada. Éste es un ejemplo más del antiguo prejuicio de los hombres hacia el mundo natural de los animales.

El hipopótamo sigue siendo un animal poco comprendido. El «caballo de río» de Herodoto es el animal africano más grande después del elefante, pero su hábito de permanecer en el agua asomando apenas los ojos y la nariz ha hecho de él un animal de difícil estudio. Los hipopótamos están organizados alrededor de un macho. Un macho maduro tiene un harén de varias hembras y su prole, formando un grupo de ocho a catorce especímenes en total.

A pesar de su aspecto un tanto gracioso, los hipopótamos son capaces de una violencia inusual. El hipopótamo macho es una criatura formidable, de cuatro metros y medio de largo y un peso de casi cinco mil kilos. Al atacar se mueve a una velocidad extraordinaria para su tamaño; los costados de sus cuatro colmillos, gruesos y romos, son afilados como navajas. Al atacar, el hipopótamo no muerde sino que literalmente «acuchilla» a su víctima moviendo su cavernosa boca hacia uno y otro lado. A diferencia de otros animales, una pelea entre machos termina con la muerte de uno de ellos

como resultado de las heridas recibidas. No hay nada simbólico en una pelea de hipopótamos.

También es un animal peligroso para el hombre. En los ríos, donde se los encuentra en manadas, la mitad de las muertes de los nativos se atribuye a los hipopótamos; el resto a los elefantes y felinos depredadores. El hipopótamo es vegetariano; de noche los animales van a tierra, donde comen enormes cantidades de hierba. Un hipopótamo fuera del agua es especialmente peligroso: si alguien se encuentra con uno en tierra y no tiene tiempo de refugiarse en lo alto de un árbol, lo más probable es que acabe muerto.

El hipopótamo es esencial para la ecología de los ríos africanos. Su materia fecal, producida en cantidades prodigiosas, fertiliza la vegetación acuática, que a su vez permite que vivan los peces y otras criaturas. Sin el hipopótamo, los ríos de África serían estériles; allí donde estos animales han sido ahuyentados, los ríos han muerto.

Pero ésta no es toda la información que se tiene acerca del hipopótamo; se sabe también que es ferozmente territorial. Sin excepción, el macho defiende su río contra cualquier clase de intrusos, sean éstos otros hipopótamos, cocodrilos o lanchas. Y las personas que van en las lanchas.

DÍA 7

MUKENKO

19 de junio de 1979

Kiboko

Munro tenía un doble propósito al decidir que siguiesen viaje por la noche. Primero, esperaba ganar un tiempo precioso, pues las proyecciones de la computadora suponían que descansarían todas las noches. Pero avanzar por el río no representaba ningún esfuerzo; la mayoría podía dormir y para el amanecer habrían recorrido ochenta u ochenta y cinco kilómetros.

Pero lo más importante era que Munro esperaba eludir los hipopótamos del Ragora, que podían destruir fácilmente sus endebles lanchas neumáticas. Durante el día, los hipopótamos se encontraban en charcos junto a la orilla del río, y seguramente los machos atacarían cualquier embarcación que pasara. Por la noche, cuando los animales merodeaban en tierra, la expedición podía deslizarse río abajo sin mayores dificultades y evitar por completo una confrontación.

Era un plan inteligente, pero se complicó por una razón inesperada: su progreso en el Ragora resultó demasiado rápido. Eran sólo las nueve de la noche cuando llegaron a las primeras áreas de hipopótamos, demasiado temprano para que los animales estuvieran comiendo. Los hipopótamos atacarían las lanchas, y lo harían en plena oscuridad.

El río formaba una serie de curvas. En cada recodo las aguas eran mansas, y Kahega indicó que ésa era precisamente la clase de agua que gustaba a los hipopótamos. Y señaló la hierba de las orillas, tan corta como si la hubieran igualado con una cortadora de césped.

—Pronto, ahora —dijo Kahega.

Oyeron unos gruñidos bajos. Sonaban como un viejo que trata de aclararse la garganta. Munro se puso tenso. Dejaron atrás otra curva, llevados dulcemente por la corriente. Las dos lanchas estaban separadas por unos diez metros. Munro tenía el fusil preparado.

Volvió a oírse el mismo ruido, pero esta vez a coro.

Kahega metió el remo en el agua. Tocó fondo enseguida. Lo sacó; sólo un metro estaba mojado.

—No es honda —dijo, meneando la cabeza.

—¿Eso es malo? —preguntó Ross.

—Sí, creo que es malo.

Llegaron a la otra curva y Elliot vio una media docena de piedras negras parcialmente sumergidas cerca de la costa, brillando en la oscuridad. De pronto una de las «piedras» emergió del agua poco profunda y Elliot vio entonces el cuerpo de una criatura enorme e incluso alcanzó a observar sus patas rechonchas. El hipopótamo avanzó hacia la lancha de Munro.

Munro disparó una bengala de magnesio mientras el animal cargaba. Bajo la luz blanca, Elliot vio una boca gigantesca y cuatro dientes enormes, brillantes y romos. De pronto el hipopótamo fue rodeado por una nube de gas amarillo pálido. El gas flotó; a todos empezaron a escocerles los ojos.

—Está usando gas lacrimógeno —dijo Ross.

La lancha de Munro siguió adelante. Con un rugido de dolor el hipopótamo se sumergió en el agua y desapareció. En la segunda lancha, todos lagrimeaban, pero seguían prestando atención a la curva que se aproximaba para ver si el hipopótamo aparecía de nuevo. Arriba, la luz de magnesio chisporroteaba y alargaba las sombras que flotaban en el río.

—Quizás haya abandonado —dijo Elliot. El hipopótamo no se veía por ninguna parte. Siguieron avanzando en silencio.

Y de repente la proa de la lancha se elevó, el hipopótamo rugió y Ross lanzó un alarido. Kahega se tambaleó. La lancha golpeó el agua con enorme estrépito, levantando un torrente a ambos lados. Elliot se puso de pie con dificultad para ver cómo estaba Amy y vio la caverna de una enorme boca rosada de la que emanaba un aliento caliente. La boca se cerró sobre un costado de la embarcación produciendo un corte por el que empezó a salir el aire con un silbido.

La boca volvió a abrirse y el hipopótamo gruñó, pero Kahega ya estaba de pie y disparó una hedionda nube de gas. El animal retrocedió y cayó hacia atrás, sacudiendo la lancha e impulsándola hacia delante, río abajo. Todo el lado derecho de la Zodiac se estaba desintegrando rápidamente a medida que el aire se escapaba por las enormes brechas abiertas en la goma. Elliot intentó taparlas con las manos, pero el siseo continuaba igual. Se hundirían en un minuto.

Detrás de ellos, el gran hipopótamo se acercaba velozmente dejando una estela en las aguas someras mientras bramaba furioso.

—¡Quietos, quietos! —gritó Kahega, y volvió a disparar. El hipopótamo desapareció tras una nube de gas, y la lancha llegó a otra curva. Cuando el gas se disipó el animal ya no estaba. La luz de magnesio chisporroteó sobre el agua; luego, volvieron a sumirse en la oscuridad. Elliot agarró a Amy cuando la lancha ya se hundía, y cayeron al agua.

Lograron arrastrar la Zodiac hasta la orilla. Munro se acercó en la otra embarcación, inspeccionó los daños, y anunció que inflaría otra lancha y continuarían el viaje. Ordenó descanso, y todos permanecieron en la orilla del río, ahuyentando los mosquitos.

El descanso se vio interrumpido por el aullido de proyectiles disparados desde tierra y que al estallar iluminaban el cielo sobre sus cabezas. Con cada estallido, la orilla del río se encendía de rojo brillante, proyectando largas sombras, y luego volvía a su negra oscuridad.

—Los hombres de Muguru disparan desde tierra —dijo Munro, buscando sus prismáticos.

—¿Contra qué? —preguntó Elliot, oteando el cielo.

—No tengo ni idea —respondió Munro.

Amy tocó el brazo de Munro y expresó: «*Pájaro llegar*». Sin embargo, no oyeron ningún ruido de aviones. Nada, excepto los misiles que estallaban en el cielo.

—¿Cree que ella oiría algo? —preguntó Munro a Elliot.

—Tiene un oído muy agudo.

Entonces oyeron el zumbido de un avión que se acercaba desde el sur. De pronto, lo vieron; daba vueltas para eludir las brillantes explosiones rojoamarillentas que estallaban a la luz de la luna y se reflejaba en el cuerpo metálico del fuselaje.

—Esos pobres hijos de puta tratan de ganar tiempo —dijo observando el avión con los

prismáticos—. Es un C-130, con insignia de Japón en la cola. Un avión de aprovisionamiento para el campamento base del consorcio, si es que logra llegar.

Mientras observaban, el avión iba zigzagueando en medio de las explosiones.

—La tripulación debe de estar aterrorizada —dijo Munro—. Seguro que no se esperaban esto.

Elliot sintió pena por aquellos hombres. Los imaginó mirando por las ventanillas mientras los misiles estallaban iluminando el interior del avión. ¿Hablarían en japonés? ¿Estarían deseando no haber hecho ese viaje?

Un momento después, el avión se dirigió hacia el norte, desapareciendo de la vista, perseguido por un misil que formó una estela roja; demasiado tarde, pues ya estaba más allá de los árboles de la jungla.

—Tal vez haya logrado pasar —dijo Munro, poniéndose de pie—. Es mejor que sigamos viaje.

—Ordenó a Kahega, en swahili, que volvieran al río.

Mukenko

Elliot estaba temblando de frío. Se subió la cremallera de la cazadora y se dispuso a esperar que cesara de granizar. Estaban agazapados debajo de un grupo de árboles a dos mil quinientos metros de altura en las laderas del monte Mukenko. Eran las diez de la mañana, y la temperatura era de tres grados. Cinco horas antes habían dejado atrás el río iniciando el ascenso en medio de una jungla hirviente a una temperatura de cuarenta grados.

A su lado, Amy observaba las piedras blancas, del tamaño de una pelota de golf, que rebotaban sobre la hierba y castigaban las ramas de los árboles sobre sus cabezas. Nunca había visto granizo.

«¿*Qué nombre?*», preguntó por señas.

—Granizo.

«*Peter hacer parar*».

—Ojalá pudiera, Amy.

Ella contempló las piedras un momento más, luego indicó:

«*Amy querer irse a casa*».

Había empezado a hablar de volver a casa desde la noche anterior. Aunque los efectos del Thoralen ya habían pasado, seguía deprimida y callada. Para alegrarla, Elliot le había ofrecido comida. Ella dio a entender que quería leche. Cuando Elliot le dijo que no tenían (algo que Amy sabía perfectamente bien), ella expresó que quería un plátano. Kahega había traído de la jungla plátanos pequeños y algo ácidos. Amy los había comido sin objeciones, pero ahora los arrojó al agua desdeñosamente, expresando que quería «plátanos de verdad».

Cuando Elliot le dijo que no tenían plátanos de verdad, ella insistió:

«*Amy querer irse a casa*».

—No podemos ir a casa ahora, Amy.

«*Amy buen gorila Peter llevar Amy a casa*».

Ella lo conocía como al que controlaba todo, el árbitro definitivo de su vida diaria en el ambiente experimental del Proyecto Amy. A Elliot no se le ocurría cómo explicarle que él ya no controlaba nada, y que tampoco la castigaba al retenerla allí.

En realidad, todos estaban desalentados. Cada uno de los integrantes de la expedición había esperado con ansia el momento de escapar del calor opresivo de la jungla, y ahora que estaban escalando el Mukenko, su entusiasmo iba desapareciendo rápidamente.

—Por Dios —suspiró Ross—. De los hipopótamos al granizo.

Como si hubiera oído, el granizo cesó.

—Muy bien —dijo Munro—. Sigamos.

El monte Mukenko no fue escalado hasta 1933. En 1908, un grupo alemán bajo la dirección de Von

Ranke se encontró con tormentas y se vio obligado a descender. Un equipo belga llegó a los tres mil metros en 1913 pero no pudo encontrar una ruta hasta la cima. Otro equipo alemán se vio obligado a abandonar en 1919, cuando dos de sus integrantes murieron como resultado de sendas caídas. Lograron llegar a los tres mil quinientos metros. Sin embargo, el Mukenko estaba considerado bastante fácil de escalar; la mayoría de los alpinistas no lo consideraban un ascenso técnico, y lo realizaban en apenas un día. Después de 1943 se encontró una nueva ruta por el sureste, frustrante por lo lenta, pero carente de peligros, y ésa era la ruta que por lo general se seguía.

Más allá de los dos mil setecientos metros, el bosque de pinos desapareció y cruzaron extensiones de hierba rala envueltas en una bruma helada; el aire era más ligero, y con frecuencia debían detenerse a descansar. Munro no tenía paciencia con las quejas de las personas a su cargo.

—¿Qué esperaban? —decía—. Es una montaña. Las montañas son altas.

Se mostraba especialmente despiadado con Ross, que al parecer era quien se fatigaba con mayor facilidad.

—¿Y su línea de tiempo? —le preguntaba—. Ni siquiera hemos llegado a la parte difícil. No es interesante hasta superar los tres mil metros. Si descansamos ahora no llegaremos a la cima antes de la caída del sol, y eso quiere decir que perderemos un día entero.

—No me importa —dijo Ross finalmente, cayéndose al suelo y respirando con dificultad.

—Típico de una mujer —dijo desdeñosamente Munro, y sonrió cuando Ross lo fulminó con la mirada. Munro los humillaba, los regañaba, los alentaba y de alguna manera, lograba que siguieran adelante.

Después de los tres mil metros la hierba desapareció y el suelo sólo estaba cubierto de musgo. Encontraron las solitarias y peculiares lobelias, de hojas gordas, que emergían de repente de la fría bruma gris. No había vegetación entre los tres mil metros y la cima, y era por eso que Munro los acuciaba. No quería correr el riesgo de que los sorprendiera una tormenta en las estériles laderas superiores.

El sol apareció a los tres mil trescientos metros, y se detuvieron para situar en posición el segundo de los láseres direccionables para el sistema de STRT. Ross ya había situado el primero esa misma mañana, varios kilómetros al sur, y hacerlo le había llevado treinta minutos.

El segundo láser era más crítico, pues había que combinarlo con el primero. A pesar de la obstrucción electrónica, el equipo transmisor debía ser conectado con Houston para que el pequeño láser —del tamaño de la goma de un lápiz, montado en un diminuto trípode de acero— pudiera ser apuntado con exactitud. Los dos láseres sobre el volcán fueron dirigidos de manera tal que sus rayos se cruzaran a muchos kilómetros de distancia, sobre la jungla. Y si los cálculos de Ross eran correctos, el punto de intersección estaba directamente encima de la ciudad de Zinj.

Elliot preguntó si involuntariamente no estarían ayudando al consorcio, pero Ross dijo que no.

—Sólo de noche —dijo ella— cuando no se mueven. Durante el día no podrán utilizar nuestras coordenadas. Ésa es la maravilla de nuestro sistema.

Pronto percibieron emanaciones sulfúricas volcánicas que bajaban de la cima, ahora a unos cuatrocientos cincuenta metros arriba de ellos. No había ningún tipo de vegetación; nada, excepto

roca desnuda y zonas cubiertas de nieve teñida de amarillo por el azufre. El cielo era de un límpido azul oscuro, y podrían apreciar una vista espectacular de la cadena sur del Virunga: el gran cono de Nyiragongo, elevándose abruptamente del verde oscuro de las selvas congoleñas, y, más allá, el Mukenko, envuelto en la bruma.

Los últimos trescientos metros fueron los más difíciles, especialmente para Amy, que debía avanzar descalza sobre las afiladas piedras pómez formadas por la lava sedimentaria. Llegaron a la cima a las cinco de la tarde, y desde allí contemplaron el lago de lava de diez kilómetros de ancho y el humeante cráter del volcán. Elliot se sintió decepcionado por el paisaje de rocas desnudas y grises nubes de vapor.

—Aguarde a que llegue la noche —le dijo Munro.

Esa noche, la lava brillaba formando una red intensamente roja a través de la oscura corteza quebrada, y un siseante vapor rojizo iba perdiendo gradualmente el color a medida que se elevaba en el cielo. En el borde del cráter, sus tiendas de campaña reflejaban el brillo de la lava. Al oeste había nubes aisladas que se veían plateadas por la luz de la luna, y, debajo de ellos, la jungla del Congo, extendiéndose por kilómetros y kilómetros. Podían ver los rayos láser, de color verde, intersectándose sobre la negra selva. Con un poco de suerte, llegarían a esa intersección al día siguiente.

Ross conectó su equipo transmisor para hacer el informe nocturno a Houston. Después de la demora regular de seis minutos, la señal los conectó directamente sin que ninguna técnica evasiva dificultara la operación.

—¡Diablos! —estalló Ross.

—¿Qué significa? —preguntó Elliot.

—Significa —dijo Munro con tristeza— que el consorcio ha dejado de obstruirnos.

—¿Y eso acaso no es bueno?

—No —respondió Ross—, es malo. Deben de haber llegado, y con seguridad habrán encontrado los diamantes. Sacudió la cabeza y conectó la pantalla de vídeo:

HOUSTON CONFIRMA CONSORCIO EN TERRENO ZINJ / PROBABLEMENTE 1000 / NO CORRAN MÁS RIESGOS / SITUACIÓN IRREMEDIABLE

—No puedo creerlo —dijo Ross—. Todo ha terminado por fin.

—Me duelen los pies —suspiró Elliot.

—Estoy cansado —confesó Munro.

—Al diablo con todo —dijo Ross.

Totalmente exhaustos, se fueron a dormir.

DÍA 8

KANYAMAGUFA

20 de Junio 1979

Descenso

La mañana del 20 de junio todos durmieron hasta tarde. Desayunaron despacio, tomándose el tiempo necesario para una comida caliente. Descansaron bajo el sol y jugaron con Amy, que se mostró encantada con esta atención inesperada que le prestaban. Eran pasadas las diez cuando iniciaron el descenso del Mukenko hacia la jungla.

Debido a que las laderas occidentales del Mukenko son abruptas e infranqueables, descendieron por el humeante cráter volcánico hasta una profundidad de ochocientos metros. Munro iba delante, llevando la carga de Asari, el porteador más robusto, sobre la cabeza, ya que éste tuvo que alzar a Amy porque las rocas estaban demasiado calientes para sus patas.

Amy estaba aterrorizada, y consideraba locas a las personas que avanzaban en hilera por el empinado cono interior. Elliot no estaba seguro de que la gorila no tuviese razón: el calor era intenso y a medida que se acercaban al lago de lava las acres emanaciones hacían arder los ojos y los orificios de la nariz. Oían cómo la lava reventaba y crepitaba bajo la negruzca y pesada corteza.

Luego llegaron a una formación llamada Naragama: el Ojo del Diablo. Era un arco natural de cuarenta y cinco metros de altura, y tan liso en su interior que parecía pulido. Una fresca brisa soplaba a través de este arco, y pudieron ver la jungla allá abajo. Hicieron una pausa para descansar, y Ross examinó la lisa superficie interior. Era parte de un túnel de lava formado en alguna erupción anterior; el cuerpo principal del túnel había desaparecido, dejando sólo aquella delgada estructura.

—Lo llaman el Ojo del Diablo —dijo Munro—, porque cuando se produce una erupción desde abajo brilla como un ojo rojo.

Desde el Ojo del Diablo descendieron rápidamente a través de un terreno dentado formado por un reciente río de lava. Aquí encontraron negros cráteres de tierra chamuscada; algunos tenían casi dos metros de profundidad. Lo primero que se le ocurrió a Munro fue que el ejército de Zaire habría utilizado ese terreno para práctica con morteros, pero al examinarlo más de cerca, descubrieron, dibujado en la roca, un diseño de quemaduras que se extendía como tentáculos hacia fuera de los cráteres. Munro nunca había visto nada parecido. Ross levantó la antena de inmediato, insertó la computadora y se comunicó con Houston. Parecía muy excitada.

El grupo descansó mientras ella leía los datos en la pequeña pantalla.

—¿Qué les está preguntando? —quiso saber Munro.

—La fecha de la última erupción del Mukenko, y el tiempo local. Fue en marzo... ¿Conoce a alguien llamado Seamans?

—Sí —dijo Elliot—. Tom Seamans es el programador de computación para el Proyecto Amy. ¿Por qué?

—Hay un mensaje para usted —dijo ella, indicando la pantalla.

Elliot leyó: SEAMANS MENSAJE PARA ELLIOT.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó Elliot.

—Pulse la tecla de transmisión —dijo ella.

Él hizo lo que le dijo y apareció el mensaje: REVISÉ CINTA ORIGINAL HOUSTON M.

—No entiendo —dijo Elliot.

Ross le explicó que la «M» significaba que había otro mensaje, y que debía pulsar la tecla de transmisión otra vez. Elliot repitió la operación varias veces hasta conseguir el mensaje, que completo era el siguiente:

REVISÉ CINTA ORIGINAL HOUSTON / NUEVO DESCUBRIMIENTO DE SEÑAL AUDITIVA ANÁLISIS COMPLETO
CREO ES LENGUAJE

Elliot descubrió que podía entender el lenguaje comprimido al leerlo en voz alta:

—Dice: «Revisé cinta original de Houston; con nuevo descubrimiento con respecto a la información de señal auditiva el análisis está completo; creo que es un lenguaje». —Frunció el entrecejo—. ¿Un lenguaje?

—¿No le pidió que revisara el material de la cinta original de Houston proveniente del Congo? —preguntó Ross.

—Sí, pero era para identificación visual del animal en la pantalla. Nunca le dije nada acerca de la información auditiva. —Elliot sacudió la cabeza—. Ojalá pudiera hablar con él.

—Puede —dijo Ross—. Si es que no le importa despertarlo. —A continuación pulsó la tecla de enlace, y quince minutos después Elliot escribió: «Hola, Tom, ¿cómo estás?».

La pantalla imprimió: HOLA TOM CÓMO ESTÁS.

—Por lo general no desperdiciamos tiempo de satélite con este tipo de cosas —dijo Ross.

La pantalla imprimió: DORMIDO / DÓNDE ESTÁS.

VIRUNGA, escribió Elliot.

—Travis va a ponerse furioso cuando vea esta transmisión —dijo Ross—. ¿No se da cuenta de los costos?

Ross no debía preocuparse. Pronto la conversación pasó al plano técnico.

RECIBÍ MENSAJE INFORMACIÓN AUDITIVA / FAVOR EXPLICAR
DESCUBRIMIENTO ACCIDENTAL MUY EXCITANTE / ANÁLISIS FUNCIÓN DISCRIMINANTE SEGURIDAD
INFORMACIÓN AUDITIVA (SONIDOS RESPIRACIÓN) DEMUESTRA IDIOMA CARACTERÍSTICO
CARACTERÍSTICAS ESPECÍFICAS
ELEMENTOS REPETITIVOS / ESTRUCTURAS ARBITRARIAS / RELACIONES ESTRUCTURALES /
PROBABLEMENTE IDIOMA HABLADO

¿PUEDES TRADUCIR?

TODAVÍA NO

¿POR QUÉ?

COMPUTADORA TIENE INFORMACIÓN INSUFICIENTE EN MENSAJE AUDITIVO 5 NECESITO MÁS DATOS / SIGO
TRABAJANDO / QUIZÁ MAÑANA / CON SUERTE

¿PIENSAS ES IDIOMA GORILA?

SÍ SI ES GORILA

—Qué cosa más rara —dijo Elliot. La transmisión por satélite había terminado, pero el mensaje final de Seamans seguía en la pantalla, de un verde brillante. «Sí, si es que es un gorila», quería decir.

Los hombres velludos

Dos horas después de recibir esta inesperada noticia, la expedición tuvo su primer contacto con gorilas.

Se hallaban otra vez en medio de la oscuridad de la selva ecuatorial. Avanzaban directamente hacia el punto prefijado, siguiendo los rayos láser. No podían verlos directamente, pero Ross había traído una guía de trayectoria óptica, una fotocélula de cadmio con filtro que registraba la emisión de largo de onda específico del láser. Periódicamente durante el día, inflaba un pequeño globo de helio, anexaba la guía de trayectoria con un cable, y lo soltaba. Elevada por el gas, la guía subía al cielo, entre los árboles. Allí rotaba, avistaba una de las líneas láser y transmitía coordenadas por el cable a la computadora. Ellos seguían la trayectoria de intensidad decreciente de un solo rayo, y esperaban la indicación, un valor de intensidad duplicada que señalaría la intersección de los dos haces sobre sus cabezas.

Era un trabajo lento y ya se les estaba terminando la paciencia cuando, hacia el mediodía, toparon con las heces características, de tres lóbulos, del gorila, y vieron varios nidos hechos de hojas de eucaliptos en el suelo y en los árboles.

Quince minutos después, el aire se estremeció por un rugido ensordecedor.

—Gorila —anunció Munro—. Ése fue un macho retando a alguien.

—«*Gorila decir marcharse*» —dijo Amy por señas.

—Debemos continuar, Amy —replicó.

«*Gorila no querer personas humanas entrar*».

—Las personas humanas no harán daño a los gorilas —le aseguró Elliot. Amy lo miró sin expresión y sacudió la cabeza, como si Elliot no comprendiera.

Días después se dieron cuenta de que en realidad él no había comprendido. Amy no le estaba diciendo que los gorilas temían que la gente les hiciera daño, sino exactamente lo contrario: eran ellos los que temían hacer daño a la gente.

Habían avanzado hasta la mitad de un pequeño claro en la jungla cuando un macho grande, de lomo plateado, surgió de entre el follaje, bramando.

Elliot iba guiando al grupo porque Munro estaba ayudando nuevamente a uno de los portadores con su carga. Vio seis animales en el borde del claro, sombras oscuras contra el verde, que observaban a los intrusos humanos. Varias de las hembras ladearon la cabeza y apretaron los labios en señal de desaprobación. El macho jefe volvió a rugir.

Era grande. Tenía una cabeza enorme, medía dos metros de estatura y su pecho redondo indicaba que pesaba más de doscientos kilos. Al verlo, Elliot comprendió por qué los primeros exploradores del Congo habían creído que los gorilas eran «hombres velludos», pues esta magnífica criatura tenía

el aspecto de un hombre gigantesco, tanto en tamaño como en forma.

Detrás de Elliot, Ross susurró:

—¿Qué haremos?

—Permanezca donde está —dijo Elliot—, y no se mueva.

El macho de lomo plateado se puso en cuatro patas por un momento, y empezó a hacer un sonido suave, jo-jo-jo, que fue cobrando intensidad cuando volvió a tomar la postura erecta, mientras arrancaba manojos de hierba con las manos. Arrojó la hierba al aire y luego se golpeó el pecho con las palmas, haciendo un sonido sordo y hueco.

—Oh, no —dijo Ross.

Los golpes en el pecho duraron cinco segundos. Luego el gorila volvió a ponerse en cuatro patas. Corrió de costado golpeando contra el follaje y haciendo todo el ruido posible, para atemorizar a los intrusos. Finalmente volvió a hacer jo-jo-jo.

El gorila miró fijamente a Elliot, esperando que esta exhibición lo hiciera huir. Al advertir que nada de eso ocurría, se irguió, se golpeó el pecho y se puso a rugir con más furia.

Y luego cargó, lanzando un terrible alarido, directamente contra Elliot. Éste oyó jadear a Ross. Quería dar media vuelta y escapar. Todos sus instintos le ordenaban huir, pero se obligó a permanecer absolutamente inmóvil, y bajar la vista, clavando los ojos en el suelo.

Mientras miraba hacia abajo y oía que el gorila cruzaba por la alta hierba en dirección a él, tuvo la sensación repentina de que todos los conocimientos abstractos aprendidos en los libros estaban equivocados, que todo lo que pensaban los científicos de todo el mundo acerca de los gorilas estaba equivocado. Tuvo la imagen mental de una cabeza enorme y un pecho inmenso, brazos largos que se mecían y el animal poderoso avanzando hacia una presa fácil, un blanco estático, lo suficientemente estúpido para creer todos los errores académicos santificados por la letra impresa...

Se hizo un silencio.

El gorila (que debía de estar muy cerca) resopló por la nariz, y Elliot pudo ver su pesada sombra sobre la hierba, cerca de sus pies. Sin embargo, no levantó la vista hasta que la sombra hubo desaparecido.

Cuando Elliot levantó la cabeza, vio que el gorila macho retrocedía hacia el borde del claro. Allí se volvió y se rascó la cabeza, como intrigado, como preguntándose por qué su terrorífica actuación no había ahuyentado a los intrusos. Pegó sobre la tierra por última vez, y luego él y su grupo se confundieron con la maleza. Todo era silencio en el claro hasta que Ross se desplomó en los brazos de Elliot.

—Bueno —dijo Munro al acercarse—. Debo admitir que sabe un par de cosas acerca de los gorilas. —Lo palmeó en el brazo.

—Está bien. No hacen nada hasta que uno huye. Entonces le muerden el culo. Ésa es la marca local de la cobardía en esta parte del mundo, porque significa que uno salió por pies.

Ross sollozaba, y Elliot descubrió que le temblaban las rodillas. Se sentó. Todo había sucedido tan rápidamente que pasó un rato antes de que se diese cuenta de que esos gorilas se habían comportado exactamente como decían los textos, lo que significaba también que no habían hecho ninguna verbalización ni siquiera remotamente parecida a un lenguaje.

El consorcio

Una hora más tarde encontraron los restos del C-130. El avión más grande del mundo aparecía en su escala correcta en medio de la jungla. La gigantesca nariz se había estrellado contra los árboles igualmente gigantescos, la enorme cola estaba retorcida en dirección a la tierra, y las inmensas alas, curvadas, proyectaban su sombra sobre el suelo de la jungla.

A través del vidrio hecho añicos del parabrisas de la cabina, vieron el cuerpo del piloto, cubierto de moscas negras. Las moscas zumbaron y golpearon contra los vidrios cuando ellos se asomaron. Yendo a popa, trataron de mirar por las ventanillas del fuselaje, pero aun en el abollado tren de aterrizaje el cuerpo del avión estaba demasiado alto.

Kahega logró trepar a un árbol tronchado, y desde allí subió a un ala y miró hacia el interior.

—No hay gente —dijo.

—¿Provisiones?

—Sí, muchas provisiones. Cajas y recipientes.

Munro dejó a los otros, pasó por debajo de la cola aplastada y se puso a examinar el extremo más alejado del avión. El ala de babor, oculta de su vista, estaba ennegrecida y despedazada, y faltaban los motores. Eso explicaba por qué se había estrellado: el último de los misiles del ejército de Zaire había dado en el blanco, destrozando la mayor parte del ala. Sin embargo, a Munro los restos le resultaban extrañamente misteriosos. Algo no encajaba. Observó detenidamente todo el fuselaje, desde la nariz, luego la línea de ventanillas, el tocón del ala, las portezuelas de emergencia, de la parte posterior...

—Qué cosa... —dijo Munro en voz baja.

Fue rápidamente a reunirse con los demás, que estaban sentados sobre una de las ruedas bajo la sombra del ala de estribor. La rueda era tan enorme que Ross estaba sentada sobre ella y balanceaba las piernas sin tocar el suelo.

—Bueno —dijo Ross, sin poder ocultar su satisfacción—. No recibieron las malditas provisiones.

—No —dijo Munro—. Y vimos este avión anteanoche, lo que quiere decir que hace treinta y seis horas que está aquí.

Munro esperó la reacción de Ross.

—¿Treinta y seis horas?

—Eso es. Treinta y seis horas.

—Y no regresaron a buscar las provisiones...

—Ni siquiera lo intentaron —dijo Munro—. Mire las puertas principales, de proa y de popa. Nadie ha intentado abrirlas. ¿Por qué no volvieron?

En un sector de la densa jungla, el suelo crujía y crepitaba. Hicieron a un lado las frondas de palmeras y vieron una alfombra de huesos blancos destrozados.

—*Kanyamagufa* —dijo Munro. El lugar de los huesos. Echó un vistazo rápido a los portadores para ver cuál era su reacción; pero no demostraban sino sorpresa. Eran Kikuyus, del África Oriental, y no tenían las supersticiones de las tribus que bordean la selva ecuatorial.

Amy levantó las patas de los afilados fragmentos blanqueados.

«*Suelo doler*», dijo por señas.

—¿Qué lugar es éste? —le preguntó Elliot.

«*Nosotros venir lugar malo*».

—¿Qué lugar malo?

Amy no tenía respuesta.

—¡Pero si son huesos! —dijo Ross, mirando detenidamente el suelo.

—Eso es —dijo rápidamente Munro—, pero no son huesos humanos. ¿No es así, Elliot?

Elliot también miraba el suelo. Vio restos blanqueados de los esqueletos de varias especies, aunque a simple vista no pudo identificar ninguna.

—¿Son humanos o no, Elliot?

—No lo parecen —respondió Elliot, mirando fijamente el suelo. Lo primero que notó fue que la mayor parte de los huesos provenía de animales pequeños: pájaros, monos y roedores. Otros trozos eran en realidad fragmentos de animales más grandes, aunque era difícil precisar su tamaño. Quizá monos grandes, pero no había monos grandes en la selva ecuatorial.

¿Chimpancés? No había chimpancés en esa parte del Congo. Tal vez fuesen gorilas. Vio un fragmento de un cráneo con marcados bordes supraorbitales; lo recogió y le dio vueltas entre las manos.

Era un fragmento de cráneo de gorila, sin duda. Sintió el espesor del hueso en los senos frontales, y vio el comienzo de la característica cresta sagital.

—¿Elliot? —dijo Munro con voz tensa—. ¿Son humanos?

—Decididamente, no —respondió Elliot. *¿Qué podría destrozar el cráneo de un gorila?* Debe de haber sucedido después de muerto, pensó. Un gorila había muerto y después de muchos años el esqueleto blanqueado había sido triturado de alguna forma. Ciertamente no podía haber sucedido mientras vivía.

—No son humanos —dijo Munro—. Un montón de huesos, pero ninguno humano. —Pasó junto a Elliot, y lo miró como diciéndole: «*Mantenga la boca cerrada*»—. Kahega y sus hombres saben que usted es experto en estas cosas —dijo Munro, mirándolo fijamente.

¿Qué habría visto Munro? Por cierto había estado cerca de la muerte bastantes veces como para reconocer un esqueleto humano al verlo. La mirada de Elliot se posó sobre un hueso curvo que estaba blanco de tan viejo. Lo levantó. Era un fragmento del arco cigomático de un cráneo humano. Un pómulo.

Hizo girar el hueso en la mano. Volvió a mirar el suelo de la jungla, y las enredaderas que se extendían como tentáculos encima de la blanca alfombra ósea. Vio muchos huesos frágiles, algunos

tan delgados que eran traslúcidos, y que, suponía él, provenían de animales pequeños.

Ya no estaba tan seguro.

Recordó una pregunta de la Universidad. ¿Cuáles son los siete huesos que componen la órbita del ojo humano? Malar, hueso nasal, el orbital inferior, esfenoides —ya iban cuatro—, el etmoides, cinco... algo debe venir desde abajo, de la boca, el palatino, seis, falta uno, pero no recordaba el nombre. Malar, nasal, orbital inferior, esfenoides, etmoides, palatino... huesos delicados, huesos traslúcidos, huesos pequeños.

Huesos humanos.

—Por lo menos, no son huesos humanos —dijo Ross.

—No —convino Elliot. Miró a Amy.

«*Gente morir aquí*».

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ross.

—Que el aire de este lugar no hace bien a la gente.

—Es hora de que reanudemos la marcha.

Munro lo llevó aparte.

—Lo hizo muy bien —le dijo—. Hay que tener cuidado, por los Kikuyus. No hay que atemorizarlos. ¿Qué dijo su mono?

—Dijo que allí había muerto gente.

—Sabe más que los demás —dijo Munro, asintiendo tristemente—. Aunque sospechan.

Detrás de ellos, el grupo avanzaba en fila india, sin hablar.

—¿Qué diablos habrá pasado? —preguntó Elliot.

—Muchos huesos —dijo Munro—. Leopardo, colobo, rata de la selva, tal vez algún gálago, huesos humanos...

—Y de gorila —dijo Elliot.

—Sí —dijo Munro—. También lo vi. Gorila. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué puede matar a un gorila, profesor?

Elliot no supo qué contestar.

Del campamento del consorcio no quedaba prácticamente nada. Las tiendas estaban hechas pedazos, los negros cadáveres cubiertos de densas nubes de moscas. En el aire húmedo, el hedor era opresivo, y el zumbido de las moscas un furioso ruido monótono. Todos, excepto Munro, permanecieron en el borde del campamento.

—No hay alternativa —dijo—. Debemos averiguar qué les sucedió a éstos. —Entró en el campamento, pasando por encima de la cerca aplastada.

Al entrar, Munro accionó las defensas perimétricas, que emitieron una señal aguda de alta frecuencia. Del otro lado de la cerca, los demás se taparon los oídos, y Amy resopló, disgustada.

«*Ruido malo*».

Munro se volvió para mirarlos.

—A mí no me afecta —dijo—. Es el castigo que tienen ustedes, por no entrar.

Munro se acercó a un cadáver, y le dio vuelta con el pie. Luego se inclinó, espantando la nube de moscas, y examinó la cabeza detenidamente.

Ross se volvió para mirar a Elliot, que parecía estar en estado de shock. Reaccionaba como el científico típico, inmovilizado por el desastre. A su lado, Amy se cubría los oídos, sobresaltada. Pero Ross no estaba inmovilizada. Inspiró y entró en el perímetro.

—Tengo que saber qué defensas instalaron.

—Bien —dijo Elliot. Se sentía indiferente, aturdido, como si estuviera a punto de desmayarse. La visión y el olor de todo aquello lo mareaban. Vio avanzar a Ross cuidadosamente por el campamento; la vio alzar una caja negra, con un extraño cono acústico. Siguió el trayecto de un cable hasta el centro del campamento. Poco después la señal de alta frecuencia cesó; ella la había desconectado.

«*Mejor ahora*», dijo Amy por señas.

Con una mano, Ross rebuscaba entre el equipo electrónico mientras con la otra se tapaba la nariz, por el hedor.

—Veré si tienen armas, doctor —dijo Kahega.

Él también entró en el campamento. Vacilantes, los demás porteadores lo siguieron.

Solo, Elliot se volvió hacia Amy. Ella inspeccionaba impávidamente la destrucción, aunque lo tomó de la mano.

—Amy, ¿qué sucedió en este lugar? —preguntó Elliot.

«*Venir cosas*».

—¿Qué cosas?

«*Cosas malas*».

—¿Qué cosas malas?

«*Cosas malas venir cosas venir malas*».

—¿Qué cosas?

«*Cosas malas*».

Obviamente, Elliot no conseguiría nada con esa clase de preguntas. Le dijo que se quedara fuera del campamento, y entró, desplazándose entre los cadáveres y las moscas zumbadoras.

—¿Alguien encontró al jefe? —preguntó Ross.

Del otro lado del campamento, Munro dijo:

—Menard.

—¿De Kinshasa?

Munro asintió.

—¿Quién es Menard? —preguntó Elliot.

—Conocía el Congo —dijo Ross mientras caminaba entre los restos—. Pero no era bastante bueno.

Un momento después, se detuvo.

Elliot se acercó a ella. Ross estaba mirando un cadáver que yacía boca abajo, en el suelo.

—No le dé vuelta —dijo ella—. Es Richter.

Elliot no entendía cómo podía estar tan segura. El cuerpo estaba cubierto de moscas negras. Se

agachó.

—¡No lo toque!

—Está bien —dijo Elliot.

—Kahega —gritó Munro, levantando un recipiente de plástico verde—. Hagámoslo de una vez.

Kahega y sus hombres se movieron rápidamente, echando queroseno sobre las tiendas y los cadáveres. Elliot alcanzó a percibir el fuerte olor.

Ross, en cuclillas junto a una tienda de provisiones destrozada, gritó:

—¡Denme un minuto!

—Tómese todo el tiempo que quiera —dijo Munro. Se volvió hacia Elliot, que miraba a Amy, fuera del campamento.

«*Gente mala. Gente no creer cosas malas venir*», decía con señas Amy para sí misma.

—Parece muy tranquila —dijo Munro.

—Pues en realidad no lo está —dijo Elliot—. Creo que sabe lo que ocurrió aquí.

—Espero que nos lo diga —dijo Munro—. Porque todos los hombres murieron de la misma forma. Les aplastaron el cráneo.

Las llamas del campamento se elevaban en el aire y el humo negro formaba volutas a medida que la expedición avanzaba en medio de la jungla. Ross estaba callada, ensimismada.

—¿Qué encontró? —preguntó Elliot.

—Nada bueno —dijo ella—. Tenían un sistema periférico perfectamente adecuado, muy similar a nuestro PDA, perímetro de defensa animal. Los conos que encontré son unidades de percepción auditiva; cuando reciben una señal emiten un sonido de frecuencia ultra alta que resulta muy doloroso al oído. No da resultado con los reptiles, pero es muy eficaz con los mamíferos. Harían huir a un lobo o a un leopardo.

—Pues aquí no dio resultado —dijo Elliot.

—No —dijo Ross—. Y no molestó demasiado a Amy.

—¿Qué efectos produce en el oído humano? —preguntó Elliot.

—Usted mismo lo ha visto. Sólo es irritante. —Miró a Elliot—. Pero no hay muchos seres humanos en esta parte del Congo. Excepto nosotros.

—¿No podemos hacer una defensa perimétrica más eficaz? —preguntó Munro.

—Por supuesto que podemos. Haré el perímetro de la próxima generación, que detendrá cualquier cosa, excepto elefantes y rinocerontes —dijo Ross, pero no parecía demasiado convencida.

Más tarde encontraron los restos del primer campamento de STRT en el Congo. Casi pasaron de largo, pues durante los ocho días transcurridos las enredaderas de la jungla habían empezado a cubrirlos, borrando los rastros. No quedaba mucho: unos cuantos jirones de nylon anaranjado, una olla de aluminio abollada, el trípode aplastado y la cámara de vídeo rota, cuyos tableros verdes de circuito estaban desparramados por todas partes. No hallaron cadáveres, y como pronto anochecería, prosiguieron viaje.

Amy estaba claramente agitada.

«*No ir*».

Peter Elliot no le prestó atención.

«*Lugar malo lugar viejo no ir*».

—Vamos, Amy —dijo.

Quince minutos después hicieron un alto. Al levantar la mirada, vieron el cono oscuro del Mukenko elevándose por encima de la selva, y los débiles rayos verdes cruzados del láser, brillantes en el aire húmedo.

Inmediatamente debajo de los rayos estaban los bloques de piedra, cubiertos de musgo, medio ocultos por el follaje de la jungla, de la Ciudad Perdida de Zinj.

Elliot se volvió a mirar a Amy.

Amy no estaba.

4

Días

No podía creerlo.

Al principio pensó que lo estaba castigando, que se escondía para que él se arrepintiera de haberle arrojado el dardo antes de cruzar el río. Explicó a Munro y a Ross que era capaz de hacer esa clase de cosas, y se pasaron la siguiente media hora buscándola en la jungla. Llamaron pero no hubo respuesta, sólo el eterno silencio de la selva ecuatorial. La media hora se convirtió en una hora, luego casi en dos.

Elliot estaba aterrorizado.

Ya que entre el follaje no aparecía, había que considerar otra posibilidad.

—Tal vez haya huido con el grupo de gorilas que vimos —sugirió Munro.

—Imposible —replicó Elliot.

—Tiene siete años, está cerca de la madurez —dijo Munro, encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, es una gorila.

—Imposible —insistió Elliot.

Pero sabía lo que estaba diciendo Munro. Inevitablemente, las personas que criaban monos descubrían en algún momento que ya no podían retenerlos. Con la madurez, los animales se hacían demasiado grandes, demasiado poderosos, verdaderos ejemplares de su propia especie, y era muy difícil controlarlos. Ya no era posible ponerles pañales y pretender que eran bonitas criaturas casi humanas. Sus genes codificaban diferencias inevitables que en última instancia no se podían ignorar.

—Las manadas de gorilas no son cerradas —le recordó Munro—. Aceptan a los extraños, particularmente cuando son hembras.

—Ella no haría una cosa así —insistió Elliot—. Jamás.

Desde la infancia, Amy se había criado entre personas. Estaba más familiarizada con el mundo occidental de carreteras y restaurantes con servicio para automovilistas que con la jungla. Si Elliot pasaba con el coche frente al restaurante favorito de Amy, ella no dejaba de darle un golpecito en el hombro para hacerle ver su error. ¿Qué sabía de la jungla? Para ella, era algo tan extraño como para Elliot. Y no sólo eso...

—Será mejor que acampemos aquí —dijo Ross, consultando la hora—. Ya volverá, si quiere. Después de todo, fue ella quien nos dejó a nosotros.

Habían traído una botella de champán Dom Pérignon, pero nadie estaba de humor para festejos. Elliot sentía remordimientos por la desaparición de Amy; los otros estaban horrorizados por lo que habían visto en el campamento del consorcio. Como la noche caía rápidamente, había mucho que hacer para instalar el sistema de STRT de defensa contra intrusos conocido como DIAS (Defensa contra Intrusos en Ambientes Salvajes).

La exótica tecnología de DIAS reconocía el hecho de que a lo largo de la historia las defensas perimétricas habían sido tradicionales en las exploraciones del Congo. Hacía más de un siglo, Stanley observó que «ningún campamento podrá considerarse completo a menos que esté rodeado por arbustos o árboles». En los años transcurridos no existían razones para alterar la naturaleza especial de esta enseñanza. Pero la tecnología defensiva había cambiado, y el sistema DIAS incorporaba las últimas innovaciones.

Kahega y sus hombres inflaron las tiendas plateadas y las dispusieron una junto a otra. Ross dirigió la instalación sobre trípodes de las luces nocturnas infrarrojas, que se ubicaron iluminando hacia fuera cubriendo todo el perímetro del campamento.

Después, se instaló la cerca perimétrica. Era una red metálica extremadamente liviana. Instalada sobre estacas, circundaba completamente el campamento, y una vez conectada al transformador transportaba una corriente eléctrica de diez mil voltios. Para reducir el gasto de las baterías, se pulsó una corriente de cuatro ciclos por segundo, con lo que empezó a oírse un zumbido palpitante e intermitente.

La noche del 21 de junio la comida consistió en arroz con salsa de camarones, rehidratada. Los camarones no se rehidrataron bien, y parecían trozos de cartón, pero nadie se quejó de este fracaso de la tecnología del siglo XX, y comieron contemplando la oscuridad de la jungla, que cada vez se volvía más pronunciada.

Munro apostó a los centinelas. Harían guardias de cuatro horas. Munro anunció que él, Kahega y Elliot se ocuparían del primer turno.

Con gafas de visión nocturna, los centinelas parecían misteriosas langostas oteando la jungla. Las gafas intensificaban la luz ambiente y la extendían sobre las imágenes, rodeándolas de un verde fantasmagórico. Elliot las encontraba pesadas, y le costaba adaptarse a la visión electrónica. Se las quitó después de varios minutos, y se sorprendió al ver que la jungla se veía totalmente negra. Volvió a ponérselas de inmediato.

La noche transcurrió sin incidentes.

DÍA 9

ZINJ

21 de junio de 1979

Cola de tigre

La mañana del 21 de junio la entrada en la Ciudad Perdida de Zinj se llevó a cabo sin el misterio ni el romance de los informes de viajes similares del siglo XIX. Estos exploradores del siglo XX sudaban y gruñían bajo una pesada capa de equipo técnico —visores de alcance óptico, compases de enlace de datos, direccionales con transmisores adosados y radiofaros de microonda—, considerado esencial para la evaluación moderna de ruinas arqueológicas.

Sólo estaban interesados en diamantes. Schliemann sólo estaba interesado en el oro cuando excavó Troya, y le dedicó tres años. Ross esperaba encontrar los diamantes en tres días.

Según la simulación de computación de STRT, la mejor manera de hacerlo era trazando un plano de la ciudad. Con un plano en la mano, sería relativamente simple deducir la ubicación de las minas a partir de la disposición de las estructuras urbanas.

Esperaban tener un plano utilizable de la ciudad en seis horas. Usando radiofaros, sólo tenían que situarse en cada uno de los cuatro rincones de un edificio y pulsar la señal electrónica en cada uno. En el campamento, dos receptores bien separados entre sí registraban las señales de modo que la computadora podía marcarlas en dos dimensiones. Pero las ruinas eran extensas: cubrían más de tres kilómetros cuadrados. Una inspección radial los separaría en medio del denso follaje, y, considerando lo que había sucedido a la expedición anterior, esto no parecía aconsejable.

La alternativa que tenían era lo que STRT llamaba «inspección no sistemática», o «el enfoque cola de tigre». (Una broma corriente en STRT era que la mejor manera de hallar un tigre era seguir caminando hasta pisarle la cola). Recorrieron los edificios en ruinas, eludiendo las serpientes y las gigantescas arañas que se ocultaban en oscuros rincones. Las arañas tenían el tamaño de la mano de un hombre, y Ross notó con sorpresa que hacían un fuerte chasquido.

Advirtieron que la albañilería era excelente, si bien en algunos puntos la piedra caliza estaba hendida y desintegrada. En todas las puertas y ventanas se veía la curva en forma de medialuna, que al parecer era un motivo de diseño cultural.

Pero aparte de esta forma curva, no encontraron casi nada especial en las estancias que atravesaron. En general, éstas eran rectangulares y aproximadamente todas del mismo tamaño; las paredes eran lisas, carentes de cualquier ornamento. Después de tantos siglos no encontraron artefactos, aunque Elliot halló un par de paletas de piedra, con forma de disco, que, según supusieron, habrían sido usadas para moler especias o granos.

Esta ausencia de características destacables se tornó más perturbadora a medida que avanzaban. También suponía un inconveniente, ya que no había forma de distinguir un lugar de otro como referencia; empezaron a asignar nombres arbitrarios a distintos edificios. Cuando Karen Ross encontró una serie de concavidades similares a casillas en la pared de una estancia, anunció que debía de tratarse de una oficina de correos, y desde ese momento se refirieron a ella como «el correo».

En otra construcción encontraron una hilera de cuartos pequeños con aspecto de celdas; Munro pensó que se trataba de una cárcel, pero las celdas eran extremadamente pequeñas. Ross dijo que quizá la gente era pequeña, o quizá las celdas tenían ese tamaño para que el castigo fuera peor. Elliot pensó que quizá se trataba de jaulas para un zoo. Pero en ese caso, ¿por qué eran todas del mismo tamaño? Munro repitió que, en su opinión, se trataba de una cárcel, y así fue como lo designaron.

Junto a la cárcel encontraron un patio al que llamaron «el gimnasio». Aparentemente era un campo de deportes o de entrenamiento. Había cuatro altas estacas de piedra con un anillo de piedra en la parte superior; evidentemente había sido utilizado para practicar alguna clase de juego. En un rincón del campo había una barra horizontal, a un metro y medio del suelo. Esto hizo que Elliot supusiera que se trataba de un patio de juegos para niños. Ross volvió a decir que para ella las personas eran pequeñas. Munro se preguntó si no sería un área de adiestramiento para soldados.

Mientras continuaban la búsqueda, todos eran conscientes de que sus reacciones no hacían más que reflejar su preocupación. La ciudad era tan neutral, tan carente de información, que se convirtió en una especie de Rorschach para ellos. Lo que necesitaban eran datos objetivos acerca de la gente que había construido la ciudad, y de su vida.

Estaba allí, pero tardaron en darse cuenta. Muchas de las estancias tenían una de las paredes cubierta de un moho verdoso extremadamente oscuro; Munro notó que este moho no crecía en relación con la luz de determinada ventana, las corrientes de aire, o cualquier otro factor que pudieran identificar. En algunos cuartos, el moho crecía espeso desde el techo hasta la mitad de la pared, y allí se detenía en una línea horizontal, como cortado por un cuchillo.

—Muy extraño —dijo Munro, examinando el moho y frotándolo con el dedo. Cuando lo sacó, vio rastros de pintura azul.

Fue así como descubrieron los trabajados bajorrelieves que aparecieron por toda la ciudad. Sin embargo, el moho acumulado sobre la superficie irregularmente tallada y las grietas en la piedra caliza hacían imposible la interpretación de las imágenes.

Durante el almuerzo, Munro mencionó que era una lástima que no hubiera entre ellos un grupo de historiadores de arte para que restauraran las imágenes de los bajorrelieves.

—Con sus luces y máquinas, podrían descubrir enseguida de qué se trata —dijo.

Eso dio una idea a Ross.

Las técnicas más recientes de examen de obras de arte, desarrolladas por Degusto y otros, empleaban luces infrarrojas e intensificación de imágenes, y la expedición del Congo tenía el equipo necesario para emplear ese método. Valía la pena intentarlo. Después de almorzar volvieron a las ruinas, llevando la cámara de vídeo, una de las luces nocturnas infrarrojas y la diminuta pantalla de la computadora.

Después de una hora de diversos intentos, idearon un sistema. Iluminaron las paredes con luz infrarroja, grabaron la imagen con la cámara de vídeo, luego la enviaron por satélite a Houston y finalmente la recuperaron en la unidad portátil; de ese modo pudieron reconstruir los diseños de las paredes.

Cuando tuvo los bajorrelieves de esta manera, Elliot recordó las gafas de visión nocturna. Si uno

miraba directamente la pared, no veía nada excepto musgo oscuro, líquenes y piedra agrietada. Pero si miraba en la pantalla de la computadora, veía las escenas tal como habían sido pintadas originalmente, vibrantes y llenas de vida. Era, recordó luego, muy peculiar. Estaban en medio de la jungla, pero podían examinar el ambiente que los rodeaba, aunque sólo de una manera indirecta, con las máquinas. Usaban gafas para ver de noche, y vídeo para ver durante el día. Usaban máquinas para ver lo que de otra manera no habrían podido ver, y dependían totalmente de ellas.

También le pareció extraño que la información registrada por la cámara de vídeo tuviera que viajar más de treinta kilómetros antes de regresar a la pantalla que se hallaba a unos pocos metros de distancia. Era, dijo después, «la médula espinal más larga del mundo», y producía un extraño efecto. Aun a la velocidad de la luz, la transmisión requería una décima de segundo, y como había un breve tiempo de procesamiento en la computadora de Houston, las imágenes no aparecían en la pantalla de manera instantánea, sino que llegaban medio segundo más tarde. La demora era casi imperceptible. Las escenas que vieron les dieron una perspectiva de la ciudad y sus habitantes.

Los habitantes de Zinj eran negros relativamente altos, de cabeza redonda y cuerpo musculoso; en aspecto se asemejaban a las tribus que hablaban bantú y que primero llegaron al Congo procedentes de las sabanas de las tierras altas, al norte, hacía dos mil años. Las imágenes los representaban como vivaces y enérgicos; a pesar del clima, preferían las túnicas largas, coloridas, de diseños complicados. En suma, eran muy distintos a lo que las indiferenciadas estructuras de su civilización hacían suponer.

Los primeros frescos descodificados mostraban vendedores en cuclillas junto a hermosos cestos tejidos que contenían objetos redondos; de pie a su lado, los compradores regateaban. Al principio todos pensaron que los objetos redondos eran frutos, pero Ross opinó que se trataba de piedras.

—Son diamantes sin cortar, en una matriz circundante —dijo, mirando la pantalla—. Están vendiendo diamantes.

Los frescos los llevaron a considerar lo que habría podido ocurrirles a los habitantes de la ciudad de Zinj, pues ésta, al parecer, no había sido destruida sino abandonada. No había señales de guerra o de invasores, ni evidencia de algún cataclismo o desastre natural.

Ross, expresando sus temores más profundos, sospechaba que las minas de diamantes se habían agotado, convirtiendo la ciudad en un pueblo fantasma, igual que tantos otros establecimientos mineros de la historia. Elliot opinaba que era posible que una plaga o enfermedad hubiera terminado con los habitantes. Munro dijo que, en su opinión, los gorilas habían sido los responsables.

—Ésta es una región volcánica —dijo—. Hay erupciones, terremotos, sequías, incendios en la sabana, y cuando los animales enloquecen, no se comportan de una manera ordinaria en absoluto.

—¿Animales rabiosos? —preguntó Elliot, sacudiendo la cabeza—. Aquí se producen erupciones volcánicas relativamente a menudo, y sabemos que esta ciudad ha existido durante mucho tiempo. No creo que lo que usted dice pueda ser posible.

—Quizá hubo una revolución, un golpe de Estado.

—¿Qué importancia puede tener para los gorilas una cosa así? —dijo Elliot, riendo.

—Sucedé —dijo Munro—. Como usted bien sabrá, en África los animales siempre se ponen raros cuando hay guerra. —Les contó historias de mandriles que habían atacado granjas en Sudáfrica y autobuses en Etiopía.

Elliot no se impresionó. Estas ideas de que la naturaleza es un espejo de los asuntos de los hombres eran muy viejas, por lo menos tan viejas como Esopo, e igualmente científicas.

—El mundo natural es indiferente al hombre —dijo.

—Oh, no hay duda —dijo Munro—, pero no queda mucho de natural en el mundo.

Elliot no estaba de acuerdo con Munro, aunque sabía que había una tesis académica muy conocida que sostenía lo mismo. En 1955, el antropólogo francés Maurice Cavalle publicó un trabajo muy controvertido titulado *La muerte de la naturaleza*. Decía en él:

«Hace un millón de años la tierra estaba caracterizada por un salvajismo generalizado que podríamos llamar “naturaleza”. En medio de esta naturaleza salvaje había pequeños enclaves habitados por el hombre. Cavernas con fuego artificial para calentar a los hombres, o más tarde poblaciones con viviendas y campos artificiales de cultivo, estos enclaves eran claramente no naturales. En los milenios subsiguientes, el área de naturaleza intacta que rodeaba los enclaves humanos artificiales fue declinando progresivamente, aunque durante siglos la tendencia permaneció invisible.

»Hasta hace trescientos años, en Francia o Inglaterra, las grandes ciudades del hombre estaban aisladas por hectáreas de tierra salvaje en la que vagaban las bestias sin domesticar, igual que hacía miles de años. Y sin embargo la expansión humana proseguía, inexorable.

»Hace cien años, en los últimos días de los grandes exploradores europeos, la naturaleza había disminuido tan radicalmente que era una novedad: es por esta razón que la exploración del continente africano cautivó la imaginación del hombre del siglo XIX. Entrar en un mundo verdaderamente natural era exótico, estaba más allá de la experiencia de la mayoría de los seres humanos, que vivían desde el momento de su nacimiento en circunstancias enteramente fabricadas por el hombre.

»En el siglo XX, el balance se ha desplazado de tal manera que podría decirse que la naturaleza prácticamente ha desaparecido. Las plantas silvestres son preservadas en invernaderos, los animales salvajes en parques zoológicos: ambientes artificiales creados por el hombre como recuerdo del mundo natural, antaño imperante. Pero un animal confinado en un zoo no lleva una vida natural, como tampoco el hombre lleva una vida natural en la ciudad.

»Hoy estamos rodeados por el hombre y sus creaciones. El hombre es ineludible en todas partes del globo, y la naturaleza es una fantasía, un sueño del pasado, que hace mucho ha desaparecido».

Karen Ross llamó a Elliot, que estaba comiendo.

—Es para usted —le dijo, indicando la computadora junto a la antena—. Ese amigo suyo, otra vez.

Munro sonrió.

—Ni siquiera en la jungla deja de sonar el teléfono.

Elliot se acercó y miró la pantalla:

ANÁLISIS LENGUAJE COMPUTADORA REQUIERE MÁS INFORMACIÓN / ¿PUEDES PROPORCIONAR?

¿QUÉ INFORMACIÓN?, preguntó Elliot.

MÁS INFORMACIÓN AUDITIVA / TRANSMITA GRABACIONES

Elliot escribió: SÍ SI SE PRODUCE

GRABA FRECUENCIA 22-50 000 CICLS-CRITICL.

Elliot contestó: ENTENDIDO

Hubo una pausa, luego apareció en la pantalla:

¿QUÉ TAL AMY?

Elliot vaciló: BIEN

PERSONAL ENVÍA CARIÑOS, fue la respuesta, y la transmisión se interrumpió momentáneamente.

RETENER TRANSMISIÓN.

Hubo una larga pausa.

NOTICIA INCREÍBLE —escribió Seamans—. HEMOS ENCONTRADO SWENSON

Noticias de Swenson

Por un momento, Elliot no reconoció el nombre. ¿Swenson? ¿Quién era Swenson? ¿Un error de transmisión? De pronto, se dio cuenta: ¡la señora Swenson! La mujer que había descubierto a Amy, la que la había llevado a Estados Unidos desde África, y la había donado al zoo de Minneapolis. La mujer que estaba en Borneo desde hacía varias semanas.

SI HUBIÉRAMOS SABIDO MADRE AMY NO MUERTA POR NATIVOS.

Elliot leyó detenidamente el mensaje. Siempre había creído que la madre de Amy había sido muerta por los nativos en una aldea llamada Bagimindi. La habían matado para comerla, y Amy había quedado huérfana...

¿QUÉ SIGNIFICA?

MADRE YA ESTABA MUERTA NO COMIDA.

¿Los nativos no habían matado a la madre de Amy? ¿Ya estaba muerta?

EXPLICAR

SWENSON TIENE FOTO / ¿PUEDO TRANSMITIR?

TRANSMITE, respondió rápidamente Elliot, nervioso.

Se produjo una pausa que pareció interminable, y luego la pantalla de vídeo recibió la transmisión, empezando de arriba hacia abajo. Mucho antes de que la foto llenara la pantalla, Elliot se dio cuenta de lo que era.

Una foto brutal del cadáver de un gorila con el cráneo aplastado. El animal yacía de lomo en un claro de tierra apisonada, presumiblemente en una aldea africana.

En ese momento, Elliot sintió que el misterio que lo preocupaba, que le había ocasionado tanta angustia todos esos meses, se solucionaba. Si hubieran podido comunicarse antes con ella...

La brillante imagen electrónica se oscureció.

Elliot se vio asaltado por un sinfín de preguntas. Había cráneos aplastados en la remota —y supuestamente deshabitada— región del Congo conocida como *kanyamagufa*, el lugar de los huesos. Pero Bagimindi era una aldea mercantil sobre el río Lubula, a más de mil quinientos kilómetros de allí. ¿Cómo habrían llegado a Bagimindi Amy y su madre?

—¿Algún problema? —preguntó Ross.

—No entiendo la secuencia. Necesito hacer algunas preguntas...

—Antes de hacerlo —dijo ella—, vuelva a ver la transmisión. Está grabada íntegramente. —
Apretó la tecla de repetición.

La conversación transmitida anteriormente fue repetida. Mientras Elliot leía las respuestas de Seamans, una le llamó la atención: MADRE YA ESTABA MUERTA NO COMIDA

¿Por qué no comieron a la madre? La carne de gorila era un alimento aceptable —preciado, en verdad— en esa parte de la cuenca del Congo.

Escribió una pregunta:

¿POR QUÉ MADRE NO COMIDA?

MADRE / CRÍA ENCONTRADAS POR LA PATRULLA EJÉRCITO NATIVO DE SUDÁN TRANSPORTÓ CADÁVER /

CRÍA 5 DÍAS A BAGIMINDI PARA VENDER A TURISTAS. SWENSON ALLÍ, fue la respuesta.

¡Cinco días! Rápidamente, Elliot escribió la pregunta importante:

¿DÓNDE ENCONTRADAS?

La respuesta vino enseguida: ÁREA DESCONOCIDA CONGO
ESPECIFICAR.

NO HAY DETALLES. Una breve pausa, luego: HAY MÁS FOTOS.

ENVIAR, pidió Elliot.

La pantalla quedó en blanco, y luego volvió a llenarse, de arriba hacia abajo. Mostró un primer plano del cráneo aplastado de la gorila muerta. Y al lado del cráneo aplastado, una criatura pequeña y negra, acostada, con las manos y patas apretadas y la boca abierta en un alarido.

Amy.

Ross repitió la transmisión varias veces, hasta que finalmente apareció la imagen de Amy, pequeña, negra, dando un alarido.

—No es extraño que haya sufrido pesadillas —dijo Ross—. Probablemente vio cómo mataban a su madre.

—Bueno —dijo Elliot—, al menos podemos estar seguros de que no fueron gorilas los que lo hicieron. No se matan entre sí.

—En este momento —dijo Ross— no podemos estar seguros absolutamente de nada.

La noche del 21 de junio fue tan tranquila que a las diez apagaron las luces infrarrojas nocturnas para ahorrar energía. Casi de inmediato percibieron un movimiento en el follaje que circundaba el campamento. Munro y Kahega apuntaron sus armas. El rumor aumentó, y oyeron un extraño ruido, como un suspiro o una especie de resuello.

Elliot también lo oyó, y se estremeció: era el mismo sonido grabado en las cintas de la primera expedición al Congo. Encendió el magnetófono y apuntó el micrófono en esa dirección. Todos estaban tensos, alertas, expectantes.

Pero durante la hora siguiente, nada sucedió. El follaje se movía alrededor de ellos, pero no vieron nada. Luego, poco antes de la medianoche, el perímetro electrificado estalló en chispas. Munro apuntó y disparó. Ross conectó las luces nocturnas y el campamento se vio bañado en un rojo profundo.

—¿Han visto algo? —preguntó Munro—. ¿Han visto lo que era?

Todos negaron con la cabeza. Nadie había visto nada. Elliot oyó la cinta. Sólo había registrado los disparos de las armas, y el sonido de las chispas. La respiración, no.

El resto de la noche pasó sin novedad.

DÍA 10

ZINJ

22 de junio de 1979

Regreso

La mañana del 22 de junio amaneció brumosa y gris. Peter Elliot se despertó a las seis y encontró que todos ya estaban levantados y activos. Munro recorría el perímetro del campamento con las ropas empapadas hasta el pecho debido a la humedad del follaje. Saludó a Elliot con tono de triunfo, y señaló el suelo.

Allí se veían huellas frescas. Eran profundas y cortas, de forma más bien triangular, y había un espacio amplio entre el dedo gordo y los cuatro restantes, tan amplio como el espacio entre el pulgar humano y los otros dedos.

—Decididamente no es humano —dijo Elliot, agachándose para mirar de cerca.

Munro no dijo nada.

—Una especie de primate.

Munro no dijo nada.

—No puede tratarse de un gorila —decidió Elliot por fin. Se incorporó. La comunicación por vídeo de la noche anterior había reforzado su creencia de que los gorilas no estaban involucrados. Los gorilas no mataban a otros gorilas de la manera en que lo habían hecho con la madre de Amy.

—No puede tratarse de un gorila —repitió.

—Es un gorila, sin duda. Fíjese en esto. —Munro indicó otra área de la tierra blanda. Había cuatro hendiduras en hilera—. Éstos son nudillos, lo que indica que caminan a cuatro patas.

—Pero los gorilas son animales tímidos que por la noche duermen y eluden todo contacto con los hombres.

—Dígasele al que dejó estas huellas.

—Son demasiado pequeñas para pertenecer a un gorila —afirmó Elliot. Examinó la cerca, donde había ocurrido el cortocircuito la noche anterior. En la tela metálica se veían pelos grises—. Y los gorilas no tienen el pelo gris.

—Los machos sí —dijo Munro—. Los de lomo plateado.

—Sí, pero el plateado del lomo es más blanco que este tono. Esto es claramente gris. —Vaciló—. A lo mejor es un *kakundakari*.

Munro lo miró con desprecio.

El *kakundakari* era un primate que supuestamente habitaba en el Congo, aunque su existencia era muy controvertida. Como el yeti de Himalaya y el bigfoot de América del Norte, había sido visto pero nunca capturado. Existía un sinfín de historias nativas acerca de un mono velludo de dos metros de estatura que caminaba sobre las patas traseras y que en todos sentidos se comportaba como un hombre.

Muchos científicos respetados creían que el *kakundakari* existía; tal vez recordaban a las autoridades que en alguna oportunidad habían negado la existencia de los gorilas.

En 1774, Lord Mondoboddo escribió, refiriéndose al gorila: «Este maravilloso y temible

producto de la naturaleza camina erguido, como el hombre; tiene de dos metros treinta a tres metros de altura... y es sorprendentemente fuerte, está cubierto de pelo largo, negro como el ébano, en todo el cuerpo, es más largo en la cabeza; su cara es más humana que la del chimpancé, pero negra, y no tiene cola».

Cuarenta años después, Bowditch describió al mono africano diciendo: «Por lo general mide un metro cincuenta de estatura y el ancho de su pecho es de casi un metro; se decía que sus garras eran más desproporcionadas que el ancho total de su cuerpo y un golpe asestado por ellas era fatal». Pero ya en 1847, Thomas Savage, un misionero africano, y Jeffries Wyman, un anatomista de Boston, publicaron un trabajo describiendo a «una segunda especie del África... no reconocida por los naturalistas» que ellos proponían denominar con el nombre de *Troglodytes gorilla*. Su anuncio causó una enorme excitación entre los miembros de la comunidad científica y hubo algaradas en Londres, París y Boston para conseguir esqueletos. Para 1855 ya no quedaban dudas: una segunda especie de mono muy grande existía en África.

En este siglo se han descubierto nuevas especies animales en la selva ecuatorial: el jabalí azul en 1944 y el urogallo de pecho rojo en 1961. Era perfectamente posible que existiera un primate raro, oculto en las profundidades de la jungla. Pero todavía no había evidencias para el *kakundakari*.

—La huella es de gorila —insistió Munro—. O más bien, de un grupo de gorilas. Están en todas partes alrededor de la cerca del perímetro. Han estado reconociendo nuestro campamento.

—Reconociendo nuestro campamento —repitió Elliot, sacudiendo la cabeza.

—Así es —dijo Munro—. Fíjese en las malditas huellas.

Elliot sintió que se le acababa la paciencia. Dijo algo desagradable acerca de las leyendas contadas alrededor de la fogata por los cazadores blancos, y Munro replicó con algo desagradable acerca de esas personas que creen saberlo todo porque han leído muchos libros.

En ese momento, los colobos sobre sus cabezas empezaron a gritar y sacudir las ramas de los árboles.

Encontraron el cuerpo de Malawi justo fuera del campamento. El porteador había ido a un arroyo cercano en busca de agua cuando lo sorprendieron y lo mataron. Los cubos plegables yacían en el suelo, a su lado. Le habían aplastado los huesos del cráneo; tenía la cara hinchada y desfigurada, y la boca abierta.

El grupo se sintió muy impresionado por la forma en que el hombre había muerto. Karen Ross dio vuelta la cara, asqueada; los porteadores se apiñaron alrededor de Kahega, que intentó consolarlos; Munro se agachó para examinar las heridas.

—Observen estas zonas aplastadas; es como si le hubieran apretado la cabeza con algo...

Munro pidió entonces las paletas de piedra que el día anterior Elliot había encontrado en la ciudad. Miró a Kahega.

Kahega, muy erguido, dijo:

—Jefe, nos vamos a casa, ahora.

—Eso no es posible —dijo Munro.

—Nos vamos a casa. Debemos ir a casa, uno de nuestros hermanos ha muerto, debemos tener la

ceremonia para su mujer e hijos, jefe.

—Kahega...

—Jefe, debemos irnos ahora.

—Kahega, hablemos. —Munro se incorporó, rodeó a Kahega con el brazo y lo llevó aparte, al otro lado del claro. Hablaron en voz baja durante varios minutos.

—Es horrible —dijo Ross. Parecía sinceramente afectada, humanamente dolida, y Elliot instintivamente se volvió para consolarla, pero ella prosiguió—: Toda la expedición se está desintegrando. Es horrible. Tenemos que mantenernos juntos de alguna manera, o *nunca* encontraremos los diamantes.

—¿Es eso todo lo que le importa?

—Bien, tenemos un seguro que...

—Por el amor de Dios —la interrumpió Elliot.

—Usted también está molesto porque ha perdido a su maldita mona —dijo Ross—. Ahora compórtese. Nos están mirando.

Era cierto que los Kikuyus estaban observando a Ross y a Elliot, tratando de percibir sus sentimientos, pero sabían que las verdaderas negociaciones eran entre Munro y Kahega, que estaban lejos. Varios minutos después regresó Kahega, restregándose los ojos. Habló rápidamente con los hermanos que le quedaban, y ellos asintieron. Volvió a donde estaba Munro.

—Nos quedamos, jefe.

—Muy bien —dijo Munro, recobrando de inmediato su acostumbrado tono autoritario—. Trae las paletas.

Cuando se las trajeron, Munro las colocó a ambos lados de la cabeza de Malawi. Encajaban exactamente en las hendiduras semicirculares de la cabeza.

Munro dijo entonces algo en swahili a Kahega, y éste habló con sus hermanos, que asintieron. Sólo entonces Munro dio el siguiente paso, que fue terrible. Levantó los brazos, apartándolos, y dejó caer las paletas con todas sus fuerzas sobre el cráneo aplastado. El ruido sordo fue escalofriante. Gotitas de sangre salpicaron su camisa, pero no ocasionó más destrozos en el cráneo.

—Un hombre no tiene la fuerza necesaria para hacer esto —dijo Munro secamente. Levantó la vista para mirar a Peter Elliot—. ¿Quiere probar?

Elliot negó con la cabeza. Munro se puso de pie.

—A juzgar por la forma en que cayó, Malawi estaba de pie cuando esto sucedió. —Munro se encaró con Elliot, mirándolo a los ojos—. Un animal grande, del tamaño de un hombre. Un animal grande, fuerte. Un gorila.

Elliot no pudo replicar nada.

Peter Elliot se sentía personalmente amenazado por los recientes acontecimientos, aunque no se trataba de una amenaza contra su seguridad. «Simplemente, no podía aceptarlo —dijo tiempo después—. Yo conocía mi campo de especialización y sencillamente no podía aceptar la idea de un comportamiento desconocido, radicalmente violento, puesto de manifiesto por los gorilas en estado salvaje. Y, de cualquier manera, no tenía sentido. ¿Los gorilas haciendo paletas de piedra para

aplastar cráneos humanos? Era imposible».

Después de examinar el cuerpo, Elliot fue hasta el arroyo para lavarse la sangre de las manos. Una vez solo, lejos de los demás, se puso a observar con atención el agua que fluía y a pensar que quizás estuviera equivocado. Por cierto, los investigadores dedicados al estudio de los primates tenían una larga historia de equivocaciones. El mismo Elliot había contribuido a erradicar uno de los conceptos falsos más generalizados: la estupidez brutal del gorila. En su primera descripción, Savage y Wyman escribieron: «Este animal posee un grado de inteligencia inferior al del chimpancé; esto es de esperar debido a su mayor alejamiento de la organización humana». Posteriores observadores veían al gorila como «salvaje, taciturno y brutal». Pero tanto en las observaciones llevadas a cabo en el terreno como en el laboratorio se habían obtenido evidencias que establecían que, en muchos sentidos, el gorila era más inteligente que el chimpancé.

Existían, además, famosas historias de chimpancés que secuestraban niños y luego se los comían. Durante décadas, los investigadores de primates habían descartado estas leyendas como «fantasías alocadas y supersticiosas». Pero ya no había duda de que los chimpancés ocasionalmente secuestraban —y devoraban— niños. Cuando Jane Goodall estudió a estos primates en Combe, encerraba a su propio hijo para impedir que se lo llevaran y lo mataran.

Los chimpancés cazaban una variedad de animales de acuerdo con un complicado ritual. Los estudios sobre el terreno realizados por Dian Fossey sugerían que los gorilas también cazaban de vez en cuando, matando animales pequeños y monos, siempre que...

Oyó un rumor en los arbustos al otro lado del arroyo, y un enorme gorila de lomo plateado apareció en medio de los altos pastos. Peter se sorprendió, pero en cuanto se repuso del temor inicial se dio cuenta de que estaba a salvo. Los gorilas nunca cruzaban el agua, ni siquiera un arroyo angosto. ¿O se trataba de otro concepto falso?

El macho lo observó desde el otro lado del agua. En su mirada no parecía haber amenaza, sino sólo curiosidad. Elliot percibió el olor húmedo del simio, y alcanzó a oír cómo silbaba al respirar por los orificios aplastados de la nariz. Estaba pensando qué hacer cuando de repente el gorila desapareció.

Este encuentro lo dejó perplejo. Se puso de pie y se secó el sudor de la frente. Luego se dio cuenta de que al otro lado del arroyo, entre el follaje, aún había movimiento. Después de un momento, surgió otro gorila, más pequeño: una hembra, pensó Elliot, aunque no podía asegurarlo. El nuevo gorila lo examinó tan concienzudamente como el primero. Luego, movió una mano.

«Peter venir hacer cosquillas».

—¡Amy! —gritó Elliot, y un momento después cruzó el agua, y ella saltó a sus brazos, abrazándolo y mojándolo con sus besos, mientras gruñía de felicidad.

El regreso inesperado de Amy al campamento puso en peligro su vida, pues los excitados cargadores Kikuyus estuvieron a punto de dispararle. Elliot logró impedir que lo hicieran poniendo su cuerpo delante del de ella. Veinte minutos más tarde, sin embargo, todo el mundo se había adaptado a su presencia, y Amy pronto empezó a ponerse exigente.

No pareció feliz al comprobar que durante su ausencia no habían conseguido leche ni pastas, pero

cuando Munro sacó la botella de «Dom Pérignon» tibio, accedió a tomar un poco de champán.

Todos se sentaron alrededor de ella, bebiendo champán en vasos de estaño. Elliot se sentía agradecido por la presencia de los demás, pues ahora que Amy estaba sentada allí, a salvo sorbiendo tranquilamente su bebida y diciendo «Amy gustar bebida hacer cosquillas», descubrió que estaba furioso con ella.

Munro sonrió a Elliot cuando éste le dio su vaso de champán.

—Tranquilo, profesor, tranquilo. No es más que una niña.

—¡No lo es! —dijo Elliot, y a continuación se dirigió por señas a Amy—: ¿Por qué irse Amy? —le preguntó.

Ella hundió la nariz en el vaso, expresando «*Bebida hacer cosquillas bebida buena*».

—Amy decir Peter por qué irse.

«*Peter no querer Amy*».

—Peter querer Amy.

«*Peter hacer daño Amy Peter arrojar alfiler Amy doler Peter no querer Amy Amy triste triste*».

Peter comprendió que Amy llamaba «alfiler» al dardo de Thoralen, y pensó que no debía olvidarlo. Su generalización lo satisfizo, pero expresó severamente:

—Peter querer Amy. Amy saber Peter querer Amy. Amy decir Peter por qué...

«*Peter no hacer cosquillas Peter no bueno Peter no buena persona humana Peter querer mujer no querer Amy Peter no querer Amy Amy triste Amy triste*».

Las señas cada vez más rápidas eran indicio de que estaba trastornada.

—¿Dónde ir Amy? —le preguntó Elliot.

«*Amy ir gorilas buenos gorilas Amy gustar*».

La curiosidad se sobrepuso a su enfado. ¿Se habría unido a una manada de gorilas salvajes durante varios días? Si había sido así, se trataba de un acontecimiento de gran importancia, un momento crucial en la historia moderna de los primates: un primate con habilidad lingüística se había unido a una manada salvaje y había regresado. Quería saber más.

—¿Gorilas buenos con Amy?

«*Sí*», respondió ella con una mirada de satisfacción.

—Amy contar Peter.

Ella miró a lo lejos, sin contestar.

Para llamar su atención, Peter chasqueó los dedos. Amy se volvió hacia él lentamente, con expresión aburrida.

—Amy contar Peter. ¿Amy quedarse con gorilas?

«*Sí*».

En su indiferencia estaba el claro reconocimiento de que Elliot estaba desesperado por enterarse de lo que ella sabía. Amy siempre era muy astuta en reconocer cuándo llevaba las de ganar, como ahora.

—Amy contar Peter —dijo él con toda la calma que pudo.

«*Gorilas buenos querer Amy Amy buena gorila*».

Eso no le decía nada en absoluto. Ella estaba componiendo frases de memoria: otra manera de ignorarlo.

—Amy.

Ella lo miró.

—Amy contar Peter. ¿Amy ir a ver gorilas?

«Sí».

—¿Qué hacen los gorilas?

«Gorilas oler Amy».

—¿Todos los gorilas?

«Gorilas grandes lomo blanco gorilas oler Amy bebé oler Amy todos gorilas oler Amy gorilas querer Amy».

De modo que los machos de lomo plateado la habían olfateado, luego los cachorros, y finalmente todos los integrantes de la manada. Eso estaba claro, notablemente claro, pensó Elliot, tomando nota mentalmente de la extensión considerable del mensaje de Amy. Y después, ¿había sido aceptada en la manada?

—¿Qué pasar a Amy después?

«Gorilas dar comida».

—¿Qué comida?

«Sin nombre Amy comida dar comida».

Aparentemente le habían mostrado comida. ¿O la habrían alimentado? Nunca se había informado de un hecho como ése, aunque nadie había presenciado jamás la presentación de un nuevo animal a la manada. Era una hembra, y casi en edad de reproducir...

—¿Qué gorilas dieron comida?

«Todos dar comida Amy tomar comida Amy gustar».

Aparentemente no se trataba solamente de los machos, o de los machos exclusivamente. Pero ¿qué habría causado la aceptación? Aunque fuera reconocido que las manadas de gorilas no eran tan cerradas a los extraños como las de otras especies de simios, ¿qué habría causado la aceptación?

—¿Amy quedarse con gorilas?

«Gorilas querer Amy».

—Sí. ¿Qué hacer Amy?

«Amy dormir Amy comer Amy vivir gorilas gorilas buenos gorilas gorilas Amy querer».

De modo que se había unido al grupo y había compartido su existencia diaria. ¿Habría sido totalmente aceptada?

—¿Amy querer gorilas?

«Gorilas estúpidos».

—¿Por qué estúpidos?

«Gorilas no hablar».

—¿No saber idioma de signos?

«Gorilas no hablar».

Evidentemente había experimentado una frustración con los gorilas porque éstos no conocían su idioma de signos. (Los primates que conocen el idioma de signos a menudo se sienten frustrados y enojados cuando se los pone con animales que no entienden ese lenguaje).

—¿Gorilas buenos con Amy?

«*Gorilas querer Amy Amy querer gorilas Amy querer gorilas*».

—¿Por qué volver Amy?

«*Querer leche pastas*».

—Amy —dijo Elliot—, sabes que no tenemos ni leche ni pastas. —Todos miraron interrogativamente a Amy.

Durante un rato largo, ella no respondió.

«*Amy querer Peter. Amy triste necesitar Peter*», expresó finalmente.

Él sintió ganas de llorar.

«*Peter buena persona humana*».

—Peter hacer cosquillas Amy.

Ella saltó a los brazos de Elliot.

Más tarde, la interrogó más detalladamente. Pero debido a las dificultades que tenía ella para expresar conceptos de tiempo, era un proceso muy lento.

Amy distinguía pasado, presente y futuro. Recordaba acontecimientos anteriores, y esperaba con anticipación promesas futuras, pero el personal del Proyecto Amy nunca había logrado enseñarle diferenciaciones precisas. Por ejemplo, no distinguía entre ayer y anteayer. Se ignoraba si esto reflejaba una falla en los métodos de enseñanza o un rasgo innato del mundo conceptual de Amy. (Había evidencias de una diferencia conceptual. Amy se sentía perpleja ante metáforas espaciales de tiempo, como «eso es anterior a nosotros» o «ya vendrá». Sus adiestradores concebían el pasado como algo detrás de ellos, y el futuro, como algo delante de ellos. Pero el comportamiento de Amy parecía indicar que concebía el pasado como delante de ella, porque podía verlo, y el futuro detrás, porque todavía era invisible. Cuando estaba impaciente por la llegada prometida de un amigo, miraba repetidas veces por encima del hombro, aunque estuviera frente a una puerta).

De cualquier modo, el problema del tiempo era una dificultad, y Elliot expresaba sus preguntas con cuidado. Preguntó:

—Amy, ¿qué sucedía de noche con los gorilas?

Ella lo miró como siempre que pensaba que una pregunta era obvia.

«*Amy dormir noche*».

—¿Y los otros gorilas?

«*Gorilas dormir noche*».

—¿Todos los gorilas?

Ella no parecía dispuesta a responder a esa pregunta.

—Amy —dijo Elliot—. Unos gorilas vinieron a nuestro campamento anoche.

«*¿Venir este lugar?*».

—Sí, a este lugar. Gorilas venir de noche.

«*No*», expresó ella después de reflexionar unos instantes.

—¿Qué le respondió? —quiso saber Munro.

—Dijo que no. Sí, Amy, vinieron.

Ella guardó silencio un momento, luego expresó:

«*Cosas venir*».

Munro volvió a preguntarle a Elliot qué había dicho.

—Dijo: «*Cosas venir*». Elliot tradujo el resto de sus respuestas.

—¿Qué cosas venir, Amy? —preguntó Ross.

«*Cosas malas*».

—¿Eran gorilas, Amy? —preguntó Munro.

«*Gorilas no. Cosas malas. Muchas cosas malas venir selva venir. Hablar respiración. Venir noche venir*».

—¿Dónde están ahora, Amy?

Amy miró en dirección a la jungla.

«*Aquí. Este lugar viejo malo cosas venir*».

—¿Qué cosas, Amy? ¿Son animales?

Elliot les dijo que ella no podía separar la categoría «animales».

—Cree que los seres humanos también somos animales —explicó.

—Las cosas malas, ¿son gente, Amy? ¿Son personas humanas?

«*No*».

—¿Monos? —preguntó Munro.

«*No. Cosas malas. No dormir noche*».

—¿Se puede creer en lo que dice? —preguntó Munro dirigiéndose a Elliot.

«*¿Qué significar?*».

—Sí —dijo Elliot—. Totalmente.

—¿Sabe lo que son gorilas?

«*Amy buen gorila*», expresó ella.

—Sí, lo eres —dijo Elliot—. Dice que es una buena gorila.

Munro frunció el entrecejo.

—De modo que sabe lo que son los gorilas, pero dice que estas cosas no son gorilas, ¿eh?

—Eso es lo que ella dice.

La ausencia de ciertos elementos

Elliot hizo que Ross colocara la cámara de vídeo en las afueras de la ciudad, frente al campamento. La puso en marcha, colocó una cinta y llevó a Amy al extremo del campamento, para que mirara los edificios en ruinas. Elliot quería enfrentarla con la ciudad perdida, con la realidad de sus sueños, y quería filmar sus reacciones. Lo que sucedió fue totalmente inesperado.

Amy no tuvo ninguna reacción.

Su cara permaneció impasible, su cuerpo relajado. No expresó nada por signos. A lo sumo, dio la impresión de estar aburrida, de tener que soportar otro entusiasmo de Elliot que no compartía. Elliot la observaba con atención. No se trataba de un desplazamiento, ni de represión: no hacía nada. Contemplaba la ciudad con aparente indiferencia.

—¿Amy conoce este lugar?

«Sí».

—Amy dice a Peter qué lugar.

«Lugar malo lugar viejo».

—¿Figuras de sueño?

«Este lugar malo».

—¿Por qué es malo, Amy?

«Lugar malo lugar viejo».

—Sí, pero ¿por qué, Amy?

«Amy tener miedo».

En verdad, no demostraba miedo. En cuclillas, a su lado, observaba el lugar perfectamente tranquila.

—¿Por qué Amy tiene miedo?

«Amy querer comer».

—¿Por qué Amy tiene miedo?

No quiso contestar, del mismo modo que se negaba a contestar cuando estaba aburrida. Él no pudo conseguir que hablara de sus sueños. Fue igual que en San Francisco. Cuando le pidió que lo acompañara a las ruinas, Amy muy tranquila, se negó. Por otra parte, no parecía preocupada porque Elliot fuera a la ciudad, y alegremente le dijo adiós con la mano antes de ir a pedir comida a Kahega.

Sólo después de la expedición, cuando Elliot estaba de regreso en Berkeley, encontró la explicación de este hecho, que lo dejara perplejo, en *La interpretación de los sueños*, de Freud, publicada por primera vez en 1887:

«En raras ocasiones puede ocurrir que un paciente se enfrente a la realidad que hay detrás de sus sueños. Se trate de una estructura física, de una persona o una situación que posea el tenor de una profunda familiaridad, la reacción subjetiva del que sueña es uniformemente la misma. El contenido

emotivo del sueño —ya sea aterrador, placentero o misterioso— desaparece ante la realidad. Podemos estar seguros de que el aparente tedio del sujeto no prueba que el contenido del sueño sea falso. Es más factible que la reacción sea de tedio cuando el contenido del sueño es *real*. El sujeto reconoce en un nivel profundo su incapacidad para alterar las condiciones que siente, y por eso se ve abrumado por la fatiga, el tedio y la indiferencia, para ocultarse a sí mismo *su impotencia fundamental frente a un problema genuino que debe ser rectificado*».

Meses después, Elliot llegó a la conclusión de que la reacción de indiferencia de Amy simplemente indicaba lo profundo de su sentimiento, y que el análisis de Freud era correcto; la protegía de una situación que debía ser cambiada, pero que Amy se sentía incapaz de alterar, especialmente si se consideraban los recuerdos infantiles que pudieran quedarle de la muerte de su madre.

Sin embargo, en ese momento Elliot se sintió decepcionado por la neutralidad de Amy. De todas las reacciones posibles que había imaginado cuando partieran rumbo al Congo, tedio era la menos esperada, y no pudo advertir su significado: la ciudad de Zinj estaba tan llena de peligros que Amy se vio obligada a ignorarla.

Elliot, Munro y Ross pasaron una mañana calurosa y difícil abriéndose paso a través del denso bambú y de las enredaderas para llegar a los nuevos edificios del corazón de la ciudad. Para el mediodía, sus esfuerzos se vieron recompensados pues entraron en estructuras distintas a todo lo que habían visto hasta el momento. Estos edificios eran impresionantes sobre todo porque debajo de ellos había hasta tres y cuatro niveles de vastos sótanos cavernosos.

Ross quedó encantada con las construcciones subterráneas, pues probaban que los habitantes de Zinj habían desarrollado la tecnología necesaria para realizar excavaciones, esencial para las minas de diamantes. Munro expresó un punto de vista similar.

—Esta gente —dijo—, era capaz de hacer cualquier cosa bajo tierra.

A pesar de su entusiasmo, no hallaron nada de interés en las profundidades de la ciudad. Abandonaron entonces la parte subterránea y siguieron su recorrido, encontrando un edificio tan lleno de relieves que lo denominaron «la galería». Con la cámara de vídeo conectada por satélite, examinaron las figuras de la galería.

Mostraban aspectos de la vida cotidiana en la ciudad.

Había escenas domésticas de mujeres cocinando sobre fuego, de niños jugando un juego de pelota con palos, de escribas en cuclillas sobre la tierra mientras anotaban en planchas de arcilla. Había toda una pared de escenas de caza en que los hombres, cubiertos por breves taparrabos, iban armados con lanzas. Y finalmente escenas de minería, en las que los hombres transportaban cestos llenos de piedras extraídas de túneles excavados en la tierra.

En este rico panorama, notaron la ausencia de ciertos elementos. La gente de Zinj tenía perros, que usaban para cazar, y una variedad de civeta doméstica, pero sin embargo no se les había ocurrido utilizar a los animales como bestias de carga. Todo el trabajo manual era hecho por esclavos. Y aparentemente no llegaron a descubrir la rueda, puesto que no había carros ni vehículos de ningún tipo. Todo era llevado a mano, en cestas.

Munro miró las figuras durante un largo rato y finalmente dijo:

—Falta algo más.

Estaban observando una escena de las minas de diamantes, pozos oscuros de los que salían los hombres llevando cestas llenas de gemas.

—¡Por supuesto! —dijo Munro, chasqueando los dedos—. ¡No hay policía!

Elliot reprimió una sonrisa: le parecía lógico que un personaje como Munro notara la ausencia de la policía en una sociedad desaparecida hacía siglos.

Pero Munro insistió en afirmar que su observación era significativa.

—Esta ciudad existía debido a sus minas de diamantes —dijo—. No tenía ninguna otra razón de ser. Zinj era una civilización minera: su riqueza, su comercio, su vida diaria, todo dependía de la minería. Se trataba de la clásica economía dependiente de un solo producto, y sin embargo no lo vigilaba, no lo regulaba, no lo controlaba.

—Aún quedan muchas cosas por ver —dijo Elliot—. Imágenes de gente comiendo, por ejemplo. Quizá fuera tabú mostrar a los guardianes.

—Quizá —dijo Munro, poco convencido—. Pero en todas las otras civilizaciones mineras del mundo los guardianes son representados ostentosamente, como prueba de control. Vayan a las minas de diamantes de Sudáfrica o a las minas de esmeraldas de Colombia y lo primero que notarán serán las medidas de seguridad. Pero aquí —dijo, señalando los relieves— *no hay guardianes*.

Karen Ross sugirió que tal vez no los necesitaran porque la sociedad zinjana era ordenada y pacífica.

—Después de todo, existió hace mucho tiempo —dijo.

—La naturaleza humana no cambia —insistió Munro.

Cuando dejaron la galería, llegaron a un patio abierto, cubierto de enredaderas. Al costado del patio, y antecedido por unas columnas, había un edificio con aspecto de templo. Pero lo que primero atrajo su atención fue el suelo del patio. Aquí y allá se veían docenas de paletas similares a las que Elliot encontrara anteriormente.

Caminaron cuidadosamente entre ellas y entraron en el edificio que bautizaron como «el templo».

Consistía en una sola estancia, grande y cuadrada. El techo estaba roto en varias partes y por los agujeros se filtraban rayos de sol. Delante vieron un enorme montículo de enredaderas de tal vez tres metros y medio de altura, una pirámide de vegetación. Luego se dieron cuenta de que era una estatua.

Elliot trepó a la estatua y empezó a quitar el follaje adherido a ella. Tuvo que esforzarse pues las enredaderas se habían metido entre las grietas de la piedra. Miró a Munro.

—¿Se ve mejor? —preguntó.

—Venga y compruébelo —dijo Munro, con una extraña expresión en el rostro.

Elliot bajó y retrocedió unos pasos para observar mejor. Aunque la estatua estaba descolorida y llena de agujeros, se veía claramente que representaba un enorme gorila de pie, de expresión feroz, con los brazos extendidos. En cada mano, el gorila tenía una paleta de piedra, como si fueran címbalos.

—¡Dios mío! —exclamó Peter Elliot.

—Gorila —dijo Munro con satisfacción.

—Ahora todo está claro —dijo Ross—. Esta gente adoraba a los gorilas. Era su religión.

—Pero ¿por qué diría Amy que no eran gorilas?

—Pregúntele —dijo Munro, consultando su reloj—. Tengo que hacer todos los preparativos necesarios para esta noche.

Ataque

Valiéndose de las palas plegables que llevaban cavaron un foso alrededor del campamento. Prosiguieron el trabajo hasta mucho después de la caída del sol; tuvieron que encender las luces rojas nocturnas mientras llenaban la fosa con agua desviada del arroyo vecino. Ross pensaba que aquello era un obstáculo absolutamente inútil: no tenía más que unos pocos centímetros de profundidad y unos treinta centímetros de ancho. Un hombre podía cruzarlo fácilmente. Como respuesta, Munro llamó a Amy.

—Amy, ven aquí, te haré cosquillas.

Con un gruñido de deleite, Amy corrió hacia él, pero se detuvo de repente al llegar al foso.

—Ven, te haré cosquillas —volvió a decir Munro, extendiendo los brazos—. Ven, pequeña.

Ella no se atrevía a cruzar. Hizo un signo de irritación. Munro se adelantó y la alzó por encima del foso.

—Los gorilas odian el agua —dijo a Ross—. Los he visto rehusarse a cruzar un simple arroyuelo.

Amy le hacía cosquillas debajo de los brazos, y luego se señalaba. El significado estaba perfectamente claro.

—Mujeres, mujeres... —dijo Munro, suspirando, se inclinó y le hizo cosquillas vigorosamente. Amy rodó por el suelo, gruñendo, resollando y sonriendo. Cuando él terminó, ella se quedó quieta, esperando más.

—Eso es todo —dijo Munro.

Ella le dijo algo con signos.

—Lo siento, no entiendo. No —dijo Munro, riendo—. No entenderé aunque hagas más despacio los signos. —Pero enseguida entendió lo que ella quería. La alzó para pasar el foso, y entraron en el campamento. Ella le dio un beso húmedo en la mejilla.

—Es mejor que cuide a su mona —le dijo Munro a Elliot cuando se sentaron a comer. Prosiguió en ese mismo tono de chanza, consciente de la necesidad de relajar a todo el mundo. Estaban nerviosos, en cuclillas alrededor del fuego. Pero cuando terminaron de comer y Kahega partió para revisar las armas, Munro llevó aparte a Elliot y le dijo:

—Sujétela con una cadena a su tienda. Si tenemos que empezar a disparar, no conviene que ande suelta en la oscuridad. Los muchachos no se van a tomar mucho trabajo para distinguir un gorila de otro. Explíquele que puede haber mucho ruido de balas, pero que no debe tener miedo.

—¿De verdad cree que harán mucho ruido? —preguntó Elliot.

—Eso supongo —respondió Munro.

Llevó a Amy a su tienda y la aseguró con la cadena que a menudo usaba en California. Ató un extremo a su cama, pero se trataba de un gesto simbólico; Amy podía moverla fácilmente si quería. Le hizo prometer que se quedaría en la tienda.

Ella se lo prometió. Cuando Elliot se disponía a salir, ella dijo por señas: «*Amy querer Peter*». —Peter también querer a Amy —dijo él, sonriendo—. Todo saldrá bien.

Salió a un mundo distinto.

Las luces rojas habían sido desconectadas, pero en el llameante resplandor de la fogata observó que los centinelas estaban en sus puestos, con las gafas de visión nocturna puestas. El resplandor proveniente de la cerca electrificada hacía que todo pareciese sobrenatural. Peter Elliot se dio cuenta de pronto de lo precario de su situación: eran un puñado de personas atemorizadas, en las profundidades de la selva ecuatorial del Congo, a más de trescientos kilómetros de la región habitada más cercana.

Esperando.

Tropezó con un cable negro. Luego vio una red de cables que recorrían el campamento como serpientes hasta el arma de cada uno de los centinelas. Advirtió entonces que las armas tenían una forma extraña —demasiado delgadas— y que los cables negros iban desde los árboles hasta un mecanismo bajo y romo montado en trípodes separados entre sí por espacios regulares, dispuestos alrededor del campamento.

Vio a Ross cerca del fuego, preparando el magnetófono.

—¿Qué demonios es todo esto? —susurró, señalando los cables.

—Es un LATRAP. Para proyectiles guiados por láser —respondió ella, también en un susurro.

Le explicó que las armas de los centinelas en realidad eran aparatos para avistar guiados por rayos láser, conectados a dispositivos dispuestos sobre trípodes que disparaban a la primera señal.

—Identifican el blanco —dijo— y luego disparan. Es un sistema para guerra en la jungla. Están equipados con silenciadores para que el enemigo no sepa de dónde provienen las balas. Asegúrese de no ponerse delante de alguno, porque reaccionan automáticamente ante el calor del cuerpo.

Ross le dio el magnetófono y se fue a revisar las baterías que alimentaban la cerca. Elliot observó a los centinelas en la oscuridad. Munro lo saludó alegremente con la mano. Elliot se dio cuenta de que los centinelas, con aquellas gafas que les daban aspecto de langosta, podían verlo mucho mejor que él a ellos. Parecían seres de otro mundo que habían descendido a la jungla eterna.

Esperando.

Pasaron las horas. El perímetro de la jungla estaba silencioso, excepto por el murmullo del agua en el foso. Ocasionalmente los centinelas se llamaban en voz baja, o hacían alguna broma en swahili, pero no fumaban debido al mecanismo detector de calor. Pasaron las once, y luego medianoche, y después la una.

Oyó a Amy roncando en su tienda. El ruido de sus ronquidos era más fuerte que el sonido que producía la cerca electrificada. Miró a Ross, que dormía en el suelo con el dedo en el interruptor de las luces nocturnas. Miró su reloj y bostezó. Esa noche no sucedería nada. Munro estaba equivocado.

Entonces oyó un ruido semejante a un jadeo.

Los centinelas también lo oyeron, y dispusieron sus armas en la oscuridad. Elliot orientó el micrófono del magnetófono en dirección al sonido, pero era difícil determinar la posición exacta. Los suspiros o resuellos parecían provenir de todas las partes de la jungla a la vez, flotando en la

niebla de la noche, suaves y penetrantes.

Vio que la aguja del magnetófono se movía. Y luego la aguja saltó al rojo, y Elliot oyó un ruido sordo, y el chapoteo de agua. Todos oyeron; los centinelas sacaron el seguro de sus armas.

Elliot se arrastró con su magnetófono hacia la cerca y miró el foso. El follaje se movía, del otro lado de la cerca. Los suspiros aumentaron de volumen. Oyó de nuevo el chapoteo del agua y vio que un tronco seco atravesaba el foso.

Ésa había sido la causa del ruido: habían improvisado un puente. En ese instante Elliot se dio cuenta de que habían subestimado enormemente a su oponente, fuera quien fuese. Hizo una señal a Munro, para que se acercara a ver, pero Munro le decía, también por señas, que se alejara de la cerca, indicando enfáticamente el trípode sobre la tierra, cerca de sus pies. Antes que Elliot pudiera moverse, los colobos empezaron a gritar en los árboles, y el primer gorila acometió silenciosamente.

Elliot alcanzó a ver un animal enorme, de pelaje decididamente gris, cargando contra él. Se agachó y un momento después el gorila dio contra la pared electrificada; hubo una lluvia de chispas y olor a carne quemada.

Fue el comienzo de una extraña, silenciosa batalla.

Los rayos láser, color esmeralda, brillaron en el aire; las ametralladoras montadas en los trípodes comenzaron a zumbiar suavemente con los disparos y las miras infrarrojas chirriaban mientras los cañones giraban y disparaban, giraban y volvían a disparar. De cada diez balas, una era una trazadora de un color blanco fosforescente. El aire sobre la cabeza de Elliot estaba entrecruzado por rayas verdes y blancas.

Los gorilas atacaban desde todas las direcciones. Seis de ellos se estrellaron al mismo tiempo contra la cerca y fueron repelidos con un estallido de chispas. Entonces cargaron otros, arrojándose contra la tenue tela metálica de la cerca; el siseo de las chispas y el chillido de los monos colobos llenó el aire. De pronto, de las ramas de los árboles comenzaron a descolgarse gorilas sobre el campamento. Munro y Kahega empezaron a disparar hacia arriba, mientras los silenciosos rayos láser horadaban el follaje. Nuevamente oyó el sonido de suspiros. Elliot se volvió y vio más gorilas que tiraban de la cerca, que se había desconectado y ya no hacía más chispas.

Se dio cuenta de que el veloz y sofisticado equipo no contenía a los gorilas: se necesitaba el ruido. Munro tuvo la misma idea, porque gritó algo en swahili a los hombres —que dejaron de disparar— y gritó a Elliot:

—¡Quite los silenciadores! ¡Los silenciadores!

Elliot aferró el cañón negro del primer dispositivo instalado sobre un trípode y lo arrancó, maldiciendo. Estaba muy caliente. Inmediatamente, mientras se apartaba del trípode, un ruido ensordecedor llenó el aire y dos gorilas cayeron pesadamente de los árboles, uno todavía con vida. Éste cargó contra Elliot en el momento en que quitaba el silenciador del segundo trípode. El pesado cañón giró y disparó sobre el gorila casi a quemarropa. Un líquido caliente salpicó a Elliot en la cara. Sacó el silenciador del tercer trípode y se arrojó al suelo.

El fragor de las ametralladoras y las nubes acres de cordita tuvieron un efecto inmediato sobre los gorilas. Retrocedieron desordenadamente. Hubo un período de silencio, si bien los centinelas dispararon varias veces, lo que hizo que las máquinas sobre los trípodes recorrieran rápidamente la jungla, vibrando y buscando un blanco.

Luego las máquinas dejaron de buscar, y se detuvieron. La jungla estaba silenciosa.
Los gorilas se habían ido.

DÍA 11

ZINJ

23 de junio de 1979

Gorilla elliotensis

Los cadáveres de dos gorilas yacían sobre la tierra, poniéndose cada vez más rígidos en la tibieza de la mañana. Elliot pasó dos horas examinando los animales. Los dos eran machos adultos en la plenitud de la vida.

La característica más sorprendente era el color gris uniforme. Las dos razas conocidas de gorilas, el gorila de montaña, de Virunga, y el de los llanos, cerca de la costa, tenían el pelaje negro. Las crías eran a menudo marrones con un mechón de pelo blanco en la zona del sacro, pero se les oscurecía en los cinco primeros años. Para los doce años, los machos adultos tenían una franja plateada en el lomo y el sacro, señal de madurez sexual.

Con el tiempo el pelo se volvía gris, del mismo modo que ocurría con las personas. Al principio, a los gorilas machos les aparecían unos mechones grises sobre las orejas. A medida que pasaban los años, más pelos del cuerpo se tornaban grises. Cuando el animal se convertía en anciano —alrededor de los treinta años de vida— sólo conservaban negros los brazos.

Elliot procedió a medir los cuerpos de los dos ejemplares muertos. De la cabeza a las patas medían, respectivamente, 139,2 centímetros y 141,7 centímetros. Normalmente los gorilas de montaña machos medían entre 149 y 207 centímetros. Para tratarse de gorilas, estos animales eran mucho más bajos, y decididamente pequeños. Los pesó: 127 kilos y 173 kilos, respectivamente. La mayor parte de los gorilas de montaña pesaba entre 140 y 225 kilos.

Elliot registró treinta dimensiones esqueléticas adicionales para analizarlas en la computadora una vez que regresara a San Francisco. Estaba convencido de que encontraría algo interesante. Con un cuchillo hizo una disección en la cabeza del primer animal, cortando el pelaje gris para revelar el músculo y el hueso subyacente. Estaba interesado en la cresta sagital, el reborde óseo que corre por el centro del cráneo desde la frente hasta la nuca. La cresta sagital es un rasgo característico del cráneo del gorila que no se encuentra en otros monos ni en el hombre; es el que les da ese aspecto de cabeza puntiaguda.

Elliot pudo establecer que la cresta sagital estaba poco desarrollada en estos machos. En general, la musculatura craneana parecía más propia de un chimpancé que de un gorila. Elliot tomó medidas adicionales de las cúspides molares, la mandíbula, la plataforma simiesca y la caja del cráneo.

Para el mediodía, su conclusión estaba clara: se trataba, al menos, de una nueva raza de gorila, igual que el de montaña o de los llanos, aunque posiblemente era una especie totalmente nueva.

«Algo sucede al hombre que descubre una nueva especie animal —escribió Lady Elizabeth Forstmann en 1879—. De inmediato olvida a su familia y amigos, y a todos quienes estaban próximos a él, y a quienes quería; olvida a los colegas que apoyaron sus esfuerzos profesionales; con crueldad, olvida a padres e hijos; resumiendo, abandona a todos los que lo conocieron antes de su insensata

avidez por la fama en manos del demonio llamado Ciencia».

Lady Forstmann sabía de qué hablaba, pues su marido acababa de abandonarla después de descubrir el urogallo noruego de cresta azul en 1878. «En vano —observaba— pregunta una qué importa que se agregue otro pájaro o animal a la rica variedad de creaciones divinas, que, según estimaciones del Linneo, alcanza a millones. No hay respuestas para esa pregunta, porque el descubridor se ha sumado a las filas de los inmortales, o así lo imagina, y está más allá del poder de la gente común disuadirlo».

Ciertamente, Peter Elliot habría negado que su propio comportamiento se pareciera al del disoluto noble escocés^[7].

No obstante, descubrió que sentía tedio ante la perspectiva de continuar con las exploraciones en Zinj. No le interesaban los diamantes, ni los sueños de Amy. Sólo quería regresar a su país con un esqueleto del nuevo espécimen, que dejaría alelados a sus colegas de todo el mundo. De repente recordó que no tenía esmoquin, y empezó a preocuparse por asuntos de nomenclatura. Imaginó que en el futuro habría tres especies de simios africanos:

Pan troglodytes, el chimpancé.

Gorilla gorilla, el gorila.

Gorilla elliotensis, una nueva especie de gorila gris.

Aunque en última instancia rechazaran la categoría de la especie y el nombre, él habría logrado mucho más de lo que podía llegar a soñar la mayoría de los científicos dedicados al estudio de los primates.

Elliot estaba encandilado por sus propias perspectivas.

Analizando las cosas retrospectivamente, nadie, en realidad, pensaba con claridad esa mañana. Cuando Elliot dijo que quería transmitir a Houston las grabaciones de los sonidos de respiración, Ross le respondió que era un detalle trivial que podía aguardar. Elliot no insistió. Más tarde ambos lamentaron su decisión.

Y cuando más tarde oyeron fuertes explosiones, como disparos lejanos de artillería, no prestaron atención. Ross supuso que se trataba de los hombres del general Muguru luchando contra los Kiganis. Munro le dijo que la lucha era por lo menos a ochenta kilómetros de allí, demasiado lejos para que pudiera oírse, pero no ofreció una explicación alternativa para el ruido.

Debido a que Ross no hizo la transmisión matinal a Houston, no se enteró de los nuevos cambios geológicos que podrían haber dado una significación distinta a las detonaciones.

Estaban fascinados por la tecnología empleada la noche anterior, seguros de su poder. Sólo Munro permanecía impassible. Había revisado la provisión de municiones, con resultado descorazonador.

—Ese sistema láser es espléndido, pero gasta demasiadas balas —dijo Munro—. Anoche consumimos la mitad de todas nuestras municiones.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Elliot.

—Esperaba que usted tuviera una respuesta —replicó Munro—. Usted examinó los cuerpos.

Elliot expresó su creencia de que estaban ante una nueva especie de primate. Resumió sus

descubrimientos anatómicos, que respaldaban sus creencias.

—Eso está muy bien —dijo Munro—. Pero me interesa saber cómo actúan, no cómo son. Usted mismo lo dijo: los gorilas son animales diurnos, y éstos son nocturnos. Los gorilas son tímidos, por lo general, y eluden a los hombres, mientras que estos son agresivos y atacan a los hombres. ¿Por qué?

Elliot tuvo que reconocer que no lo sabía.

—Teniendo en cuenta las provisiones de balas que nos quedan, me parece que es necesario averiguarlo —dijo Munro.

El templo

El lugar lógico para empezar era el templo, con su enorme y amenazadora estatua del gorila. Regresaron esa tarde, y detrás de la estatua encontraron una serie de cubículos. Karen Ross pensó que allí vivían los sacerdotes que profesaban el culto a los gorilas.

Dio una explicación complicada:

—Los gorilas de la jungla circundante aterrorizaban a los habitantes de Zinj, que a fin de apaciguarlos ofrecían sacrificios. Los sacerdotes eran una clase aparte, separada de la sociedad. Habrán observado que en la entrada de la fila de cubículos hay un recinto muy pequeño. Aquí había un guardián que evitaba que la gente se acercara a los sacerdotes. Era todo un sistema religioso.

Elliot no se mostró convencido; Munro tampoco.

—Incluso la religión es práctica —dijo Munro—. Supuestamente la gente saca algún provecho de ella.

—Las personas adoran aquello que temen —dijo Ross—, con la esperanza de controlarlo.

—Pero ¿cómo podían controlar a los gorilas? —preguntó Munro—. ¿Qué podían hacer?

Cuando por fin llegó la respuesta, fue sorprendente, pues toda su línea de razonamiento era errónea.

Pasando los cubículos, llegaron a una serie de largos pasillos decorados con bajorrelieves. Utilizando el sistema de computación infrarroja, lograron ver los bajorrelieves, que eran escenas dispuestas en un cuidadoso orden, como en un libro de texto ilustrado.

La primera escena representaba una serie de gorilas enjaulados. Un hombre negro permanecía de pie cerca de las jaulas con un palo en una mano.

La segunda escena mostraba a un africano de pie junto a dos gorilas que tenían con una cuerda alrededor del cuello.

La tercera escena mostraba a un africano instruyendo a los gorilas en un patio. Los animales estaban atados a estacas en cuyo extremo superior se veía un aro.

La escena final mostraba a los gorilas atacando una hilera de muñecos de paja, que colgaban de un soporte de piedra. Ahora conocían el significado de lo que habían encontrado en el patio del gimnasio, y de la cárcel.

—Por Dios —dijo Elliot—. Los *adiestraban*.

Munro asintió.

—En efecto —dijo—. Los adiestraban como guardianes para que vigilaran las minas. Una élite de animales despiadados e insobornables. No es una mala idea, si se analiza.

Ross volvió a examinar el edificio, y se dio cuenta de que no era un templo, sino una escuela. Se le ocurrió una objeción: esas imágenes tenían cientos de años, los adiestradores habían muerto hacía siglos. Sin embargo, los gorilas aún estaban allí.

—¿Quién les enseña ahora?

—Ellos mismos —dijo Elliot.

—¿Es posible?

—Perfectamente posible. La enseñanza entre miembros de la misma especie es común entre los primates.

Se trataba de una pregunta que los investigadores venían haciendo desde hacía mucho tiempo. Pero Washoe, el primer primate de la historia en aprender el lenguaje de signos, se lo enseñó a su cría. Los primates que conocían el lenguaje lo enseñaban libremente a otros animales en cautiverio; además, podían enseñar a las personas, haciendo señas de forma lenta y repetida hasta que los estúpidos e ignorantes seres humanos aprendían.

De modo que era posible que una tradición de lenguaje y comportamiento se transmitiera de una generación a otra de primates.

—¿Quiere decir —preguntó Ross— que las personas de esta ciudad han desaparecido hace siglos, pero que los gorilas que ellos adiestraron siguen aquí?

—Así parece —afirmó Elliot.

—¿Y usan herramientas de piedra? —preguntó ella—. ¿Paletas de piedra?

—Sí —contestó Elliot. La idea de que se valieran de herramientas no era tan absurda como a simple vista parecía. Los chimpancés eran capaces de valerse de herramientas complicadas, de las cuales la más sorprendente era la utilizada en la denominada «pesca de termitas». Los chimpancés doblaban cuidadosamente una ramita, la introducían en un nido de termitas y «pescaban» larvas succulentas.

Los observadores humanos llamaron a esta actividad «uso primitivo de herramientas», hasta que ellos mismos lo intentaron. Resultó que encontrar una ramita adecuada y pescar termitas no era nada primitivo. Por lo menos, resultó estar fuera de la capacidad de las personas que lo intentaron. Los pescadores humanos abandonaron la tarea, con un nuevo respeto por los chimpancés, y una nueva observación: descubrieron que los chimpancés más jóvenes pasaban días enteros observando cómo sus mayores doblaban las ramitas y las metían en el montículo. Los jóvenes chimpancés *aprendían*, literalmente, cómo hacerlo, y el proceso de aprendizaje se extendía por un período de años.

Esto empezó a parecerse, sospechosamente, a una cultura. El aprendizaje del joven Benjamin Franklin en la imprenta no era tan distinto del aprendizaje de un joven chimpancé dedicado a la pesca de termitas. Ambos aprendían su oficio observando a sus mayores; ambos cometían errores antes de triunfar.

Sin embargo, las herramientas de piedra manufacturadas implicaban un salto cualitativo que iba más allá de las ramitas dobladas. La posición privilegiada de las herramientas de piedra como dominio especial de la humanidad podría haber permanecido intacta de no ser por un investigador iconoclasta. En 1971, el científico británico R. V. S. Wright decidió enseñar a un simio a hacer herramientas de piedra. Su alumno era un orangután de cinco años llamado Abang, del zoo de Bristol. Wright dio a Abang una caja con comida, atada con una soga, y luego le enseñó cómo cortar la soga con un trozo afilado de pedernal; para poder comer Abang aprendió en una hora.

Wright mostró luego a Abang cómo hacer una estaca afilada de pedernal golpeando dos trozos de pedernal entre sí. Ésta fue una lección más difícil; al cabo de varias semanas, Abang necesitaba un total de tres horas para coger el pedernal entre los dedos de las patas, fabricar la estaca, cortar la

soga, y llegar a la comida.

El significado del experimento no era enseñar a los simios a que usaran herramientas de piedra, sino demostrar que la habilidad de hacerlas estaba a su alcance. El experimento de Wright fue una razón más para pensar que los seres humanos no somos tan únicos como lo imaginamos.

—Pero ¿por qué diría Amy que no eran gorilas?

—Porque no lo son —dijo Elliot—. Estos animales no tienen aspecto de gorilas ni se comportan como tales; son diferentes. —A continuación expresó su creencia de que estos animales no sólo habían sido adiestrados, sino que habían sido criados, *tal vez cruzados* con chimpancés o, aunque pareciera extraño, con seres humanos.

Pensaron que estaba bromeando. Pero los hechos eran inquietantes. En 1960, los primeros estudios de la proteína en la sangre cuantificaron el parentesco entre hombre y simio. Bioquímicamente, el pariente más cercano del hombre resultó ser el chimpancé, mucho más próximo que el gorila. En 1964 se realizó, con éxito, el primer trasplante de riñones de chimpancé en un ser humano. Las transfusiones de sangre también fueron posibles.

Pero el grado de similitud no fue conocido totalmente hasta 1975, cuando los bioquímicos compararon el ácido ribonucleico de los chimpancés y hombres. Con sorpresa se descubrió que la diferencia entre aquéllos y éstos era de apenas un 1%. Casi nadie quiso reconocer una consecuencia de esto: con las modernas técnicas de hibridación de ácido ribonucleico y de implantación embrionaria, los cruces entre simios eran seguros, y los cruces entre hombres y simios, posibles.

Por supuesto, en el siglo XIV los habitantes de Zinj no tenían forma de comparar los filamentos de ácido ribonucleico. Pero Elliot señaló que habían subestimado los recursos de los habitantes de Zinj, quienes por lo menos habían logrado, hacía quinientos años, llevar a cabo complicados procedimientos en el adiestramiento de animales, llegando a un nivel que los científicos occidentales sólo habían podido alcanzar diez años atrás.

Y tal como lo veía Elliot, los animales adiestrados por los zinjianos presentaban un problema terrible.

—Debemos hacer frente a la realidad —dijo—. Los tests de inteligencia a que hemos sometido a Amy indican que su coeficiente es de noventa y dos. Prácticamente es tan inteligente como un ser humano, y en muchos sentidos, más inteligente, más perceptivo y sensible. Es capaz de manipularnos por lo menos con la misma habilidad que nosotros a ella.

»Estos gorilas grises poseen la misma inteligencia, pero han sido criados con un solo propósito: el de ser los equivalentes entre los primates, de los doberman, animales guardianes, de ataque, adiestrarlos por su sagacidad y fiereza. Pero son más inteligentes y tienen más recursos que los perros. Y continuarán sus ataques hasta que nos hayan matado a todos, tal como han hecho con cuantos se han acercado a este lugar hasta ahora.

A través de los barrotes

En 1975, el matemático S. L. Berensky examinó la literatura escrita sobre el lenguaje de los primates y llegó a una conclusión sorprendente. «No hay duda —anunció— de que los primates son muy superiores al hombre en inteligencia».

Según Berensky, «la pregunta conspicua, que todo visitante al zoo se hace intuitivamente, es: “¿Quién está detrás de los barrotes? ¿Quién está enjaulado, quién libre?”... A ambos lados de los barrotes, puede observarse a los primates haciéndose muecas mutuamente. Es demasiado fácil decir que el hombre es superior porque es quien ha hecho el zoo. Nosotros imponemos nuestra clase especial de horror: el cautiverio en jaulas, una forma de castigo entre nuestra especie, asumiendo que los demás primates sienten lo mismo que nosotros».

Berensky comparó los primates con los embajadores extranjeros: «Durante siglos, los simios se las han arreglado para llevarse bien con las personas, como embajadores de su especie. En los últimos años, incluso han aprendido a comunicarse con las personas mediante el lenguaje de los signos. Pero se trata de un intercambio diplomático unilateral; ninguna persona ha intentado vivir en una sociedad de simios, dominar su lenguaje y sus costumbres, comer sus alimentos, vivir como ellos. Los simios han aprendido a hablar con nosotros, pero nosotros nunca hemos aprendido a hablar con ellos. ¿Quién, entonces, tendrá un intelecto mayor?».

Berensky agregó una predicción: «Llegará el momento en que las circunstancias obliguen a alguna persona a comunicarse con una sociedad de primates según las condiciones impuestas por éstos... Sólo entonces se darán cuenta las personas del egoísmo condescendiente con que tratan a otros animales».

La expedición de STRT, aislada en las profundidades de la selva tropical del Congo, debía hacer frente ahora a este problema. Debían vérselas con una nueva especie de animal, similar al gorila, y tratar con él, de alguna manera, respetando sus condiciones.

Esa noche Elliot transmitió a Houston los sonidos semejantes a resuellos grabados en la cinta, que fueron retransmitidos a San Francisco. La transcripción que siguió a la transmisión fue breve:

Seamans escribió: TRNSMISN RECBDA, AYUDARÁ

IMPORTNT NCSITO TRADCCION PRONT, escribió Elliot. ¿CNDO LISTA?

ANÁLISIS COMPTR DIFICLES - PROBLMS XCDN MGNTD LS CH/J.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Ross.

—Dice que los problemas de traducción exceden la dificultad del lenguaje de signos chino, o incluso del japonés.

Ella no sabía que existiera un lenguaje de signos chino o japonés, pero Elliot le explicó que todos los idiomas principales tenían lenguaje de signos, y que cada uno seguía sus propias reglas. Por

ejemplo, el BSL, lenguaje británico de signos, es totalmente distinto del ASL, lenguaje estadounidense de signos, aunque el inglés escrito y hablado son virtualmente idénticos en los dos países.

Los distintos lenguajes de signos tienen una gramática y sintaxis distinta, y cada uno obedece a distintas tradiciones de signos. El lenguaje chino de signos utiliza el dedo medio, apuntando hacia arriba, para expresar varias cosas, como la frase «dentro de dos semanas» o la palabra «hermano», pero esta seña se considera insultante e inaceptable en el lenguaje estadounidense de signos.

—Pero éste es un idioma hablado —observó Karen Ross.

—Sí —dijo Elliot—, pero es un problema complicado. No creo que podamos traducirlo en poco tiempo.

Para la noche, tenían dos nuevas informaciones. Ross envió una simulación computable a Houston que volvió con un curso de probabilidad de tres días y una desviación estándar de dos días para encontrar las minas de diamantes. Esto significaba que debían estar preparados a pasar otros cinco días en el lugar. La comida no era problema, pero las municiones sí: Munro propuso usar gases lacrimógenos.

Esperaban que los gorilas grises usaran una técnica distinta, y eso hicieron: atacaron inmediatamente después de que oscureció. La batalla de la noche del 23 de junio se vio realzada por las explosiones de la metralla y el siseo del gas. La estrategia fue efectiva: los gorilas fueron rechazados, y esa noche no regresaron.

Munro estaba satisfecho. Anunció que tenían suficiente gas lacrimógeno para mantener a raya a los gorilas por una semana, tal vez más. Por el momento, sus problemas parecían resueltos.

DÍA 12

ZINJ

24 de junio de 1979

La ofensiva

Poco después del alba, descubrieron los cuerpos de Mulewe y Akari cerca de su tienda. Al parecer el ataque de la noche anterior había sido un intento eficaz de desviar la atención de la gente del campamento de modo que un gorila pudiera entrar, matar a los porteadores, y volver a salir. Lo más perturbador era el hecho de que no hallaron ninguna pista que indicara cómo podría haber cruzado la cerca electrificada.

Una cuidadosa búsqueda reveló que una sección de la cerca había sido cortada en la parte inferior. Al lado, en el suelo, había un palo largo. Los gorilas habían usado el palo para levantar la cerca, para que uno pudiera pasar, arrastrándose. Y, antes de irse, habían vuelto a poner la cerca en su estado original.

Costaba mucho aceptar la inteligencia que revelaba este comportamiento. «Una y otra vez —dijo Elliot más tarde—, teníamos que enfrentarnos a nuestros propios prejuicios respecto de los animales. No hacíamos más que esperar que los gorilas actuaran de una manera estúpida y previsible, pero nunca lo hacían. Jamás los tratamos como adversarios flexibles, aunque ya habían logrado reducir nuestras filas en una cuarta parte».

A Munro le resultaba difícil aceptar la hostilidad calculada de los gorilas. Su experiencia le había enseñado que en su medio natural los animales eran indiferentes al hombre. Finalmente llegó a la conclusión de que esos simios «habían sido adiestrados por el hombre».

—Debo pensar en ellos como si se tratase de seres humanos —dijo—. La pregunta, es: ¿qué haría yo en ese caso?

Para Munro, la respuesta era clara: tomar la ofensiva.

Amy aceptó conducirlos hasta la parte de la jungla donde, según ella, vivían los gorilas. Para las diez de la mañana, avanzaban por las laderas de las colinas al norte de la ciudad armados con fusiles. Al poco tiempo encontraron rastros de gorilas: excrementos y nidos en los árboles y en el suelo. Munro se alteró por lo que vio: algunos árboles tenían veinte o treinta nidos, lo que indicaba una población numerosa.

Diez minutos después encontraron un grupo de diez gorilas grises comiendo unas enredaderas succulentas: cuatro machos y tres hembras adultos, un gorila joven, y dos crías que retozaban. Los adultos tomaban el sol y comían indiferentes a todo. Había varios animales más, que dormían echados y roncaban ruidosamente. Todos parecían encontrarse notablemente desprotegidos.

Munro hizo una señal con la mano: los hombres sacaron el seguro de sus armas. Estaba preparado para disparar contra el grupo cuando Amy le tiró de la pernera de los pantalones. Miró hacia atrás. «Recibí el susto más grande de mi vida. En la cuesta había otro grupo, tal vez de diez o doce animales, y luego vi otro grupo, y otro más, y un cuarto. Debía de haber trescientos gorilas

grises, o más. La ladera estaba *repleta* de ellos».

El grupo más numeroso de gorilas salvajes que se ha avistado estaba formado por treinta y un ejemplares. Fue en Kabara, en 1971, y esa cantidad ha sido puesta en duda. La mayoría de los investigadores opina que se trataba de dos grupos vistos juntos por un momento, pues en general los gorilas van en grupos de diez o quince. Elliot pensó que trescientos animales era «una visión pavorosa». Pero más le impresionó la conducta de los animales. Mientras dormían o comían bajo el sol, se comportaban como gorilas comunes, aunque había diferencias importantes.

«Desde que los vi, me di cuenta de que se comunicaban mediante un lenguaje de signos. Las vocalizaciones jadeantes eran notables, y claramente constituían una forma de lenguaje. Además, usaban signos, aunque no se parecían en nada a los que conocemos. Hacían sus gestos con las manos extendiendo los brazos de una manera grácil, como bailarinas tailandesas. Estos movimientos de las manos parecían complementar las vocalizaciones de suspiros.

»Obviamente, estos gorilas habían elaborado por su cuenta, o alguien se lo había enseñado, un sistema de lenguaje mucho más sofisticado que el lenguaje puro de signos de los simios de laboratorio del siglo XX».

En un rincón de su mente, Elliot consideró que se trataba de un descubrimiento excitante, mientras al mismo tiempo compartía el miedo de los que estaban con él. Agazapados detrás del denso follaje, contenían el aliento, observando cómo comían todos los gorilas en la colina opuesta.

Aunque parecían pacíficos, los seres humanos que los observaban sentían una tensión rayana con el pánico por el hecho de estar tan cerca de esa cantidad de gorilas. Finalmente, a una señal de Munro, echaron a andar por el sendero, y regresaron al campamento.

Los portadores estaban cavando tumbas para Akari y Mulewe en el campamento. Eso les recordó el peligro que acababan de correr. Procedieron a discutir las alternativas que tenían.

—No parecen ser agresivos durante el día —dijo Munro dirigiéndose a Elliot.

—No —convino Elliot—. Su comportamiento parece típico; casi más indolente que el de los gorilas comunes durante el día. Probablemente la mayoría de los machos duerme de día.

—¿Cuántos de los animales que vimos en la colina serían machos? —preguntó Munro. Habían llegado a la conclusión de que solamente los machos participaban en los ataques. Munro quería saber las posibilidades que tenían.

—La mayor parte de los estudios —dijo Elliot— establece que los machos constituyen el quince por ciento de un grupo. Y se ha demostrado que las observaciones aisladas subestiman el tamaño del grupo en un veinticinco por ciento. Hay más animales que los que se ven en un momento dado.

La aritmética era desalentadora. Según sus cálculos, en la colina había unos trescientos gorilas, lo que significaba que probablemente habría unos cuatrocientos, de los cuales el quince por ciento eran machos. Eso quería decir que había unos sesenta animales que atacaban, y sólo nueve en el grupo de defensa.

—Difícil —dijo Munro, sacudiendo la cabeza.

Amy tenía la solución: «*Irse ahora*», dijo por señas.

Ross preguntó qué decía y Elliot le explicó:

—Quiere que nos vayamos. Creo que tiene razón.

—No sea ridículo —dijo Ross—. No hasta que no encontremos los diamantes.

«*Irse ahora*», volvió a decir Amy.

Miraron a Munro. De algún modo, todos habían decidido que éste diría qué harían a continuación.

—Quiero esos diamantes tanto como cualquiera —dijo—. Pero si morimos no nos servirán de mucho. No tenemos otra alternativa. Debemos irnos, si podemos.

Ross lanzó una maldición.

—¿Qué quiere decir con eso de «si podemos»? —preguntó Elliot.

—Quiero decir —dijo Munro—, que a lo mejor no nos dejan.

2

Partida

De acuerdo con las instrucciones de Munro, sólo llevaron provisiones mínimas de comida y municiones. Dejaron todo lo demás: tiendas, cerca de protección, equipo de comunicaciones, todo. Partieron al mediodía.

Munro echó un vistazo por encima del hombro, esperando haber tomado la mejor decisión. En la década de 1960, los mercenarios del Congo tenían un dicho irónico: «No salgáis de vuestras casas». Tenía múltiples significados, entre los que se incluía el más obvio: en primer lugar no debían haber ido al Congo. También quería decir que una vez establecidos en un campo fortificado o ciudad colonial, no era prudente salir a la jungla circundante, fuera cual fuese la provocación. Muchos amigos de Munro habían muerto en la jungla por haber salido estúpidamente de su casa.

Munro llevaba la expedición fuera de casa ahora; dejaban atrás el pequeño campamento plateado con su defensa perimétrica. Allí eran como patos a la espera del ataque de los gorilas.

Mientras avanzaban por la selva ecuatorial, Munro era dolorosamente consciente de la fila india que caminaba detrás. Era una formación muy poco defendible. Observaba cómo se abría el follaje de la jungla a medida que el sendero se angostaba. Le pareció que cuando habían ido en busca de la ciudad, el camino era más ancho. Estaban completamente rodeados por helechos y palmeras. Los gorilas podían acechar a unos centímetros, ocultos entre el denso follaje, pero no lo descubrirían hasta que fuera demasiado tarde.

Siguieron caminando.

Munro pensaba que si podían llegar a las laderas orientales del Mukenko, todo iría bien. Los gorilas grises estaban localizados cerca de la ciudad, y no los seguirían tan lejos. Una o dos horas de caminata y se encontrarían a salvo.

Consultó el reloj: hacía diez minutos que avanzaban.

De pronto oyó un sonido similar a un jadeo. Parecía venir de todas direcciones. Advirtió detrás de él que el follaje se movía como agitado por el viento. Sólo que no había viento. El sonido de jadeo aumentó.

La columna hizo un alto en el borde de una hondonada correspondiente al lecho de un río. Era un lugar perfecto para una emboscada. Se oyó el ruido metálico de los seguros de los fusiles. Se acercó Kahega.

—¿Qué hacemos, capitán?

Munro observó el movimiento del follaje, y oyó el sonido de respiración. Sólo podía adivinar el número de gorilas ocultos en el follaje. ¿Veinte? ¿Treinta? Demasiados, de cualquier modo.

Kahega señaló la colina, y un sendero que corría encima de la hondonada.

—¿Subimos por allí?

Durante un largo rato, Munro no respondió. Finalmente, dijo:

—No, allí no.

—Entonces, ¿dónde capitán?

—Volvemos —dijo Munro—. Al campamento.

Cuando se alejaron de la hondonada, los suspiros dejaron de oírse y el follaje quedó inmóvil. Al mirar hacia atrás, le pareció que la hondonada ya no representaba peligro alguno. Pero Munro conocía la verdad. No podían partir.

Regreso

La idea se le ocurrió a Elliot como un relámpago.

«En medio del campamento —dijo más tarde—. Estaba mirando a Amy, que trataba de comunicarse con Kahega. Le estaba pidiendo un trago, pero Kahega no entendía el lenguaje de signos, y se encogía de hombros, impotente. Se me ocurrió que la habilidad lingüística de los gorilas grises era, al mismo tiempo, su gran ventaja, y su talón de Aquiles».

Elliot propuso que capturaran a un solo gorila gris, aprendieran su lenguaje, y lo usaran para comunicarse con los demás. Bajo circunstancias normales, llevaría meses aprender un nuevo lenguaje de simios, pero Elliot pensaba que podía hacerlo en cuestión de horas.

Seamans ya estaba trabajando en las verbalizaciones de los gorilas grises. Todo lo que necesitaba era más datos. Pero Elliot había llegado a la conclusión de que los gorilas grises utilizaban una combinación de sonidos y signos. Y sería fácil descifrar estos últimos.

En Berkeley, Seamans tenía un programa de computación llamado ENA (Explicación de Normas Animales), capaz de observar a Amy y traducir sus signos. Como ENA utilizaba programas descifradores de códigos desarrollados por el Ejército, era capaz de identificar nuevos signos, y de traducirlos, además. Si bien ENA había sido concebido para trabajar con Amy en el lenguaje estadounidense de signos, no había ninguna razón para que no funcionara con un lenguaje enteramente nuevo.

Si podían hacer una conexión por satélite entre el Congo, Houston y Berkeley, podrían suministrar por vídeo datos de un animal cautivo directamente al programa. Y ENA prometía una rapidez de traducción superior a la capacidad de cualquier observador humano. (El programa del Ejército estaba diseñado para descifrar códigos enemigos en cuestión de minutos).

Elliot y Ross estaban convencidos de que resultaría. Munro no. Hizo algunos comentarios menospreciativos acerca de interrogar a prisioneros de guerra.

—¿Qué intentan hacer? —preguntó—. ¿Torturar al animal?

—Emplearemos estrés situacional —dijo Elliot—. De ese modo provocaremos el uso del lenguaje. —Estaba preparando el material, disponiéndolo sobre el suelo: un plátano, un cuenco con agua, un caramelo, un palo, una enredadera jugosa, paletas de piedra.

—La mataremos de miedo, si es necesario.

—¿A ella?

—Por supuesto —dijo Elliot, cargando la pistola con un dardo de Thoralen—. A ella.

Captura

Quería una hembra sin cría. Una cría crearía dificultades.

Avanzando entre la maleza llegó al borde de una loma y vio nueve gorilas agrupados debajo: dos machos, cinco hembras y dos jóvenes. Estaban merodeando en la jungla, unos siete metros más abajo del lugar donde él se encontraba. Observó el grupo lo suficiente para asegurarse de que utilizaban el lenguaje de signos, y que no había cachorros entre el follaje. Luego, esperó su oportunidad.

Los gorilas comían aquí y allá entre los helechos, cortando brotes tiernos, que masticaban indolentemente. Después de varios minutos, una hembra se apartó del grupo y subió a comer cerca de la loma donde Elliot permanecía agazapado. Estaba separado del resto del grupo por más de diez metros.

Al ver a la hembra, Elliot levantó la pistola de dardos con ambas manos y apuntó. Estaba perfectamente situada. La observó, apretó el gatillo lentamente, y entonces perdió el equilibrio. Cayó cuesta abajo, justo en medio de los gorilas.

Quedó inconsciente, tendido de espaldas, a unos seis metros, pero respiraba, y un brazo se sacudía espasmódicamente. Munro estaba seguro de que no había sufrido ningún daño grave. Pero le preocupaban los simios.

Los gorilas grises habían visto caer a Elliot y ahora se acercaban a él. Ocho o nueve animales se agruparon alrededor de Elliot, observándolo, impassibles, mientras se comunicaban por signos.

Munro quitó el seguro de su fusil.

Elliot gimió, se tocó la cabeza, y abrió los ojos. Munro vio cómo Elliot se ponía tenso al ver los gorilas, pero no se movió. Tres machos adultos se agacharon muy cerca de él. Era consciente de lo precario de su situación. Elliot permaneció inmóvil en el suelo durante casi un minuto. Los gorilas susurraban y hacían señas, pero no se acercaban.

Finalmente, Elliot se incorporó sobre un codo, lo que ocasionó una serie de signos, pero ningún comportamiento amenazador.

Arriba, en la colina, Amy tiró de la manga de Munro e hizo signos enfáticos. Él sacudió la cabeza: no entendía. Volvió a levantar el fusil, y Amy lo mordió en la rodilla. El dolor era insoportable. Munro ahogó un grito.

Elliot, tirado en el suelo, abajo, trató de controlar su respiración. Los gorilas estaban muy próximos. Podía tocarlos y percibía el olor dulzón y húmedo de sus cuerpos. Estaban agitados. Los machos habían empezado a gruñir. Emitían un rítmico jo-jo-jo.

Decidió que era mejor ponerse de pie, lenta y metódicamente. Pensó que si podía separarse un

poco de los animales, ellos no se sentirían tan amenazados. Pero apenas empezó a moverse los gruñidos aumentaron, y uno de los machos inició un movimiento lateral como de cangrejo, golpeando la tierra con las palmas abiertas.

De inmediato, Elliot volvió a tenderse sobre el suelo. Los gorilas se relajaron, y él pensó que había hecho lo mejor. Los animales se sentían confundidos por ese ser humano que había caído entre ellos; al parecer, en las zonas donde comían no esperaban tener contacto con los seres humanos.

Decidió esperar tendido de espaldas aunque tuviera que permanecer así varias horas, al menos hasta que perdieran interés y se fueran. Respiraba lentamente, con regularidad, consciente de que estaba sudando. Probablemente podían oler su miedo, aunque, al igual que los hombres, los gorilas no tienen desarrollado el sentido del olfato. No reaccionaron ante el olor de miedo. Esperó. Los gorilas suspiraban y hacían señas rápidamente, tratando de decidir qué hacer. Luego un macho reinició abruptamente los movimientos de cangrejo, golpeando la tierra y mirando fijamente a Elliot. Elliot no se movió. Mentalmente, repasaba las etapas del comportamiento de ataque: gruñidos, movimientos laterales, golpes sobre la tierra, arrancar la hierba, golpearse el pecho...

Atacar.

El gorila macho empezó a arrancar la hierba. Elliot sintió los fuertes latidos de su corazón. El gorila era un animal enorme, que fácilmente debía de pesar 150 kilos. Se incorporó sobre las patas traseras y comenzó a golpearse el pecho con las palmas, haciendo un sonido sordo. Elliot se preguntó qué estaría haciendo Munro. Luego oyó un estrépito y al levantar la vista vio que Amy venía rodando cuesta abajo, cogiéndose de ramas y helechos para amortiguar los golpes. Aterrizó a los pies de Elliot.

Los gorilas no podían haber recibido mayor sorpresa. El macho grande dejó de golpearse el pecho. Se puso a cuatro patas, y dirigió a Amy una mirada colérica.

Amy gruñó.

El macho grande avanzó amenazadoramente hacia Peter, sin quitarle los ojos de encima a Amy. Ésta también lo observaba. Se trataba de una prueba de dominación. El macho se acercaba cada vez más, sin vacilar...

Amy dejó escapar un rugido ensordecedor. Elliot saltó, sorprendido. La había oído rugir una o dos veces, en momentos de furia extrema. Como era raro que las hembras rugiesen, los otros gorilas se alarmaron. Amy puso rígida la espalda y los brazos y contrajo el rostro. Miró fijamente al macho, con agresividad, y volvió a rugir.

El macho se detuvo, ladeando la cabeza. Parecía estar meditando su acción. Finalmente retrocedió, y se unió al semicírculo de simios grises, detrás de la cabeza de Elliot.

Amy apoyó deliberadamente el brazo en la pierna de Elliot, simbolizando posesión. Un macho joven, de cuatro o cinco años, avanzó impulsivamente mostrando los dientes. Amy le dio una bofetada en la cara, y el gorila chilló y regresó a la protección de su grupo.

Amy miró coléricamente a los otros gorilas. Y luego empezó a hacer señas.

«*Irse dejar Amy irse*».

Los gorilas no reaccionaron.

«*Peter buena persona humana*». Consciente de que no le entendían, hizo algo notable: suspiró, imitando el sonido de la respiración de los gorilas. Éstos se miraron, sorprendidos.

Amy se acercó entonces a Peter y empezó a peinarlo, tirándole suavemente de la barba y del pelo. Los gorilas empezaron a hacer signos rápidamente. Luego el macho reinició su rítmico jo-jo-jo. Cuando Amy vio esto se volvió hacia Peter y expresó: «Amy abrazar Peter». Él se sorprendió: Amy nunca se ofrecía a abrazarlo. Por lo general, quería que fuese él quien la abrazara y le hiciera cosquillas.

Elliot se incorporó y ella lo apretó contra su pecho, apoyando la cara contra el pelo de él. El gorila macho dejó de gruñir y los otros empezaron a retroceder, como si hubieran cometido algún error. En ese momento, Elliot comprendió: ella lo estaba tratando como a su hijo.

Se trataba de un comportamiento clásico de los primates en situaciones de agresión. Los primates se cuidan mucho de hacer daño a las crías y esta inhibición ha sido invocada por los animales adultos en muchos contextos. Los mandriles a menudo ponen fin a sus peleas cuando uno de los machos alza un cachorro y lo aprieta contra su pecho, con lo cual impide un ataque ulterior. Los chimpancés muestran variaciones más sutiles de la misma cosa. Si el juego entre los jóvenes se vuelve demasiado brutal, un macho se dirige a uno de ellos y lo abraza paternalmente, aunque en este caso tanto el padre como el hijo son simbólicos. Sin embargo, la pose basta para inhibir la violencia. En este caso, Amy no sólo evitaba el ataque del macho, sino que protegía también a Elliot, tratándolo como a una cría, si es que los gorilas podían aceptar como tal a ese barbado espécimen de un metro noventa de estatura.

Lo hicieron.

Desaparecieron entre el follaje. Amy soltó a Elliot, lo miró, y por señas le dijo: «*Cosas estupendas*».

—Gracias, Amy —dijo él, y la besó.

«*Peter hacer cosquillas Amy Amy buen gorila*».

—Seguro —dijo él, y le hizo cosquillas durante varios minutos, mientras ella rodaba por la tierra, gruñendo de felicidad.

Cuando regresaron al campamento ya eran las dos de la tarde.

—¿Consiguieron un gorila? —preguntó Ross.

—No —contestó Elliot.

—Bien, no importa —dijo ella—, porque no puedo comunicarme con Houston.

Elliot pareció aturdido:

—¿Más obstrucciones electrónicas?

—Peor que eso —dijo Ross. Había pasado una hora tratando de establecer conexión por satélite con Houston, pero había fracasado. Una vez que se establecía el contacto, éste se interrumpía al cabo de unos pocos segundos. Finalmente, después de asegurarse de que su equipo estaba bien, constató la fecha.

—Es 24 de junio —dijo—. Y con la última expedición al Congo las dificultades comenzaron el 28 de mayo. Hace veintiocho días.

Como Elliot parecía no entender nada, Munro le explicó:

—Significa que la causa es solar.

—Eso es —dijo Karen Ross—. Se trata de una alteración ionosférica de origen solar. —La mayor parte de las alteraciones de la ionosfera terrestre, explicó Ross, se debían a fenómenos como las manchas solares. Como el sol rota cada veintisiete días, estas alteraciones a menudo ocurren un mes después.

—Está bien —dijo Elliot—, es solar. ¿Cuánto durará?

Ross sacudió la cabeza.

—En mi opinión unas pocas horas, un día, como máximo. Pero ésta parece ser una alteración seria, y se ha producido de repente. Hace cinco horas teníamos una comunicación perfecta, y ahora, nada. Pasa algo raro. Podría durar una semana.

—¿Quiere decir que permaneceremos una semana incomunicados? ¿Sin computadora, ni nada?

—Así es —respondió Ross, con voz inexpresiva—. Desde ahora, estamos totalmente desconectados del mundo exterior.

Aislamiento

La explosión solar más grande de 1979 fue registrada el 24 de junio por el observatorio Kitt Peak, cerca de Tucson, Arizona, y debidamente transmitida al Centro de Servicios del Ambiente Espacial, de Boulder, Colorado. Al principio, el Centro no pudo creer los datos aportados: aunque fuera medida por los patrones gigantescos de la astronomía solar, esta explosión, designada 78/06/414aa, era monstruosa.

La causa de las explosiones solares es desconocida, pero se cree que están relacionadas con las manchas solares. En este caso, la explosión apareció como un punto extremadamente brillante, de dieciséis mil kilómetros de diámetro, que afectaba no sólo las líneas espectrales de hidrógeno alfa y calcio ionizado sino también el espectro de luz blanca del sol. Una explosión de «espectro continuo», como ésta, era extremadamente rara.

El Centro se negaba a creer también en las consecuencias computadas. Las explosiones solares descargan una cantidad enorme de energía: la más pequeña de las explosiones puede duplicar la cantidad de radiación ultravioleta emitida por la totalidad de la superficie solar. Pero la explosión 78/06/414aa casi triplicaba las emisiones ultravioleta. A los ocho minutos y veinte segundos de su primera aparición a lo largo del borde giratorio —el tiempo que necesita la luz para llegar a la Tierra desde el sol— esta onda de radiación ultravioleta empezó a afectar la ionosfera de la Tierra.

La consecuencia de la explosión fue la seria alteración de las comunicaciones por radio en un planeta a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia, particularmente las transmisiones por radio que utilizan potencias de baja señal. Las estaciones comerciales de radio, que generaban kilovatios de potencia, apenas tuvieron inconvenientes, pero el equipo del Congo, que transmitía señales en el orden de los veinte mil vatios, se vio impedido de establecer enlace por satélite. Y como la explosión solar emitía, además, rayos X y partículas atómicas que no llegarían a la Tierra hasta veinticuatro horas más tarde, los inconvenientes en la radio durarían por lo menos un día entero, y tal vez más. En Houston, los técnicos de STRT predijeron que la interrupción iónica duraría de cuatro a ocho días.

—¿Significa que estaremos todo ese tiempo sin establecer contacto con ellos? —preguntó Travis.

—Así parece —dijo uno de los técnicos—. Ross se dará cuenta cuando advierta que más tarde tampoco podrá comunicarse.

—Necesitan esta conexión —dijo Travis.

El personal de STRT había hecho cinco simulaciones en la computadora y el resultado era siempre el mismo: si la expedición de Ross no podía ser evacuada por aire, corría serio peligro. Las proyecciones de supervivencia indicaban que tenían una posibilidad entre cuatro de salir con vida, asumiendo que contarían con la comunicación por medio de la computadora, que había quedado interrumpida.

Travis se preguntó si Ross y los demás se daban cuenta de lo grave de su situación.

—¿Alguna información nueva en Banda Cinco sobre Mukenko? —preguntó Travis.

En los satélites, la Banda Cinco registraba datos infrarrojos. Al pasar por última vez sobre el Congo, el satélite había recogido una significativa información acerca del Mukenko. El volcán estaba mucho más caliente que en el registro anterior, efectuado hacía nueve días; el aumento de temperatura era del orden de los ocho grados.

—Nada nuevo —dijo el técnico—. Y las computadoras no proyectan una erupción. Cuatro grados de cambio orbital están dentro de la posibilidad de error del detector de ese sistema, y los cuatro grados extra no tienen valor predictivo.

—Bueno, al menos contamos con eso —dijo Travis—. Pero ¿qué harán con los gorilas ahora que no pueden comunicarse?

Ésa era la pregunta que se hacía el personal de la expedición al Congo desde hacía casi una hora. Con las comunicaciones interrumpidas, las únicas computadoras con las que contaban eran sus propias cabezas. Y no eran bastante poderosas.

A Elliot le parecía extraño pensar que su propio cerebro pudiese ser inadecuado. «Todos nos habíamos acostumbrado a tener la potencia de la computadora a nuestra disposición —dijo más tarde—. En cualquier laboratorio decente se puede conseguir toda la memoria y la rapidez de computación que se necesite, de día o de noche. Estábamos tan acostumbrados a eso que habíamos terminado por darlo por hecho».

Por supuesto que con tiempo podrían haber descifrado el lenguaje de los gorilas, pero tenían que vérselas con el factor tiempo: para hacerlo, no contaban con meses sino con unas pocas horas. Separados del programa ENA, su situación era ciertamente desesperada. Munro dijo que no podrían sobrevivir a otro ataque frontal, y tenían buenas razones para esperar uno esa misma noche.

El rescate de Elliot por Amy les sugirió un plan. Amy había demostrado cierta habilidad para comunicarse con los gorilas. Quizá pudiera traducir para ellos.

—Vale la pena probar —insistió Elliot.

Desgraciadamente, la misma Amy negaba que fuera posible.

—¿Amy hablar cosas? —le preguntó Elliot.

«*Hablar no*».

—¿No puedes decir nada? —insistió él, recordando la forma en que ella había suspirado—. Peter vio Amy hablar con cosas.

«*Hablar no. Hacer ruido*».

Elliot llegó a la conclusión de que ella podía imitar los sonidos de los gorilas pero que no entendía su significado. Eran más de las dos; sólo faltaban cuatro o cinco horas para que oscureciera.

—Déjelo ya —dijo Munro—. Está claro que ella no puede ayudarnos.

Munro prefería levantar el campamento y escapar mientras fuese de día. Estaba convencido de que no sobreviviría a otro ataque de los gorilas.

Pero algo importunaba a Elliot.

Después de años de trabajar con Amy, sabía que se aferraba a lo que le dijese como si se tratara de un niño. Cuando ella se mostraba remisa a cooperar, había que ser muy preciso para lograr la respuesta apropiada. Miró a Amy y dijo:

—¿Amy hablar cosas hablar?

«*Hablar no*».

—¿Amy entender cosas hablar?

Ella no contestó. Estaba mordisqueando una hoja.

—Amy, escucha a Peter.

Ella lo miró.

—¿Amy entender cosas hablar?

«*Amy entender cosas hablar*», respondió ella. Lo hizo con tanta naturalidad que al principio

Elliot se preguntó si se daría cuenta de que le estaba hablando.

—Amy mirar cosas hablar, ¿Amy entender palabras?

«*Amy entender*».

—¿Amy segura?

«*Amy segura*».

—Sólo nos quedan unas horas de luz —dijo Munro, sacudiendo la cabeza—. Y aunque usted aprenda su lenguaje, ¿cómo va a hablar con ellos?

Amy hablar cosas hablar

A las tres de la tarde, Elliot y Amy estaban totalmente ocultos entre el follaje de la colina. La única indicación de su presencia era el pequeño cono del micrófono que asomaba entre las hojas. El micrófono estaba conectado a la cámara de vídeo a los pies de Elliot, quien se valía de ella para grabar los sonidos de los gorilas.

La única dificultad era tratar de determinar cuál era el gorila enfocado por el micrófono direccional, y cuál el que enfocaba Amy, y si se trataba del mismo. No podía asegurar que ella estuviera traduciendo las expresiones del mismo animal que él estaba grabando. Había ocho gorilas en el grupo más próximo, y Amy se distraía continuamente. Una hembra tenía un hijo de seis meses, y en un momento dado en que lo picó una abeja, Amy expresó: «*Bebé furioso*». Pero Elliot estaba grabando a un macho.

—Amy —le dijo él—, presta atención.

«*Amy prestar atención. Amy buen gorila*».

—Sí. Amy buen gorila. Amy prestar atención.

«*Amy no querer*».

Elliot maldijo en voz baja, y borró media hora de las traducciones hechas por Amy. Evidentemente, había estado escuchando al gorila equivocado. Cuando volvió a conectar la cinta, decidió grabar al que Amy observaba.

—¿Qué cosa observa Amy? —le preguntó.

«*Amy observar bebé*».

Eso no servía, porque el bebé no hablaba.

—Amy observar cosa mujer.

«*Amy querer observar bebé*».

Depender de esa manera de Amy era una verdadera pesadilla: estaba desconectado de la sociedad de los seres humanos y de las máquinas creadas por éstos, a disposición de un animal cuyo pensamiento y cuyo comportamiento desconocía, y a pesar de ello no tenía más remedio que confiar en él.

Después de otra hora, a medida que el sol palidecía, bajó con Amy en dirección al campamento.

Munro planeó todo lo mejor que pudo.

En primer lugar, cavó fuera del perímetro del campamento una serie de pozos semejantes a trampas para elefantes; eran profundos, con estacas afiladas en el fondo, y estaban cubiertos de hojas y ramas.

Ensanchó en varios lugares el foso que rodeaba el campamento, y retiró cualquier tronco o maleza que pudiera ser utilizado como puente.

Cortó las ramas de los árboles que caían sobre el campamento, de modo que si los gorilas subían a ellos, estarían por lo menos a diez metros de altura, con lo que no saltarían a tierra.

A los tres portadores sobrevivientes —Muzezi, Amburi y Harawi— les dio fusiles para disparar gas lacrimógeno, y varios botes de humo.

Junto con Ross, aumentó la potencia de la cerca perimétrica a casi doscientos amperios. Éste era el máximo de energía que la delgada red podía soportar sin fundirse; se habían visto obligados a reducir las pulsaciones de cuatro a dos por segundo. Pero la corriente adicional convirtió la cerca en una barrera letal. Los primeros animales que la tocaran morirían instantáneamente, aunque también crecía la posibilidad de que se produjese un cortocircuito y la cerca quedara inutilizada.

A la caída del sol, Munro tomó su decisión más difícil. Cargó los dispositivos montados sobre los trípodes con la mitad de las municiones que les quedaban. Cuando se terminaran, las ametralladoras dejarían de disparar. Desde ese momento, Munro tendría que confiar en Elliot y Amy y sus traducciones.

Y cuando Elliot estuvo de regreso en el campamento, no parecía muy contento.

Defensa final

—¿Cuánto tiempo necesita para disponerlo todo? —le preguntó Munro.

—Un par de horas, quizá más. —Elliot pidió a Ross que lo ayudara, y Amy fue a pedir comida a Kahega. Parecía muy orgullosa de sí misma, y se comportaba como si fuera una persona importante en el grupo.

—¿Resultó? —preguntó Ross.

—Lo sabremos en un minuto —respondió Elliot. Su primer plan era hacer la única prueba posible con el material de Amy, es decir, verificar la repetición de sonidos. Si la traducción de éstos coincidía, entonces podía confiar en ella.

Pero era una labor tremendamente ardua. Sólo contaban con la diminuta cámara de vídeo y el magnetófono de bolsillo, sin cables de conexión. Pidió que todo el mundo guardara silencio y procedió a hacer la prueba, volviendo la cinta atrás repetidas veces y escuchando los sonidos como suspiros.

De inmediato se dieron cuenta de que sus oídos no eran capaces de discriminar entre un sonido y otro: todo sonaba igual. Luego a Ross se le ocurrió algo.

—Estos sonidos —dijo— están grabados como señales eléctricas.

—Si...

—Pues bien, el transmisor tiene una memoria de 256 K.

—Pero no podemos conectar con la computadora de Houston.

—No me refiero a eso —dijo Ross. Explicó que la conexión por satélite era posible porque la computadora en el terreno igualaba una señal generada internamente con otra señal transmitida desde Houston. Ésa era la forma en que se conectaban. La máquina estaba hecha así, pero podían usar el programa para otros propósitos de comparación.

—¿Quiere decir que podemos usarlo para comparar estos sonidos? —preguntó Elliot.

Podían, pero era un método muy lento. Tuvieron que transferir los sonidos grabados en la memoria de la computadora, y grabarlos nuevamente en la cámara de vídeo, en otro trozo del ancho de la banda de la cinta. Luego alimentaron la señal en la memoria de la computadora, e hicieron una segunda cinta de comparación en la filmadora. Elliot estaba de pie junto a Ross, viendo cómo ella cambiaba las cintas y los minúsculos discos flexibles. Cada media hora, Munro se acercaba a preguntar qué tal marchaba todo. Ross se ponía cada vez más irritable.

—Lo hacemos tan rápido como podemos —dijo.

Eran las ocho de la noche.

Pero los resultados finales fueron alentadores. Amy era consciente en sus traducciones. Para las nueve habían cuantificado casi una docena de palabras:

COMER	0,8844	0,334
AGUA	0,9978	0,004
BEBER	0,7743	0,334
(AFIRMACIÓN) SÍ	0,6654	0,441
(NEGACIÓN) NO	0,8883	0,220
VENIR	0,5459	0,440
IR	0,5378	0,404

SONIDOS COMPLEJOS:

?ALEJARSE	0,5444	0,343
?AQUÍ	0,6344	0,344
?IRA		
?MALO	0,4232	0,477

Ross se alejó de la computadora.

—Es toda suya —le dijo a Elliot.

Munro se paseaba por el campamento. Era el peor momento. Todos esperaban, con los nervios de punta. Les habría gustado bromear con Kahega y los demás porteadores, pero Ross y Elliot necesitaban silencio para su trabajo. Miró a Kahega.

Kahega señaló el cielo y juntó los dedos.

Munro asintió.

Él también había percibido que el ambiente estaba muy húmedo y que la electricidad estática casi podía palparse. Iba a llover. Lo que les faltaba, pensó. Durante la tarde, habían oído más explosiones lejanas, que Munro interpretó como tormentas eléctricas. Pero no eran ruidos exactos sino cortantes, más parecidos a una explosión sónica que a otra cosa. Munro los había oído otras veces, y tenía idea de lo que significaban.

Levantó la vista, enfocándola en el cono oscuro del Mukenko y en el débil resplandor del Ojo del Diablo. Miró los verdes rayos láser, cruzados sobre su cabeza. Y advirtió que uno de los rayos parecía moverse donde daba sobre el follaje de los árboles.

Al principio pensó que se trataba de una ilusión, que eran las hojas las que se movían, no el rayo. Pero después de un momento, no tuvo dudas: era el rayo el que temblaba, moviéndose en el aire de la noche.

Munro se dio cuenta de que aquello tenía un significado ominoso, pero debería esperar hasta después; por el momento, había preocupaciones más urgentes. Miró en dirección a Elliot y Ross, que en el otro extremo del campamento hablaban tranquilamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

En realidad, Elliot trabajaba con la mayor rapidez posible. Tenían once palabras confiables grabadas

en la cinta. Su problema era componer un mensaje inequívoco. Eso no era tan fácil como había parecido al principio.

Para empezar, el lenguaje de los gorilas no era puramente verbal. Para transmitir información los gorilas usaban combinaciones de signos y sonidos. Esto presentaba un problema clásico en la estructura lingüística: ¿cómo se transmitía la información? (L.S. Verinski dijo en una oportunidad que si visitantes de otros mundos vieran hablar a los italianos, llegarían a la conclusión de que el italiano es básicamente un lenguaje de signos y gestos, con sonidos agregados simplemente para dar énfasis). Elliot necesitaba un mensaje simple que no dependiera de gestos.

Pero no tenía idea de la sintaxis de los gorilas, que podía alterar el significado en casi todas las circunstancias. Incluso un mensaje breve podía resultar ambiguo si la sintaxis no era correcta.

Ante esa incertidumbre, Elliot consideró la posibilidad de transmitir una sola palabra. Pero ninguna de las que tenía en la lista era adecuada. Su segunda idea fue transmitir varios mensajes breves, en caso de que uno fuera ambiguo. Escogió tres mensajes: «Irse», «No venir» y «Malo aquí».

A las nueve ya habían aislado los componentes específicos de sonidos. Pero aún tenían una tarea complicada por delante. Elliot necesitaba que se repitieran los sonidos una y otra vez. Lo mejor que tenían a su disposición era la cámara de vídeo que se rebobinaba automáticamente y volvía a transmitir su mensaje. Podía retener los cinco sonidos en la memoria de 256 K y volver a repetirlos, pero la regulación del tiempo era crítica. Durante la hora siguiente, frenéticamente, trataron de juntar las combinaciones de palabras hasta que sonaran correctas para sus oídos.

Para entonces ya eran las diez.

Munro se acercó con su pistola láser.

—¿Creen que esto resultará?

—No hay modo de saberlo —respondió Elliot.

Se le había ocurrido una docena de objeciones. Habían grabado la voz de una hembra; los gorilas, ¿reaccionarían ante una hembra? ¿Aceptarían sonidos sin gestos? ¿Sería claro el mensaje? ¿Sería aceptable el espaciado de los sonidos? ¿Prestarían atención los gorilas?

No había forma de saberlo. Simplemente, harían la prueba.

Igualmente incierto era el problema de la transmisión. Ross había fabricado un altavoz sacando el diminuto altavoz del magnetófono de bolsillo y pegándolo a un paraguas sobre un trípode plegable. El altavoz sonaba sorprendentemente fuerte, pero la reproducción era poco convincente.

Poco después, oyeron los primeros suspiros.

Munro apuntó la pistola láser en medio de la oscuridad. A través de sus gafas de visión nocturna escrutó el follaje. Una vez más, los suspiros provenían de todas direcciones; pero no se veía nada. Los monos estaban callados en los árboles. Sólo se oía el suave y ominoso suspirar. Mientras escuchaba, Munro pensó que los sonidos debían de representar alguna especie de lenguaje, y... en ese momento apareció un gorila. Kahega disparó. Su rayo láser trazó una trayectoria de luz en medio de la noche. El gorila se agachó y se escondió en medio de espesos helechos.

Munro y los demás se situaron en sus puestos a lo largo del perímetro. Estaban agazapados, tensos. Las luces nocturnas infrarrojas proyectaban sus sombras sobre la cerca de tela metálica y la

jungla que se extendía más allá de ésta.

Los suspiros continuaron varios minutos más, y luego, lentamente, fueron desvaneciéndose, hasta que volvió a hacerse el silencio.

—¿Qué habrá sido? —preguntó Ross.

—Están esperando —respondió Munro, frunciendo el entrecejo.

—¿Esperando qué?

Munro sacudió cabeza. Rodeó el recinto del campamento mirando a los otros guardianes, tratando de descifrar lo que ocurría. Muchas veces había podido predecir el comportamiento de animales —un leopardo herido en la selva, un búfalo arrinconado— pero esto era distinto. Se vio obligado a reconocer que no sabía qué podía esperar. Ese gorila, ¿habría ido a explorar, a mirar sus defensas? ¿O habría comenzado el ataque, y por alguna razón lo habían detenido? ¿Se trataba de una maniobra para hacerles perder los nervios? En alguna ocasión Munro había visto que cuando los chimpancés atacaban a un grupo de mandriles, por ejemplo, hacían breves incursiones en las que aislaban y mataban algún animal joven, para aumentar la ansiedad de aquéllos antes del ataque final.

Entonces oyó el rugido del trueno. Kahega señaló el cielo. Ésa era la respuesta.

—¡Maldición! —exclamó Munro.

A las diez y media cayó sobre ellos una lluvia torrencial. El frágil altavoz se empapó y empezó a chorrear agua. La lluvia causó cortocircuitos y la cerca defensiva dejó de funcionar. Las luces nocturnas parpadeaban, y dos focos estallaron. La tierra se hizo barro, y la visibilidad se redujo a cinco metros. A causa del ruido de la lluvia al golpear contra el follaje, tenían que gritar para oírse. Eso era lo peor. No habían terminado las cintas. El altavoz probablemente no funcionaría, y si lo hiciese, de cualquier modo no se oiría. La lluvia obstruiría el láser e impediría la diseminación de los gases lacrimógenos.

Cinco minutos después, los gorilas atacaron.

La lluvia cubría sus pasos. Parecían aparecer de la nada, arremetiendo contra la cerca en tres direcciones simultáneas. Desde ese primer momento, Elliot se dio cuenta de que ese ataque sería distinto de los anteriores. Los gorilas habían aprendido la lección y estaban decididos a acabar el trabajo.

Primates de ataque, adiestrados, sagaces y crueles; aunque ésa había sido su propia descripción, se sentía alelado al ver la prueba delante de él. Los gorilas atacaban en olas, como disciplinadas tropas de asalto. Sin embargo, le parecía más horripilante que un ataque de tropas humanas. Para ellos no somos más que animales, pensó. Una especie rara, por la cual no sienten nada. No somos más que una plaga que debe ser eliminada.

A estos gorilas no les importaba por qué estaban allí, qué razones los habían llevado al Congo. No mataban para comer, ni para defenderse ni para proteger su cría. Mataban porque habían sido adiestrados para ello.

El ataque prosiguió con rapidez sorprendente. En cuestión de segundos, los gorilas traspusieron el perímetro y penetraron en el campamento. Avanzaban gruñendo y rugiendo, sin que nada pudiese impedirlo. La fuerte lluvia les achataba el pelaje, dándoles un aspecto aún más amenazador bajo las

luzes. Elliot vio diez o quince animales en el campamento, pisoteando las tiendas y atacando a la gente. Azizi murió de inmediato; su cráneo fue aplastado entre dos paletas de piedra.

Munro, Kahega y Ross disparaban con sus pistolas láser, pero a causa de la confusión y de la mala visibilidad, su efectividad era limitada. Los rayos láser parecían fragmentarse en medio de la lluvia torrencial; las balas siseaban y chisporroteaban. Una de las municiones estalló, desparramando ráfagas en todas direcciones. Todos se arrojaron al suelo. Varios gorilas resultaron muertos a causa de las balas perdidas. Se agarraban el pecho, en una extraña parodia de la muerte humana.

Elliot se volvió hacia el equipo de grabación y Amy se abrazó a él, gruñendo de miedo. La apartó y conectó la cámara.

Los gorilas habían dominado a todos los miembros del grupo. Munro estaba tendido de espaldas, con un gorila encima. A Ross no se la veía por ninguna parte. Kahega rodaba por el barro, con un gorila aferrado a él. Elliot casi no oyó los horribles ruidos que emanaban del altavoz, y los gorilas no prestaban atención.

Otro de los porteadores, Muzezi, lanzó un alarido al tropezar con una caja de municiones; su cuerpo se sacudió bajo el impacto de las balas y cayó de espaldas, con el cuerpo humeando. Por lo menos doce gorilas estaban muertos o yacían en el barro, gimiendo. Las cajas ya no tenían municiones.

Elliot vio a un gorila, desgarrando metódicamente una tienda. En el otro extremo del campamento, algunos de sus compañeros hacían sonar los utensilios de aluminio como si fueran paletas de metal. Entraron más gorilas, ignorando los sonidos chirriantes que salían del altavoz. Elliot se sintió enfermo al darse cuenta de que el plan había fracasado.

Estaban perdidos; sólo era cuestión de tiempo.

Un gorila lo atacó enarbolando las paletas de piedra. Aterrorizada, Amy le tapó los ojos a Elliot.

—¡Amy! —gritó él, sacándole los dedos. Esperaba sentir en cualquier momento el impacto de las paletas y el instante de dolor cegador.

Vio que el gorila se arrojaba sobre él. Puso el cuerpo rígido. A dos metros de distancia, el animal se detuvo tan abruptamente que resbaló en el fango y cayó hacia atrás. Se quedó sentado, sorprendido, ladeando la cabeza y escuchando.

Entonces Elliot se percató de que la lluvia casi había cesado. Sólo caía una llovizna fina. Paseando la mirada por el campamento, Elliot vio que otro gorila se detenía para escuchar, luego otro, otro más, y otro. El campamento adquirió el aspecto de un cuadro vivo, con los gorilas inmóviles en medio de la neblina.

Estaban prestando atención a los sonidos que surgían del altavoz.

Contuvo el aliento, sin atreverse a tener esperanzas. Los gorilas parecían confundidos. Sin embargo, Elliot pensaba que en cualquier momento renovarían el ataque con la misma intensidad de antes.

Eso no sucedió. Los gorilas se alejaron. Escuchaban. Munro se incorporó y alzó su fusil del barro. Pero no disparó. El gorila de pie junto a él parecía estar en trance, como si hubiera olvidado el ataque.

Bajo la fina lluvia, con las luces nocturnas, titilantes, los gorilas se alejaron, uno a uno. Parecían perplejos, desequilibrados. Los chirridos proseguían.

Los gorilas cruzaron la pisoteada cerca perimétrica y desaparecieron una vez más en la jungla. Y entonces, los miembros de la expedición quedaron solos, mirándose entre sí, temblando bajo la lluvia nebulosa. Los gorilas ya no estaban.

Veinte minutos después, mientras trataban de reconstruir su destrozado campamento, la lluvia arreció otra vez, con la misma furia de antes.

DÍA 13

MUKENKO

25 de junio de 1979

Diamantes

Por la mañana, una delgada capa de ceniza negra cubría el campamento; a lo lejos Mukenko despedía grandes cantidades de humo negro. Amy tiró a Elliot de la manga.

«*Irse ahora*», expresó insistentemente.

—No, Amy —dijo él.

Ninguno de los integrantes de la expedición estaba con ánimos de marcharse; Elliot tampoco. Al levantarse, empezó a pensar en los datos que necesitaba reunir antes de partir de Zinj. Ya no se conformaba con el esqueleto de una de esas criaturas. Al igual que ocurría con los hombres, su singularidad iba más allá de los detalles de estructura física; residía en su comportamiento. Elliot quería vídeos de los gorilas grises, y más grabaciones de su lenguaje. Y Ross estaba más decidida que nunca a encontrar los diamantes. Munro no estaba menos interesado.

«*Irse ahora*».

—¿Por qué irse ahora?

«*Tierra mala. Irse ahora*».

Elliot carecía de experiencia en actividad volcánica, pero lo que veía no le impresionaba. El Mukenko estaba más activo que en días anteriores, pero el volcán lanzaba humo y gas desde que habían llegado a Virunga.

—¿Existe algún peligro? —le preguntó a Munro.

—Kahega piensa que sí, pero probablemente busca una excusa para volver a su casa.

Amy corrió con los brazos levantados hasta donde estaba Munro y comenzó a golpear la tierra frente a él. Munro interpretó que la gorila tenía deseos de jugar. Rio y empezó a hacerle cosquillas. Ella le habló, por señas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Munro—. ¿Qué estás diciendo, pequeña?

Amy gruñó de placer, y siguió con sus signos.

—Dice que debemos irnos ahora mismo —tradujo Elliot.

Munro dejó de hacerle cosquillas.

—¿De verdad? —preguntó secamente—. ¿Qué dice, *exactamente*?

Elliot quedó sorprendido ante la seriedad de Munro, aunque Amy aceptó el interés de éste como algo perfectamente correcto. Volvió a hacer señas para Munro, sin quitarle los ojos de encima.

—Dice que la tierra está mala.

—Humm —murmuró Munro—. Interesante. —Miró a Amy, y luego su reloj.

«*Hombre con pelo nariz escuchar Amy irse casa ahora*», dijo Amy.

—Dice que nos vayamos a casa ya mismo —dijo Elliot.

Munro se encogió de hombros.

—Dígale que entiendo.

Elliot tradujo. Amy se puso triste y no volvió a hacer señas.

—¿Dónde está la señorita Ross? —preguntó Munro.

—Aquí —contestó ella.

—Vamos ya —dijo Munro, y partieron rumbo a la ciudad perdida. Amy hizo señas que los acompañaba, y corrió para su sorpresa para ponerse a la par de ellos.

Ése era su último día en la ciudad, y todos los participantes de la expedición tuvieron una percepción similar: la ciudad, que antes les había parecido tan misteriosa, de alguna manera había perdido el misterio. Esa mañana vieron la ciudad tal cual era: un montón de viejos edificios derruidos en medio de una jungla tórrida, hedionda y desagradable.

Todos la hallaron tediosa, excepto Munro, que parecía preocupado.

Elliot hablaba acerca del lenguaje de los gorilas y de las razones por las que quería grabaciones; se preguntaba si sería posible conservar el cerebro de un gorila para llevarlo consigo. Al parecer, había cierto debate académico acerca de dónde provenía el lenguaje. Antaño la gente pensaba que el lenguaje se había desarrollado a partir de los gritos de los animales, pero luego se supo que los gritos y ladridos estaban controlados por el sistema límbico del cerebro, y que el verdadero lenguaje provenía de otra parte del cerebro llamado zona de Broca... Munro no podía prestarle atención. No hacía más que escuchar el lejano retumbar del Mukenko.

Munro tenía experiencia directa con volcanes. Cuando en 1968 el Mbuti, otro de los volcanes de Virunga, entró en erupción, él estaba en el Congo. Cuando el día anterior oyó las fuertes explosiones, supo que se trataba de esos ruidos carentes de explicación que anuncian la inminencia de un terremoto. Munro supuso que el Mukenko entraría pronto en erupción, y al ver titilar el rayo láser se dio cuenta de que había nueva actividad en las laderas superiores del volcán. Sabía que los volcanes son impredecibles, como atestiguaba esa ciudad en ruinas en la base misma de un volcán activo. Tanto en las laderas superiores de la montaña como a pocos kilómetros al sur de la ciudad, había vestigios de lava reciente, pero Zinj seguía sin ser alcanzada por ésta desde hacía quinientos años. Esto no era demasiado extraño, pues la configuración del Mukenko era tal que las erupciones ocurrían en las laderas del sur. Pero en modo alguno significaba que no corrieran peligro. El hecho de que las erupciones volcánicas fueran impredecibles significaba que podían verse en dificultades en cuestión de minutos. El peligro no se debía a la lava, que raras veces avanzaba más rápido que un hombre caminando. La lava tardaría varias horas en bajar de la cima del Mukenko. Lo más temible de una erupción volcánica es el gas y las cenizas que despide.

Así como la mayoría de las personas que mueren en los incendios es víctima de las inhalaciones de humo, en el caso de las erupciones volcánicas casi todas las muertes son por asfixia debido al polvo y al monóxido de carbono. Los gases volcánicos son más pesados que el aire. Si el Mukenko lanzaba una gran cantidad de gas, la Ciudad Perdida de Zinj, situada en un valle, se llenaría en cuestión de minutos de una atmósfera pesada, envenenada.

Todo dependía de la rapidez con que el Mukenko entrase en erupción. Por eso Munro estaba tan interesado en las reacciones de Amy: es bien sabido que los primates pueden anticipar acontecimientos geológicos tales como terremotos y erupciones. Munro estaba sorprendido de que Elliot no lo supiera y perdiese el tiempo farfullando cosas acerca de congelar el cerebro de un gorila. Y más le sorprendía Ross, que a pesar de sus vastos conocimientos geológicos no consideraba las cenizas de esa mañana como el comienzo de una erupción importante.

Pero Ross sabía que se estaba preparando una erupción mayor. Esa mañana, por rutina, había tratado de establecer contacto con Houston. Se sorprendió al ver que las claves de transmisión entraban en contacto de inmediato. Después de que el criptógrafo registrara las notaciones, empezó a escribir la puesta al día del terreno, pero la pantalla quedó en blanco, y luego apareció en ella:

HOUSTON ANULA / BORRE BANCOS

Ésta era una señal de emergencia; ella nunca la había visto en una expedición de campo. Borró los bancos de memoria y pulsó la tecla de transmisión. Después de una breve demora, apareció en la pantalla:

COMPUTADORA INDICA GRAVE ERUPCIÓN MUKENKO / ACONSEJA PARTIR AHORA / EXPEDICIÓN EN PELIGRO / PARTIR AHORA

Ross echó una ojeada al campamento. Kahega estaba preparando el desayuno; Amy, sentada junto al fuego, comía un plátano asado (había conseguido que Kahega le preparara manjares especiales); Munro y Elliot tomaban café. Excepto por la ceniza negra, era una mañana perfectamente normal. Volvió a mirar la pantalla.

GRAVE ERUPCIÓN MUKENKO / PARTIR AHORA

Ross miró el cono humeante del Mukenko. Al diablo con eso, pensó. Quería los diamantes, y había ido demasiado lejos para abandonar ahora.

La pantalla centelleó:

FAVOR ENVIAR RESPUESTA

Ross desconectó el transmisor.

A medida que avanzaba la mañana sintieron varios temblores de tierra que levantaron nubes de polvo de los derruidos edificios. Los ruidos sordos del Mukenko eran ahora más frecuentes. Ross no les prestaba atención.

—Significa, simplemente, que estamos en zona de elefantes —dijo. Ése era un viejo dicho de los geólogos: «Si buscas elefantes, ve a una zona de elefantes». Por «zona de elefantes» se designaba un área donde era posible encontrar los minerales que se estaba buscando—. Y si una quiere diamantes —agregó Ross, encogiéndose de hombros—, va a los volcanes.

Hacia más de un siglo que se sabía de la relación entre diamantes y volcanes. La mayor parte de las teorías sostenía que los cristales, cristales de carbono puro, se formaban debido al calor y presión intensos del manto superior, a kilómetros de profundidad.

Ahí los diamantes permanecían inaccesibles, excepto en las zonas volcánicas donde los ríos de magma fundida los llevaban a la superficie.

Pero eso no quería decir que sólo donde había un volcán en erupción era posible encontrar diamantes. Casi todas las minas de diamantes están en los sitios de volcanes extinguidos, en conos fosilizados. Virunga, cerca del inestable Valle de la Gran Depresión, había exhibido evidencias de actividad volcánica continua durante más de cincuenta millones de años. Estaban buscando los mismos volcanes fosilizados que habían encontrado los primeros habitantes de Zinj.

Poco antes del mediodía los encontraron al este de la ciudad, a mitad de camino hacia las montañas. Se trataba de una serie de túneles excavados que se continuaban en las laderas del Mukenko.

Elliot se sentía decepcionado. «No sé qué esperaba —dijo luego—, pero sólo se trataba de un túnel color marrón abierto en la tierra, con trocitos de roca parduscos sobresaliendo. No entendía por qué Ross estaba tan excitada». Los trocitos de roca parduscos eran diamantes. Una vez limpios, tenían la transparencia de vidrio sucio.

«Pensaron que me había vuelto loca —dijo Ross—, porque empecé a saltar. Pero ellos no sabían qué era lo que estaban viendo».

En un cono fosilizado común, los diamantes están esparcidos en la matriz de la piedra. La mina promedio rinde sólo treinta y dos quilates por cada cien toneladas de tierra removida. Cuando se mira una mina de diamantes no se ven las piedras, pero en Zinj las minas estaban llenas de piedras sobresalientes. Usando su machete, Munro sacó seiscientos quilates. Y Ross vio seis o siete piedras que sobresalían de la pared, cada una tan grande como la que había sacado Munro. «Sólo con echar una ojeada —dijo más tarde—, vi cuatro o cinco mil quilates. Sin necesidad de cavar, ni separar, ni nada. Al alcance de la mano. Era una mina más rica que la Premier de Sudáfrica. Era *increíble*».

Elliot formuló la pregunta en la que Ross ya había pensado.

—Si esta mina es tan rica, ¿por qué fue abandonada?

—Los gorilas se descontrolaron —explicó Munro—. Dieron un golpe militar. —Reía, mientras sacaba diamantes de la piedra.

Ross había pensado en ello y también en lo que había sugerido Elliot acerca de que una plaga había aniquilado a la población.

—En mi opinión —dijo— las minas se agotaron para ellos. Porque como piedras preciosas, estos cristales eran muy pobres: azules, llenos de impurezas.

Los habitantes de Zinj no podían imaginar que quinientos años después esas mismas piedras sin valor serían más escasas y codiciadas que cualquier otro recurso mineral del planeta.

—¿Por qué son tan valiosos estos diamantes azules?

—Cambiarán el mundo —dijo Ross, con voz dulce—. Pondrán fin a la era nuclear.

Guerra a la velocidad de la luz

En enero de 1979, atestiguando ante el subcomité de las Fuerzas Armadas del Senado, el general Franklin F. Martin, del Proyecto de Investigaciones Avanzadas del Pentágono, dijo: «En 1939, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el país más importante del mundo para la producción militar estadounidense era el Congo Belga». Martin explicó que como una especie de «accidente geográfico», el Congo, hoy Zaire, había sido de vital importancia para los intereses estadounidenses, y en el futuro tendría una importancia aún mayor. (Martin dijo bruscamente que «este país entrará en una guerra por Zaire antes que por cualquier país petrolero árabe»).

Durante la Segunda Guerra Mundial, en tres envíos secretos, el Congo proveyó de uranio a los Estados Unidos para la construcción de las bombas atómicas arrojadas sobre el Japón. En 1960, los Estados Unidos ya no necesitaba uranio, pero el cobre y el cobalto eran estratégicamente importantes. En la década de 1960 el acento recayó en las reservas de tantalio, wolframita y germanio, sustancias vitales para la electrónica semiconductora. Y en la década de 1980, «los llamados diamantes azules del tipo Ib constituirán el recurso militar más importante del mundo». Se creía que Zaire poseía esos diamantes. Según la opinión del general Martin, los diamantes azules eran esenciales porque «estamos entrando en una era en la que el poder destructivo bruto de un arma será menos importante que su velocidad e inteligencia».

Durante treinta años, los pensadores militares habían visto con temerosa admiración los misiles balísticos intercontinentales. Pero Martin dijo que «los misiles balísticos intercontinentales son armas toscas. No se aproximan siquiera a los límites teóricos impuestos por las leyes físicas. Según la física einsteniana, nada puede ser más veloz que la luz, que viaja a trescientos mil kilómetros por segundo. Estamos desarrollando ahora rayos láser impulsados por alta energía y sistemas de armas de rayos que funcionan *a la velocidad de la luz*. Ante tales armas, los misiles balísticos, que viajan a veintisiete mil kilómetros por hora, son como pesados dinosaurios, tan poco apropiados como la caballería en la Primera Guerra Mundial, y eliminables con igual facilidad que ésta».

Las armas que podían alcanzar la velocidad de la luz estaban mejor adecuadas para el espacio, y aparecerían primero en satélites. Martin apuntaba que ya en 1973 los rusos habían superado el satélite espía estadounidense VV/02; en 1975, la fábrica de vehículos aéreos Hughes desarrolló un sistema veloz de dirección y disparo de armas sobre blancos múltiples que disparaban ocho pulsaciones de alta energía en menos de un segundo. Para 1978, el equipo de Hughes había reducido la reacción a cincuenta mil millonésimas de segundo, e incrementando la precisión de los rayos a quinientos blancos en menos de un minuto. Tales adelantos presagiaban el fin de los misiles balísticos intercontinentales como armas.

«Sin los gigantescos misiles —continuaba Martin—, las computadoras de alta velocidad serán mucho más importantes en futuros conflictos que las bombas nucleares, y su velocidad de computación será el único factor que determine el resultado de la Tercera Guerra Mundial». La

velocidad de computación actualmente ocupa un lugar central en la carrera armamentista, igual que la potencia de megatonnes hace veinte años.

«Pasaremos de las computadoras de circuito electrónico a las computadoras de circuito de luz simplemente debido a la velocidad: el interferómetro Fabry-Perot, equivalente óptico de un transistor, es capaz de reaccionar un picosegundo (10^{-12} segundos), a una velocidad mil veces mayor que el más veloz de los empalmes Josephson». La nueva generación de computadoras ópticas, dijo Martin, dependería de la disponibilidad de diamantes cubiertos de boro del tipo IIb.

Elliot reconoció de inmediato la consecuencia más seria de las armas tan veloces como la luz: la mente humana no podía llegar a comprenderlas. Los hombres estaban acostumbrados a la fuerza mecánica, pero en el futuro la guerra utilizaría maquinaria en un sentido sorprendentemente nuevo: las máquinas llegarían a dominar el curso de conflictos que sólo durarían minutos.

En 1956, en los años declinantes del bombardeo estratégico, los pensadores militares imaginaron una guerra nuclear total que duraría doce horas. Para 1962, los misiles balísticos intercontinentales habían reducido el tiempo a tres horas. Para 1974, los teóricos militares predecían una guerra que sólo duraría treinta minutos, pero esta «guerra de media hora» era enormemente más compleja que cualquier guerra anterior en la historia de la Humanidad.

En la década de 1950, si los estadounidenses y los rusos hubieran lanzado todos sus bombarderos y cohetes al mismo tiempo, no habría habido más que diez mil armas en el aire, atacando y contraatacando. La interacción total de armas habría llegado a quince mil en la segunda hora. Esto representaba la impresionante cifra de cuatro armas interactuando por segundo alrededor del mundo.

Pero dada la diversificación de la guerra táctica, el número de armas y de «elementos de sistemas» aumentó muchísimo. Los cálculos modernos imaginaban cuatrocientos millones de computadoras en existencia, con interacciones de armas por un total de quince mil millones en la primera media hora de guerra. Esto significaba que habría ocho millones por segundo, en un conflicto ultrarrápido de tropas aéreas, terrestres, misiles y carros blindados.

Una guerra así sólo podía ser manejada por máquinas; la reacción humana es demasiado lenta en el tiempo. La Tercera Guerra Mundial no sería una guerra de «apretar el botón» porque, como dijo el general Martin: «Un hombre tarda demasiado tiempo en apretar un botón, por lo menos 1,8 segundos, lo que en la guerra moderna es una eternidad».

Este hecho creaba lo que Martin denominaba el «problema de las piedras». Comparadas con una computadora de alta velocidad, las reacciones humanas eran geológicamente lentas. «Una computadora moderna realiza dos mil cálculos en el tiempo que necesita un hombre para parpadear. Por lo tanto, desde el punto de vista de las computadoras que librarán la próxima contienda, los seres humanos serán elementos esencialmente fijos e inmutables, como las piedras. Las guerras humanas nunca han durado lo suficiente para tomar en consideración la velocidad del cambio geológico. En el futuro, las guerras por computación no durarán lo suficiente para tomar en consideración la velocidad del cambio humano».

Como los seres humanos reaccionaban tan despacio, tuvieron que dejar el control de la toma de decisiones de la guerra a la inteligencia más rápida de las computadoras. «En la guerra que viene,

debemos abandonar la esperanza de regular el curso del conflicto. Si decidimos “administrar” la guerra a la velocidad humana, seguramente perderemos. Nuestra única esperanza es depositar toda la confianza en las máquinas. Esto hace que el juicio humano, los valores humanos, el pensamiento humano, sean totalmente superfluos. La Tercera Guerra Mundial será una guerra por poder: una guerra de máquinas sobre la cual no nos atreveremos a ejercer ninguna influencia por temor a demorar el mecanismo de toma de decisión y de esa manera ocasionar nuestra derrota». Y la transición crucial de computadoras que funcionaban a millonésimas de segundo a computadoras que lo hacían a mil millonésimas de segundo, dependía de los diamantes del tipo Ib.

Elliot quedó pensando ante la perspectiva de ceder el control a cosas creadas por el hombre.

—Es inevitable —dijo Ross, encogiéndose de hombros—. En la garganta Olduvai, en Tanzania, hay rastros de una casa con una antigüedad de dos millones de años. La criatura homínida no se satisfizo con cavernas y otros refugios naturales: creó su propia vivienda. Los hombres siempre han alterado el mundo natural para acomodarlo a sus propósitos.

—Pero no se puede ceder el control —dijo Elliot.

—Hace siglos que venimos haciéndolo —replicó Ross—. ¿Qué es un animal domesticado, o una calculadora de bolsillo, sino un intento de ceder control? Nosotros no queremos arar los campos o sacar raíces cuadradas, de modo que damos el trabajo a otra inteligencia, que hemos adiestrado o creado.

—Pero no es posible permitir que nuestras creaciones tomen el poder.

—Eso también lo hemos hecho durante siglos —repitió Ross—. Aunque nos negáramos a crear computadoras más rápidas, las harían los rusos. Estarían en Zinj en este momento, buscando diamantes, si los chinos no se lo impidieran. No se puede detener el avance tecnológico. Apenas sabemos que algo es posible, debemos ponerlo en práctica.

—No —replicó Elliot—. Podemos tomar nuestras propias decisiones. Yo no formaré parte de esto.

—Váyase, entonces —dijo ella—. El Congo no es un buen lugar para académicos.

Ella abrió su mochila y sacó una serie de conos blancos de cerámica y una cantidad de cajitas con antenas.

Unió una caja a cada cono de cerámica, luego entró en el primer túnel, colocó los conos contra la pared y se adentró en la oscuridad.

«Peter no feliz Peter».

—No —dijo Elliot.

«¿Por qué Peter no feliz?».

—Es difícil de explicar, Amy.

«Peter decir Amy buena gorila».

—Lo sé, Amy.

Karen Ross emergió de un túnel, y desapareció en el segundo. Elliot pudo ver el brillo de su linterna cuando colocaba los conos, y luego la perdió de la vista.

Munro salió a la luz del sol, con los bolsillos repletos de diamantes.

—¿Dónde está Ross?

—En los túneles.

—¿Haciendo qué?

—Al parecer está haciendo unas pruebas. —Elliot señaló los tres conos de cerámica que quedaban en el suelo, cerca de su mochila.

Munro cogió uno de los conos y lo examinó.

—¿Sabe qué es esto? —preguntó.

Elliot negó con la cabeza.

—Son RC —dijo Munro—, y está loca si los pone aquí. Hará volar todo.

Los RC, resonantes convencionales, eran explosivos regulados, una potente combinación de microelectrónica y tecnología explosiva.

—Usamos RC hace dos años en los puentes de Angola —explicó Munro—. Con una secuencia adecuada, ciento ochenta gramos de explosivo son capaces de derrumbar cincuenta toneladas de estructuras de acero. Basta uno de estos sensores —indicó una caja de control cerca de la mochila—, que detecta las ondas de choque de las primeras cargas y hace detonar las cargas posteriores en la secuencia regulada, para ocasionar ondas resonantes que literalmente sacuden la estructura, rompiéndola en pedazos. Es impresionante verlos funcionar. —Munro levantó la vista y la fijó en el Mukenko, que humeaba encima de ellos.

En ese momento, Ross salió del túnel, muy sonriente.

—Pronto tendremos nuestra respuesta —dijo.

—¿Respuesta?

—Acerca de la extensión de los depósitos. He puesto seis cargas sísmicas, lo que basta para obtener resultados.

—Usted ha puesto cargas resonantes —dijo Munro.

—Bueno, no tengo otra cosa. Tendrán que servir.

—Servirán —dijo Munro—. Tal vez demasiado bien. El volcán —señaló hacia arriba— está a punto de entrar en erupción.

—He puesto un total de ochocientos gramos de explosivos —dijo Ross—. Eso es menos de tres cuartos de kilo. No puede hacer nada.

—Es mejor que no intentemos descubrirlo.

Elliot escuchaba los argumentos de Ross con sentimientos contradictorios. A simple vista, las objeciones de Munro parecían absurdas: unas pocas cargas explosivas, no importaba cómo estuvieran reguladas, no podían causar una erupción volcánica. Era ridículo. A Elliot le parecía extraño que Munro destacara tan obstinadamente los peligros. Era como si éste supiera algo que ni Elliot ni Ross conocían, y ni siquiera podían imaginar.

DOD / ARPD / VULCAN 7021

En 1978, Munro había guiado una expedición a Zambia entre cuyos integrantes estaba Robert Perry, un joven geólogo de la Universidad de Hawai. Perry había trabajado en el proyecto VULCAN, el programa más avanzado financiado por la División de Proyectos de Investigación Avanzada del Departamento de Defensa.

VULCAN era un proyecto tan controvertido que durante las audiencias de la Subcomisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes, el proyecto DOD / ARPD / VULCAN 7021 fue cuidadosamente sepultado entre «varios fondos para proyectos a largo plazo de seguridad nacional». Pero al año siguiente, el senador David Inaga (por Hawai), objetó el proyecto en su totalidad. Exigía saber «con exactitud su objetivo militar, y por qué los fondos provendrían exclusivamente del Estado de Hawai».

Los portavoces del Pentágono explicaron, imperturbables, que VULCAN era un «sistema de advertencia tsunami», de valor para los residentes de las islas hawaianas como también para las instalaciones militares de las mismas. Los expertos del Pentágono recordaron a Inaga que en 1948 había llegado un enorme tsunami que recorrió el océano Pacífico devastando primeramente Kauai, pero avanzando con tanta rapidez por el archipiélago hawaiano que al llegar a Oahu y Pearl Harbor veinte minutos después, no se había podido advertir a nadie sobre la inmensa ola.

«Ese tsunami fue causado por un alud volcánico submarino cerca de la costa del Japón —dijeron—. Pero Hawai tiene sus propios volcanes activos, y ahora Honolulu es una ciudad de un millón y medio de habitantes, con una presencia naval evaluada en más de treinta y cinco mil millones de dólares; en consecuencia, la posibilidad de predecir tsunamis como resultado de erupciones de volcanes hawaianos asume una importante significación a largo plazo».

En realidad, VULCAN no era un proyecto a largo plazo sino que estaba programado que fuese puesto en práctica cuando se produjese la siguiente erupción del Mauna Loa, el volcán activo más grande del mundo, situado en la gran isla de Hawai. El propósito determinado de VULCAN era controlar las erupciones volcánicas a medida que se desarrollaban; el Mauna Loa fue escogido porque sus erupciones eran relativamente suaves.

Aunque sólo alcanza una altura de 5115 metros, el Mauna Loa es la mayor montaña del mundo. Si se la mide desde su nacimiento en las profundidades del lecho oceánico, Mauna Loa tiene el doble de volumen cúbico que el monte Everest; se trata de una formación geológica única y extraordinaria. Desde hace mucho tiempo, el Mauna Loa es el volcán más cuidadosamente estudiado de la historia: Desde 1928 en su cráter hay un laboratorio científico permanente. Es también el volcán con el que más se ha interferido, pues cada tres años la lava que baja por sus laderas es desviada mediante todo tipo de procedimientos, desde bombardeos aéreos a cuadrillas locales con palas y bolsas de arena.

VULCAN intentaba alterar el curso de la erupción del Mauna Loa «abriendo respiraderos» al gigantesco volcán, liberando de ese modo enormes cantidades de magma fundida mediante una serie

de explosiones reguladas, no nucleares, que serían detonadas a lo largo de líneas de falla. En octubre de 1978, VULCAN fue llevado a cabo en secreto, utilizando equipos con experiencia en hacer detonar cargas resonantes de fuertes explosivos. El proyecto VULCAN duró dos días; el tercero, el laboratorio volcánico Mauna Loa, que es civil, anunció públicamente que «la erupción de octubre del Mauna Loa ha sido menor de lo que se esperaba, y no se anticipan futuras erupciones».

El proyecto VULCAN era secreto, pero Munro se había enterado de todo una noche de borrachera alrededor de la fogata del campamento, cerca de Bangazi. Y lo recordó ahora que Ross planeaba una secuencia de explosiones resonantes en una región donde había un volcán en fase eruptiva. El postulado básico de VULCAN era que enormes fuerzas geológicas encerradas —sean de un terremoto, volcán o tifón del Pacífico— pueden ser desatadas de manera devastadora por una descarga de energía relativamente pequeña.

Ross se preparaba a hacer estallar los resonantes cónicos.

—Creo —dijo Munro— que antes de hacerlo debería tratar de ponerse nuevamente en comunicación con Houston.

—Eso no es posible —dijo Ross, muy segura de sí—. Se requiere que juzgue yo sola, y he decidido estimar la extensión de los depósitos de diamantes en las colinas.

A medida que progresaba la discusión, Amy se alejó. Levantó el detonador que estaba junto a la caja de Ross. Era un pequeño dispositivo brillante que fascinó a la gorila. Se dispuso a apretar los botones.

Karen Ross la vio.

—Oh, Dios mío.

Munro se volvió.

—Amy —dijo, suavemente—. Amy, no. No. Amy, sé buena.

«*Amy buena gorila. Amy buena*».

Amy tenía el detonador en una mano. Se sentía cautivada por los colores brillantes. Echó un vistazo a los seres humanos.

—No, Amy —repitió Munro. Luego se volvió hacia Elliot—. ¿No puede detenerla?

—Oh, qué diablos —dijo Ross—. Adelante, Amy.

Una serie de fuertes explosiones hizo volar fulgurante polvillo de diamantes de los pozos de las minas, y luego todo quedó en silencio.

—Bueno —dijo Ross por fin—, espero que esté satisfecho. Está perfectamente claro que una carga explosiva tan pequeña no podía afectar al volcán. En el futuro, será mejor que sea yo quien se encargue de los aspectos científicos, y...

Entonces, el Mukenko retumbó, y la tierra tembló con tanta fuerza que todos cayeron al suelo.

STRT Houston

A la una de la tarde, hora de Houston, R. B. Travis frunció el entrecejo ante la pantalla de la computadora. Acababa de recibir la última imagen fotosférica del observatorio de Kitt Peak. Había esperado la información el día entero. Ésa era una de las razones por las que estaba de mal humor.

La imagen fotosférica era negativa: la esfera del sol aparecía negra en la pantalla, con una brillante cadena blanca de manchas solares. En la esfera había por lo menos quince grandes manchas, una de las cuales originaba la gran explosión solar que estaba convirtiendo su vida en un infierno.

Hacia dos días que Travis dormía en STRT. Todas las operaciones iban mal. La empresa tenía un equipo en el norte de Pakistán, no lejos de la agitada frontera afgana; otro en Malasia central, en una zona donde actuaba la guerrilla comunista; y el grupo del Congo, con problemas de nativos rebeldes y unas criaturas desconocidas semejantes a gorilas.

La explosión solar había interrumpido las comunicaciones con todos los equipos del mundo por más de veinticuatro horas. Travis había hecho simulaciones en la computadora para todos aquellos con puestas al día cada seis horas. Los resultados no le satisficieron. El equipo de Pakistán estaba bien, probablemente, pero tardaría seis días más de lo programado, con un costo adicional de doscientos mil dólares. El grupo de Malasia estaba en serio peligro, y el del Congo había sido calificado como «de futuro impredecible». Travis había tenido dos equipos igualmente clasificados en el pasado, uno en el Amazonas en 1976, y otro en Sri Lanka en 1978, y en ambos casos había perdido personal.

Las cosas iban mal. Sin embargo, el último informe era mucho más alentador. Al parecer hacía unas horas habían establecido un breve contacto con el Congo, aunque no hubo verificación de respuesta por parte de Ross. No sabía si habría recibido o no la advertencia. Miró la esfera negra con frustración.

Richards, uno de los principales programadores, asomó la cabeza por la puerta.

—Tengo algo importante para el equipo del Congo.

—Suelta —dijo Travis, para quien cualquier noticia relacionada con el Congo era de especial interés.

—La estación sismológica sudafricana de la Universidad de Johannesburgo informa de que ha detectado temblores de tierra que se iniciaron a las 12:04 hora local. Las coordenadas estimadas del epicentro señalan el monte Mukenko, en la cadena de Virunga. Los temblores son múltiples, de una intensidad de cinco a ocho en la escala de Richter.

—¿Hay confirmación? —preguntó Travis.

—Nairobi es la estación más próxima, y ellos computan una intensidad de seis a nueve en la escala de Richter, o nueve en la de Morelli, con fuerte deyección del cono. Predicen igualmente que las condiciones atmosféricas locales son idóneas para que se produzcan grandes descargas eléctricas.

Travis consultó su reloj.

—Las 12:04, hora local, fue hace casi una hora —dijo—. ¿Por qué no fui informado?

—La información de la estación africana acaba de llegarnos —dijo Richards—. Supongo que piensan que otra erupción volcánica no es cosa del otro mundo.

Travis suspiró. Ése era el problema. La actividad volcánica estaba considerada como un fenómeno común de la superficie de la Tierra. Desde 1965, el primer año que se registraron datos globales, cada año se habían producido veintidós erupciones importantes a un ritmo de una erupción cada dos semanas aproximadamente. Las estaciones no se apresuraban a informar acerca de fenómenos «comunes». La demora era prueba del tedio.

—Pero tienen problemas —dijo Richards—. Con los satélites obstruidos por las manchas solares, todos tienen que transmitir cables por la superficie de la Tierra. Y supongo que, en lo que les atañe, el noreste del Congo está deshabitado.

Travis preguntó:

—¿Es malo nueve en la escala de Morelli?

Richards hizo una pausa.

—Es muy malo, señor Travis —dijo por fin.

«Todo se movía»

En el Congo el movimiento de la tierra era de intensidad ocho en la escala de Richter, nueve en la de Morelli. Con esta intensidad, la tierra tiembla tanto que es difícil mantenerse en pie. La tierra se desplaza lateralmente y se abren grietas. Se desmoronan los árboles e incluso caen edificios con estructuras de acero.

Para Elliot, Ross y Munro, los cinco minutos siguientes al comienzo de la erupción fueron una horrenda pesadilla. Elliot dijo luego que *«todo se movía. Todos perdimos el equilibrio; tuvimos que arrastrarnos a gatas, como bebés. Incluso después de que nos alejáramos de los túneles de la mina, la ciudad se balanceaba como un tembladal. Pasó un momento —tal vez medio minuto— antes de que los edificios empezaran a caer. Entonces, todo —paredes y techos— comenzó a derrumbarse al mismo tiempo. Grandes bloques de piedra caían con estrépito en la jungla. Los árboles bailaban, y pronto empezaron a caer también»*.

El ruido ensordecedor de la ciudad perdida desmoronándose se agregaba al del Mukenko. El volcán había dejado de retumbar, pero se oían explosiones intermitentes de lava. Estas explosiones producían ondas de choque; aun cuando la tierra era firme bajo sus pies, oleadas de aire caliente los arrojaban al suelo de improviso. «Era —recordaba Elliot— como estar en medio de una guerra».

Amy estaba aterrorizada. Gruñendo de terror, saltó a los brazos de Elliot y de inmediato se orinó encima, mientras corrían de regreso al campamento.

Un fuerte temblor volteó a Ross. Se incorporó, y avanzó a trompicones, consciente de la humedad y de las densas cenizas y humo despedidos por el volcán. A los pocos minutos, el cielo se oscureció, como si fuera de noche, y los primeros relámpagos hendieron las nubes. La noche anterior había llovido; la jungla estaba mojada, el aire saturado de humedad. Es decir, que se daban todos los requisitos para una tormenta eléctrica. Karen Ross se sintió perversamente dividida entre el deseo de observar ese fenómeno único y el de correr para salvar su vida.

Se produjo un estallido de luz blancoazulada, se descargó la tormenta eléctrica. Los rayos caían entre ellos como lluvia. Ross calculó más tarde que hubo doscientos rayos en el primer minuto, a razón de tres por segundo. Los rayos no estallaban con el ruido intermitente que los caracteriza, sino que hacían un rugido permanente, como el de una catarata. Los truenos hacían doler los oídos, y las ondas de choque que los acompañaban los tiraban hacia atrás.

Todo sucedía tan rápidamente que tuvieron poca oportunidad de absorber las sensaciones. Sus expectativas se invertían. Uno de los porteadores, Amburi, corrió a la ciudad para buscarlos. Lo vieron de pie en un claro, haciendo señas para que avanzaran, cuando un rayo partió un árbol pero estallando hacia arriba, en dirección al cielo. Ross sabía que al resplandor del rayo seguía la caída invisible de los electrones, y que en realidad corría hacia arriba desde el suelo hacia las nubes. ¡Pero había que verlo! El rayo hizo saltar a Amburi y lo arrojó por el aire hacia ellos. Se levantó con dificultad, maldiciendo en swahili.

Alrededor de ellos, los árboles se partían, levantando nubes de humedad, mientras los rayos los atravesaban. Ross dijo posteriormente: «Los rayos estaban por todas partes, los relámpagos eran continuos, cegadores, y el ruido, terrible. Ese hombre (Amburi) dio un alarido y al volver a verlo, un rayo lo atravesó desde abajo. Estaba tan cerca que pude tocarlo; no había calor, sino una luz blanca. Se puso rígido y percibimos un olor terrible en su cuerpo, que estalló en llamas y cayó al suelo. Munro se arrojó sobre él para apagar el fuego pero ya estaba muerto; entonces huimos. No había tiempo para reaccionar. A causa de los temblores caíamos al suelo una y otra vez. Pronto todos estábamos medio ciegos por los relámpagos. Recuerdo que oí gritar a alguien, pero ignoro de quién se trataba. Estaba segura de que todos moriríamos».

Cerca del campamento, un árbol gigantesco se desplomó delante de ellos, constituyendo un obstáculo ancho y alto como un edificio de tres plantas. Mientras trepaban por encima del árbol, los rayos chamuscaban las ramas, devorando la corteza, ardiendo y chirriando. Amy lanzó un alarido cuando un rayo blanco le atravesó la mano al coger una rama mojada. Inmediatamente se arrojó al suelo, hundió la cabeza entre el follaje, y se negó a proseguir. Elliot tuvo que arrastrarla el trecho que los separaba del campamento.

Munro fue el primero en llegar. Encontró a Kahega tratando de plegar las tiendas para la partida, pero era imposible a causa de los temblores y los rayos que estallaban en el cielo negro.

Una de las tiendas ardió. Olieron el plástico quemado. La antena parabólica, que estaba en el suelo, recibió un rayo y se partió en dos, despidiendo fragmentos de metal.

—¡Váyanse! —gritó Munro—. ¡Váyanse!

—*Ndio mzee!* —gritó Kahega, al tiempo que cogía apresuradamente su mochila. Miró a los otros, y en ese momento Elliot emergió de entre la oscuridad con Amy aferrada a su pecho. Se había lastimado el tobillo y cojeaba ligeramente. El animal se arrojó al suelo.

—¡Váyanse! —gritaba Munro.

Mientras Elliot avanzaba, Ross emergió de la oscuridad de la atmósfera humeante, tosiendo y doblada en dos. Tenía el costado izquierdo del cuerpo chamuscado y ennegrecido, y una quemadura en la piel de la mano izquierda. Le había caído un rayo encima, aunque no lo recordaba. Se señaló la nariz y la garganta. Tosiendo, dijo:

—Arde... duele...

—Es el gas —gritó Munro. La rodeó con el brazo y la levantó a medias, llevándola.

—¡Tenemos que subir la colina! —gritó.

Una hora después, en terreno más alto, vieron por última vez la ciudad, cubierta de humo y cenizas. Más allá, en las laderas del volcán, una hilera de árboles estalló en llamas mientras una oscura ola de lava bajaba por la montaña. Oyeron rugidos de dolor provenientes de los gorilas grises, sobre quienes llovía la lava ardiente. Mientras observaban, el follaje iba derrumbándose, hasta que finalmente la ciudad misma se desmoronó hasta desaparecer bajo una oscura nube que descendía.

La Ciudad Perdida de Zinj quedó sepultada para siempre.

Sólo entonces Ross se dio cuenta de que sus diamantes también habían quedado sepultados.

Pesadilla

No tenían comida, ni agua, y muy pocas municiones. Se arrastraban por la jungla, con la ropa quemada y desgarrada, los rostros macilentos, avanzando en silencio, exhaustos. Más tarde, Elliot dijo que habían vivido una pesadilla.

El mundo que atravesaban era tétrico y sombrío. Las cataratas y arroyos, antes brillantes y blancos, estaban negros de hollín, y al salpicar formaban charcos de espuma grisácea. El cielo, de un color gris oscuro, se iluminaba ocasionalmente con los resplandores rojizos del volcán. El aire mismo estaba gris.

Avanzaban tosiendo y tropezando en medio de un mundo de hollín negro. Estaban cubiertos de ceniza. Cada vez que se tocaban la cara, se la tiznaban. Tenían el pelo oscuro, y les ardían la nariz y los ojos. Nada podían hacer, excepto seguir avanzando.

Mientras marchaba penosamente en medio del aire oscurecido, Ross se dio cuenta del irónico final de su búsqueda personal. Hacía mucho que poseía la técnica necesaria para interceptar cualquier banco de datos de STRT y enterarse de todo, incluso de la evaluación que de ella hacía la empresa. Conocía de memoria las cualidades asignadas a su persona:

JOVEN Y DESPIADADA (probablemente) / COMUNICACIÓN HUMANA SUPERFICIAL (esto era algo que le molestaba particularmente) / DOMINANTE (tal vez) / INTELECTUALMENTE ARROGANTE (como era lógico) / INSENSIBLE (¿qué significaría eso?) / ORIENTADA A TRIUNFAR A TODA COSTA (¿eso era malo?)

Pero nada de eso importaba. Había llegado a los diamantes, para ser vencida por la peor erupción volcánica ocurrida en África en una década. ¿Quién podía culparla por lo sucedido? No era responsabilidad suya. Lo demostraría en su próxima expedición...

Munro sentía la frustración del jugador que ha creído apostar bien y sin embargo ha perdido. Había acertado al eludir al consorcio eurojaponés; había acertado al ir con STRT. Y sin embargo, volvía con las manos vacías. Bueno, se dijo, tocándose los bolsillos llenos de diamantes, no completamente vacías...

Elliot regresaba sin fotografías, ni vídeos, ni grabaciones, ni el esqueleto de un gorila gris. Hasta había perdido las medidas. Sin esas pruebas, no se atrevería a sostener la existencia de una nueva especie; en realidad, sería poco prudente discutir la posibilidad siquiera. Una gran oportunidad se le había escapado de las manos, y mientras caminaba a través del oscurecido paisaje, sólo lo embargaba la sensación de que el mundo de la naturaleza había enloquecido: los pájaros caían del cielo, chillando, aleteando a sus pies, asfixiados por los gases del aire; los murciélagos revoloteaban al mediodía; a lo lejos, se oía el grito y el aullido de otros animales. Vieron pasar corriendo hacia

ellos a un leopardo, con la piel ardiendo. A la distancia, los elefantes barritaban asustados.

Eran almas perdidas que se arrastraban pesadamente por un mundo tétrico y oscuro que parecía una descripción del infierno, en medio de fuego y oscuridad perpetuos, donde los atormentados gritan, en agonía. A sus espaldas, el Mukenko seguía escupiendo cenizas y lava ardiente. En una oportunidad se vieron envueltos bajo un chubasco de brasas hirvientes que siseaban al golpear contra el húmedo dosel del follaje, para luego humear en el suelo mojado. Les hacían agujeros en la ropa, les quemaban la piel, les chamuscaban el pelo, y ellos bailaban de dolor hasta que finalmente buscaron refugio bajo los árboles, todos amontonados, esperando que aquella ardiente lluvia por fin cesase.

Desde el principio de la erupción, Munro decidió ir directamente hacia los restos del «C-130», donde hallarían refugio y provisiones. Estimaba que llegarían al avión en dos horas. En realidad, transcurrieron seis horas hasta que finalmente apareció el gigantesco fuselaje cubierto de cenizas, en medio de la lóbrega oscuridad de la tarde.

Una razón por la que se demoraron tanto fue que tuvieron que alejarse de las tropas del general Muguru. Cuando veían huellas de vehículos, Munro los llevaba más hacia el oeste, en dirección a las profundidades de la jungla.

—No creo que les guste conocerlo —dijo Munro—. Ni tampoco a sus muchachos. Nos sacarían el hígado y se lo comerían crudo.

La oscura ceniza depositada sobre las alas y el fuselaje hacía que el avión pareciese en medio de un campo de nieve negra. De una de las alas torcidas, una especie de catarata de ceniza se precipitaba desde el metal al suelo. A lo lejos se oían los ruidos sordos de tambores Kiganis, y la metralla de las tropas de Muguru. Aparte de eso, había un silencio ominoso.

Munro esperó en la selva, cerca del avión, observando. Ross aprovechó la oportunidad para tratar de transmitir por la computadora, limpiando continuamente la pantalla de ceniza, pero no pudo comunicarse con Houston.

Por fin Munro hizo una seña, y todos empezaron a avanzar. Amy se asustó y le tiró a Munro de la manga.

«No ir», dijo por señas. «*Haber gente*».

Munro la miró, frunciendo el entrecejo, y luego echó un vistazo a Elliot. Éste señaló el avión. Momentos después se oyó un estrépito, y dos guerreros Kiganis, con pintura de guerra, salieron del interior y treparon sobre una de las alas. Llevaban cajones de whisky y estaban discutiendo cómo bajarlos. Después de un momento aparecieron otros cinco Kiganis debajo del ala, y recibieron los cajones. Los dos hombres de arriba saltaron al suelo y el grupo se marchó.

Munro miró a Amy y sonrió.

«*Amy buena gorila*», dijo ella.

Esperaron veinte minutos más, y al no aparecer ningún otro Kigani, Munro condujo al grupo al avión. Estaban junto a las puertas de carga cuando una lluvia de flechas blancas empezó a silbar

sobre ellos.

—¡Adentro! —gritó Munro, y los llevó al abollado tren de aterrizaje, luego a la superficie superior del ala, y desde allí al interior del avión. Cerró de un golpe la puerta de emergencia. Se oía el ruido metálico de las flechas contra la superficie exterior.

Dentro del avión reinaba la oscuridad. El suelo estaba inclinado. Las cajas de provisiones se habían deslizado hasta la mitad del pasillo, donde se habían volcado y destrozado. Los vidrios rotos crujían al ser pisados. Elliot alzó a Amy hasta un asiento, y entonces vio que los Kiganis habían defecado sobre ellos.

Fuera, se oían los tambores y el ruido de las flechas al golpear contra el metal y las ventanillas. Miraron a través de las cenizas, y vieron docenas de hombres pintados de blanco que corrían entre los árboles y bajo el ala.

—¿Qué haremos? —preguntó Ross.

—Disparar contra ellos —dijo ásperamente Munro. Abrió varias cajas y sacó balas de fusil—. Municiones no nos faltan.

—Pero ahí fuera debe de haber cien hombres.

—Sí, pero sólo uno es importante. Hay que matar al Kigani con las rayas rojas debajo de los ojos. Eso pondrá punto final al ataque de inmediato.

—¿Por qué? —preguntó Elliot.

—Porque es el brujo, *Angawa* —respondió Munro, al tiempo que se dirigía hacia la cabina del piloto—. Mátenlo y saldremos de esto.

Las flechas con las puntas envenenadas pegaban contra las ventanillas de plástico y el metal. Los Kiganis también arrojaban excrementos, que hacían un ruido sordo al estrellarse contra el fuselaje. Los tambores redoblaban constantemente.

Amy, aterrorizada, se ajustó el cinturón de su asiento.

«*Amy irse ahora pájaro volar*», decía.

Elliot encontró a dos Kiganis encerrados en el compartimento posterior de pasajeros. Ante su propia sorpresa, mató a ambos sin vacilar, disparando el fusil, que sacudía entre sus manos. Arrojó a los Kiganis contra los asientos, haciendo añicos las ventanillas.

—Muy bien, doctor —dijo Kahega con una sonrisa, aunque para entonces Elliot temblaba, fuera de control. Se arrojó sobre un asiento, junto a Amy.

«*Personas atacar pájaro volar volar ahora pájaro volar Amy querer ir*».

—Pronto, Amy —le prometió Elliot, deseando que fuera verdad.

Los Kiganis habían abandonado el ataque frontal y ahora lo hacían por la retaguardia, donde no había ventanillas. Se oía el ruido de los pies descalzos que corrían por la parte de la cola y subían al fuselaje sobre sus cabezas. Dos guerreros lograron entrar por la puerta de carga abierta. Munro, que estaba en la cabina del piloto, gritó:

—¡Si nos pillan, nos comen!

Karen Ross disparó contra la puerta de atrás, y se salpicó la ropa de sangre al acabar con los intrusos.

«*Amy no gustar. Amy querer ir casa*». Se aferró a su cinturón de seguridad.

—¡Allí está! —gritó Munro, y disparó. Un hombre joven, de unos veinte años, con los ojos embadurnados de rojo, cayó de espaldas, temblando bajo el fuego del arma.

—Le he dado —dijo Munro—. He matado al maldito *Angawa*. —Dejó de disparar y dejó que los guerreros se llevaran el cadáver.

Fue entonces que terminó el ataque de los Kiganis. Los guerreros se retiraron, adentrándose en la jungla silenciosa.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Elliot—. ¿Hemos vencido?

Munro sacudió la cabeza.

—Esperarán a que llegue la noche. Entonces volverán para matarnos a todos.

—¿Qué haremos?

Munro estaba pensando en eso. No veía forma de abandonar el avión en menos de veinticuatro horas. Tendrían que defenderse de noche y necesitaban un claro más amplio alrededor del avión durante el día. La solución obvia era quemar los arbustos que rodeaban el avión, si es que podían hacerlo sin que estallara el combustible que aún quedaba en el depósito.

—Busca un lanzallamas, o latas de combustible —dijo dirigiéndose a Kahega mientras buscaba un plano que le indicara dónde estaban situados los depósitos del «C-130».

Ross se acercó a él.

—Estamos en dificultades, ¿no?

—Sí —afirmó Munro. No dijo nada acerca del volcán.

—Supongo que cometí un error.

—Bueno, puede expiar sus culpas pensando en cómo salir de aquí.

—Veré lo que puedo hacer —dijo ella con seriedad, y se dirigió a la popa. Quince minutos más tarde, lanzó un alarido.

Munro corrió al compartimento de pasajeros, con el fusil listo para disparar, pero allí vio que Ross se había desplomado sobre un asiento y reía históricamente. Todos la miraron sin saber qué hacer. Él la tomó de los hombros y la sacudió.

—Domínese —dijo, pero ella siguió riendo.

Kahega estaba al lado de un tubo de gas propano.

—Vio esto, y preguntó cuántos más hay. Le dije que seis, y se echó a reír.

Munro frunció el entrecejo. Era un tubo grande.

—Kahega, ¿para qué llevan el propano?

Kahega se encogió de hombros.

—Es demasiado grande para cocinar.

—¿Dices que hay más como éste? —preguntó Munro.

—Sí, jefe. Seis.

—Son muchos —dijo Munro, y entonces se dio cuenta de que Ross, con su instinto para planearlo todo, advirtió de inmediato el motivo por el que había tanto gas. Munro también se dio cuenta, y sonrió.

Enfadado, Elliot dijo:

—¿Quiere alguien por favor decirme qué significa todo esto?

—Significa —contestó Munro, riendo—, que las cosas empiezan a irse para arriba.

Impulsada por cincuenta mil libras de aire calentado, la esfera del globo del consorcio se elevó desde la jungla, ascendiendo rápidamente por el aire de la noche.

Los Kiganis salieron corriendo de la selva blandiendo arcos y flechas que surcaron la luz agonizante, pero sin llegar a alcanzarlos. El globo siguió elevándose por el aire.

A una altura de seiscientos metros, la esfera encontró una brisa del este que la alejó de la oscura extensión de la selva congoleña, por encima del humeante corazón volcánico del Mukenko y a través de la profunda depresión del valle, cuyas paredes verticales brillaban tenuemente bajo la luz de la luna.

Desde allí, el globo voló por encima de la frontera de Zaire, avanzando en dirección sureste, hacia Kenia, y la civilización.

El lugar del fuego

El 18 de setiembre de 1979, el satélite «Landsat 3», a una altura nominal de novecientos dieciocho kilómetros, registró un radio de visión de ciento ochenta y cinco kilómetros de ancho en la banda 6 sobre África Central. Atravesando la barrera de nubes que cubría la selva ecuatorial, la imagen adquirida mostraba claramente la erupción del Mukenko, que después de tres meses todavía continuaba. Una proyección hecha por la computadora, calculó entre seis y ocho kilómetros cúbicos de deyecciones desparramadas en la atmósfera, y entre dos y tres kilómetros cúbicos de lava lanzados por los flancos occidentales de la montaña. Los nativos lo llamaban *Kanyalifeka*, «el lugar del fuego».

El 1 de octubre de 1979, R. B. Travis canceló oficialmente el Contrato Azul, informando que en un futuro próximo no se esperaba localizar ninguna fuente natural de diamantes del tipo IIb. La empresa electrónica japonesa de Hakamichi reavivó el interés por el proceso artificial de recubrimiento con boro de Nagaura. Las firmas estadounidenses también iniciaron procesos similares. Se esperaba que pudiera ser perfeccionado antes de 1984.

El 23 de octubre, Karen Ross renunció a STRT para ir a trabajar al Centro de Estudios Geológicos de los Estados Unidos, en Sioux Falls, Dakota del Sur, donde no se llevaban a cabo tareas militares, y no era posible realizar trabajos de campo. Allí se casó con John Bellingham, un científico del centro.

Peter Elliot solicitó una licencia por tiempo indeterminado de la Facultad de Zoología de la Universidad de Berkeley. Una noticia periodística hacía referencia a «la creciente madurez y tamaño de Amy... que dificultaba las investigaciones de laboratorio...». El Proyecto Amy concluyó formalmente, aunque la mayoría del personal acompañó a Elliot y a Amy hasta el *Institut d'Études Ethnologiques*, en Bukama, Zaire. Allí se sigue estudiando la interacción de Amy con gorilas en estado salvaje, en el terreno. En noviembre de 1979, se pensó que estaba preñada. Para esa época pasaba la mayor parte del tiempo con una manada de gorilas del lugar, de modo que no era difícil cerciorarse. Desapareció en mayo de 1980^[8].

El instituto realizó un censo de gorilas de montaña de marzo a agosto de 1980. Se estimó un total de cinco mil animales, aproximadamente la mitad de lo que había calculado George Schaller, biólogo de campo, veinte años antes. Estos datos confirman que el gorila de montaña está desapareciendo rápidamente. Los promedios de reproducción en cautiverio han aumentado, por lo que es improbable que los gorilas se extingan, pero el hábitat se reduce bajo la presión de la humanidad, y los investigadores sospechan que el gorila desaparecerá como animal libre y salvaje en los próximos

años.

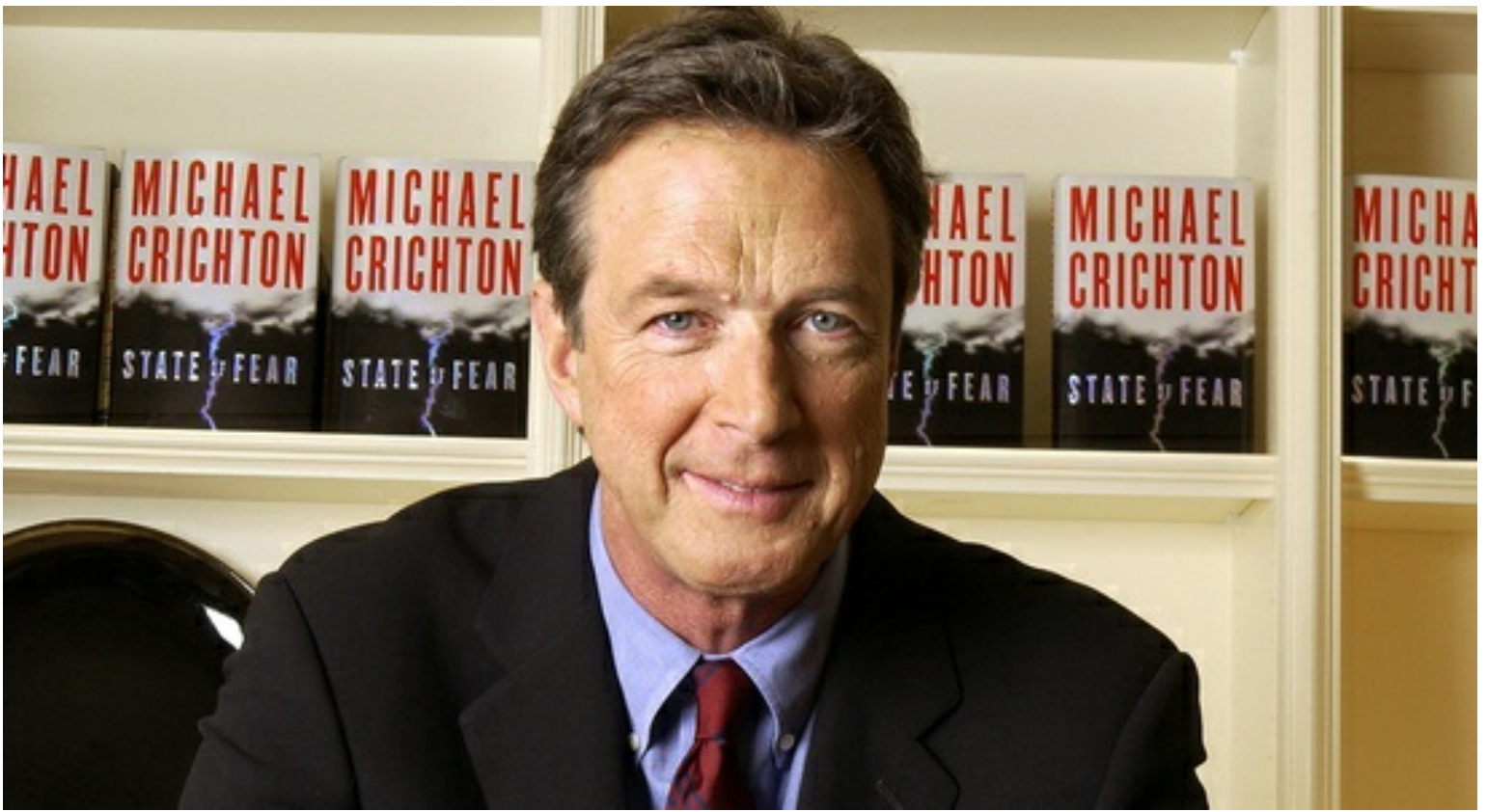
Kahega regresó a Nairobi en 1979, donde trabajó en un restaurante chino que cerró en 1980. Luego se unió a una expedición de la Sociedad Geográfica Nacional a Botswana, para estudiar los hipopótamos.

Aki Ubara, hijo mayor del porteador Marawani y una astrónoma radial de Cambridge, Inglaterra, ganaron el premio Herskowitz en 1980 por sus investigaciones de las emisiones de rayos X provenientes de la fuente galáctica M322.

Con pingües ganancias, Charles Munro vendió treinta y un quilates de diamantes azules del tipo IIb en la bolsa de Ámsterdam a fines de 1979; los diamantes fueron adquiridos por Intel Inc., una compañía estadounidense de micrónica. Posteriormente, en enero de 1980 fue atacado a puñaladas en Amberes por un agente ruso, cuyo cuerpo fue encontrado más tarde en Bruselas. Munro fue arrestado por una patrulla de frontera en Zambia en marzo de 1980, pero los cargos fueron retirados. Según rumores no confirmados, fue avistado en Somalia en mayo de ese mismo año. Sigue residiendo en Tánger.

Una imagen del «Landsat 3» obtenida el 8 de enero de 1980 indicaba que la erupción del monte Mukenko había cesado. La débil señal de rayos láser entrecruzados, registrada en pases anteriores del satélite ya no era visible, y el punto de intersección proyectado indicaba un campo de lava negra con una profundidad promedio de ochocientos metros, sobre la Ciudad Perdida de Zinj.

FIN



MICHAEL CRICHTON (Chicago, Illinois, EE. UU., 23 de octubre de 1942 - Los Ángeles, California, EE. UU., 4 de noviembre de 2008). Médico, escritor y cineasta estadounidense, considerado el iniciador del estilo narrativo llamado *tecno-thriller*, que explora los fracasos que puede causar la interacción humana con la tecnología. Igualmente, la mayoría de sus obras se basan en nociones médicas y científicas bien documentadas, reflejando su formación en estas materias.

Se han vendido más de 150 millones de copias literarias de sus obras, la mayoría *best-sellers*, que han sido traducidas a más de treinta idiomas y de las cuales doce se han llevado al cine, a destacar *Devoradores de cadáveres* (1973), *Parque Jurásico* (1990) o *Twister* (1996).

Quizá principalmente conocido por ser el padre de *Parque Jurásico*, lo es también de la prestigiosa serie de televisión, *ER (Urgencias)*. Es la única persona que ha tenido: el libro número uno (*Acoso*), la película número uno (*Parque Jurásico*) y la serie de televisión número uno (*Urgencias - ER*), en el mismo instante.

Notas

[1] El siguiente relato de la persecución de Elliot está basado en un artículo de J. A. Peebles titulado «*Infringement of Academic Freedom by Press Innuendo and Hearsay: The Experience of Dr. Peter Elliot*» (Violación de libertad académica mediante alusiones indirectas y rumores de la Prensa: La experiencia del Dr. Peter Elliot), en el *Journal of Academic Law and Psychiatry* 52, N.º 12, (1979), págs. 19 - 38. <<

[2] En Australia occidental se construyó una nueva fábrica de productos farmacéuticos. En esta fábrica, todas las píldoras eran transportadas en una correa mecánica; una persona debía vigilar la correa, y oprimir botones para clasificar las píldoras por tamaño y color. Un conductista animal de la escuela de Skinner observó que sería sencillo adiestrar a las palomas para que vigilaran la cinta transportadora y con el pico oprimieran teclas coloreadas que hicieran el proceso de selección de píldoras. Los administradores de la fábrica, incrédulos, aceptaron hacer una prueba; las palomas actuaron con gran eficacia, y fueron puestas a trabajar en la línea de montaje. La Sociedad Protectora de Animales salió en su defensa e impidió que se las utilizara porque representaba crueldad hacia los animales; el trabajo fue dado a un operador humano, para quien, aparentemente, no representaba ninguna crueldad. <<

[3] Johnson se basaba principalmente en la obra definitiva de A. J. Parkinson, *The Congo Delta in Myth and History* (Londres; Peters, 1904). <<

[4] La fabulosa ciudad de Zinj sirvió de base para la popular novela de H. Rider Haggard, *Las minas del rey Salomón*, publicada en 1885. Haggard, talentoso lingüista, formó parte del personal que trabajó para el gobernador de Natal en 1875, y probablemente oyó hablar de Zinj a los zulúes vecinos. <<

[5] Aunque más de diecinueve mil personas fueron asesinadas durante los levantamientos Mau–Mau, sólo treinta y siete blancos murieron durante los siete años de terrorismo. Cada blanco muerto fue considerado más como una víctima de las circunstancias que de la política negra establecida. <<

[6] El ecosistema de la selva ecuatorial constituye una forma compleja de utilización de la energía, mucho más eficaz que cualquier sistema de conversión desarrollado por el hombre. Véase C. F. Higgins et al., *Energy Resources and Ecosystem Utilization* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1977), págs. 232-255. <<

[7] Sir Anthony Forstmann murió de sífilis, agobiado por deudas de juego, en 1880. <<

[8] En mayo de 1980, Amy desapareció durante cuatro meses, pero en setiembre regresó con un hijo en brazos. Elliot le habló, y recibió la inesperada satisfacción de ver que el cachorro le hablaba por signos: «*Amy querer Peter querer Peter*». Los signos eran correctos, y fueron registrados en vídeo. Amy no quería acercarse demasiado, y cuando su hijo quiso ir con Peter, ella lo alzó de inmediato y desapareció en la maleza. Fue vista posteriormente con un grupo de doce gorilas en las laderas del monte Kyambara, en el noroeste de Zaire. <<